

VIRGINIE DESPENTES

Vernon Subutex 2



Lectulandia

Vuelve Vernon Subutex, un ángel caído de los años noventa, la gran época del *rock*. Vernon sigue en la calle y ha perdido todo contacto con el mundo real. El parque Buttes-Chaumont, al nordeste de París, es ahora su nuevo hogar, y allí convive con otros vagabundos, sin ser consciente de que se ha convertido en una especie de celebridad en internet y de que sus antiguos amigos, un heterogéneo grupo de individuos socialmente muy dispares, lo buscan desesperadamente. Todos quieren conocer las grabaciones que la estrella del *rock* Alex Bleach dejó en sus manos antes de morir.

Lectulandia

Virginie Despentes

Vernon Subutex 2

Trilogía Vernon Subutex - 02

ePub r1.0

Titivillus 30.09.17

Título original: *Vernon Subutex 2*
Virginie Despentes, 2015
Traducción: Noemí Sobregués

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Fabienne Mandron,
Aurélie Poulain,
Roland y Schultz Parabellum*

Ring the bells that still can ring
Forget your perfect offering
There is a crack in everything
That's how the light gets in.

LEONARD COHEN, «Anthem»

ÍNDICE DE PERSONAJES QUE APARECEN EN EL PRIMER VOLUMEN

Vernon Subutex: Protagonista del libro. Exvendedor de discos. Lo echaron de su piso, se acopló en casa de antiguos conocidos y acabó en la calle al final del volumen 1.

Alexandre Bleach: Cantante de éxito, de estilo *indie rock*, con letras en francés. Muere por sobredosis en un hotel. Amigo de juventud de Vernon, lo ayudaba económicamente y dejó en su casa las cintas de una entrevista que se realizó a sí mismo una noche en que estaba colocado, mientras Vernon dormía. Muchos personajes buscan este «tesoro»...

Emilie: Exbajista. Amiga de Vernon. Es la primera que lo aloja, pero se niega a echarle un cable más de una noche.

Xavier Fardin: Guionista frustrado. Viejo amigo de Vernon, al que aloja un fin de semana. Al final del volumen 1, encuentra a Vernon, que ha pasado a ser un sintecho, y un grupo de jóvenes fachas le pega una paliza.

Marie-Ange Fardin: Mujer de Xavier.

Céleste: Se cruzó con Vernon en un bar, Vernon pensó que intentaba ligar con él, pero simplemente lo había reconocido: cuando era pequeña, su padre la llevaba a la tienda de discos. Lleva tatuajes y trabaja en el bar Rosa Bonheur, en el parque Buttes-Chaumont.

Laurent Dopalet: Productor. Cuidado, peligro público...

La Hiena: Fue «detective privada», y en la actualidad se ha especializado en linchamiento cibernético. Laurent Dopalet la contrata para que encuentre la entrevista de Alex Bleach.

Anaïs: Ayudante de Laurent Dopalet.

Sylvie: Ex de Alexandre Bleach que aloja durante un tiempo a Vernon, con quien tiene una breve aventura. Vernon se marcha de su casa «tomando prestados» varios

libros y un reloj. Sylvie lo busca por todas partes en las redes sociales, decidida a fastidiarlo.

Lydia Bazooka: Crítica de *rock* y fan de Bleach que quiere escribir su «biografía». Así conoce a Vernon y lo aloja unos días.

Daniel: Exestrella del porno, en la actualidad trans, ha cambiado de nombre, es encargado de una tienda de cigarrillos electrónicos e íntimo amigo de Pamela Kant.

Pamela Kant: Exestrella del porno. Campeona de Tetris online.

Kiko: Bróker cocainómano. Alojó a Vernon unos días y luego lo echó de su casa.

Gaëlle: Amiga de Kiko, de Marcia, de Vernon y de la Hiena. Por hacer un favor a esta última, aloja a Vernon unos días (en casa de Kiko, donde vive).

Marcia (nombre originario Leo): Sublime trans brasileña y peluquera de estrellas que vive en casa de Kiko.

Vodka Satana (nombre originario Faiza): Exestrella del porno. Madre de Aisha. Examante de Bleach. Excolega de Daniel y Pamela.

Sélim: Exmarido de Faiza. Profesor universitario progresista y laico. Cría solo a su hija desde la muerte por sobredosis de Faiza/Vodka Satana.

Aisha: Hija de Faiza/Vodka Satana y de Sélim. Joven musulmana piadosa. Sélim, amigo de la Hiena, le pidió que lo ayudara a observar la personalidad de su hija, que se le escapa.

Patrice: Viejo amigo de Vernon y excompañero de Cécile. Hombre violento con sus parejas. Rompió todos sus vínculos con el mundo de la música. Es la última persona que alojó a Vernon antes de que acabara en la calle.

Noël: Trabaja en H&M. Amigo de Loïc.

Loïc: Mensajero, amigo de Noël. Al final del volumen 1, es el que pega a Xavier Fardin el golpe más violento en el cráneo, que provoca que lo hospitalicen en coma.

Laurent: Sintecho. Ofrece a Vernon varios consejos y contactos para su nueva vida en la calle. Se mueve por los alrededores del parque Buttes-Chaumont.

Olga: Sintecho, rusa enorme de carácter feroz. Insulta a los fachas que reparten mantas a los sintecho. La calle es su reino.

Vernon espera a que oscurezca y a que a su alrededor no haya luz en ninguna ventana para trepar por la reja y aventurarse a meterse en el jardín comunitario. Siente punzadas en el pulgar de la mano derecha, ya no recuerda cómo se hizo ese pequeño rasguño, pero, en lugar de cicatrizar, se hincha, y le sorprende que una herida tan anodina pueda dolerle hasta ese punto. Atraviesa el terreno en pendiente y bordea las viñas avanzando por un camino estrecho. Procura no tocar nada. No quiere hacer ruido, ni que detecten su presencia por la mañana. Llega al grifo y bebe con avidez. Luego se inclina y pasa la nuca por debajo del agua. Se frota enérgicamente la cara y alivia el dedo herido dejándolo un buen rato bajo el chorro helado. La noche anterior, aprovechó que hacía bastante calor para asearse más a fondo, pero su ropa huele tan mal que después de volver a ponérsela se sentía aún más sucio que antes de lavarse.

Se reincorpora y se estira. Le pesa el cuerpo. Piensa en una cama de verdad. En darse un baño caliente. Pero nada dura demasiado. Se la suda. Solo siente una sensación de vacío absoluto, que debería aterrorizarlo, es consciente de ello, no es el mejor momento para sentirse bien, pero lo único que lo invade es una calma silenciosa y llana. Ha estado muy enfermo. Ahora le ha bajado la fiebre y desde hace unos días consigue reunir las fuerzas para aguantarse en pie. Está mentalmente débil. Se dice que volverá, que seguro que la angustia no tardará en volver. De momento nada le afecta. Está suspendido, como este extraño barrio al que ha ido a parar. La colina Bergeyre es un altiplano de varias calles al que se accede por escaleras, rara vez te cruzas con un coche, no hay ni un semáforo en rojo, ni una tienda. Solo gatos, y muchos. Vernon observa el Sacré-Coeur, frente a él, que parece planear por encima de París. La luna llena tiñe la ciudad de una luz espectral.

Desvaría. Tiene lagunas. No le desagrada. A veces empieza a argumentarse: no puede quedarse ahí indefinidamente, este verano hace frío, volverá a pillar un resfriado, no debe abandonarse, tiene que bajar a la ciudad, buscar ropa limpia, hacer algo... Pero en cuanto intenta retomar ideas pragmáticas, vuelta a empezar: cae en picado. Las nubes tienen sonido, el aire contra su piel es más suave que una tela, la noche tiene olor, la ciudad le habla y él descifra su murmullo, que asciende y lo engloba, él deja que lo cubra y flota. No sabe cuánto tiempo dura esa dulce locura que lo arrastra una y otra vez. No se resiste. Su cerebro, impactado por los acontecimientos de las últimas semanas, habrá decidido imitar las subidas de estupefacientes que ingirió a lo largo de su vida anterior. Luego, cada vez, un ligero clic, un lento despertar, recupera el curso normal de sus pensamientos.

Inclinado ante el grifo, vuelve a beber largos tragos, que le desgarran la tráquea. Desde que cayó enfermo tiene la garganta dolorida. Creyó que iba a palmarla en aquel banco. Las pocas cosas que sigue sintiendo con intensidad son de orden físico: un picor atroz en la espalda, la mano herida, en la que siente punzadas, las ampollas en los tobillos, que se infectan, la dificultad para tragar... Coge una manzana del fondo del jardín, es ácida, pero necesita azúcar. Trepa con dificultad por la reja que

separa el jardín de la casa en la que suele dormir. Se agarra a las ramas para levantar el cuerpo y casi se parte los morros al caer al otro lado. Acaba de rodillas, en el suelo. Le gustaría darse pena, u horrorizarse de sí mismo. Algo. Pero nada. Solo esa tranquilidad absurda.

Atraviesa el patio trasero de la casa abandonada en la que ha establecido su cuartel general. En la planta baja, lo que estaba destinado a convertirse en un patio con una vista sublime de la capital se ha quedado en un cobertizo de cemento que permite protegerse del viento y de la lluvia. Los postes de hierro oxidado que sujetan el techo cuadriculan el espacio. Hace poco, Vernon se enteró, por boca de un tío de la obra de enfrente, de que hace ya años que dejaron de trabajar en la casa. Los cimientos estaban a punto de desmoronarse, las paredes maestras se agrietaban y el propietario se decidió a hacer obras importantes. Pero murió en un accidente de coche. Sus herederos no se pusieron de acuerdo. Se destrozan entre sí con notarios de por medio. Cerraron la casa y la abandonaron. Vernon duerme allí desde hace ya varias noches, sería incapaz de decir si hace diez días o un mes —ha perdido la noción del tiempo, como de todo lo demás. Le gusta su escondite. Al amanecer, abre un ojo y se queda inmóvil, impresionado por la amplitud del paisaje. París se descubre, vista desde tan alto que parece acogedora. A la hora en que el frío se hace demasiado intenso, se acurruca en una esquina y dobla las rodillas contra su cuerpo. No tiene ninguna manta. Solo puede contar con su propio calor. Un gato pardo, tuerto y obeso, llega a veces a tumbarse sobre su vientre.

Las primeras noches en la colina Bergeyre, Vernon durmió en el banco en el que se desplomó al llegar. Llovió sin parar durante días. Nadie lo molestó. Delirando, con fiebre altísima, se pegó un viaje increíble, desbarró entusiasmado. Volvió en sí progresivamente, salió a su pesar del cómodo algodón de su delirio. Un viejo borracho, al encontrárselo en su banco el primer día de sol, primero lo acribilló a insultos, pero al verlo demasiado débil para contestar, se preocupó por su situación y luego le cogió cariño. Le llevó naranjas y una caja de paracetamol. Charles es ruidoso y estrafalario. Le gusta refunfuñar y hablar del norte, donde nació y donde su padre era ferroviario. Se parte de risa dándose golpecitos en los muslos, y sus carcajadas degeneran en una tos viscosa que amenaza con ahogarlo. Vernon está en «su» banco. Tras una rápida evaluación, cuyos criterios solo conocía él mismo, el viejo decidió hacerse amigo suyo. Se ocupa de él. Pasa a comprobar que todo va bien. Le advirtió: «No te quedes a dormir aquí ahora que hace bueno», y le señaló la casa, a unos metros. «Apáñatelas para entrar y esconderte en la parte de atrás. Que no te vean unas horas cada día, porque si no los servicios municipales vendrán a desalojarte inmediatamente. Aún necesitas descansar un poco, amigo mío.»

Vernon no prestó atención a la advertencia, pero ya el segundo día de buen tiempo descubrió lo que el viejo le había aconsejado. Los trabajadores municipales pasaban el chorro de agua por las aceras. No los oyó llegar. Uno de ellos le apuntó a la cara con la manguera. Se levantó de un salto y el trabajador le quitó los cartones que lo

protegían del frío. Era un joven negro de rasgos finos, que lo miraba de arriba abajo con expresión de odio. «Pírate de aquí. A la gente no le apetece ver tu sucia jeta de vago por la mañana, al abrir la ventana. Lárgate.» Y por el tono, Vernon entendió que le interesaba obedecer inmediatamente, no tardarían en llegar las patadas. Se tambaleó, tenía las piernas entumecidas por haber pasado tanto tiempo tumbado. Deambuló por las calles de los alrededores. Estaba atento al sonido de la camioneta de la limpieza y procuraba alejarse de ella. Lo injusto de su situación lo dejaba totalmente indiferente. Aquel día empezó a darse cuenta de que algo en él no iba bien. Se preguntaba adónde había ido a parar. Tardó un tiempo en entender por qué aquel lugar le parecía tan extraño: no pasaba ningún coche y ni siquiera se oía el ruido del tráfico. A su alrededor solo había casitas bajas rodeadas de jardines, como antaño. Si el banco del que acababa de levantarse no hubiera dado justo por encima del Sacré-Coeur, habría pensado que, en un ataque de fiebre, había cogido el tren y estaba en provincias. O en los años ochenta...

Demasiado débil para seguir deambulando, volvió a su punto de partida en cuanto la camioneta se hubo alejado. Se frotaba las mejillas con las palmas de las manos, sorprendido de sentir que tenía tanta barba. El frío le había magullado todo el cuerpo, tenía sed y olía a orina. Recordaba a la perfección los acontecimientos de los últimos días. Había abandonado a un amigo en el hospital, después de una pelea callejera que lo había dejado tirado en el suelo, sin preguntarse si volvería en sí. Anduvo errante bajo la lluvia y apareció allí, había estado enfermo como un perro, y feliz como un pobre loco. Pero, por más que lo esperara, todavía no sentía la asquerosa dentellada de la angustia. Quizá lo habría incitado a reaccionar. Solo existía su cuerpo dolorido, y su propio olor, que a decir verdad le hacía buena compañía. Las emociones corrientes habían huido de él. Se puso a mirar el cielo, y en eso ocupó el día. Charles volvió a sentarse a su lado, en el mismo banco, un poco antes de que anocheciera.

—Me alegro de ver que sales de tu letargo, mi querido gilipollas. ¡Ya era hora!

Le explicó que estaba al norte de París, cerca del parque Buttes-Chaumont. Charles le ofreció una cerveza y le tendió media barra de pan blandengue y aplastado, que debía de llevar en la bolsa desde hacía bastante y sobre la que Vernon se lanzó con avidez. «Joder, come despacio o te pondrás enfermo. ¿Mañana estarás todavía aquí? Te traeré jamón dulce, tienes que recuperar energías.» El viejo no era un vagabundo, no tenía las manos destrozadas y sus zapatos eran nuevos. Pero tampoco iba como un pincel. Al parecer tenía la costumbre de beber con tipos que huelen a meados. Se quedaron un momento así, sentados, sin decirse gran cosa.

Luego Vernon se siente ingrátido. Una mano invisible ha girado todos los botones de su mesa de mezclas, todo está ecualizado de otra manera. No consigue alejarse de ese banco. Mientras no lo desalojen por la fuerza, la colina Bergeyre está suspendida, una isla minúscula y flotante. Se siente bien allí.

Da cortos paseos para estirar las piernas y no ocupar el banco todo el día. A veces se sienta en la escalera que delimita su territorio, se detiene en una calle, pero siempre

vuelve a su punto de partida. Su banco, delante de un jardín comunitario, con vista ilimitada por encima de los tejados de París. Empieza a crearse hábitos.

Al principio, los obreros que trabajan en la rue Remy-de-Gourmont, justo al lado, lo ignoraron. Hasta que el jefe de obra fue a fumarse un cigarro en el descanso, mientras hacía una llamada. Se dirigió hacia el banco y Vernon le cedió el sitio, se alejaba para que no se fijara en él cuando el tío lo llamó: hace dos días que te observo... ¿Tú no tenías una tienda de discos? Vernon dudó, por un segundo quiso contestar no y seguir su camino. Su antigua identidad ya no le interesaba. Le había resbalado por la espalda como un abrigo viejo, pesado y engorroso. Quién había sido durante décadas ya no era cosa suya. Pero el tío no le dejó tiempo: ¿no te acuerdas de mí? Era aprendiz de panadero, curraba al lado... iba bastante a menudo. Su cara no le decía nada. Vernon separó los brazos: ya no estoy del todo en mis cabales, y el individuo se rio: sí, lo entiendo, la vida te ha dado buenos palos... Desde entonces pasa cada día en el descanso a charlar dos minutos. Cuando vives en la calle, un ritual de tres días es ya una vieja costumbre. Stéphane lleva bermudas y botas altas de deporte, tiene el pelo rizado y fuma tabaco de liar. Le gusta contar sus recuerdos de festivales, hablar de sus críos y detallar sus problemas con los tíos de la obra. Evita toda alusión al hecho de que Vernon duerma en la calle. Difícil decir si se trata de un tacto fuera de lo normal o de insensibilidad pura y dura. Le ofrece que se líe un cigarro y a veces le deja patatas fritas o la Coca-Cola que le queda... Y le permite ir al baño de la obra durante el día. Es un gran cambio para Vernon, que ya había hecho dos agujeros al fondo del jardín de la casa en la que duerme, pero es toda una historia hacer un agujero profundo en la tierra solo con las manos y luego volver a cubrirlo para que no huela, ni siquiera cuando hace calor... a medio plazo, habría sido su perdición. Los vecinos del barrio habrían acabado quejándose del olor.

Desde hace tres días, Jeanine va a verlo a escondidas. También da de comer a varios gatos callejeros. Lleva comida a Vernon en tupperwares. Se esconde porque los vecinos ya le dijeron que no animara a quedarse a los sintecho. Vernon no es el primero. Ella le contó: al principio, a todo el mundo le parecía simpático y quería ayudar al prójimo, pero hubo muchos problemas: restos de vómitos, una radio que dejaron encendida toda la noche con el volumen a tope, un parlanchín flipado que no tenía límites y quería entrar en casa de la gente a charlar, otro ciego de psicotrópicos que hablaba solo y asustaba a los niños... El vecindario no tuvo elección, hubo que dejarse de compasión. Jeanine se empeña en compartir con él su cena. Es una mujer diminuta, encorvada, presumida, con las cejas dibujadas a lápiz con un trazo que casi nunca es regular, aunque siempre lleva los labios bien pintados, y los rizos impecables de su pelo canoso enmarcan su cara empolvada. «En casa me pongo los rulos cada mañana, dejaré de hacerlo cuando me bajen a la tumba.» Lleva colores vivos y lamenta que el verano sea tan feo, porque no se puede poner bonitos vestidos, «y no sé si el año que viene estaré aquí para disfrutar de él». Le dice a Vernon que es «majísimo, se ve enseguida, a mi edad se tiene ojo, es usted majísimo y tiene unos

ojos fantásticos». Dice lo mismo a los gatos a los que da de comer. Le llena botellas de agua, le lleva arroz en el que ha fundido generosas raciones de mantequilla. No hace ningún comentario, pero Vernon supone que la mujer considera que lo que es bueno para el pelo de los gatos necesariamente lo es también para el hombre. El día anterior le había llevado varias onzas de chocolate envueltas en papel de plata. Le sorprendió lo mucho que disfrutó comiéndoselo. Por un instante, casi le dolieron las pupilas. Había olvidado ya lo que es meterte en la boca algo con un sabor que te gusta.

Como todos los días hacia las seis de la tarde, Charles sale del bar de apuestas hípicas de la rue des Pyrénées y sube la avenue Simon-Bolívar hasta el colmado de delante de la entrada del parque. El camarero no es de sonrisa fácil. Apenas aparta la mirada de la pantalla en la que sigue partidos de críquet para devolverle el cambio.

El viejo entra a paso lento en el Buttes-Chaumont. No tiene prisa. Varios padres esperan, sin hablarse, ante el pequeño teatro de marionetas. Dentro, sus retoños gritan «¡cuidado, detrás de ti!». El banco que ha elegido está a la izquierda, no muy lejos de los baños públicos. Limpia la madera pintada de verde con la palma de la mano, siempre hay capullos que dejan gruesas capas de barro, porque ponen los pies encima para hacer flexiones elevadas. Abre su primer botellín con el mechero. Frente a él, dos gatos se acechan y sueltan de vez en cuando inquietantes maullidos sin decidirse a iniciar la pelea.

A Charles siempre le ha gustado ese parque. Allí toma su aperitivo, tras haber pasado las primeras horas de la tarde librándose de la pálida luz del día, escondido al fondo de su bar. El gran problema del Buttes-Chaumont son los desniveles: cualquier día la palmará intentando subir una cuesta.

Laurent se reúne con él. Sabe sus horarios. Siempre hay una cerveza para él. Repite infinitamente las mismas cinco o seis historias, que acompaña con una risa cavernosa. A la décima vez que lo oyes soltando la misma cantinela, te entran ganas de decirle que cambie de disco, pero Charles no pide demasiado a sus coetáneos. No se puede ser bebedor y al mismo tiempo remilgado con las compañías. Laurent forma parte de su día a día. Por supuesto, preferiría que fuera la gorda Olga la que tomara el aperitivo con él. Siempre ha sentido debilidad por las locas. No le importaría volver a meterse en líos si una noche de verano Olga dejara que le tirara los tejos. La primera vez que la vio, ella llevaba zuecos de color verde manzana, él se rio en su cara, la llamó Bozo el payaso, y ella le pegó un guantazo directamente. Charles tuvo que responder dándole una somanta de palos. Olga habría querido devolverle cada uno de los golpes, pero no puede evitarlo, es una blanda. Cuando pega, es como si diera besos. Al viejo le conmovió verla forcejear con tanta convicción y lo único que siente por ella es cariño. Ella todavía le guarda rencor por aquel primer encuentro. A Charles le gustan locas y feas. Siempre ha fingido lo contrario. Asiente cuando sus colegas le hablan de una tía que no es un callo como de un tesoro al que mimar, muchas veces ha dicho que soñaba con una chavalita guapetona que no montara pollos y nunca se liara a romper platos, pero no son más que cuentos que se cuentan los tíos como él. Ha tenido ocasiones de liarse con una tía aceptable, pero se ha quedado con la Véro, y cada vez que le es infiel, la tía es horrorosa. Para gustos los colores. Las tías decentes lo aburren.

Los caminos del parque están encharcados. Ha llovido durante horas. Ya nadie habla de otra cosa en los bares, del tiempo, de la mierda de primavera que han tenido. Los paseantes tardarán en volver. A su alrededor solo hay corredores que parecen

haber esperado, emboscados entre la maleza, a poder surgir y jadear como si los estuvieran torturando. Está hasta el gorro de ellos, le gustaría detenerlos en el acto, en nombre del sentido común, porque es evidente que lo que se obligan a sí mismos a hacer es peligroso para su salud. Laurent se mira los zapatos asqueado.

—¿Tú no calzarás un 40?

—El 44. ¿Por qué me lo preguntas?

—Siempre llevas zapatos bonitos. Estoy buscando un par... Estos no me gustan nada.

—Estos son zapatos para el trabajo. No son cómodos.

—Tuve que pasarme por el guardarropa de la ayuda social para encontrar esto... no había nada. Es la crisis, la gente no da sus cosas.

—Lo tienes chungo.

—Mañana iré a ver a la rue Ramponneau, espero que tengan un par de mi número, estos me rozan el talón, se me van a hacer ampollas.

En el banco de al lado, un negro enorme en chándal plateado hostiga a un blanco enclenque en pantalones cortos, que se mata siguiendo sus órdenes. El coach grita con voz estentórea «¡no pares, no pares, coge la cuerda, sin pararte, venga, no te pares!», y el debilucho pegando saltitos y mirando al vacío, destrozado, a punto de palmarla. Laurent no les presta atención mucho rato, está fascinado por una tía jamona que sube por el camino con un mono azul, como un astronauta borracho. Charles le pasa otra cerveza a Laurent y dice:

—Si de mí dependiera, prohibiría a los deportistas en el parque. Nos echan a perder el ambiente.

—Nos privarías de todas las chavalitas que corren medio desnudas. Esa que llega, por ejemplo, ¿no sería una pena prohibirle que nos maravillara?

El problema de los tíos como Laurent, y son legión, es que sus reacciones son siempre previsibles. La estudiante rubia y limpita que baja la cuesta a pequeños pasos no tiene absolutamente ningún interés. Huele a jabón hasta cuando corre. No es que Charles tenga un baremo moral que se aplique a la libido de los demás. Pero los tíos se han vuelto todos idénticos, parece que vayan a clases nocturnas para parecerse lo máximo posible. Si abriéramos el cerebro de Laurent por la mitad para observar su funcionamiento, encontraríamos exactamente el mismo arsenal de gilipolleces que en el del alto ejecutivo que sufre haciendo abdominales a su lado: chavalitas *ultralight*, bisutería Rolex y una casa enorme en la playa. Solo sueños de capullo.

Entre su generación y la de Laurent hay una diferencia importante. La suya no adulaba a los burgueses. Digan lo que digan, todos los obreros de hoy en día querrían haber nacido en el bando de los triunfadores. En Lessines, donde creció, las sirenas de las canteras acompañaban el tiempo. Despreciaban a los burgueses de la zona alta de la ciudad. No se iban de copas con el jefe. Era la norma. En los bares solo se

hablaba de política, el odio de clase alimentaba una auténtica aristocracia proletaria. Sabían despreciar al jefe. Todo esto ha desaparecido, junto con el amor al trabajo bien hecho. Ya no hay conciencia obrera. Lo único que les interesa a los tíos es parecerse al jefe. Lo que desea un tío como Laurent, si le dieran carta blanca, no es obligar a los ricachones a compartir, sino entrar en sus clubes. Uniformidad de deseos, todos unos carcas. Acabarán siendo carne de cañón.

Algo más allá, en el camino, junto a un macizo de flores, cuatro vigilantes fuman acompañados por un hombre con traje gris. Un asiático bajito y sonriente, un habitual del parque que siempre lleva un Stetson, sube de espaldas una cuesta cubierta de césped. Siempre hace lo mismo cuando llega al parque, y no habla con nadie. Un viejo perro gris paticorto y de pelo largo corre a su lado. Charles pregunta a su colega:

—¿Sabes por qué hacen eso los chinos?

—¿Subir las cuestas de espaldas? Ni idea. Es otra cultura.

—Es verdad que suelen hacerlo.

Desde el principio de la primavera, Laurent se instaló en las vías del tren abandonadas que atraviesan el parque por la parte de abajo. Como son pocos los que duermen allí, los vigilantes hacen la vista gorda siempre y cuando nadie ande por el césped por la noche.

Una mujer duda cerca de su banco, parece buscar su camino. Lleva un largo abrigo rojo abotonado por delante, una prenda de niña pequeña que acentúa el aspecto marchito de su rostro. Debe de ser maestra de escuela. Si estuviera más en contacto con adultos, llevaría un abrigo diferente. Laurent levanta la mano al verla y la saluda desde lejos. Ella parece sorprendida, luego lo reconoce y se acerca.

—¡Hola! ¿Está usted bien?

—Divinamente. ¿Un traguito? —le pregunta tendiéndole su botella.

Ella retrocede un paso instintivamente, como si Laurent fuera a hundirle en la boca el cuello de la botella por la fuerza.

—No, no, no, gracias. Estoy buscando el Rosa Bonheur, ¿sabe hacia dónde tengo que ir?

—Se pasa usted la vida buscando algo...

Laurent va de ligón con ella. Charles siente vergüenza ajena. Atontado, ¿cómo quieres que una mujer guapa y limpia como esta beba de tu botella y se interese por tu caos?

—No es difícil llegar al Rosa Bonheur, coja aquel camino y siga todo recto unos quinientos metros. ¿Ha encontrado a su Subutex?

—No. ¿No ha vuelto a verlo?

—No... pero puedo apuntarme su teléfono, si me entero de cualquier cosa, la tengo al corriente...

Laurent suelta su rollo en tono de recepcionista. Saca pecho y abre su gruesa gabardina caqui, saca una vieja libretita naranja y pide un boli a la mujer lanzándole

una sonrisa desdentada. Da pena verlo cuando intenta mostrar que puede ser civilizado. La mujer de rojo hace una ligera mueca de contrariedad y se arranca un pelo del entrecejo maquinalmente. Laurent sigue hablando, como de costumbre — cuando tiene a un nuevo oyente no lo suelta fácilmente:

—Vernon se ha metido en un buen lío por juntarse con la gorda... Típico de novato, demasiado blando. Si lo hubiera visto con Olga, le habría advertido que tuviera cuidado. Los engaña a todos. Al principio parece maja, pero en cuanto andas con ella te ves con la mierda hasta el cuello... La calle no está hecha para las mujeres. Además, para ellas no es tan complicado evitarla. Esa Olga podría haber tenido tres chiquillos cuando tenía la edad, y a chupar subsidios, y además te aseguro que cuando eres madre soltera te encuentran alojamiento social. Nosotros, los tíos sin niños, ya podemos morirnos... pero las familias son sagradas. Pues ella, de parir, nada, era demasiado pedir... Una fracasada de primera, esa Olga. Tiene que hacerlo todo como un tío... para ir a dar palos siempre está ahí, pero para recibirlos, qué sorpresa, siempre van a parar al tío que está con ella...

—Si en algún momento lo ve, dígame que estamos buscándolo, ¿vale? Dígame que Emilie, Xavier, Patrice, Pamela, Lydia... Todos lo buscamos. Dígame que estamos preocupados por él... y que tenemos cosas que decirle, cosas importantes...

—¿Apunto pues su número? ¿Cómo se llama?

La mujer del abrigo rojo no puede decir que no. Se llama Emilie, le da su número de móvil no del todo convencida y se aleja a toda prisa. Tiene las caderas un poco grandes, y sus andares no son demasiado firmes. Charles pregunta «¿de qué conoces a esa tía?», y Laurent fanfarronea:

—Bueno, son una pandilla. Están buscando a Vernon Subutex, pero no tengo ni idea de dónde se ha metido...

—¿Quién es ese tío?

—Uno que anda por aquí. Es nuevo. Un tío que no está hecho para esta vida. Demasiado flojo. Demasiado frágil. No sé adónde se ha ido, pero se veía que el tío no estaba preparado para vivir al aire libre. Al menos los antiguos yonquis tienen algo de experiencia de la calle, pero él... demasiado delicado, el tío. Fue de bronca en bronca hasta que un colega suyo se llevó una buena paliza y se quedó tirado en el suelo. Y ahí el fulano desapareció. Desde entonces sus colegas lo buscan...

—No parecía enfadada.

—No parece que lo busquen para darle una buena tunda, no... son más bien una pandilla de flipados que desde hace tres días andan por el parque buscando a Subutex...

—¿Cómo es ese tío?

—Francés, escuchimizado, ojos bonitos, pintas de rockero maricón, pelo largo... no parece gran cosa, la verdad, pero no es mal tío.

La descripción coincide un huevo con la de su colega de la colina Bergeyre. Charles desconfía. El tío ha estado tan enfermo que el viejo creyó que iba a palmarla en el banco. Si se esconde, sus razones tendrá. Cada quien tiene sus secretos, y su manera de gestionarlos.

—¿Y no tienes la menor idea de lo que quería esa mujer?

—¿Por qué te interesa tanto?

—No es habitual que una dama como ella ande buscando a un sintecho...

—De las mujeres nunca hay que fiarse. Se pasan la vida disimulando... debe de ser algo sobre un muerto.

—¿Un muerto?

—No dejan de darnos la vara con que lo único que les interesa son los niños... tener hijos, ocuparse de los críos y toda la pesca... y a nosotros nos piden que creamos lo que dicen. Pero piensa un poco. Lo único que obsesiona a las mujeres son los muertos. Eso les pasa. No los olvidan. Quieren vengarlos, quieren enterrarlos, quieren estar seguras de que descansan en paz, quieren que se respete su memoria... las mujeres no creen en la muerte. No lo consiguen. Esa es la verdadera diferencia entre ellas y nosotros.

—No sé de dónde has sacado esa teoría de mierda, pero hay que reconocer que es original...

—Vuelve a pensarlo esta noche, mientras te pimplas el vino. Ya verás. Tiene sentido.

—Tu teoría no nos explica lo que quería.

—No. Pero a esa señora no me importaría contarle un par de cosas. Soy servicial por naturaleza. Me gusta mucho ese tipo de mujer, tímida, te dan ganas de pegarle un revolcón...

Charles le deja soltar sus comentarios lujuriosos. La verdad es que le sorprende que la mujer de rojo les haya dirigido la palabra. Charles también parece un vagabundo. La gente se lo piensa dos veces antes de hablar con él. Pero cuando a él le apetece charlar con alguien, sabe cómo hacerlo. Es lo mismo que con las palomas y los cuervos, se trata de repartir cada cierto tiempo pequeñas dosis de atención. Hace como la viejecita con la que se cruzaban en el barrio hasta el verano anterior. Vivía en la rue de Belleville, y cuando salía de su casa, a las cuatro de la tarde, las palomas la reconocían enseguida. Se juntaban en enormes grupos en el cielo y en el suelo, y la seguían. Ella esparcía al pie de los árboles, a puñados, pequeños montones de migas y de grano. Está prohibido dar de comer a los pájaros. Para quien no se fijaba en sus tejemanajes, aquellas bandadas de pájaros que se precipitaban a la vez por la avenue Simon-Bolivar tenían algo de extremadamente inquietante. Un día, sus hijos la metieron en un centro. Charles se enteró en la barra del bar que está frente a la verja del parque. El piso en el que vivía era de su propiedad. Los hijos debieron de darse

cuenta de que los vientos estaban cambiando, de que la crisis estaba a la vuelta de la esquina, y prefirieron venderlo antes de que se devaluara. ¡Al asilo! La mujer estaba llena de vitalidad y nunca había empujado el codo, su único placer de vieja chiflada consistía en dar de comer a las palomas a la hora del paseo... no jodía a casi nadie. A Charles le dan risa las personas que tienen hijos pensando que son un seguro para la vejez. Ya tiene edad para haber observado que lo único que hacen es alimentar a futuros buitres impacientes. A nadie le gustan los viejos, ni siquiera a sus propios hijos.

En el parque hay otro como ella. Un tío que también anda encorvado y que aparece todos los días, escucha algo con cascos. Tiene el pelo largo y lleva una cazadora negra raída. Él es amigo de los cuervos. En cuanto llega, los pajarracos lo reconocen y forman un círculo a su alrededor. Los cuervos parecen muchísimo más organizados que las palomas. Están gordos como aves de corral, son de un bonito color negro brillante y tienen una inteligencia inquietante para los humanos, acostumbrados a creer que los animales no entienden gran cosa. Los cuervos del parque captan enseguida con quién se las tienen que ver. No necesitan al viejo para comer —despanzurren el fondo de las basuras a picotazos y se sirven. Pero parece que les gusta socializar. No se limitan a presentarse cuando llega el viejo con la comida. Lo esperan. Y si el tío tiene que cambiar de sitio porque los vigilantes lo controlan, los pajarracos no se ponen nerviosos, lo siguen y se avisan de que el lugar de reunión ha cambiado. El viejo dejó de venir a principios de la primavera, Charles no ha sabido lo que pasó. Probablemente lo ingresaron en un hospital. Sin duda es demasiado joven para que sus hijos lo hayan metido en algún sitio, aunque tengan prisa por pillar su parte de la pasta, no es fácil quitarse de encima a un familiar que todavía está en forma, sobre todo si está lúcido —tienen que tomarse su desgracia con paciencia. Charles pidió a la Véro que buscara en la red qué comen los cuervos. Y va cada día al mismo sitio, a la misma hora, a dar de comer a los bichos. Se dijo que alguien tenía que coger el relevo. Y entendió por qué hay gente que hace estas cosas —los cuervos no son menos divertidos que los amigos del bar. Tienen los ojillos vivos y te hacen reír. Charles va todas las semanas a la sección de animales del Bricorama. Es la que huele peor de toda la tienda, plagada de moscas, porque dejan paquetes abiertos de papeo para perros —se ha visto abriéndose paso por esa sección con una espalda que le pega punzadas y unas piernas que ya no le aguantan tanto —le fallan las patas, el pobre tío se va al carajo, normal, es la edad. Pero aguanta. Con la edad le ha cogido esta manía de ser bueno.

A Charles le tocó la lotería. Sí. A él, el viejo forúnculo seco. Es de risa. Suele apostar a las carreras de caballos, pero rara vez a la lotería. Como todos los primos del bar de apuestas, de vez en cuando rellenaba una cuadrícula, tentado por un bote gordo. En este caso, lo más milagroso no fue ganar, sino que estuviera delante de la tele la noche del sorteo, le había dado pereza levantarse a cambiar de cadena, porque el mando a distancia se había quedado sin pilas. Tuvo que producirse este cúmulo de

circunstancias para que se interesara por el resultado —no imaginaba que pudiera estar entre los ganadores. Aunque, al final, la idea del juego es que puede tocarle a cualquiera. Incluso a él. Siempre juega los mismos números, la fecha de nacimiento de su madre. No se complica. Las bolas caían en unos tubos —nunca ha entendido a los jugadores habituales, nada puede rivalizar en aburrimiento con el sorteo de la lotería. Y empezaron a caer sus números, uno detrás del otro, con la precisión aterradora del destino que viene a buscarte, a ti y solo a ti. Se despertó de su siesta. Se le iba encogiendo el pecho a medida que los latidos del corazón se amplificaban. La alegría demasiado intensa no es muy agradable. Se despejó de golpe. La Véro estaba tumbada en el sofá, dormida como un tronco, con la boca abierta y las comisuras de los labios manchadas de vino. Si se hubiera despertado en aquel momento, le habría pegado la hostia de su vida —cualquier cosa antes que confesar que le había dado la impresión de que había ganado. Porque al principio, necesariamente, al no estar acostumbrado a que la vida le diera sorpresas agradables, pensó que desvariaba, que había gato encerrado.

Rebuscó tambaleándose entre los cajones y los bolsillos de las chaquetas y encontró el boleto. Fue un milagro, porque sabía que lo había arrugado sin prestarle la menor atención. Diez minutos antes habría sido incapaz de ir al lavabo sin desplomarse, pero de repente era ágil como una cabra. El cerebro en celo, hostia puta. Incapaz de alegrarse en ese momento, demasiado nervioso. Se decía: viejo asqueroso, deja de comerte la olla con gilipolleces de borracho, lo has oído mal, mañana lo verás más claro, quizá has acertado uno o dos números, pero todos, ¿qué te has creído? ¿No vas a cansarte de ser un imbécil? No durmió en toda la noche. Se metía en la cama vestido, luego se arrastraba hasta el sofá, intentaba despertar a la Véro, abría una cerveza, la vaciaba delante de la ventana y volvía a meterse en el sobre. En vano.

Al día siguiente estaba ya en el bar a las ocho. Había copiado los números con cuidado, verificando dos veces que no se equivocaba, había girado el boleto en todos los sentidos, pero no vio nada sospechoso. Se sentó a la barra, al fondo del todo, en la penumbra —de todas formas, a esas horas no conocía a nadie, y no había que temer que la pareja de chinos que se había quedado con el negocio después de que Ahmed, el antiguo dueño, la palmará de un aneurisma una noche de verano delante de la tele, le diera conversación. Lo habían echado a la calle varias veces, cuando estaba demasiado mamado, y no les caía bien. Pero era su bar, así que volvía cada mañana.

Charles abrió el periódico y verificó los números una vez más. Por la mañana, en ayunas, le parecía aún más aberrante que la noche anterior. Aquella fractura brutal en su ritmo le ocasionaba más estupefacción que alegría. A punto estuvo de quejarse de que la suerte nunca lo dejaba tranquilo. Qué poco nos conocemos. Habría jurado que odiaba su vida y que habría dado cualquier cosa por cambiarla de arriba abajo. Pero ahora que le había caído esto, se aferraba a sus costumbres como si lo amenazaran con echarlo de su casa a patadas en el culo. Dos millones. ¿Qué te parece, gordinflón? Y en una noche Charles perdió su despreocupación. Durante más de

sesenta años había avanzado por una existencia de comas étlicos en aperitivos, gritando en la barra a quien quería escucharle que todo le importaba un huevo y que no vinieran a tocarle los cojones. Se acabó la tranquilidad.

Sin embargo, ya había vivido lo suyo. Había visto a su madre arañando el suelo con los dientes para conseguirles algo que comer, había visto a su padre desaparecer de la noche a la mañana y no hacer nada por volver a ver ni a su mujer ni a sus chiquillos, era aprendiz cuando las huelgas de los años sesenta estallaron en Bélgica, había sido rey de la petanca y camionero, chupatintas y apasionado echador de cartas del tarot, pegador de carteles y cornudo, camorrista y yesero. La gran pasión de su vida habrá sido la botella, las barras y los colmados abiertos toda la noche. Es de beber alegre. La botella nunca lo ha decepcionado ni lo ha dejado tirado. Ha regalado flores a idiotas y se ha comportado como un imbécil con chavalitas simpáticas, ha tenido decenas de amantes, a cual más zumbada. La más puta fue una burguesa aristócrata, su familia aún tenía un castillo en ruinas y le gustaba envilecerse en las barras de bar. Le hizo un chiquillo. Él dijo no quiero ser padre, eran los años ochenta, ella dijo lo tendré sola, y si no te gusta, haberte hecho una vasectomía, cabrón. Tenía razón. Él no reconoció al crío. Nunca hizo nada por verlo. La Véro también se quedó embarazada. Pero cuando él dijo no quiero ser padre, se lo quitó de encima. Se cabreó con él, se lo reprochó, pero se lo quitó de encima. Y ella sola, sin pedirle ni que la acompañara ni que la ayudara a pagarlo. Es una tía dura. Reaccionó como una obrera. Nada une tanto como las dificultades, los obreros han aprendido a arrimar el hombro unos con otros. La Véro es de la vieja escuela, descendiente de la maestra que se casaba con el campesino, no traiciona a su hombre. Charles se dio cuenta de que a ella le costaba no tener el chiquillo. Incluso a él le daba cierta cosa. Pero hay que ser realista, dos borrachuzos como ellos, por más que el pobre crío se hubiera pasado las noches berreando, no habría despertado a ninguno de los dos. Y con el careto que tienen los dos, ¿cómo habría salido el chaval? Se lo quitó de encima. No como la otra imbécil aristócrata. Si la buena suerte de Charles llegaba a oídos de aquella falsa baronesa, seguro que se presentaría a toda hostia con la prueba de paternidad. Y los tíos no tienen ni voz ni voto, son padres de oficio. Reclamaría su parte de la pasta y le haría pasar por un infierno. La Véro gritaría y se subiría por las paredes, y la vieja tendría razón.

Además, tampoco iba a decírselo a la Véro. No tan pronto. Iba a pensárselo bien antes de soltarlo. Subió la rue des Pyrénées y entró en la oficina de correos a pedir un listín. Quería buscar el número de la empresa nacional de apuestas, pero la mujer que estaba en la ventanilla, una joven negra gorda y con mala uva, se rio de él en su cara. En las oficinas de correos ya no había ni teléfonos ni listines. Él la miró por encima del hombro, «pues me parece el colmo que no podamos telefonar en las estafetas de correos», y ella lo mandó a paseo sonriendo, «oiga, es usted demasiado joven para seguir diciendo estafetas». Al final, era menos idiota de lo que parecía. Se quedó desarmado, suspiró y se marchó sin montar un escándalo. Se dirigió a la place

Gambetta, pero el restaurante en el que recordaba que había una cabina telefónica, en el sótano, lo habían reformado. No pueden evitarlo. Las cosas funcionan bien, todo el mundo está contento con ellas, las diseñaron con sentido común y solidez —pero tienen que demoler lo que funcionaba bien para poner en su lugar chismes que nadie entiende. La última locura es abrir bares en los que los borrachos no están a gusto. Echas a la calle a tu clientela ideal. Luego todos se quejan de que tienen que cerrar. Pero un bar no se mantiene con tres turistas zampándose un sándwich de jamón y queso. Para aguantar necesitas asiduos, al tío dispuesto a vender su casa para beber. Si vendes alcohol, necesitas una clientela de entusiastas, no de aficionados al kir a la fresa.

Así que Charles compró una tarjeta de teléfono. Joder, si el asunto resultaba ser una gilipollez que se había contado, si no había ganado nada, acababa de pulirse diez euros en una tarjeta que no volvería a utilizar jamás. Charles desconfía del teléfono. Ya no oye muy bien, no entiende lo que le cuentan. Es un coñazo, contesta al tuntún, a gritos. Se puso a buscar una cabina pública en un sitio tranquilo, donde no corriera el riesgo de que alguien lo reconociera y abriera la puerta: ¿qué coño haces aquí, cabrón? Ven, vamos a meternos un trago entre pecho y espalda.

No sabía cómo expresar lo que tenía que decir. «Tengo en mi poder el boleto ganador» o «llamo para pedir información sobre el gordo»... Como a todos los obreros, le resultaba difícil dirigirse a las instituciones. No le apetecía que pareciera que era un paleta, y sabía que cuanto más se esforzara por hablar bien, más evidente sería.

Al otro lado del hilo, la tía estaba acostumbrada. Lo tranquilizó. Estaba claro que no era el único palurdo que llamaba a la empresa nacional de juegos. Ni tampoco el peor de todos. Ella entendió enseguida adónde quería ir a parar —para ella, un boleto ganador formaba parte de las cosas que sucedían, espere un momento, por favor, escuchó el *Bolero* de Ravel, luego otro esbirro lo escuchó amablemente soltando su rollo, le pidió que repitiera los números que había en su boleto y le dijo que fuera enseguida, los verificaremos juntos, y Charles se quedó aterrorizado, era un acto reflejo con la administración —no, no puedo ir, tengo la agenda muy apretada, y entonces el otro, sin perder la paciencia, le dijo el lunes, venga el lunes, le doy la dirección, no se preocupe, sí, será anónimo, totalmente anónimo, no, no se preocupe, nadie espera en la puerta para ver a quién le ha tocado el gordo, no, mire, en nuestras oficinas entra y sale mucha gente, será imposible diferenciarlo de un jugador que viene a hacer una reclamación o de un empleado —entre nuestro personal sí, algunas personas conocerán su identidad, pero tenemos cláusulas de confidencialidad extremadamente estrictas, piénselo, no es usted el único que está en esta situación, no, aunque sea demasiado viejo para trabajar con nosotros, nadie le hará fotos en la entrada, si me permite un consejo, evite disfrazarse demasiado, a veces, por querer hacerlo bien, lo hacemos peor, evite las gafas y las pelucas... Estaba claro que no era el primer imbécil al que le tocaba el gordo.

De vuelta en su casa, se arrepintió de haber pospuesto la cita para el lunes. Le daba miedo hasta ir a cagar, no fuera que en ese momento se abriera una ventana que hiciera caer un transistor que abriera el cajón, y en ese caso bastaría una corriente de aire y paf, adiós boleto. Ay, ya podía despedirse del humor y la ligereza. Incluso aflojó con la cerveza, no fuera a hacer una tontería. Hasta ese punto estaba en peligro... Y no se trataba solo del miedo a la mala suerte, el típico rollo de la gente de su clase social, el grano de arena que se empeña en dejarte clavado en el suelo, de la manera más increíble posible, el destino, que inventaría cualquier cosa para que los obreros siguieran en su mierda... Estaba también un canguelo más fuerte. ¿Qué iba a hacer con aquel montón de pasta? Por Dios, en tres días y tres noches de insomnio había tenido tiempo de dar vueltas y más vueltas al problema: ¿una casa? ¿Qué coño iba a hacer con una casa? Una casa, ¿dónde? ¿En un pueblucho en el que no conociera a nadie? ¿En el sur, con los cabrones fachas? ¿Con bares llenos de cazadores que solo hablarían de exterminar a las nutrias? ¿En el distrito XVI, donde los baretos son menos acogedores que un establecimiento penitenciario? ¿En Normandía? ¿Qué coño haría en otro sitio que en su casa, sinceramente? Una casa. Menudo chollo. ¿Le apetecía comprarse una casa? Ser propietario le tocaba los cojones. Y la idea de ir a ver a un notario y todo el follón de papeles... Ah no, no. Nada de eso para su vejez.

Se dirigió, como había acordado, a la empresa nacional de juegos. Esperaban de él que pensara en inversiones, proyectos, a largo plazo... Mientras escuchaba, estoico, la parrafada delirante del empleado, sentía que ponía la cara del actor Jean Gabin, como si en cualquier momento fuera a decir «amigo mío, no vas a seguir tocándome los huevos mucho rato». Pero se quedó callado, esperando a que le dieran permiso para largarse con su cheque. No se había pasado la vida despreciando a los que hacen dinero sin trabajar para, a su edad, ponerse a especular en bolsa.

De vuelta en su cocina, estaba más desmoralizado que otra cosa. Bueno, ¿qué vas a hacer con esta pasta, abuelito? ¿Comprar trajes? Ni por asomo. ¿Viajar? Mejor palmarla. No le gustaban ni las maletas, ni el sol, ni la playa, y aún menos cambiar de aires. Entonces ¿qué? Menudo problema... Iba a pagarse chavalitas. No le molestaba lo más mínimo que una jovencita le chupara el ojete solo porque quisiera su dinero... pero ¿de dónde iba a sacar a las pavas? Los bares por los que andaba no estaban a petar de tías buenas... Por Dios, aún no había olido el dinero y ya se vislumbraba toda una serie de follones, ir al banco, papeleo, nuevas amistades, hipocresías y complicaciones de todo tipo...

Se quedó sentado delante del frigorífico un buen rato, atontado. La Véro se levantó y le montó un pollo de mil demonios porque había olvidado comprar aceite de oliva, cuando le tocaba a él comprarlo. Ella se administra cada día, antes del aperitivo de las cuatro de la tarde, una gran cucharada sopera de aceite, que supuestamente le cubre las tripas y así después aguanta mejor el alcohol. Charles la dejó gritando y se puso el abrigo sin contestarle, diciéndose me voy de putas. En eso

iba a emplear su dinero. Pero una vez delante del pequeño local de masajes de la rue de Belleville, del que tan bien había oído hablar en el bar, se limitó a echar un rápido vistazo a la entrada, con sus sillas de plástico y sus pósteres de reflexología en las paredes. Y dio media vuelta.

Había ido mucho de putas en la época en la que estaban detrás de la estación Saint-Lazare. A veces daba vueltas alrededor de una chica media hora antes de atreverse a preguntarle cuánto cobraba. Cuando no estaba borracho, era tímido con las mujeres. Lo que no impide que, sin alardear, les gustara. Conoció a las grandes damas de la calle. A las que no podías engatusar. No eran más guapas que las chicas de hoy en día. Pero tenían respuesta para todo, te cerraban el pico, más te valía comportarte. Al final, cuando había que buscarlas en los grandes bulevares, no era tan práctico. Él no tenía coche. Iba a pie. Ellas no tenían habitación. Lo dejó correr cuando pasaron al otro lado del periférico. No iba a coger el tren de cercanías para que le chuparan la polla... Cuando los chinos invadieron Belleville, se lo montó una vez en la calle, con una mujer en anorak que era guapa y amable, pero que no hablaba una palabra de francés, y no le excitaba tanto no poder decirse siquiera hola. Pensó «ya ves, hasta las putas eran mejores antes», y ya nunca quiso volver a saber nada de las chicas del bulevar de la Villette. No le decían nada, tampoco aquel día. No iba a obligarse por el mero hecho de que acabara de caerle dinero. Pagó su ronda de coñacs en la barra del Zorba y luego se reunió con la Véro, como todos los días, en el bar de apuestas de la rue des Pyrénées. Si le hubieran dicho que un día le tocaría el gordo y se vería como siempre, tirándose de los pelos con la gorda...

La Véro es un zapato viejo, se lo pone y está bien dentro. No puede ser casualidad, veinte años seguidos con la misma tía, por fea y coñazo que sea, es porque le encuentras algo. Todavía no le había dicho nada. Decidió guardárselo para él. Temía que la noticia de su buena suerte se extendiera como un reguero de pólvora y que hordas de hembras surgieran de debajo de las piedras diciendo que era el padre de sus hijos y reclamando pruebas de ADN para aprovecharse de su dinero.

Poco a poco se acostumbró a la situación y entendió lo que iba a hacer con aquel dinero: nada. Fue el primer sorprendido, pero, después de haberlo pensado bien, su vida le parecía la mejor posible. Iba a seguir con ella, pero mucho mejor. Iba más a menudo a la peluquería, era su coquetería. Para él la mantequilla de cacahuete, la cerveza de marca y las maquinillas de afeitar de cinco hojas... Se acabó eso de doblarse por la mitad en los estantes del Dia para comprobar el precio del camembert. Elegía lo que le gustaba sin preocuparse de cuánto costaba. La Véro sospechaba algo. Se inventó que él le ocultaba una herencia —habían vendido la casa de un tío que se había muerto. Como si él fuera de una de esas familias en las que los tíos son propietarios de algo más que de su ojete... pero ella notaba que en general papeaban mejor y bebían más, sentía que se traía entre manos algo que no era normal. Y a la vieja vaca le intrigaba. Charles se decía de vez en cuando que tenía que casarse con ella —pero no era fácil proponerle el chiringo sin levantar sospechas. ¿Cómo

justificar que de repente le apeteciera casarse con aquella gorda? Ahora, cada vez que se enteraba de que Fulano se había muerto de repente, de un paro cardiaco o atropellado por una moto, sentía una inquietud que le jodía el día. Joder, el careto que pondría la pobre Véro si él la palmara sin haberse asegurado de que ella heredara... Menuda historia, la lotería. En cualquier caso, un quebradero de cabeza.

Su primer auténtico placer de viejo con dinero fueron las zapatillas de deporte, en Go Sport. La cosa sucedió así: se sentía incómodo con sus viejos zapatos y se dijo bueno voy a comprarme un par nuevo. Tenía en mente unos elegantes, pero no sabía dónde ir a buscarlos, así que se encontró de pronto sentado en Go Sport, donde un chico le propuso varios modelos. Se probó un par, por pura curiosidad. Entonces ante él se abrió todo un mundo: por fin un ámbito en el que el progreso no era una palabra vana. Joder, el calzado había llegado a ese nivel y él seguía cargando con sus viejos zuecos. Desde entonces se había comprado zapatillas nuevas cada mes. Por más que las escondiera, la Véro estaba al quite y volvía a berrear «me da la impresión de que tú tienes dinerito... se te va la olla, mi pobre viejo».

Nunca hizo nada con la pasta. No tardó en tomar su decisión. No iba a convertirse en un cabrón a su edad. Al tío del banco postal que gestionaba su cuenta casi le da un síncope al descubrir su nuevo saldo. Se hartó de invitarlo a los partidos de fútbol más prestigiosos, pero a Charles se la pelaban. Deporte de imbéciles. No, no tenía intención de charlar sobre el futuro de su dinero con nadie. Era una de las sorpresas agradables que llegan con la riqueza. Hasta que estamos en la situación de decir que no, no podemos decir que seamos incorruptibles. Jamás lo habría pensado de sí mismo. Habría creído que sería vil, interesado, que perdería la cabeza con los ceros de un cheque. En absoluto. Se dio cuenta de que no le costaba nada decir que no. No. No le interesaba ganar más de lo que podía pulirse. Aun así, le gustaba ver al mocosito del banco salir de su despacho como un demonio en cuanto iba a enviar una carta. Charles se divertía pegándole la bronca: pero ¿por qué vienes a buscarme a la cola, eres tonto o qué? ¿Quieres que todo el barrio se me pegue al culo para pedirme dinero? Lo único que el pobre tío podía hacer era ponerse rojo y disculparse. Charles era el cliente más importante de la oficina, incluso del distrito. Menuda historia.

Una tarde, a última hora, la Véro acababa de ver una película francesa en la tele, se metió un mechero en el culo y andaba con cuidado de que no se le cayera, supuestamente para fortalecer las nalgas. Charles la miró contonearse, burlón, y le comentó que, en la película, la actriz tenía el culo muy pequeño, mientras que en su caso, con su trasero, que no pasaba por las puertas, el milagro habría sido que el mechero se cayera.

—¿Qué quieres fortalecer con toda esa grasa? Antes de fortalecer nada, habría que fundirla.

Ella empezó a refunfuñar diciendo que antes de conocerlo estaba delgada y tenía buen tipo, una especie de Mariah Carey de Belleville, y que era él el que llenaba el frigorífico de mierdas con azúcar y los armarios de patatas fritas, y que por eso perdía

su figura. La Véro, en los veinte años que hacía que la conocía, siempre había sido un armario, pero estaba convencida de que hacía mucho tiempo había sido guapa. Cuando pillaba en la barra a una jovencita que estaba buena, la agobiaba con cuentos de cuando ella estaba como un tren y todos los tíos babeaban al verla llegar. Leyendas. La tía siempre había sido fea. En su caso, al menos, no era para lamentar envejecer.

Pero la Véro siguió con su rollo, que era culpa suya que no estuviera divina, y que además le gustaría mucho saber de dónde sacaba de repente todo aquel dinero, y si no era mala suerte compartir la vida con un hombre y que te engañe, que seguro que le había caído una herencia, y además una buena cantidad, y que le daba vergüenza confesarlo.

—Eres un pedazo de gilipollas, ¿qué te crees? ¿Que vamos a pegarnos todos a ti como ladillas porque un tío te haya dejado diez mil euros al cascar? Pobre muerto de hambre, me das pena... Venga, escupe, ¿cuánto has heredado?

—¿Y qué cambiaría, pobrecita mía, si te dijera que me ha caído una herencia? ¿Sabrías lo que hacer con el dinero? No vas a ir a comprarte trapitos... pareces un tonel destrozado a patadas, ¿qué querrías? ¿Ir a la peluquería? No te quedan ni cuatro pelos en el tarro. ¿Ir a depilarte el bigote? Si solo es eso, quédate ahí, que te presto una maquinilla. ¿Qué te crees? ¿Te pagarías una liposucción? Venga, vete a que te hagan una liposucción, idiota, y déjame beberme mi cerveza en paz.

Creía que ella iba a adoptar sus aires ávidos de vieja carcamal para hablar de una casa en el campo en la que se pegaría la vida padre. Como todos los obreros, a los que les han metido en la cabeza que no hay nada mejor que ser propietario y tener tu pequeño jardín. Cuando ves cómo tiene la Véro su habitación, no le deseas una casita... Joder, no. Esta mujer es una salvaje.

La Véro se encogió de hombros, resignada a que sus sueños no sirvieran de nada, aunque contenta de acariciarlos, y contestó sin dudar:

—Si yo tuviera dinero, cariño, iría a ver Nueva York. Nueva York, Los Ángeles, el Gran Cañón y Chicago.

Lo dijo en un tono que él nunca le había oído, un tono sin acritud ni resentimiento, un tono de jovencita de verdad, y él habría podido reírse en su cara por haber bajado la guardia tan fácilmente, pero se dejó manejar, dejó que lo conmoviera. Se lo tenía bien guardado, la vieja zorra. No se imaginaba que él podía pagarle ese viaje, le salió así, ni por ir de listilla ni por jugársela. Lo había dejado a un lado, algo que le apetecía, algo que desear. Veinte años dándose golpes de bar en bar para sujetarla cuando tropezaba, escuchándola vomitar en casa, y nunca le había comentado nada. Y ahora ahí estaba, sonriendo con todos sus dientes podridos — todavía tiene todos los dientes, aunque rotos, pero dado su color y su estado, habría sido más higiénico que se le cayeran. La había desairado por no perder la costumbre. Pero le había dejado pasmado. Tres meses antes, con la jeta debajo del rodillo compresor, sin que se aflojara jamás la presión de las facturas, no se habría permitido

el lujo de que le pareciera conmovedora, al contrario, la habría pateado por decir tantas tonterías. Tres meses antes, ni siquiera tenía curiosidad por lo que pensaba. Así que este era el secreto del dinero: sentir bastante espacio para permitirse movimientos del alma.

—No irías a ninguna parte, vieja puta. Porque no tienes pasaporte y te costaría mucho saber qué hacer para conseguir los billetes, y una vez allí, ¿qué cojones harías, pobre loca?

—Eres una mierda como un piano, de verdad. Ahora, ir allí no es más complicado que coger el metro, aunque el billete no vale lo mismo. Y si necesitara el pasaporte, iría a buscarlo, y listo. Tengo mis papeles en regla, señor mío.

—No moverías tu enorme culo ni un pelo. Los borrachuzos sois todos iguales: unos bocazas.

—¿Para qué hablo contigo? Nunca has viajado. Eres un paleta. Siempre has sido un paleta.

—No me gustan los viajes. ¿Qué harías allí que no hagas aquí?

—Pasearía, imbécil. Iría a beberme un whisky, cogería un taxi y me iría a ver el parque, si hay ardillas intentaría atrapar una, escucharía a la gente de allí hablando en versión original y cogería el metro. Nunca has ido a ninguna parte, no sabes cómo es el extranjero.

—Solo serías una turista gorda de mierda.

La Véro había tenido una vida antes de convertirse en asidua al bar a jornada completa. Había sido profe más de veinte años. De literatura. Era sin duda la única tarada a la que conocía lo bastante zumbada como para que la echaran de la educación pública. Cuatro meses de vacaciones por año, veinte horas de clase por semana, y aún era pedirle demasiado... Charles odia los viajes. Nada le jode más que hacer una maleta, aparte quizá de tener que lavarse los dientes lejos de su casa. No ha llevado a la vieja a ningún sitio. Ni se planteaba gastar su pasta en viajes idiotas.

Un sol tardío y agresivo ha borrado todo rastro de los chubascos de la jornada. Charles siente el calor mordiéndole la pierna a través de la tela del pantalón. Un jardinero del parque, con un mono caqui, empuja una carretilla vacía silbando. Pasa una pareja, el hombre va unos pasos por delante de la mujer, balancea los brazos con furor militar. Charles cambia de opinión. No era buena idea dejar que la señorita de rojo se largara sin advertir a Vernon que lo buscan.

—Dame el número de la mujer de rojo. Por si acaso...

—¿Sabes dónde está Vernon?

—No.

—Claro que sí, lo sabes, te conozco... No seas chungo, cuéntame el secreto... Quieres ligarte a la tía tú solo, ¿verdad?

—Mírame bien. ¿Qué posibilidades crees que tengo de convencerla de que se dé

una vuelta por los matorrales conmigo?

—Todo depende. Si de verdad quiere saber dónde está ese tipo, quizá esté dispuesta a...

—Claro. Precisamente por eso no voy a decirte dónde está Vernon. Abro la última cerveza, me das el número y hablamos de otra cosa.

—Venga, cuéntame el secreto. Yo conocí primero a ese Vernon.

—Levántate. Vamos a dar una vuelta.

En un banco, una chica con un vestido blanco de volantes ensaya el tema de *Carmen* al acordeón. Al pasar, Emilie se pregunta si las enaguas vuelven a estar de moda. Si no estuviera tan gorda le gustaría llevar cosas así, vaporosas y tan femeninas. Pero aunque estuviera delgada, sería demasiado vieja para ese *look*. De alguna manera, eso la tranquiliza.

Ese sintecho imbécil le ha minado la moral. «Podría haber tenido tres chiquillos cuando tenía la edad.» Cuando entras en contacto con los más pobres, se supone que lo lógico es que tu suerte te tranquilice, no que te sientas más mierda. Pero hasta con los más precarios, las mujeres como ella pasan por un cero a la izquierda. Emilie busca el Rosa Bonheur sin estar convencida de que avanza en la dirección correcta. Nunca ha tenido sentido de la orientación, y hoy, que está disgustada, todavía peor.

Vernon ocupa sus pensamientos desde que lo echó de su casa. Reconstruyendo su itinerario, se dio cuenta de que ella había sido la primera persona a la que él se dirigió cuando se quedó sin casa. Quizá fue inútil que fuera tan dura.

Sin embargo, la primera noche se felicitó. Al volver a su casa vacía, se alegró de haber defendido su territorio. Se puso un pantalón American Apparel, agujereado en la entrepierna, y su camiseta de Hello Kitty negra y rosa, que solo se pone cuando está sola. Quitarse los vaqueros al llegar a casa es siempre un gran alivio. Se los compra demasiado estrechos, contando con que perderá peso de forma inminente. Lo que hace que se pase el día entero tirando del jersey para que le tape las caderas. A la altura de la cintura sobresalen los michelines de grasa y parece una magdalena pasada. Encendió una vela Diptyque, que llevaba meses cogiendo polvo, para crear un ambiente acogedor. ¿Quién le había regalado algo así? Valen una fortuna y parece que son tóxicas. Hizo varios estiramientos aprendidos en yoga mientras escuchaba mantras tibetanos en YouTube. Se quedó tumbada boca arriba, con las palmas hacia el techo, respirando desde el estómago hasta las clavículas y relajando la mandíbula y el vientre. Las cortinas dobles de color gris compradas en Zara Home la protegían del exterior, del frío, de los sonidos y de las miradas. Luego puso el álbum de versiones de Cat Power repitiéndose que se alegraba de estar sola. De poder relajarse y volverse a centrar. Calentó una pizza Monoprix Gourmet, se instaló en la cama con una bandeja y vio en internet un documental de la cadena Arte sobre la muñeca Barbie. Si no hubiera estado sola, no habría podido hacer ninguna de estas pequeñas cosas que le procuraban tanto placer. Después de cenar, se terminó la botella de vino blanco devorando un paquete de 250 gramos de Maltesers, aunque se los comía de uno en uno, dejando que el chocolate se fundiera bajo el paladar antes de masticar la galleta... Se acostó temprano, pero le costó dormirse.

Pensaba en el frío que hacía fuera, y por más que se acurrucara bajo su grueso edredón rosa buscando la tranquilidad, se preguntaba si Vernon habría encontrado dónde alojarse esa noche. El cuento de la cerillera la atormentaba. Emilie se decía que no debía hacerse responsable de la vida de un hombre al que cuando lo había

llamado pidiéndole ayuda, no se había dignado a contestarle. Y que la jodería si estuviera en su casa: ¿qué podrían contarse? ¿Por qué iba a imponerse algo así? No, Vernon, coge tu mierda y llévatela a otra parte. No ha hecho terapia para reproducir viejos esquemas de culpabilidad de clase. Sí, sus padres le compraron un piso en París, y para ella fue más fácil que si hubiera nacido pobre en pleno Brazzaville. Tampoco va a pasarse la vida castigándose por eso.

Se sentía menos culpable porque Vernon tenía recursos. Seguro que, mientras ella se preocupaba sola en su habitación, él estaba en excelente compañía, bien alimentado y más cuidado que ella. Vernon mentía, Vernon no se esforzaba mucho en la vida, Vernon no se había preocupado de ella cuando murió Jean-No. Pero Vernon también había sido un amigo. Le había caído bien, la verdad, y durante años entraba en su tienda gritando tonterías y se sentía bien con él porque siempre la recibía con atención y con cariño. Lo hacía con todo el mundo, se las arreglaba para que todo el mundo se sintiera único e importante. Y a ella le gustaba. Y ahora así están las cosas entre ellos. Qué feo. Le asustaba darse cuenta de que lo que más le molestaba de la presencia de Vernon en su casa era que fuera testigo de su vida. Mientras nadie estuviera allí para ver cómo vivía, podía pretender, sin mentir realmente, que llevaba una existencia bastante rica. Una existencia que permitía no quejarse. Es lo que más teme: pasar por una víctima. Pero si considera su vida cotidiana con los ojos de una tercera persona, la cosa se complica. Su curro es una mierda. Acepta cualquier horario. Porque teme que se pongan a malas con ella. Vernon vería la ausencia de amigos, incluso de relaciones. Ninguna fiesta, de ningún tipo. Vería sus ligoteos en internet. Las citas con desconocidos a los que ha conocido en Meetic, para las que pasa horas arreglándose depilándose maquillándose peinándose vistiéndose para no ver otra cosa en los ojos de quien la descubre que la decepción. Ya no puede disimular su edad. ¿Qué más vería Vernon? Su cocina, ese lugar que tanto mima. Una pared de infusiones. Una barra de aceites ecológicos. Y objetos alegres por todas partes, todos esos colores vivos: imanes en el frigorífico, saleros con forma de Mickey, cajas de hierro con motivos de los años cincuenta... una acumulación de indicios de la angustia. Cuanto más intentaba acumular signos de alegría, más subrayaba su profunda angustia. Ni siquiera tiene un gato que le haga compañía. Por las noches, llega a casa y enciende la tele directamente. Y se sirve un vaso de vino. En este orden.

Ha colgado por encima de su mesa un mapa del mundo, y clava chinchetas rojas en los lugares a los que ha ido, y amarillas en los lugares a los que irá próximamente. Viaja cada año. Ahorra y se paga un cambio de aires. Es muy enriquecedor. Pero no le apetece que Vernon lo vea. Si lo piensa desde un punto de vista externo, teme que todo lo que ella suele considerar oasis de placer y de paz se convierta en una serie de indicadores de patetismo.

Aquella noche, Emilie durmió mal. Se levantó para fumarse un cigarro, luego para abrir otra botella, y observó la calle vacía a las cuatro de la mañana. Viejos

recuerdos tomaron forma. Su memoria era un compost, todo se había mezclado y se pudría... tenía que observar con atención para percibir la forma que habían tenido las cosas antes de que todas juntas formaran un vasto rencor. Recordó una de las primeras veces que vio a Vernon, en la tienda. Ella estaba buscando el primer disco de Adam and the Ants, él no lo tenía, y añadió, sin sonreír, «pero tú vales más que eso» y puso un disco de los Cure. Vernon llevaba un anillo con una cabeza de indio con plumas azules y rojas, habría podido ser una horterada pero le quedaba bien. Con unas manos como las suyas, habría sido una lástima no llevar anillos. Recordaba sus gestos cuando manipulaba los vinilos, el índice en el agujerito del centro, el pulgar contra el canto del disco, girándolo con un movimiento de muñeca para buscar el tema que quería poner. Recordaba que una mañana le pegó un morreo inesperado delante de la panadería que abría toda la noche, donde compraban cruasanes calientes a las cinco de la mañana. Ella lo rechazó, halagada pero menos borracha que él, diciendo que no podían hacerle algo así a Jean-No. Anda ya. Más le habría valido aprovechar la ocasión.

Sin embargo, la culpabilidad respecto de Vernon se desvanecía con el paso de los días, sobre todo porque ella echaba un vistazo a su muro de Facebook de vez en cuando y le tranquilizaba ver que se las apañaba. Fue entonces cuando Sylvie hizo su entrada en los comentarios. Ráfagas de insultos dementes se abatían sobre la cuenta de Subutex, acompañadas de fotos explícitas sobre las intenciones de la mujer abandonada: militares degustando el cerebro del enemigo con cucharilla, directamente del cráneo, fotogramas de *Holocausto caníbal* y de *Saw*, decapitaciones, ejecuciones por disparo, con pelotón, por ahorcamiento y por defenestración... Al principio, Vernon intentaba borrar los mensajes a medida que aparecían, lo que tenía un efecto perverso en Emilie: no se despegaba de la página en todo el día, porque no habría querido perderse un episodio del culebrón...

Aun así, no apoyaba la actitud delirante de Sylvie. Toda aquella agresividad mostrada en público, cuando solo les concernía a ellos, tenía algo de grotesco y de patético. Vernon le había robado libros y un reloj. No era elegante. Pero no era como para montar semejante escándalo. La había dejado, y ella no se lo esperaba. Emilie tenía ganas de decir: pasa todos los días. Si cada vez que un tío nos decepciona pegamos fuego a su cuenta de Facebook, la red sería un *white riot*... No estaba de acuerdo con aquel despliegue de hostilidad, pero cuando Sylvie envió solicitudes de amistad a todos los contactos de Vernon, porque él acababa de bloquearla y ella quería seguir montando el espectáculo, Emilie aceptó. Sin dudarlo. Exactamente igual que leemos un artículo sobre las hemorroides de Jennifer Lopez: diciéndonos que es realmente asqueroso hablar de este tema, pero sin plantearnos privarnos de la información.

La locura de Sylvie la fascinaba. Emilie nunca se enfada. Se consume por dentro, aprieta los dientes, se estriñe y se le agujerea el estómago. Pero nunca ha perdido el control hasta el punto de gritarle a nadie. Se contiene, porque en caso contrario le

daría la sensación de exhibirse y cree que se moriría de vergüenza. El delirio de Sylvie, que traspasaba todos los límites que Emilie se imponía, tenía también un carácter casi catártico. La mujer herida forcejeaba con una pasión que necesariamente suscitaba admiración. Era culpa suya, era ridícula, pero la animaban por todas partes. A los internautas les encantan los combates de boxeo. Hay que decir que sus amenazas de capar a Vernon a mordiscos en cuanto lo encontrara eran más entretenidas que los vídeos de bebés murciélago. Consciente de su popularidad, creó el hashtag «dóndesehametidosubutex». Los primeros días, su iniciativa fue un fracaso. A nadie le apetecía lanzarse a una caza al hombre. Sylvie parecía ser peligrosa. Aun así, un imbécil retuiteó la foto publicada por Lydia Bazooka, en la que aparecía Vernon colocado y sonriente delante de su ordenador... Pero el auténtico acelerón fue Pamela Kant. Cuando entró en el hilo de la conversación, con su nombre artístico, empezó la persecución. Los tíos habrían vendido a su madre por un halago de la pornstar. Emilie, como tantos otros, se quedaba conectada todo el día, y cuando el grupo se trasladó al WhatsApp, siguió su movimiento. Allí encontró a Xavier y Patrice, dos viejos conocidos, y retomó el contacto con ellos. Curiosamente, cuanto más invisible era Vernon, más importancia adquiría en sus vidas. Una comunidad bizarroide de exclientes de Revolver se encontraba en las conversaciones y se preguntaba: estás aquí, qué es de tu vida. Entretanto, Pamela Kant, que contaba con varios miles de followers, arrastraba tras su estela a una auténtica milicia de ociosos, que se lanzó en busca de Subutex. Acabaron reconociéndolo al fondo de una foto que ilustraba un artículo sobre los baños públicos del distrito XIX. Entonces apareció otro internauta asegurando haberse cruzado con él en la verja del parque Buttes-Chaumont.

Emilie seguía todo esto de cerca, pero sin atreverse a intervenir, hasta el día en que, volviendo a su casa después de haberse pasado por el Dia a comprar papel higiénico, leche y puerros, se encontró a Pamela Kant plantificada delante de su puerta. La reconoció por internet. Al natural era mucho más baja de lo que parecía en las fotos. Iba disfrazada de americana que no quiere que la reconozcan: gorro, chándal y gafas oscuras. Tenía los ojos clavados en su teléfono, y al acercarse, Emilie vio que estaba jugando al Tetris.

—¿Es usted Emilie?

—Depende de lo que quiera de ella.

—¿Sabe quién soy?

—No tengo ni idea.

A Emilie le cabreaba llevar un *pack* de doce rollos de papel higiénico y una bolsa de la que sobresalían unos puerros. Al primer vistazo, se había fijado, pese a la ropa de deporte, en la estrecha cintura de Pamela Kant y en su estómago de revista: un cuerpo ultraplano, aumentado por unos pechos enormes. Parecía una muñeca salida

de una fábrica distinta de la suya. A Emilie le resulta difícil alegrarse de la suerte de los demás. Le gusta la idea, pero no la aplica. Las chicas guapas no le inspiran ningún sentimiento noble. Se subió el pantalón con la mano que tenía libre y deseó que la pequeña que tenía delante desapareciera por combustión espontánea.

—¿Tiene tiempo para un café?

—¿Quién es usted?

—Soy una amiga de Vernon Subutex.

—Tengo prisa, no podré charlar mucho rato.

—Me ha dicho que dejó algunas cosas en su casa y me ha pedido que pasara a recogerlas.

—¿No le ha dado mi ordenador? Qué raro. Precisamente me dejó su bolsa porque se suponía que vendría a buscarla el día en que me devolviera el ordenador que le presté. Pero no me sorprende tanto. He oído decir que ahora se dedica a eso, a llevarse cosas de sus amigos y no devolverlas... Debería considerarme afortunada de que en mi casa no robara nada.

Era un golpe bajo. Pero a Emilie le ofendió tanto que Vernon hubiera tenido la desfachatez de mandarle a aquella imbécil, que estaba dispuesta a decir cualquier cosa para desahogarse. Pamela insistió, se notaba que era una mujer poco acostumbrada a que le dijeran que no. Piel bonita, pelo brillante, nariz fina, tono claro, buen porte, joder, cuanto más la miraba más ganas tenía de ver cómo la atropellaba un autobús.

Emilie no entendía —pero no le apetecía preguntar y dar a entender que le interesaba— qué podía hacer aquella mujer con Vernon. Luego lo vio claro de repente: las cintas. Vernon le había dicho que eran grabaciones de Alex Bleach, y Emilie las había olvidado pensando que no tenían ningún interés. Como había dejado la bolsa en su casa sin pedirle que la cuidara especialmente, imaginó que Vernon había filmado al cantante haciendo una tortilla en su cocina... Pero si Pamela quería la bolsa, significaba que no se trataba solo de imágenes de una noche de colgados... Y si las cintas tenían valor, ese valor recaía automáticamente sobre Emilie, que era la que las tenía. En su cerebro todo se conectó: era lo que también estaba buscando la periodista de mierda, Lydia Bazooka. Emilie nunca había relacionado la bolsa que descansaba debajo de su cama con lo que todo el mundo andaba buscando. De repente estaba en el meollo de aquel asunto. Y la perspectiva le encantaba. Su nuevo estatus no la animó a ser amable.

—Dígale a Vernon que quiero recuperar mi ordenador.

—Puedo pagárselo, me parece normal. Dígame qué modelo es y nos ponemos de acuerdo en el precio.

—Vernon tiene que darme permiso personalmente para que le dé la bolsa. Estoy cabreada porque no cumplió su promesa de devolverme el ordenador, pero no es ese el problema, entiéndame... No la conozco, no puedo entregarle sus cosas sin que él mismo me diga que se las dé. ¿Quién me dice que él está de acuerdo?

Emilie sabía positivamente que no encontraban a Vernon. Estaba ganando tiempo. Estaba exagerando. No es frecuente sentir que tienes las de ganar en una conversación con Pamela Kant. Y lo aprovechaba.

—¿De verdad no quiere que lo hablemos tomando un café?

Emilie observó que la actriz intentaba evitar la mirada de un tío raro que merodeaba a su alrededor. El tipo parecía retrasado, con gafas de montura grande y jersey granate demasiado corto, algo fallaba en su conducta y había reconocido a Pamela Kant, a la que dirigía gestos grotescos. Emilie sonrió, y esperaba que aquella sonrisa lo hubiera dicho todo:

—No, no tengo tiempo, de verdad.

El breve destello de angustia que atravesó la mirada de Pamela Kant la desconcertó. Para una vez que se tomaba la revancha, tenía un sabor repugnante. Repitió «de verdad tengo prisa, lo siento», pero mientras empujaba la puerta con el hombro añadió:

—Dígale a Vernon que me pegue una llamada o que me escriba.

—No lo encontramos.

—Pero ¿no me ha dicho que le había pedido que recogiera su bolsa?

—Me lo dijo antes de desaparecer. A Xavier, un viejo amigo suyo, lo atacaron estando con Vernon, fuimos todos juntos al hospital, y allí fue donde Vernon desapareció.

—¿Conoce a Xavier?

—Sí, y a Patrice también. He visto que eran amigos suyos en internet.

Emilie se quedó tan sorprendida de lo que acababa de enterarse que a punto estuvo de proponer a Pamela que subiera a su casa y se tomaran aquel café. No había personas más antagónicas que Patrice y Xavier. ¿Cómo lo había hecho para conocerlos? Pero el placer de cerrarle la puerta en las narices fue superior a ella, puso cara de pena y repitió:

—Entiéndame. No tengo nada contra usted. Pero imagine que Vernon viene mañana a preguntarme dónde está su bolsa. ¿Qué le contesto? ¿Que llegó una chica, me la pidió y le entregué todo lo que te quedaba?

—Lo entiendo.

—¿Sabe dónde está?

—La última vez que lo vieron estaba en el Buttes-Chaumont. Voy a pasarme por allí... voy a preguntar a Xavier y a Patrice si quieren ayudarme...

—¿Quiere que le eche una mano?

Aquella misma noche entró en las conversaciones del grupo de WhatsApp. Se encontraron todos dos días después en los alrededores del parque Buttes-Chaumont: Xavier, Patrice, Lydia Bazooka, Pamela Kant y su amiguito marica, Daniel, que de entrada a Emilie le pareció demasiado amanerado, pero fue tan amable con ella que luego le pareció encantador. Se pasaron el día interrogando a todos los sintecho del barrio, y la noche hablando de sus encuentros en una pizzería sencilla, y el vino rosado la tumbó al día siguiente, pero le gustó reunirse con ellos. Estaban sinceramente preocupados por Vernon, eso los unía. Pamela sin duda se preguntaba qué pasaría si lo encontraban muerto en algún sitio: ¿le entregarían las putas cintas? Le costaba disimular que le obsesionaban. Pero en general era más bien simpática. Bromeaba con demasiada facilidad como para mantener las distancias mucho tiempo.

Al día siguiente, por la noche, mientras volvía a casa después de haber hecho una sesión de rayos UVA en su misma calle, Emilie encontró la puerta de su piso abierta de par en par. Habían pasado por su casa. Lo primero que hizo fue correr hacia el cajón en el que escondía algo de dinero en efectivo, luego comprobó que su joyero estaba intacto, y solo entonces pensó en ponerse a cuatro patas para mirar debajo de la cama. La bolsa de Vernon había desaparecido.

Entró en pánico. Mientras esperaba a que la policía llegara a hacer el parte de la entrada en su casa, avisó a los demás. Estaba convencida de que había sido la puta de Pamela Kant. Con sus aires de mosquita muerta descarada, debía de haber decidido cogerlas. Las protestas estupefactas de la interesada no habían terminado de convencerla. Emilie se sintió extrañamente mal. Los ladrones no habían revuelto la casa, se habían limitado a volcar varios cajones y a vaciar una estantería. Pero seguía teniendo la desagradable sensación de estar expuesta, el lugar que debía protegerla estaba abierto a los cuatro vientos.

Quedaron en verse en el Rosa Bonheur al día siguiente. Y ahí estaba, vagando por el Buttes-Chaumont en busca de ese bar. Temía que la miraran mal, porque, en el fondo, si hubiera pasado las cintas a Pamela Kant, a todo el mundo le habría ido mejor.

Patrice le manda un mensaje: ya ha llegado. Emilie no tiene la menor idea de en qué parte del parque está. Lo que es seguro es que sigue sin ver el bar. Rodea un lago artificial en cuyo borde resoplan grandes aves.

Oyó decir a una amiga que Patrice pegaba a su mujer. No sabe si es verdad. Suele pasar que al separarse la gente se inventa cabronadas. Aunque no le sorprendería tanto. Este tipo de tío que anda dando lecciones, siempre con la barbilla en alto, con

su arrogancia de tener siempre la razón en todo, bastante bestia... no le cuesta imaginárselo pegándole a su mujer un puñetazo en la cara cuando tarda más de la cuenta en estar de acuerdo con él. Demasiado primario para su gusto. Los tatuajes de marino que le cubren los brazos no lo arreglan precisamente. Emilie nunca ha entendido qué encuentran las mujeres a este tipo de primate. ¿De qué hablan estos tíos en el desayuno? ¿Gruñen golpeándose el pecho, en cuclillas encima del fregadero, mientras ellas degüellan un pollo para que tengan su cuota de sangre antes de tomarse un café? Para nada es su tipo. Lo que Emilie prefiere en los hombres es su inteligencia. Poder admirarlos. Aunque, la verdad, si un tío como Patrice le tirara los tejos, seguro que se lo pensaría dos veces... hace muchísimo tiempo que no se duerme entre los brazos de un hombre. No está tan desesperada como para decirse que cualquiera vale, pero poco le falta...

Ni Xavier ni Patrice han envejecido bien. Se han venido abajo. Los hombros, las nalgas, la barbilla. No se han cuidado los dientes. Intelectualmente, son más lentos. Resulta raro verlos haciéndose bromas. Cuando tenían veinte años, eran incapaces de cruzarse sin pelearse. Hoy en día no parece que sean más tolerantes, lo que parece es que sus ideas no se han movido un ápice, que se han convertido en lenguas muertas a fuerza de repetirlas sin haberlas renovado. Pero ya no les quedan fuerzas para hacerse los gallitos. Con la edad, empiezan a parecerse físicamente. El alcohol gana la partida. Los rasgos se hinchan y la expresión se congela. Se convierten en primos de sustancia. Tiempo atrás Patrice era guapo. Si lo miras ahora, tienes que hacer un esfuerzo para recordarlo.

Xavier está más amargado. Es paradójico, porque de los dos él es al que le ha ido mejor. Escribió el guión de una película que funcionó, tiene un piso bonito, viste bien, sigue con su mujer, vive con su hija y puede pagarse unas vacaciones. Pero está más frustrado. Su humor es el mismo que antes, menos intenso, y la rabia ha cedido el paso a la desesperación. Emilie leyó que las mujeres sufrían menos en la cárcel que los hombres, porque a lo largo de la historia han tenido que acostumbrarse a que las encerraran vigilaran coartaran castigaran y privaran de libertad. No es que lo lleven en la sangre, pero lo cargan como herencia. La misma lógica podría aplicarse al éxito social: las mujeres sufren menos por no haber tenido éxito. Se decepcionan, pero se aguantan. A un tío como Xavier, que lo tenía todo para triunfar —el género correcto, la raza correcta y la nacionalidad correcta— y que al principio rozó el éxito, le cuesta más resignarse. En fin, he fracasado en la vida, no he tomado las decisiones correctas, no vi la ocasión cuando se presentó, es demasiado tarde, ya está hecho... Emilie se da cuenta de que a Xavier le matan estas cosas, que ella soporta pensar. A él le pudre por dentro el rencor del mediocre. Hasta su aliento tiene ese olor. No digiere. Repite machaconamente: los musulmanes los masones los judíos las feministas los chinos los alemanes los portugueses los gitanos los protestantes los hijos de los maricas —seguro que le gustaría que Patrice se pusiera como una fiera al escuchar sus pullas, pero el otro lo mira fijamente y bosteza, se limita a preguntarle de vez en cuando:

«¿Estás siguiendo tu tratamiento?». Por alguna razón que se le escapa, Patrice ha decidido no pelearse con él. Aunque en el fondo no es una persona conciliadora.

Emilie tiene menos sentido del humor. Los delirios de Xavier la molestan. Lo bloqueó hace tiempo en Facebook. No llegó a eliminarlo de su lista de amigos, pero oculta sus publicaciones. Sin embargo, no consiguió ser tan fría como su ética habría querido después del accidente, el día que quedaron para buscar a Vernon. Le costaba relacionar al capullo facha que le provoca urticaria en las redes sociales con el tío al que tan bien conoció. Xavier siempre ha sido semánticamente burdo, Emilie no puede hacer el papel de la virgen ultrajada. Al menos él no les habrá pillado por sorpresa, a diferencia de tantos otros. Y de alguna manera, ver que Patrice aceptaba tomarse a broma sus gilipolleces en lugar de ofenderse la había animado a relajarse. Hay que decir que Patrice siempre había sido una especie de comisario político, el pastor que da el visto bueno o excluye del rebaño. Al final le convino ser tolerante: aquel día tenía algo de agradable y no le apetecía joder el buen ambiente.

Pasar la noche con Xavier, Patrice, Lydia Bazooka, la pequeña Kant y Daniel, su amigo guapo pero marica, era un poco como acostarse con un tío que no está tan mal porque hace mucho que no follas. Te dices que podría ser mejor, pero en cualquier caso te alivias. Claro que habría preferido estar con gente más interesante, más sofisticada, más a su altura. Pero tenía que admitir que le sentaba de muerte estar con colegas que la conocían de antes, o que Lydia Bazooka se quedara colgada de sus labios en cuanto contaba un recuerdo de juventud, o que Patrice la chinchara como si se hubieran visto el día anterior y retomaran una conversación momentáneamente interrumpida. Y cuando encontró la puerta de su casa abierta, le gustó poder avisar a los demás «joder, han entrado en mi casa» y que la llamaran en menos de cinco minutos para preguntarle qué había pasado y si necesitaba algo. Al relacionarse con ellos, Emilie se da cuenta de en qué medida, desde hace años, su vida solo se apoya en sus propios hombros.

Patrice odia los parques. Esos céspedes domesticados para que las familias hagan pícnicos mientras jóvenes idiotas fuman porros lo deprimen. Cuando tiene a sus hijos, dos veces al mes, les deja jugar al fútbol debajo de su casa, suele llevarlos a la piscina, aunque sea obligatorio ponerse gorro, pero nunca van al parque. Cuarenta críos desmadrados por metro cuadrado, y el doble de padres que le ponen de la olla, siempre hay un padre que mete las narices donde no le llaman y le pone de la olla — este tipo de sitios son pelea segura.

Antes de estas historias de Vernon Subutex nunca había estado en el Rosa Bonheur. Acabaron allí la otra noche, después de haber peinado el distrito XIX interrogando a todos los sintecho con los que se cruzaban. La cerveza es cara pero el entorno no es tan asqueroso. Lo que más le gusta del bar es la camarera tatuada. Al llegar, le ha alegrado ver que hoy trabajaba. Pero por más que se remanga para que se le vean los tatuajes, la chica no reacciona. Patrice coge un periódico que han dejado en una mesa de al lado. «El resultado de las elecciones en Italia preocupa a los mercados financieros.» Una ráfaga de ira en la parte de atrás de la corteza cerebral, como una lengua de alquitrán ardiendo. Cómo se atreven a imprimir eso. Clavan en el cerebro esa idea de la deuda, ningún periodista hace su trabajo: contar lo que realmente pasa. Señalar la diferencia entre deuda pública y deuda privada, contar la historia en toda su complejidad —llamar al pan pan y al vino vino, los ricos han declarado la guerra al mundo. No solo a los pobres. Al planeta. Y con el apoyo complaciente de los medios de comunicación, preparan a la opinión pública para las reformas salvajes. Se vuelve loco. Por la mañana, delante de los casilleros de clasificación, los chavales no tienen otra cosa en la boca que el Frente Nacional. Se propaga poco a poco, «Marine tiene razón en lo del euro, nos han tomado el pelo», como si ella no formara parte del cotarro. No les choca ver a la élite aceptando el Frente Nacional con tanta facilidad. «Al fin y al cabo, estamos en nuestra casa», dicen. En nuestra casa. En el centro de clasificación en el que trabaja con contrato temporal, les hacen empezar a las cuatro y veinte de la mañana para no tener que contratarlos con horario nocturno. En esas está la función pública «en nuestra casa». En la función pública es como en los demás sitios: todo para los dirigentes. Ha habido que nombrar cada vez más, pagarles cada vez mejor, acumular privilegios, y todo lo que les han concedido se lo han robado a los de abajo. Los que de verdad hacen el trabajo. Pedazo de imbéciles, ¿cómo es posible que no entiendan que enfrentan a los unos con los otros cuando los calientan al rojo vivo para que se lícen a hostias con los vecinos de su rellano? Los bancos vacían las arcas del Estado con la excusa de que han hecho el tonto, colectivizan sus déficits, privatizan sus beneficios, y los gilipollas de los ciudadanos reclaman una paliza para los gitanos.

Mélenchon es mejor que Marine en todos los sentidos. Su único problema, por complacer, es que no es racista. A los chavales les han lavado tanto el cerebro en los últimos diez años que lo único que les obsesiona es vomitar su odio a los moros. Les

han confiscado toda la dignidad conseguida con siglos de lucha, no hay un momento en todo el día en que no se sientan tratados como pollos a los que despluman, y el único puto plan que les han vendido para que no se sientan tan inútiles es berrear que son blancos y que por eso deberían poder aplastar a los morenos. Y del mismo modo que los chavales de extrarradio queman los coches de debajo de su casa y nunca atacan el distrito XVI, el francés precario pega al que va con él en el transporte público. Aunque se cabrea, no deja de ser dócil. La noche anterior, en la tele, le hicieron saber que había gente más degradada que él, más endeudada, más pobre: el negro, que apesta, el musulmán, que mata, y el gitano, que roba. Mientras que lo que constituía la auténtica cultura del pueblo francés, las conquistas sociales, la educación pública, las grandes teorías políticas, ha sido desmantelado conscientemente —la proeza de esta dictadura de los ricachones habrá sido manipular las conciencias. La alianza bancos-religiones y multinacionales ha ganado la batalla. Han conseguido que el ciudadano sin patrimonio renuncie a todos sus derechos a cambio de tener acceso a la nostalgia de su imperialismo. También en eso te toman el pelo, compañero: si crees que la riqueza de las colonias era para todo el mundo, ya en aquella época solo te concedían el derecho a sentirte blanco, es decir, a que te trataran un poco mejor que a tu colega, que no lo era. Del minero al borrego que empuja su carrito de golf, no habremos vivido mucho tiempo en el reino del ciudadano instruido. Hay que decir que los ricos estaban al borde de un ataque de nervios: se habían cansado ya de tener que ir a Rusia o a Tailandia para ver a buenos pobres, el que se muere de hambre, el que no sabe leer, el que va descalzo, el que hace que te sientas educado, privilegiado y necesariamente envidiado. Este inicio de siglo es una tortura para Patrice, la rabia lo asfixia en cuanto oye hablar de lo que pasa a su alrededor.

Reconoce desde lejos a Emilie, que sube por el camino central mirando a su alrededor. Mueve las caderas al andar, se contonea. Ha cogido peso, avanza como una bola, con cara de consternada. Le han birlado las cintas de Vernon. Emilie se ahoga en un vaso de agua, es capaz de estresarlos a todos por haber perdido la bolsa. En el fondo le cae bien, pero se nota que tiene los estrógenos alborotados, teme que se eche a llorar antes de haberse sentado. Dice «oh, me he perdido en el parque, llevo veinte minutos dando vueltas...». Está sin aliento. Se abanica con el periódico.

En sus tiempos, la chica era curiosa, con sus aires de punk del Jura —tiene algo de saludable y un poco brusco. Era una de esas tías a las que acababas besando cuando habías bebido demasiado, porque solo pedía eso, porque era tierna, la tenías a mano y no temías que te diera calabazas. Pasó buenas noches con ella, sorprendido de que en el catre fuera tan sensual y femenina. Pero luego siempre la evitaba durante varios días y se sentía un capullo por no saber cómo decirle que no tenía intención de repetir. En ayunas, ya no la deseaba en absoluto. Ella tenía la elegancia de fingir que no estaba dolida, incluso llegaba a simular haber olvidado que había pasado. En

general no montaba pollos. Ha sudado mucho, se le ha corrido el maquillaje. El olor del sudor se mezcla con el de su perfume, demasiado fuerte para esta época del año. Está más arrugada que hace dos días. Ha debido de dormir mal y se habrá tomado menos tiempo para arreglarse. Levanta un poco la barbilla, se apoya en el respaldo de la silla y dice:

—No me lo puedo creer... ¿Qué pasa con esa puta bolsa?

—Es una pena que no escucharas las cintas, quizá así entenderíamos por qué todo el mundo está tan nervioso...

—Machácame. Venga. Lo necesito, te lo juro. Necesito que me hagan sentir aún más mierda...

—Tranqui, cielo, no te cabrees... No estaba acusándote. Si Vernon hubiera dejado en mi casa tres cintas de Alex Bleach, yo tampoco habría corrido a verlas...

—Ah, ¿lo ves? Gracias.

Le sorprendió ver que Emilie entraba en la conversación de WhatsApp. La había perdido de vista, pensaba que estaba demasiado ocupada con otras cosas para que le interesara aquel grupito de iluminados que buscaba a Subutex. No tardó en entender que se reprochaba haber dejado tirado a Vernon cuando se refugió en su casa. Había sido la primera persona a la que él había recurrido. Le debió de parecer raro que lo tratara como a un extraño. Si Patrice no recuerda mal, en aquella época estaban muy unidos. También se dio cuenta enseguida de que Emilie había cambiado: ahora se quejaba todo el rato. Daba la impresión de que se pasaba el día haciendo la lista de las personas que no habían sido guays con ella y de que le costaba muchísimo ser generosa con cualquiera. Coloca a Patrice en una situación ambivalente: le apetece mandarla a la mierda y se siente culpable por ello, porque sabe que en el fondo es buena tía, pero no ha tenido suerte. Sobre todo con los tíos. El tema le atañe —por culpa de tíos como él, tías que eran básicamente amables se convirtieron en arpías.

No tenía la menor intención de chuparse una hora de tren para buscar a Vernon con Pamela Kant. Como proyecto, le parecía rozando lo psicótico. Ella apenas lo conoce, ¿qué quiere de él? Pero el hecho de que Emilie se metiera en la historia lo empujó a decir vale, participo. Le conmovía que se preocupara tanto por el vendedor de discos, y tampoco se sentía demasiado orgulloso de haber dejado que Vernon durmiera en la calle. Cuando Subutex se marchó de su casa, no le dijo «no sé dónde dormiré mañana». Hizo su bolsa, parecía relajado, dijo «no quiero imponerme más tiempo» y Patrice lo dejó marchar. Se enteró mucho después de que el tío se había buscado un trozo de cartón para dormir en la calle. Le produjo un efecto raro, era inevitable. Vernon habría podido quedarse dos o tres semanas más en su casa sin que le supusiera una molestia. El tío es limpio, silencioso durante el día, buen cocinero y buen compañero de tele. También por eso se había unido a los demás chiflados para encontrar a Subutex. Si le hubieran echado el guante, le habría dicho «deja de hacerte

la víctima» y le habría pasado un juego de llaves de su casa.

Se arrastró hasta el parque echando pestes porque le agobiaba perder todo el día haciendo gilipolleces. Paradójicamente, la perspectiva de ver a Pamela Kant suavizaba un poco su humor. Aunque su obsesión por localizar al antiguo vendedor de discos le parece poco clara, la chica le ha caído simpática. Hablan mucho por WhatsApp y Facebook. Le gusta. Pero odia el porno. Lo envilece. No le apetece empalmarse mirando a mujeres rebajándose al nivel de las perras, pero se empalma, y le llena la cabeza de guarradas a las que no está acostumbrado. No le piden su opinión, le meten porno en las narices a todas horas. Le molesta. Imposible descargar un juego o una serie sin que aparezcan fotos de todas las guarras que viven a menos de cien metros de su casa y que quieren una polla ahora mismo. Y en pelotas, las vecinas, por supuesto, si no podría pasar por alto el mensaje. De vez en cuando echa un vistazo, no puede evitarlo. Le da asco. Le excita y le da asco excitarse con eso. Pero ¿a quién pueden quejarse los tíos? Se supone que tienen que encajar todo lo que les tiran a la cara, y apañárselas. Para las mujeres es fácil. En cuanto abren la boca para decir que sienten que las ensucian o que no aceptan, se detienen todas las rotativas y se las escucha lloriquear. Él siente que la pornografía lo ensucia. Siente que abusan de él, pero ¿a quién va a quejarse? Los tíos tienen que aguantar lo que les echen sin dar por saco con su sensibilidad. Se parte de la base de que están necesariamente dispuestos. Nadie se pregunta si les gusta que los pillen por los cojones cada dos por tres, como tampoco preocupa a nadie si les apetece o no ser padres, o si pueden pagar la pensión alimenticia que les imponen... viene a ser lo mismo. La masculinidad es «empálmate y apoquina» sin alternativa.

El caso es que al principio era un poco reticente a Pamela Kant. Pero, ahora que la conoce, ya no la ve tanto como a una pobre chica del porno. Es más bien una *pin-up*. Es más cachonda que otra cosa. Es muy excitante, no puede decir lo contrario. No fuerza la máquina —por la calle no lleva escote, ni nada demasiado provocador. Es solo que le da pena saber que ha tenido que hacer algo así. Es un curro de obrera, chica del porno —los tíos se hacen boxeadores y las tías hacen porno.

Se encontró recorriendo los alrededores del parque y parándose a preguntar a cada sintecho si conocía a un tío que se llamaba Vernon Subutex. Charló con un chico desgreadado que llevaba el saco de dormir en la cabeza, como una tortuga; bebió cervezas con una pareja de yonquis, *hippies* post Mad Max tan guarros que parecían miembros de la ZAD, le tocaron canciones a la guitarra, no sabían meter un acorde y olían mal pero eran bastante divertidos; conoció a un maliense hierático y desconfiado, tuvo que hacerle toda una danza del vientre para que aceptara hablar y dijera que no, no había visto a nadie que se pareciera a Subutex; bebió vino con un viejo que le contó que se protegía del frío untándose grasa de foca pero tenía toda la pinta de ser una chorrada... Al final se emborrachó en el Rosa Bonheur con los demás y se contaron el día con cierto horror —hay muchas maneras de ser sintecho,

nunca le habían dado tantas vueltas. A la hora de cerrar, Xavier cantaba un viejo tema de Les Vierges, «Hey, chicos, ¿y si vamos a la playa? ¿Qué? Mejor palmarla», y Emilie tocaba la batería en la mesa con las palmas de las manos, daba gusto verla tan contenta, recordando perfectamente la letra «No somos de esos tíos que van a la playa, si nos quieren encontrar tienen que buscar en los sótanos, no somos ángeles queremos divertirnos no somos ángeles nos gusta descantillar» y era más gracioso que sórdido. Es lo que le sorprendió.

Ahora mismo, Emilie no está de humor para bromas. Está desconcertada, abre su paquete de tabaco con un gesto brusco, se coloca en los labios un cigarro al revés, enciende el filtro, lo chamusca, suspira agobiada, tira el cigarro y coge otro. Patrice no sabe qué hacer para consolarla sin que se imagine que intenta ligar con ella —la tía está más caliente que las brasas, hay que ser muy hábil para ser amable sin que se imagine cosas raras:

—Intenta relativizar... Tampoco es...

—Han entrado en mi casa. Ahora me siento muy vulnerable...

Cuando piensa que ha visto a esta tía metiéndose ácidos al despertarse, cuando estaban juntos de gira en Bretaña, tragándose los con el café «porque acababa de encontrárselos en el fondo del bolso». Y ahora su corte de pelo se parece al de su madre. Joder, cambiamos, la verdad. Ya no sabe qué decirle. Entre ellos se instala un incómodo silencio. Emilie le da pena. Lamenta que a los hombres les gusten tan poco las mujeres de su edad. Patrice lo ve así: los cuarenta son insalvables. No se le ocurre tirarse a mujeres que le recuerdan a su madre. Amabilidad, ternura, por qué no. Pero deseo, impensable. Emilie no ha tenido hijos. Es lo que necesitan las mujeres de su edad. Un crío de unos diez años, solo de ahí pueden sacar lo que necesitan y lo que los hombres ya no podrán darles. Está convencido de que está bien montado y de que por eso las mujeres tienen hijos: ellas mismas crean a los últimos seres humanos que les harán compañía en la vejez. Emilie no merecía dejar atrás la vida así. Aplasta el cigarro, saca enseguida otro del paquete, se da cuenta de su gesto, deja el cigarro en su sitio y juega con el mechero.

—Pero ¿cuándo has vuelto a ver a Xavier?

—Es raro, ¿no?

—Sí. Se me hace raro veros juntos. No me atreví a comentar nada el otro día.

Nunca se habían tragado. Cuando se enteró de que habían pegado una paliza a Xavier, le pareció más bien gracioso. El capullo había tardado en recuperar la lucidez tras el breve coma en el hospital. Cuando volvió en sí, exigió salir inmediatamente para «seguir con su rodaje». No quería que la productora perdiera demasiado dinero... el pobre viejo se imaginaba que era director. Su mujer tuvo que explicarle, con toda la paciencia del mundo, que solo era un guionista de quinta regional, y que podía hacer su convalecencia tranquilo, nadie lo esperaba. A ese respecto podía

relajarse.

Xavier siempre había sido un gilipollas. De joven era muy ambicioso, pero no por bajar a la acera a vender el culo vas a hacer una fortuna. Su única cualidad fue darse cuenta antes que los demás de que en el underground podía hacerse dinero. Estaba dispuesto a todo, pero no era capaz de gran cosa. Siempre se odiaron cordialmente, pero con ese respeto imbécil a los adversarios que han alimentado las películas de gánsteres. En ellas se aprende una especie de guirigay de código de honor que hacía las veces de código ético.

Cuando Pamela le habló en internet de un coma grave, en una conversación privada —se había puesto en contacto con él poco después de que Vernon se marchara de su casa, y desde entonces mantenían una correspondencia bastante simpática—, a Patrice le sorprendió esperar que Xavier se recuperara. Por despiste, o por debilidad, había olvidado odiarlo. Luego se dejó embarcar en aquella gilipollez del grupo de WhatsApp, Xavier se unió a ellos y no tuvo valor para mandarlo a la mierda. Al contrario, a su pesar, añadió un mensaje amistoso en los comentarios públicos. Una especie de tregua. No es un tío sensible. Y entre la justicia y su madre, siempre ha dicho que elegía la justicia. Pero la caída de Vernon había hecho tambalear sus ideas. ¿Para qué sirve ser puro y duro si no te preocupas de saber que tu colega duerme en la calle? Quizá Subutex estuviera muerto. Esta posibilidad lo hundía.

Cuando apareció Xavier, delgado y pálido, para buscar a Vernon, se alegró de ver al muy capullo en pie. Sonrió al reconocer a Patrice, con la absurda bondad de los pacientes a los que han administrado grandes dosis de drogas legales, y le tendió la mano como si fueran viejos conocidos.

—¿Acabo de salir del coma y lo que veo es tu sucia jeta?

Su hilo de voz era tenue. Emilie, Pamela y la pequeña Lydia examinaban un mapa del parque intentando repartirse las zonas... Patrice dijo a Xavier:

—¿No crees que, a tu edad, hay que ser un poco gilipollas para seguir peleándose?

—No me dieron tiempo para que me hiciera la pregunta en estos términos... Ni siquiera tuve tiempo de abrir la boca cuando ya estaba KO.

Miraron las palomas un momento, sin encontrar nada que contarse, y luego Xavier dijo con los ojos medio cerrados:

—«Cuando llegue la revolución no estaremos en el mismo lado de las barricadas». ¿Recuerdas que lo decías a todas horas?

—Nunca he dicho nada parecido.

—Pues sí. Cuando ibais a por nosotros porque nuestra bomber no era del color correcto... a la izquierda radical siempre os ha apasionado hacer de policías...

—Perdona, no sabía que criticando tu bandera azul blanca roja iba a herir tu sensibilidad hasta el punto de que lo recordaras veinte años después. ¿De qué te quejas, papaíto? La historia avanza como tú quieres, ¿no?

—«Cuando llegue la revolución no estaremos en el mismo lado de las barricadas.» Reconocerás que había que ser gilipollas para soltar semejantes sandeces...

—¿Vas a pasarte así todo el día? No te canses. No era yo. Te confundes.

—Claro que lo dijiste. No reniegues ahora.

—Te han dado un golpe muy fuerte en la cabeza, eso es todo.

—Y a mí me habría gustado decirte: si no estamos en el mismo lado, gilipollas, es porque te has equivocado de revolución.

—Sabía que estabas enamorado de mí... Un día me rompiste dos dientes. Estábamos pegando carteles del Scalp y robaste la escoba para pegarme un golpe en la encía. ¿Te acuerdas o no? Enseguida sentí que lo nuestro era amor.

Es verdad que lo decía a todas horas. «Cuando llegue la revolución.» No es que se haya vuelto un renegado. Es que la vergüenza por haberse equivocado tanto le impide recordarlo bien. Tiene una sensación de derrota absoluta. Una palabra que estructuró su vida, una palabra como un sol a cuyo alrededor giraba. Y no sucedió. Se habían dado todas las condiciones, pero lo que llegó fue otra cosa. Y si hoy en día alguien la hace, será sin él. Nada de banderas negras, de barricadas, *Das Kapital*, ni Majnó ni Bakunin. Será algo que la gente de su edad ya no entenderá. Los parias de la tierra han cambiado de cara, y Patrice forma tanta parte del pasado, del que quieren hacer tabla rasa, como las instituciones corruptas. No se produjo una alianza que era esencial. Ahora, todo está dispuesto para que los que no tienen nada se dediquen a querer matar a los que tienen todavía menos, animados por las élites, que están encantadas. Vamos, pobres idiotas, mataos entre vosotros. La economía ya no cuenta con toda una parte de la población. Ya no son trabajadores pobres, son inútiles. El único circuito que alimentan es el de las cárceles. Van a tener que librarse de ellos, y las élites cuentan con el pueblo para hacer el trabajo sucio.

Cuando Xavier llega a la mesa, Patrice le tiende la mano sin dudarlo. Incluso se alegra de verlo y sonrío al oírle preguntar:

—Pero ¿qué es ese abrigo, Emilie? ¿Es una capa de Wonder Woman?

—No tienes ni idea de moda, olvídalo.

—No tengo ni idea pero sé reconocer un traje de circo cuando lo veo.

—No me jodas hoy. Bastante nerviosa estoy ya.

—¿Pamela no ha llegado aún?

—Ya veréis como no viene.

—Sí que vendrá. Lo ha dicho en su Facebook: todavía estoy en la ducha, llegaré más tarde.

Emilie los mira mal.

—Me parece una idiotez contar tu vida en Facebook, como ella hace. Deberíamos eliminar de nuestras listas de amigos a los que se hacen selfies.

Xavier asiente con la cabeza.

—Ella no se hace muchos selfies. Solo suele fotografiar todo lo que se zampa.

—Aún peor.

Emilie se echa el pelo hacia atrás. Prefiere cambiar de tema.

—¿Has encontrado el número de teléfono de la detective de la que me hablaste?

—Se gira hacia Patrice—. Dice Xavier que una chica estaba buscando las cintas mucho antes de todo este follón y que fue a verlo...

Xavier se encoge de hombros.

—«La Hiena.» Vino a decirme que si encontraba las cintas...

—Pero ¿qué contó ese gilipollas para que interese a tanta gente?

Emilie suspira ruidosamente.

—¿Tienes su número?

—¿Cómo es esa tía? —pregunta Patrice.

—Está buena. No es una cría. Pero muy sexual, ya sabes, un poco a lo Sharon Stone. Aunque sin las operaciones.

—Entonces más bien como Françoise Hardy.

—Un poco sí... yo diría que se parece más a Marianne Faithfull si se hubiera quedado muy delgada.

—Entonces tienes que encontrar su número urgentemente...

—¡No os he preguntado si está buena, joder! —explota Emilie—. ¿No sabes dónde has puesto su número?

—Sí. Pero me parece una gilipollez llamarla para decirle «no tengo las cintas pero me pregunto si usted sigue buscándolas porque nosotros las buscamos como imbéciles y también buscamos a Subutex, somos una pandilla de capullos inútiles». ¿Por quién va a tomarme?

La camarera tatuada recoge la mesa de al lado. Su mirada se cruza con la de Patrice. No sonrío. Él la observa alejarse, atento. Emilie le pega un ligero codazo.

—¿Recuerdas lo que nos parecían a su edad los cuarentones a los que les gustaba la carne fresca?

—No me ataques, estaba mirando su tatuaje.

—No has apartado la vista de su culo como un viejo asqueroso en celo.

—¿Tanto se ha notado?

—Conoce a Subutex —dice Xavier—. Iba a Revolver cuando era pequeña. Me oyó hablar de él el otro día y me dijo que su padre la llevaba a la tienda.

—¿En serio? ¿Has hablado con ella? Me cabrea que tú hayas hablado con ella y yo no.

Emilie se pone algo tensa. Está harta de que les apetezca tirarse todo lo que se mueve menos a ella. Patrice vuelve a darse cuenta. Pero siente un extraño placer martirizándola. Ella juega con la cremallera de su bolso y hace un ruido molesto con

las hebillas. Su móvil vibra y se desliza lentamente por la mesa él solo, como un patinador agotado. Ella mira el número frunciendo el ceño.

—He dado mi número a un sintecho del parque que decía que conocía a Vernon, pero creo que eran gilipollecetes... espero que no sea él.

—Contesta.

—Si es él, estoy segura de que va a ser un plasta.

—Estás soltera, ¿no?

Emilie se tapa la oreja izquierda con el dedo mientras escucha, con la cabeza inclinada hacia delante y el ceño fruncido, como si le hablaran en una lengua extremadamente difícil de entender. Asiente, da las gracias, cuelga y arruga la nariz, dubitativa.

—Era el sintecho... Dice que si los esperamos, traen aquí a Vernon.

—¿Parecía hablar en serio?

—En todo caso, merece la pena esperar...

—Sobre todo porque no pensábamos ir a ningún sitio.

Ráfagas de viento se cuelan por el pasillo de la entrada y hacen temblar la puerta en el marco. La Hiena ha intentado inmovilizarla metiendo un cartón grueso doblado en cuatro en la chambrana, pero el ruido se mantiene a intervalos regulares, como si alguien intentara entrar pegando fuertes golpes con el hombro.

Sentada con las piernas cruzadas delante de la mesita, sigue la conversación de WhatsApp del grupo de Subutex. Han quedado en el Buttes-Chaumont. Emilie ha debido de avisarles de que habían entrado en su casa cuando no estaba para robar la bolsa. La Hiena bebe a sorbitos una infusión de jengibre muy caliente, le da la impresión de que está tragando fuego. En la radio, un hombre con voz grave cuenta que algunos pájaros esquivan a los orangutanes porque perciben los infrasonidos que emiten. Alarga la mano y baja el volumen, que le impide concentrarse.

Encontrar la entrevista de Alex Bleach fue un juego de niños. Bastó un poco de paciencia y dejar hacer a Pamela Kant, que estaba montando un escándalo en Twitter, alertando al público de que estaba buscando a Vernon Subutex. La Hiena seguía sus asuntos medio distraída, al principio pensando que la coincidencia era inquietante, y después sospechando que estaban buscando lo mismo... El día que la Kant colgó fotos de ella, triunfante, entre dos policías, comentando sin vergüenza «¡Subutex está aquí! ¡Gracias a todos!», la Hiena rápidamente hizo un par de llamadas a antiguos conocidos para situar la comisaría en la que estaba y bendijo a los dioses al verla salir con Subutex... Siguió a su taxi hasta el hospital y cometió un error: mientras estaban en la entrada, pensó que tendría tiempo de aparcar su flamante moto. Como llovía a mares, perdió cinco minutos para dejarla a cubierto. Al volver, Subutex había desaparecido en la oscuridad, sin apenas levantar la voz. Contrariada, no volvió a perder de vista a Pamela. No es difícil seguirla, la tía se pasa el día con la nariz pegada a la pantalla del móvil. La Hiena no necesitó ser discreta, su objetivo hace todo lo que puede para no ver lo que le rodea. Sabe que si alza los ojos un minuto, abrirá el campo y un pesado se acercará a decirle lo que piensa de sus piernas, su carrera o la depilación de sus ingles.

Lo más complicado era vigilar debajo de su casa. Pamela puede quedarse encerrada tres días seguidos. Por suerte, nadie entrega tabaco a domicilio, porque en caso contrario no tendría ninguna necesidad de salir. En cambio, se sabe todo de su día a día, hora a hora, conectándose a su cuenta de Twitter. Lo que escucha, lo que ve, a qué hora se pinta las uñas de los pies, si se le ha quemado el asado en el horno, lo que piensa del programa de salud de Obama o su última puntuación en el Tetris contra un coreano descontrolado... Al principio te dices no, pero ¿qué edad tienes, crees que aún eres una adolescente? Pero enseguida te acostumbras a su circo. Pamela Kant es apasionante, sobre todo porque es difícil entenderla. Como no pocas profesionales del sexo, parece no tener la menor sexualidad privada —cero cachonda, mejor dedicarse a estudiar la reproducción de los caracoles. La Hiena se pegó una semana escondida en el hotel de enfrente de su casa, controlando sus intervenciones

en la red como si de ello dependiera la seguridad del país. No terminó de saber a qué hora duerme la niña —postea tanto de noche como de día.

Al fin la tristeza es la muerte lenta de las simples cosas. Esas cosas simples que quedan doliendo en el corazón. Ha puesto maquinalmente una lista de música. La voz de Chavela Vargas llena el espacio y despliega en su garganta una sensación familiar de pesadez mezclada con gracia. A fuerza de estar inclinada sobre la mesita, le duele un poco la espalda. Tendría que comprarse una silla. Pero la silla exigiría una mesa, y al final acabas viviendo en un caos de muebles engorrosos... Le gusta vivir en espacios casi vacíos. Paredes blancas, varias cajas de cartón en el suelo, una consola para el ordenador y un sofá por si le da migraña. Es experta en pilas rectas: los libros, los periódicos que guarda y las cajas de zapatos en las que archiva algunos documentos. Un perchero en el que cuelga la ropa, al lado del colchón, colocado directamente en el suelo. La austeridad la tranquiliza. Puede cambiar de casa con un viaje en camioneta, a menudo le ha sido útil. Le gusta este piso. Los lugares son como las personas, hay algunos con los que tenemos más afinidad. Enseguida le encantó estar aquí, enterrada en el distrito XV, en estas dos habitaciones con suelo de madera, de techos altos y ángulos irregulares. En las ventanas no hay cortinas, pero hay muchos ángulos muertos. Falta luz. Por eso le costó tan poco conseguirlo. La gente quiere luz. La Hiena prefiere la penumbra. *Que el amor es simple y a las cosas simples las devora el tiempo.*

Hacía mucho tiempo que la Hiena no lo hacía. Pegarse a la vida de alguien sin su conformidad y no soltarlo. Los viejos gestos reflejos vuelven enseguida, familiares y anacrónicos al mismo tiempo. Y Pamela Kant la condujo ante la puerta de Emilie. Siguió su conversación parada delante de un escaparate con anuncios inmobiliarios, ellas no se dieron cuenta, en dos minutos oyó lo bastante para poder alejarse y dejarlas acabar observándolas desde la esquina de la calle. Pamela se marchó con las manos vacías. Su silueta alejándose, de espaldas, parecía abrumada, y la Hiena se sintió extrañamente conmovida al verla hundirse tan fácilmente. La Hiena conocía a Emilie de las conversaciones en WhatsApp. Las seguía desde hacía un tiempo. Xavier, al que había conocido al principio de la investigación, le había proporcionado su contraseña. Ella no le había pedido nada. Xavier quiso mostrarle el Facebook de Vernon para demostrarle que iba de buena fe cuando decía que ya no conseguía contactar con él. Le contó su vida, «siempre me desconecto después de utilizarlo. Nunca se sabe. No tengo nada que esconder, pero nunca se sabe. No quisiera que mi mujer encontrara un mensaje, lo malinterpretara y sufriera por nada. Me desconecto. No puedo más con todas las contraseñas que hay que poner en internet —hay que abrir una cuenta por página, es agotador. Yo siempre pongo la misma: Frente Agnostic, un grupo que nadie conoce, y así estoy tranquilo». Ella también estaba tranquila —bastó añadir «66», el año en que nació, al grupo desconocido que había

mencionado, y desde entonces tuvo acceso a todas las conversaciones. Nunca hay que despreciar una información que te dan, ni siquiera si en ese momento no parece importante, todas las llaves tienen su cerradura, basta con esperar.

Emilie es bastante tranquila para ser parisina. Baja a comprar sin cerrar la puerta con llave. Perfecto, a la Hiena no le apetecía entrar mientras dormía, sabe que a la gente no le gusta y no tenía nada personal contra su nuevo objetivo. Una tarjeta de crédito, un poco de *feeling* y estaba dentro. Apenas un ligero subidón de adrenalina. La bolsa de deporte que había dejado Vernon estaba debajo de la cama. Fue el segundo lugar en el que la Hiena miró. Se sintió obligada a abrir dos o tres cajones antes de marcharse, por respeto a la víctima.

Encontrar las grabaciones había sido un juego de niños. Los problemas llegaron después. No corrió al teléfono para avisar a su jefe —listo, boss, lo he encontrado todo. Quiso echar un vistazo al material. Para valorar el precio que podía pedir por él. Las pasó un poco putas para encontrar una cámara que reprodujera aún las cintas, pero al ver la entrevista se frotó las manos: exactamente lo que Dopalet temía. Pagaría lo que le pidieran por destruir esas grabaciones.

Sin embargo, el cantante, colocado, no contaba gran cosa. Colocado de coca y de whisky, despotricaba y se lamentaba de su suerte. Era de una belleza extraordinaria, habría podido escucharlo largar sobre el pronóstico meteorológico marino sin apartarse de sus labios. Sus ojos eran hipnóticos. No tenía tanto que ver con su forma almendrada, ni con sus largas pestañas, como con su capacidad de transmitir. Su mirada es magnética, te quedas enganchado aunque no quieras y abre las compuertas de la emoción. La textura de su voz, un silbido de arena, acentúa el efecto de hipnosis. No decía nada muy interesante, pero ella conoce al productor: lo nombra, y a partir de ahí ya no dormirá tranquilo. No soporta la idea de que lo pongan nervioso. Aunque, si escuchara la grabación, mejor haría lanzando un suspiro de alivio y dejándolo correr. Si se hiciera público, bastaría con decir «mirad en qué situación estaba el pobre tío unas semanas antes de palmarla». El trabajo que habían hecho juntos en internet para ensuciar a Bleach haría el resto... Pero Dopalet tiene demasiado poca base egocéntrica para ser un estratega lúcido. La menor contrariedad hace que patalee como un demonio al que estuvieran asando en una barbacoa. Pagará lo que le pida para conseguir las grabaciones, y además le dará las gracias.

Pero no ha marcado su número para avisarle. Solo se ha sorprendido a medias. Era un saber latente —una información que lleva tiempo ahí, de la que aún no era consciente, pero cuya forma presentía. Una vez que sale a la luz, no la pilla desprevenida. Es solo que la luz se posa sobre una parte que estaba en penumbra. Está ahí. Sabía desde hace tiempo que iba a desviarse. Le gustan las encrucijadas. La situación no tiene nada de compleja. La ecuación es incluso sencilla: ¿cuánto pide? Pero no llama. Crossroad, a lo Johnson. Con la diferencia de que en el caso de Robert, dicen que firma un pacto con el diablo. Los hay elegantes. ¿Hemos oído hablar alguna vez de alguien que hiciera un pacto con un ángel? Nunca. Los ángeles

no hacen tratos. El problema de la redención es que es como pasar del *crack* a la manzanilla: se sospecha que tiene sus ventajas, pero de entrada es sobre todo muchísimo menos divertido.

No debería ser complicado. Se lo repite como un mantra. Debería entregar la información al que se la encargó, subir las tarifas y tomarse unas vacaciones. Es la decisión correcta, la más segura. Cínica y lucrativa. Y por otra parte, esta tentación absurda: advertir a los siete u ocho capullos a los que les interesa que es ella la que ha conseguido las grabaciones, y mostrárselas. Es decir, crearse problemas, desestabilizar a todo el mundo, organizar un puto caos en varias vidas tranquilas, vérselas con una tonelada de líos y al final ganarse la antipatía de todos. Podríamos llamar a esta segunda opción la solución de izquierdas. ¿Qué le hace dudar? Está en esto por el dinero, no por deporte. No se hace este tipo de trabajo para luego colgarse en su estado de ánimo. Entonces ¿qué le ha dado?

Piensa en Aisha haciendo sus deberes, en la mesa de la cocina, cuando estaban en Barcelona. Aquella carita obstinada, intolerante hasta la mezquindad, sin una pizca de generosidad. La frente abombada, la nariz un poco brillante a última hora de la tarde, iluminada por el ordenador, los hombros doloridos, que se masajeaba sin apartar los ojos de su trabajo. Aquella dedicación, aquella intensidad que ponía en todo. A la cría le interesaría la grabación. Pondría su vida patas arriba, pero le interesaría mucho.

Por más que aseguremos que no creemos en nada, joder, siempre acabamos admirando que la distribución del caos sea impecable. Como si un escriba borracho, en un rincón, lo hubiera confabulado meses atrás. Porque ahora lo ve así: la cría fue a buscarla pensando en enterarse de cosas sobre su madre. En aquel momento no tenía ningún sentido. Pero hoy todo es diferente. La Hiena puede llamarla y decirle: tengo información para ti. Ven a mi casa con los otros, que lo veremos todos juntos. Solo por ver lo que pasa. Por amor a la poesía —a lo gratuito y al denso caos.

¿Qué hacemos con la verdad? A Pamela Kant también va a interesarle la historia. Y a su amigo Daniel, el testosteronado que pasa en su casa todas las noches, también le interesará. Todo el mundo cree que quiere saber. La verdad es un valor en alza. Pero ¿qué hacemos con ella? ¿En qué se convierte? El productor quiere anularla, negarla, disolverla. Al menos hay alguien que tiene un proyecto claro.

La Hiena se cabrea por no hacerlo, pero no lo llama para darle la buena noticia. Muchos dicen que con la edad se sosiegan. En realidad se encogen, se ralentizan. Pierden aristas. Se quedan atascados en arena blanda y se hunden tan tranquilos. A eso lo llaman madurar. La Hiena forma parte de determinada categoría de duros — aquellos a los que con la edad les pilla la sensiblería, como si la armadura se convirtiera en epidermis, y que descubren estupefactos que se han puesto en conexión directa con el mundo, y poco acostumbrados a sufrir, menos aún de la duda. Muchos comportamientos adoptados en la adolescencia empiezan a desplomarse en la edad madura, y ella pilla estados de ánimo como otros padecen reuma. Ha llegado al final de su pacto con el mal. Obstinarsé sería mentirse. Lo que la retiene de llamar al

productor no es la grandeza de espíritu. Lo que la retiene es una obstinada intuición. Va a avisar a todos los que buscan la grabación de que la tiene ella. Y va a asegurarse de que todo el mundo se entere. No es asunto suyo, pero va a organizar ese pase privado.

No ha dicho nada a Anaïs. La asistente del productor. No hablan del tema. Aunque se ven mucho. De entrada la Hiena tuvo una fijación típica: en el marco de un curro más bien jodido, se centró en el proyecto de cazar a la chica. Se preguntó vagamente qué le gustaba tanto de ella. Anaïs no es del tipo de tías que le gustan. Es una chica demasiado normal, prudente y sin asperezas. Aunque hay lesbianas a las que apasiona la conversión, ella tiende más bien a huir de las hetero. Hay que aguantarlas la primera noche, «ay, no tengo ni idea de cómo tomármelo, he perdido todos mis puntos de referencia», como si con los tíos fueran las reinas del revolcón, te entran ganas de decirles tía, si no sabes qué hacer conmigo en la cama, dudo que te manejes mucho mejor con la excusa de que hay colita y pelotitas. No es cosa de magia divertirse en la cama cuando dos personas tienen ganas de hacerlo. Si se trata de quedarse como una seta, es más molesto entre chicas, efectivamente. Pero si no, déjate llevar, saldrá solo, ya lo verás. Las hetero se estresan demasiado. Parece que se pasen la vida haciendo exámenes de buena conducta.

Pero la pequeña Anaïs le gustaba mucho, así que la Hiena pensó «heterosexual tampoco es una tara», siempre nos las arreglamos para que nuestras convicciones coincidan con nuestros objetivos, y revoloteó alrededor de Anaïs sin dejar lugar a la más mínima ambigüedad respecto de sus intenciones. Iba mucho a la oficina. Dopalet nunca le decía «no, hoy no tengo tiempo para verte», al contrario, la Hiena le era indispensable, como un amuleto capaz de conjurar el destino. El asunto que le había encargado le angustiaba enormemente. Ella podía pedir cita a cualquier hora del día, y la recibía. Con la conformidad del productor, se hacía pasar ante personas que habían sido amigas de Alex por una documentalista encargada de valorar la posibilidad de hacer un biopic. Para justificar sus idas y venidas a la oficina, se reunió con los sucesivos *mánagers*, todos despedidos en un arrebato, el conductor del autocar de la última gira, un *roadie* histórico, una agregada de prensa, la persona de confianza a la que pagaban para que cuidara a la estrella día y noche, también ella echada a la calle de un día para otro, unas semanas antes de la muerte de Bleach, una fotógrafa, un diseñador gráfico... y varios médicos. Bleach buscaba su compañía, y los impresionaba con sus conocimientos enciclopédicos sobre los órganos, el cerebro, las moléculas químicas y los tratamientos. Exigía a su cardiólogo que pasara por su casa a tomar café una vez por semana, a su médico general que lo acompañara en sus vacaciones, a su osteópata que fuera con él de gira... Al principio, los médicos, más confidentes benévolos que proveedores de recetas, se sentían halagados, pero acababan entendiendo que la estrella, en su demencia, los utilizaba, los convocaba y los instrumentalizaba. Alex solía mostrarse educado, humilde y respetuoso, los que se acercaban a él creían amansarlo, tejer con él un vínculo especial. En un momento

dado, todos pensaron que con ellos sería diferente, que ellos «sabrían llevarlo». Todos se desengañaron. El cantante no ocultaba su vulnerabilidad, era divertido y seductor, y enormemente cariñoso. Luego se colgaba. En el momento en que menos te lo esperabas, que solía coincidir con el momento en que más lo necesitabas. Unos y otros buscaban el origen de su comportamiento errático: el padre, que se marchó antes de que él naciera, la madre, fría y distante, madre soltera en un pueblo en pleno campo, con un niño negro al que escolarizar, el padrastro, que reconoció al pequeño bastardo mestizo sin olvidar jamás que no era su padre biológico, el éxito, que llegó demasiado pronto, su gran pasión por las drogas duras... Lo vieras como lo vieras, siempre llegabas a la misma conclusión: el tío tenía una capacidad fuera de lo normal de buscarse su propia ruina. La Hiena contaba todo esto a su jefe, que se tragaba sus palabras y solo retenía una cosa: Alex no hablaba de él a sus amigos. Ella tenía ganas de decirle «pues claro, caballero, cruzada la puerta de tu despacho, no interesas a tanta gente...», pero se lo guardaba para ella. Tampoco hablaba de Pamela Kant, de Lydia Bazooka, de Sylvie... Retener informaciones cruciales es un principio básico para que las colaboraciones sean fructíferas. Y tampoco comentaba su teoría sobre Alex: las personas que descantillan a todas horas, como él, lo hacen únicamente por joder. Porque pueden permitírselo y debe de ser embriagador. Mandar a tomar por saco tres grabaciones seguidas y ver que el *label manager* llega y come de su mano. Porque no le quedaba otra opción. Y Alex Bleach decepcionaba a todo el mundo —tanto al organizador de giras más influyente como al viejo colega que abría su bar de barrio y contaba con él para la inauguración, tanto a la directora de *Vogue* como a la cría tetrapléjica a la que había prometido una entrevista para su página web, defensora de los derechos de los discapacitados. Su fama de tocapelotas le precedía, y ninguna afinidad lo apartaba de su manera de funcionar: seducir, crear expectativas y vínculos, y desaparecer sin previo aviso. Decía sí, estaré, con toda la convicción que puede tener la sinceridad. Porque en aquel momento creía lo que estaba prometiendo, sin la menor duda. Luego fallaba. Decía que no asumía su estatus de estrella, pero multiplicaba los caprichos y las ausencias sabiendo que no les quedaría más remedio que permitírselo todo... lo que sobre todo se garantizaba era la servidumbre del prójimo. Era una actitud agresiva: me necesitas demasiado para permitirte tratarme como me merezco. Y Bleach, en el desorden que generaba a su alrededor, se diferenciaba de otras estrellas de la jeringuilla en que no fallaba en los discos, cuando los grababa, ni en los conciertos, cuando se dignaba a darlos. No hacía nada bien, salvo lo esencial. Aunque todo su entorno lo daba a menudo por perdido, Bleach volvía, y siempre para confirmar su gloria. Hacía años que las cosas no podían seguir «así», decían las personas con las que la Hiena se reunía. A su entorno más próximo parecía sorprenderle más el tiempo que había tardado en morirse que el hecho en sí de que se muriera... pero lo que les impactaba más, a todos, era su éxito. En cada nuevo álbum, los profesionales movían doctamente la cabeza —esta vez había perdido la gracia— pero el público respondía «te quiero» en un movimiento masivo

de aprobación. Y su fama no se detenía en las fronteras del Hexágono. Su encanto surtía efecto. Sus melodías fáciles, que deconstruía justo lo necesario para que no diera la impresión de escuchar música ligera, pero sin apartarse del registro de lo pegadizo y de lo que seduce fácilmente. Tenía una fórmula que funcionaba a tiro fijo, y era un fenómeno del escenario. Allí donde aparecía, los espectadores se convertían en devotos admiradores.

Sus exnovias eran indulgentes. Era uno de esos tíos que gusta mucho a las mujeres —las hacía soñar. No cumplía sus promesas, pero era evidente que las hizo más felices de lo que nunca antes habían sido. Princesas por unas semanas, sentían la gratitud del vientre y no lo odiaban por haberlas destrozado. Las plantó a todas sin que se lo esperaran —después de haberlas idolatrado adorado puesto en un pedestal, desaparecía de la noche a la mañana. Sylvie, la estrella de la web, era la única que parecía guardarle rencor. Todas las demás novias hablaban de Alex Bleach con la emoción de la añoranza, como si siguieran convencidas de que, de no haber muerto repentinamente, cualquier día habría vuelto a disfrutar de aquella felicidad con ellas. Alex no tenía un tipo de chica —era generoso, se las beneficiaba a todas. Desde la joven modelo del Este hasta la duquesa hastiada, hacía creer a todas ellas que era la mujer con la que se sentía mejor. Tenía talento para las grandes declaraciones. Para ellas, pesaba más el agradecimiento por haberlas hecho soñar que el rencor por haberles mentido.

La relación de Bleach con Subutex era atípica. Solía volver a contactar con personas de su pasado, pero siempre para decepcionarlas en el último momento. Nunca abandonó a Subutex. Incluso le dejó aquellas grabaciones. Y el cantante debía creer —o saber— que eran importantes.

Así que la Hiena se las arreglaba para ir a ver a Dopalet a su despacho lo más a menudo posible. Se cruzaba con Anaïs, le tiraba los tejos, sentía que la otra se alteraba, y se ponía de muy buen humor. Durante el día pensaba poco en ella. Eso la tranquilizaba. Incluso le permitió superar una a una todas las etapas que hacen que una historia de folleto se convierta en una historia de intimidad sin hacerse demasiadas preguntas. Se decía «no ocupa mis pensamientos, todo va bien». No, seguro que no, Anaïs no plantea ningún problema. Solo piensas en las tías que te joden. Aquellas con las que todo va bien, que siempre están cuando las buscas, que se humedecen en cuanto las tocas, que gozan y tiemblan como una hoja, que no te preguntan cuándo volveremos a vernos en cuanto te pones la chaqueta, esas chicas raramente ocupan tus pensamientos. Se limitan a hacerte bien, sin ruido. Anaïs es un peso pluma en su conciencia, un placer puntual y reconfortante. Hay toneladas como ella. Aunque ella la atrae como un imán. No tardaron mucho en liarse. Pero eso no calmó el juego. Al contrario. Anaïs la esperaba por la noche, cuando todo el mundo se había marchado de la oficina, y solo llevaba debajo de la cazadora la ropa interior de *pin-up* en colores vivos. Les gustaba follar tumbadas en la mesa, de pie en el rincón del armario del café, en el sillón del productor, pegadas a la fotocopidora del

contable... Luego la Hiena tuvo que apalancarse delante de la casa de Pamela, y al dar la dirección de su hotel a Anaïs empezó a entenderlo: la cría no ocupa mis pensamientos, pero no puedo estar más de dos días sin verla. Metamorfosis. Una mañana te levantas y te das cuenta de que en silencio y discretamente... te has convertido en otra persona. No ve con buenos ojos este apego. Pero no logra controlarse. Se le ha metido en la piel, tiene que admitirlo.

Se coloca entre sus piernas en tijera y le sujeta las nalgas con las dos manos para encajarla lo mejor posible, justo después se la folla, y siente en todo el vientre, por abajo, latidos constantes, mucho más fuertes que la sangre en las arterias del cuello, el coño de Anaïs envía redobles que se extienden a lo largo de sus piernas. No recuerda haber conocido a una chica que palpitara de verdad, como ella.

La Hiena se niega a mandar o recibir mensajes de móvil de Anaïs, y le prohíbe llamarla y enviarle *mails*. Exige que nada sea explícito desde fuera si abren sus teléfonos y ordenadores. Es más prudente. Quedan cuando se cruzan en la oficina, fingiendo hablar del curro. Le gusta así. Y es recíproco. Las demás chicas siempre empiezan diciendo «a mí también me gusta mantener las distancias, mira, lo ideal es que nos veamos cuando decidamos, soy muy independiente». Luego, cuando todavía no han pasado ocho días, quieren saber cuándo cenamos juntas, qué hacías ayer, por qué no vienes a dormir. Pero Anaïs es un paisaje negro, totalmente quemado. No hace preguntas. Rara vez habla de sí misma. Es fuerte y frágil a la vez, y algo en esa tensión la hace enternecedora. Detrás de todo esto hay una historia que acaba de terminar, es evidente cuando vas a su casa. Un piso del que alguien se ha marchado hace demasiado poco tiempo para que hayan podido rellenar todos los huecos que ha dejado atrás.

Un día, Anaïs le dijo «no pensaba que iba a hacer un trabajo así. No pensaba que dedicaría mi tiempo a algo en lo que no creo. Creía que curraría en lo social y que cambiaría las cosas a mi nivel. Y luego me agarré a lo que se presentaba. Y aquí estoy. Rodeada de gente que puede hacer cosas geniales y que ha renunciado totalmente. Y no sé cómo salir de esto». Era la primera vez que decía algo sobre sí misma, y la Hiena se dio cuenta de que la cosa daba un vuelco cuando sintió deseos de decirle «no vayas mañana, dónde te apetece ir, venga, nos vamos juntas». Descubría que le apetecía marcharse con ella. Joder, si se lo esperaba... Con las relaciones siempre pasa lo mismo: se alimentan de acontecimientos que parecen insignificantes y que son tuercas que giran y abren niveles de entendimiento imprevistos.

Y siento tus cadenas arrastrar en mi noche callada. La joven pareja de vecinos, que ha hecho que el edificio tuviera que soportar tres meses de obras superruidosas en el piso que acababan de comprar, se ha instalado por fin. Tienen un bebé de meses que no deja de llorar. Los propietarios se vuelven locos —en el barrio quieren juventud pero no el ruido que conlleva—, pero no vamos a pedir que arranquen las cuerdas vocales a un niño porque molesta a todo el mundo. Sube el volumen hasta

que la voz de Chavela es más fuerte que el ruido que hacen.

La Hiena coge el teléfono y lee los mensajes de WhatsApp. Están en el parque Buttes-Chaumont. Acaba de llegar Lydia Bazooka, con Xavier. Esperan a Pamela Kant y a Daniel. Todo el mundo estará allí. Llama a Aisha. «Hola, tontita, la hija de Satán al aparato, ¿cómo estás?» Aisha no suele bromear. Hay que ponerla realmente en situación. Le pregunta si está libre, le dice que es importante, le dice nos vemos en el Buttes-Chaumont ahora mismo, y resérvate la noche. Luego elige su vestido y su perfume. Se toma su tiempo. Los avisará de camino. En cuanto sepan que llega con las cintas, no habrá riesgo de que se dispersen.

El cielo está sembrado de nubes grises que forman una especie de cubierta por encima de la ciudad. Vernon observa la delgada franja azul luminosa que destaca en el horizonte, tan uniforme como si hubieran extendido un rollo de papel claro justo por encima de los tejados. Un último rayo de sol, obstinado, se desliza por debajo de la capa oscura para dar un toque de brillo al gris de las tejas de París.

La tía que ha llegado a última hora de la tarde no ha dicho cómo se llama. Probablemente es más joven que Vernon, pero está hecha polvo. Lleva el pelo corto y mal cortado, cada ojo va a su rollo, es difícil encontrar el bueno, el que tienes que mirar cuando hablas con ella. Va limpia, no huele mal y lleva ropa decente. Se abalanzó sobre él cuando estaba tan tranquilo en su banco, saboreando un cigarro que acababa de darle Stéphane, el jefe de la obra. «Perdón señor tengo el sida es horrible he ido a ver a la asistente social y me dice que no hay sitio antes del viernes tengo que buscarme un hotel ayúdame señor por favor una mujer quería sacar dinero para mí en el cajero quería darme ochenta euros pero había olvidado la tarjeta y no ha podido señor es horrible es para el hotel ayúdeme por favor.»

Vernon esbozó una sonrisa y se encogió de hombros, «Ya ve que no tengo casa... si le dan ochenta euros para un hotel, avíseme, me encantaría dormir en una cama a mí también». Ella lo miró de arriba abajo, desconfiada, no estaba tan chalada como parecía a primera vista. «¿Tú duermes en la calle? No pareces un sintecho.» Como si sospechara que estaba usurpando el calificativo. Se sentó a su lado y se quitó los zapatos, que llevaba sin calcetines. «Mira, es horrible.» Si las uñas de sus manos, rojas e hinchadas por el frío y los medicamentos, tenían una mugre impresionante, las de los pies eran espectaculares: largas garras de color naranja, tan largas y gruesas que habían girado sobre sí mismas y se habían enredado entre sí. Vernon no podía apartar la mirada de sus pies. Pensando en su dedo hinchado, se preguntaba cuánto tiempo tenía que pasar para llegar a ese punto, cuánto tiempo tenía que pasar hasta no parecerse en nada a la persona que había sido. Y aunque no sentía la menor nostalgia de su identidad social, cuyos contornos y exigencias le parecían ahora totalmente absurdos, seguía temiendo que su cuerpo se deteriorase. Parece que le quedaba aún algo de camino por delante antes de resignarse.

«Mira, tengo que ir a que me curen, me duele mucho, tengo los pies destrozados. Pero cuesta veinticinco euros. Y no los tengo. Tienen que curármelos...» Vernon se dijo ochenta euros de hotel más veinticinco de pedicura, había que admitir que la tía tenía cierta ambición. Intentó hacerla entrar en razón: «Si no quiere dormir en la calle esta noche, sería mejor que fuera por aquella calle, la que baja... Vuelva a Belleville, abajo hay más gente para pedir limosna. Aquí puede que no encuentre a nadie. Y allí está lleno de pobres, que dan más fácilmente que los ricos que viven aquí, les afecta más». De repente se veía dando consejos de supervivencia en el entorno urbano, como si supiera algo. Lo único que quería era que se alejara, porque tenía claro que iba a causarle problemas.

«Pero no puedo pedir limosna asusto a la gente míreme tengo el sida los asusto.» Vernon asintió solemnemente. «Quizá no merece la pena decírselo de entrada, puede decir que necesita un hotel sin explicar que está enferma.» Es cierto que, desde el punto de vista de la comunicación, quizá el sida no era el mejor argumento con el que empezar.

Ella estaba nerviosa, angustiada y convencida de que Vernon tenía dinero y de que si le tocaba bien los cojones, acabaría soltándoselo. O llevándola a algún sitio donde la ayudaran. Pero él no tenía ni idea de dónde llevar a la tía, aunque solo fuera para quitársela de encima. Ella lo cogía del brazo, se callaba dos minutos y volvía a lo mismo. Probablemente le había pasado algo malo, la idea de dormir en la calle la aterrorizaba hasta darle espasmos, y era del todo evidente que lo que más temía no era el frío. Molestó sin piedad a Vernon, que no tardó en dejar de lado la idea de hacerle preguntas. Cómo se llamaba, de dónde era, si solía andar por la zona... la charla superficial que en unos días había aprendido a mantener con los sintecho no funcionaba con ella. Demasiado bloqueada. Cada vez que intentaba preguntarle algo, ella le mostraba una herida atroz. No sabía cómo librarse de ella.

Anocheció y ella seguía pegada a su banco. Vernon sabía que a dos no les dejarían rondar por allí mucho tiempo. Los mismos que eran simpáticos con él, los tíos de la obra, Jeanine o los dos chicos que le habían bajado una manta, en cuanto aquello empezara a parecer una convención de facóqueros aftosos, perderían la paciencia y llamarían a la policía.

El Sacré-Coeur resplandecía, a lo lejos, con un blanco espectral bajo la luna todavía llena. Aquella noche la enseñó a pasar por encima de la verja para acceder al patio trasero de la casa, y la tía se apropió de toda una parte, que empezó a delimitar llevando piedras a la casa. Aprovechó la luz de la luna para tirar fuera todo lo que andaba por el suelo de los anteriores ocupantes, dos condones usados, un mechero oxidado, una tarrina de plástico vacía... Mientras se instalaba, lo miraba con hostilidad desafiante, como diciéndole si te acercas te mato, y Vernon se preguntó si empezaba hablando de su sida por eso, para disuadir los ardores de los tíos como él. La observaba de reojo mientras ella se preparaba su sitio para dormir, lo hacía con un cuidado ridículo, con gestos precisos, hábiles, que no se correspondían con su aparente desorden mental. Cuánto tiempo tenía que pasar para llegar a ese punto era una pregunta que lo atormentaba. Quizá aquella noche entendió que no podía seguir así. Iba a tener que largarse de la colina Bergeyre.

Ella no podía dormirse, hablaba en la oscuridad, contestaba a un interlocutor que a veces la hacía reír, pero que básicamente la aterrorizaba y al que tenía que tranquilizar: no no te aseguro que iré a verla el viernes por la mañana me ha dicho que me dará alojamiento. Vernon la dejaba desvariar. En plena noche pegó varios gritos terroríficos. No había ninguna posibilidad de que los vecinos lo aguantaran mucho tiempo.

A la mañana siguiente, cuando Vernon se levantó, ella lo imitó, y él ni siquiera

intentó hablar con ella, decirle que si se quedaba los iban a echar, mientras que hasta entonces él se las había arreglado bien allí... Salía siempre de la casa disimuladamente, por el fondo del patio, asegurándose de que en aquel momento no hubiera nadie en el jardín comunitario, ni en los balcones, enfrente. Lo más invisible posible. Pero la tía se había instalado en el jardincito del fondo, todo el mundo podía ver a aquella vagabunda cochambrosa a la sombra del gran roble, hablando sola. Y Vernon la dejó allí diciéndose: bueno, ya está, habré aprovechado el tiempo que haya durado...

La euforia es frágil. Una palabra equivocada y volvemos a bajar —él espera regresar a su viejo estado, los calambres, la angustia y toda la pesca. El gran drama, la conmoción, el miedo, la negación, todo un caos de emociones fuertes. Y luego nada. Tiene que marcharse y se dice no hay prisa. Piensa en Marcia. Piensa en ella de vez en cuando. Lo acompaña más que le falta. Ya no lucha. Debe de ser eso estar deprimido. Ver las cosas desde lejos, sin plantearse intervenir. Nadie le había dicho que era más bien agradable. Pensaba que traía consigo la oscuridad, la crispación, sensaciones difíciles. En absoluto. Sigue interesándose tanto por las nubes. Puede observarlas durante horas, en su interior solo siente el vacío —una calma que debería ser mórbida y que es tan blanca como las putas nubes.

En un momento del día, la tía, al volver, derriba la verja que tanto ha procurado Vernon atravesar sin destrozarla, ella la echa abajo y la pisotea sin escrúpulos. Incluso podría decirse que le produce un perverso placer colocarse encima gritando. No es uno de esos pobres que intenta ser discreto. Está furiosa por lo que le pasa. No tiene la intención de que la olviden. Vernon la observa divertido. Lo siente por ella, pero aun así alucina con el follón que monta, y que pone en evidencia hasta qué punto ha procurado hacerse pequeño. Luego la tía se sienta a su lado en el banco y enseguida empieza otra vez a pedirle dinero. Vernon piensa en Pulgarcito. Podría bajar a pie con ella, perderla en algún sitio y volver solo.

Cuando la silueta del viejo Charles se perfila al fondo de la calle, se alegra de verlo llegar. En ese instante no reconoce a Laurent, que camina a su lado. Al verlo acercarse, desde lejos, Vernon piensa que se cuida un huevo para ser un sintecho. El tío es un fantasma, pero tiene buenas razones para serlo. Hay que pensar con coherencia y tener cierta dosis de obstinación para mantener un poquito el *look*: zapatos fuertes y en buen estado, vaqueros de su talla, barba de dos días... pero lo admirable es sobre todo la postura: Laurent camina con la espalda recta, sacando pecho y con la barbilla alta, la precariedad no lo ha encorvado ni lo ha machacado. A fuerza de contarse que es un tío de la calle excepcional, que ha elegido su vida y que desprecia a las clases trabajadoras tanto como a las que los explotan, Laurent ha acabado convenciéndose. No carga con ninguno de los estigmas que conlleva su situación. Intercambian un enérgico apretón de manos y Vernon hace una mueca de

dolor, siente en el dedo un pinchazo tan fuerte que le duelen hasta los riñones. Laurent le guiña el ojo con complicidad: «Así que has encontrado un sitio bonito, cabroncete... no conocía este barrio». Charles señala el paisaje con un gesto amplio y orgulloso, como si estuviera mostrando su casa: «Con vistas al Sacré-Coeur, por favor... una basílica erigida sobre la fosa común de los partidarios de la Comuna, es como si esa puta nos escupiera a la cara todos los días: ¡moríos, pobres asquerosos!». Pero todavía no le ha dado tiempo a hacer su solo sobre el tema cuando la tía se abalanza sobre él como una muerta de hambre que hubiera encontrado un banquete: «Señor tengo el sida es horrible hace semanas que duermo en la calle no hay alojamiento antes del viernes y necesito un hotel tengo mucho frío estoy enferma». El viejo le da un golpecito en la espalda, sin asco y sin retroceder, mete la mano en el bolsillo trasero y saca un billete de cinco euros y una moneda de dos. «Solo tengo esto, guapa, no puedo hacer más, pero tengo cerveza, ¿quiere cerveza? Las hemos pasado canutas para subir un *pack* de seis, podemos compartirlas...», y la tía cae de rodillas, sin decir gracias por el dinero, que se mete en el bolsillo, y lloriquea, «por favor con esto no hago nada, vaya a buscarme dinero al cajero». Vernon abre las manos en un gesto de impotencia: «Tiene fijación con los cajeros automáticos».

Laurent no le hace caso, deja que lllore sin mirarla, va directamente al banco y se sienta en el respaldo, con los zapatos llenos de barro encima del sitio en el que Vernon siempre se sienta. Mira al frente con las manos en los bolsillos, «¡Joder, qué vista! Estás realmente bien, entiendo que no te hayamos vuelto a ver». Luego suelta hacia un lado un escupitajo tan denso que parece una clara de huevo, a Vernon le da una arcada y lo escucha comentar: «Aunque aquí, con tu tía, estás en la mierda... las tías así son un coñazo para nosotros... aún peor que los sin papeles, perdona que te lo diga... cuando yo empecé en la calle, a toda esta gente la metían en hospitales, que es donde tienen que estar, no en la calle... Verás a muchos así. No puedes hacer nada con ellos. Con los chechenos, los malienses y los africanos, aún... Puedes poner límites, te pones de acuerdo con ellos sobre los territorios, puedes decirles que no se acerquen, si tienes una navaja y sabes usarla, hay muchas posibilidades de que entiendan tu lengua... Pero esta gente... Les falta un tornillo y cada mes que pasan en la calle empeoran un poco más... es un descontrol, ya nadie los quiere. Y hablar no sirve de nada, no hay estrategia posible... ¿Qué quieres que hagamos? Tampoco vamos a quemarlos». Vernon asiente, al menos está de acuerdo con la última afirmación, incluso le tranquiliza saber que Laurent no piensa en nada tan radical.

Charles habla cinco minutos con la loca, intenta hacerla razonar —tiene toda una lista de centros a los que podría dirigirse, pero ella no quiere ni oír hablar del tema, quiere dinero del cajero automático para su hotel de ochenta euros, nada más. Al final, el viejo pierde la paciencia y cambia de estrategia: «Cierra el pico ya o te pego una paliza, ¿me oyes?». Ella, aterrorizada, trepa por la verja que al final echará abajo de verdad, se hace daño en las manos al pasar demasiado deprisa al otro lado, Vernon ve las palmas de sus manos manchadas de sangre y ella se esconde en el jardín. Duda

si seguirla, ha cambiado de actitud en cuanto el viejo ha alzado el tono, realmente le ha dado miedo y se ha escabullido como un animal. Laurent lo retiene chasqueando la lengua contra el paladar. «Olvídate de ir a consolarla. No sirve de nada. Volverá a hablarte de su cajero. Lo hace adrede. Los chalados son muy manipuladores. ¿Tienes dinero para ella? ¿No? ¿Tienes el número de un buen matasanos? No. Pues déjala. No tienes nada de lo que necesita. Déjala que busque en otra parte. Solo te traerá follones, y tú no le darás nada de lo que quiere. Lo vuestro no beneficia a ninguno de los dos.»

Charles escucha su sermón facha sin tomarse la molestia de contestar, pero por la cara que pone se nota que no es de la misma opinión. Observa el fondo del jardín con mirada contrariada. El viejo es sensible. Vernon recuerda aquella figura tambaleante, inclinada sobre él en plena noche, cuando él deliraba de fiebre en su banco, y el viejo gritaba: «Cabrón, estás ocupando mi sitio», y luego, al ver que Vernon no estaba en condiciones de contestar, Charles se puso nervioso: «Pero si estás ardiendo de fiebre, idiota, así que ni siquiera puedo cascarte tranquilo, estás a punto de palmarla». Se marchó medio berreando, medio vacilante, y volvió horas después —con una bolsa de naranjas que le lanzó al tórax. «Tienes que comértelas y meterte en algún sitio. Aquí vas a palmarla...» Y Charles volvió otra vez, unos días después. Jadeaba: «Estas escaleras acabarán conmigo, es increíble. Me gusta venir, pero está altísimo, por Dios. Miro a ver si se vende alguna casa. Me gustaría vivir aquí. Jodería a todo el mundo». Y se rio mientras abría una botella de vino. «Parece que estás mejor, ¿no, cabroncete? Pero que sepas que sigues estando en mi banco... Durante el día, normalmente le doy a la cerveza, pero hoy es fiesta, me apetecía hacer una excepción. Así que no te has muerto. Es gracias a mis naranjas, ¿no es verdad?» Y hablaron bebiéndose la botella. El viejo era tranquilo. Desde entonces pasa a verlo cada dos días, llega y dice: «He venido con una botellita de vino. Para que brindemos». A lo que Vernon contesta: «Por la posición del sol, ya suponía que era la hora del aperitivo», y Charles añade: «¿Qué hay de nuevo en tu puesto?», Vernon intenta responder con una broma, la ligereza le parece la menor de las cortesías, «estoy incómodo, en mi casa aún no han puesto la calefacción» o «todavía no me han traído la ropa de cama, sigo esperando...», y charlan empujando el codo. Charles hace el papel de viejo gruñón, pero es más sensible que una margarita en brote. Saca del bolsillo de su impermeable un sacacorchos, sujeta la botella con los tobillos y clava la varilla retorcida en el corcho. Ofrece la botella llena a Laurent y pregunta a Vernon en un tono falsamente desenfadado:

—¿Estás al corriente de que allí abajo tienes a una tribu de chiflados buscándote?

—¿Qué dices?

—Son varios. Vienen todos los días a tocar las narices a todo el mundo. Preguntan por ti.

Vernon se queda pálido y Laurent levanta la mano para indicarle que se tranquilice.

—No parecen cabreados. Más bien despistados, en general... o disimulan muy bien su juego, o no quieren hacerte ningún daño.

—En realidad, casi diría que están preocupados...

—No. No sabía nada.

—Pero ¿se te ocurre quiénes son? Dijeron muchos nombres... no recuerdo ni uno.

—No se me ocurre por qué iban a buscarme... sí, me llevé un par de cosas... pero de ahí a organizar batidas en manada hasta en el Buttes-Chaumont, diría que dramatizan un poco.

—Te lo he dicho, colega: no parece que te odien.

—¿Crees que me buscan para hacerme carantoñas?

—Tienen careto de osos amorosos, eso sí... En todo caso, en tu lugar, bajaría a aclararlo...

Charles les indica con un gesto que vuelve enseguida y se aleja con el cuerpo algo encorvado, inclinado hacia delante —no parece que el viejo tenga problemas de espalda o de rodillas, pero en cuanto empieza a estar mamado le gusta adoptar andares de enfermo. Vernon cree que va a mear, pero pasa con cuidado por encima de la verja de la casa, la rodea y, con la botella en la mano, corre a buscar a la loca.

Laurent echa la cabeza hacia atrás y eructa tan fuerte que parece que se ha metido una cámara de eco en el pecho. Un ruido corporal como ese hay que currárselo toda una vida... Contento con el efecto, añade:

—Aunque solo fuera por cortesía, tendrías que bajar a saludarlos. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿De qué tienes miedo? ¿Has hecho tonterías?

—Ya sabes de qué va el tema... cosillas. Cuando las hacemos, pensamos que vamos a devolverlas, que lo solucionaremos... por ejemplo, me llevé un ordenador prometiendo devolverlo, y al final tuve que dejarlo atrás... no tengo ningunas ganas de que la dueña me encuentre... y otra vez me tomé la libertad de llevarme dos libros y un reloj... de la persona equivocada.

—Siempre hay que elegir bien a tus víctimas, algunas se conforman menos que otras.

—Exacto. La mía es muy vengativa, mucho.

—Está en su derecho, la verdad.

—Está en todo su derecho. Y yo en el mío de evitar volver a cruzarme con ella.

—No van a juntarse ocho para buscarte solo porque has revendido dos libros y un reloj... cuidado, eh, no digo que lo que hiciste esté bien... lo que digo es que para nada parecen una pandilla de tarados capaces de poner cara de simpáticos para lincharte por una chorrada...

—¿Qué coño hace Charles? ¿Ha ido a hablar con la loca? Para una vez que está tranquila...

—No te preocupes, no es de los que...

—No pensaba en eso.

—Si andas con vagabundos, te aconsejo que lo pienses... con la excusa de que están borrachos, los hay que aprovechan para hacer cualquier cosa. —Laurent abre los brazos y añade—: Pero Charles no es de los que se meten con tías que no pueden defenderse, las prefiere ariscas. Bueno, ¿levantas el culo y bajamos? No finjas que te lo estás pensando, ya volverás a tu banco. Tampoco van a quitártelo por la noche... ¿Sabes que puedes apalancarte en las vías del tren? Coco y Pako dejaron sus sacos y dos sitios para dormir... si quieres cambiar un poco de ambiente...

—¿Duermes en las vías del tren?

—Hace mucho tiempo que no pasa ningún tren, no te preocupes por el ruido... Es un sitio de cuatro estrellas, el hotel de lujo del tío de la calle... Tranquilo, bucólico, espacioso... Bueno, no tengo las vistas que tienes aquí, pero tengo florecillas y menos vecinos.

—¿Sois muchos?

—Te propongo un plan de oro, no te hagas ahora el remilgado... Éramos tres, pero los otros dos se han ido. Estaban hartos de pasar frío en verano y decidieron bajar a Toulouse. En autobús. Reunieron el dinero del billete pero les dije tíos, me sorprendería que os dejaran subir en un autobús... en fin, parece que les dejaron, porque no han vuelto. Ahora mismo estoy solo, como un rey. Defiendo mi territorio. Mira, las vías están muy buscadas. Estamos bien protegidos del viento.

Charles vuelve, sube y baja los brazos en señal de impotencia.

—Se le va la pinza que es un contento, a la tía... Vernon, siento decirte que has perdido toda tu soledad. Se siente bien aquí. No piensa en moverse de momento.

Laurent se levanta y se sube la cremallera de la chaqueta.

—¿Vamos? ¿Quieres coger tus cosas, Vernon?

—No tengo nada.

Laurent silba, admirado.

—A ver, tío libre de los cojones... ¿no tienes un saco de dormir? ¿Ni siquiera un cepillo de dientes?

—Nada.

—Tienes que apestar a babuino, so cerdo... Espero que tus colegas no estén buscándote para pegarte un morreo... ¿En marcha?

Bajan despacio los escalones que llevan a la rue Manin. Charles tiene que pararse a medio camino. Se apoya en la pared, sin aliento, se lleva una mano al corazón y se sienta en la escalera.

—Por Dios, qué alto, se me dispara el corazón. Así debe de ser en Bogotá.

El viejo se sube los calcetines finos azul marino, que no pegan con sus zapatillas Nike último grito. Son calcetines de tío que curra en un despacho, y Vernon se pregunta de qué época de su vida proceden. Intenta imaginar a Charles limpio, con su pelo, preocupado por llegar a la hora al curro y con el maletín bajo el brazo, pero le cuesta pensar que un día pudo ser un trabajador modelo... El viejo se seca la frente

diciendo «no» con la cabeza.

—Vosotros tenéis buenas piernas, seguid sin mí...

En el tono del tío que pide que lo abandonen en el campo de batalla. Laurent y Vernon dicen te esperamos no tenemos prisa, y Charles, molesto, los echa con un gesto de la mano como los que se hacen para alejar a los perros.

—No seáis lapas... necesito descansar tranquilo.

Laurent protesta pero enseguida cambia de opinión, coge a Vernon por el codo y lo arrastra por la escalera con mano firme, diciéndole al oído con poco disimulo «ya entiendo, quiere subir a hablar con la chica sin tenernos pegados a la espalda... el abuelo es así, a veces desvaría... pobre viejo, no es el heredero de L'Oréal, pero es capaz de dilapidar sus escasos ahorros porque alguien le da pena». Vernon asiente. Conoce a Charles. Debe de estar ya comprando una bolsa de naranjas para la loca. Ojalá no se las tire a la cara.

Cruzan la rue Manin, pasan la verja del parque, una lluvia cerrada les cae sobre los hombros. Vernon se dice no encontraremos a nadie, esa gente no nos esperará y volverá a su casa. Se siente más tranquilo que decepcionado, no está seguro del recibimiento que le espera. Laurent continúa avanzando y Vernon lo sigue. Bordean una pendiente cubierta de césped, todo el paisaje está lleno de desniveles, un caos de verdes, de hojas ligeramente diferentes, desde aquí apenas se oye la ciudad. A Vernon le sorprende la tranquilidad. Lo invade un intenso olor a tierra mojada, árboles cuyo nombre no sabe extienden sus ramas por encima de ellos, tranquilizadora guardia de honor vegetal. Dejan atrás una cascada artificial. En un terraplén, unos chinos ensayan una extraña coreografía a cámara lenta, indiferentes a la llovizna —parecen apartar enormes nubes invisibles. Laurent entra sin dudar en un bar, y Vernon le sigue el paso, circunspecto. El ruido del espacio cerrado lo pilla por sorpresa, y ese calor que había olvidado totalmente. Reconoce algunas caras en la mesa, que se giran hacia ellos y parecen sorprendidas, en absoluto enfadadas. Entonces vuelve a sucederle. Se pone en marcha. Es rápido y discreto. Un sube y baja. La comparación más parecida con lo que conocía antes sería un porro de hierba pura a las diez de la mañana en una playa desierta, un día de otoño, justo después del café —el momento en que quieres levantarte, las piernas de algodón, presa de un ligero vértigo. Estás bien. Caminas. Los fundidos a negro te entrecortan la vista, la realidad, convertida en decorado, es perceptible, pero cuelga de un hilo. Eres un globo inflado con helio. Le da en el peor momento, pero él no lo elige. Le da tiempo a decirse: ahí lo tienes, si no me hubiera perseguido la loca, y esta gente no me hubiera llamado, no habría vuelto a bajar de la Butte. Allí arriba, los episodios delirantes eran como apacibles viajes en ala delta —no tenían consecuencias. Se desconectaba, contento de coger ese tren, frente al Sacré-Coeur. Aquí es diferente, su ausencia es inquietante. Van a tomarlo por loco. Pero no puede advertírselo. Siente sobre él sus miradas preocupadas. Sin duda ha cambiado

físicamente. Un deterioro del que todavía no era consciente. Solo se siente capaz de sonreír santurronamente mientras estrecha manos, deja que Emilie lo abrace. Recuerda muy bien a toda esta gente. Pero está en otro sitio. Ve la escena, forma parte de ella, pero no consigue otorgarle presencia real. Espera que se le pase, querría hablar con ellos y ve que están decepcionados, que lo miran de arriba abajo y se imaginan que ahora está así todo el tiempo, todo el tiempo ausente. Patrice, con camisa roja de cuadros negros remangada sobre sus antebrazos tatuados, con cara sonriente y franca, sinceramente contento de verlo, lo coge por el hombro y lo invita a sentarse a su lado. Pamela Kant lleva un abrigo negro largo, debe de haber llegado poco antes que ellos porque está empapada, lleva los ojos hábilmente perfilados de negro, y Vernon se pregunta qué hace ahí. Sabe que es raro que parezca conocer a todo el mundo, pero siente que se va hacia atrás, un *looping* interno, quisiera hacer preguntas, pero le falla la lucidez. Es incapaz de decir una palabra. Se deja ir. Lydia Bazooka lo observa de reojo, levanta su vaso en dirección a él y dice un poco demasiado fuerte «¡¡¡joder, Vernon, joder, qué alegría verte!!!». También a ella querría decirle algo, pero solo puede sonreír, lo que provoca cierta incomodidad en la mesa. Tiene la boca llena de nubes —no puede emitir ni un sonido. Xavier hace un gesto tranquilo, apoya la mano en la de Vernon. Ha cambiado. Ha perdido mucho peso, parece hundido de tristeza. Vernon distingue un velo gris a su alrededor —una araña que hubiera tejido una tela blanca algo por encima de su piel. Algo circula alrededor de su mesa, se miran, se hablan, se acercan los unos a los otros, y Vernon sabe que el ligero malestar que causa ahora mismo, mientras siente que se va, no es grave —pesa menos que su alegría de estar juntos.

Una mujer alta, con un impermeable negro anudado con un cinturón, se acerca, con las manos en los bolsillos, divertida, y lo mira de arriba abajo.

—¿Tú eres Subutex? —Le tiende la mano—. Soy la Hiena. No parece estar en tu mejor momento.

Vernon le estrecha mecánicamente la mano, y la palma de la mujer es cálida y tranquilizadora —querría que esa palma siguiera mucho rato contra la suya, y por la mirada que ella le lanza, tiene la ilusión de que lo entiende y lamenta tener que dirigirse a los demás. En cuanto ha aparecido, la mesa se ha quedado en silencio. Todas las miradas están clavadas en ella.

—Sí, soy yo.

Y Patrice comenta sonriendo, con aspecto interesado:

—Pero usted no se parece en nada a Françoise Hardy.

Emilie está enfadada y quiere que se le note, dice en voz alta, en un tono algo falso:

—Usted entró en mi casa por la fuerza, no voy a denunciarla porque...

—Le pido disculpas. Pero me contrataron para que fuera la primera en encontrar las cintas.

—No es ese el tema, debo decirle que...

—Debes, debes, debes... Si me permites un consejo, lo que deberías hacer es precisamente dejarlo correr. El milagro no es que uno entre en tu piso como Pedro por su casa, sino que venga a proponeros que veáis las cintas. Así que dale las gracias a mamá y afloja el tono, querida...

Vernon no entiende nada de lo que está pasando. Una camarera se acerca y le toca el hombro: hey, ¿se acuerda de mí? Sabe que la ha visto antes. Pero no la recuerda. Le sonrío como un idiota. Ella le guiña un ojo. Es tan dulce que de repente a Vernon le entran ganas de echarse a llorar. La chica vuelve al trabajo. Surge el recuerdo, un destello: llevaba a la perra de Xavier y se cruzó con ella en el parque, era la hija de un cliente que solía ir a Revolver. Su conciencia vuelve a desconectarse enseguida. Los sonidos y los colores que lo rodean se mezclan en un desorden informe. Arriba, en su banco, cuando sentía que despegaba, le importaba un huevo. Le era indiferente si duraba dos minutos o dos horas... Esta vez le gustaría pulsar el botón de control y concentrarse en la situación, que no parece desagradable. La conversación continúa como un rumor lejano, las siluetas se inclinan, se levantan, cogen una silla, echan la cabeza hacia atrás para reírse, las caras tienen nombre, pero no evocan en él nada concreto. Una oleada de angustia lo derriba. Ellos forman parte de un mundo del que él se ha marchado. Querría levantarse y caminar por el parque, solo. Teme que le pregunten algo, contestar mal y que las cosas se tuerzan. Se dirigen a él, siente que una débil sonrisa tensa sus labios, y no puede quitársela. Estás seguro de que no quieres comer algo, es increíble que estés aquí hoy, y dónde has dormido todo este tiempo, mira, puedes quedarte en mi casa, cómo te sientes, te aseguro que te hemos buscado por todas partes, en todo caso es una locura que hayas vuelto a aparecer, es una señal, ¿no? Estás seguro de que estás bien, estás pálido, quieres otra cerveza. Vernon oye, de lejos, pero piensa en otra cosa, es incapaz de mantener la concentración. Laurent se acerca y lo pone en pie cuando el grupo decide ir a alguna parte, se inclina hacia él, «intenta comer cuando llegues, has bebido demasiado, ya no estás para nada. Qué lástima, son simpáticos contigo, tienes suerte, ya ves. Haz un esfuerzo, van a creer que has perdido totalmente la cabeza».

De camino, Pamela pasa el brazo por el de Vernon e intenta resumirle una vez más la historia de las entrevistas. Lo que le cuenta se le escapa, unir unos datos con otros exige un esfuerzo que es incapaz de hacer. Ha anochecido. Forman una extraña procesión, sus sombras se reflejan en el asfalto brillante. No conoce a la chica taciturna que los acompaña y que no habla con nadie. Al darse cuenta de que él la mira, le advierte con rabia: «no sé qué estoy haciendo aquí, no conozco a nadie, me ha llamado la Hiena». Vernon añade: «yo tampoco sé qué estoy haciendo aquí». A la chica no le apetece hablar con él. Es la primera frase que Vernon consigue articular, pero a la cría con velo no le interesa. Caminan uno al lado del otro en silencio. Alrededor de ellos, alguna palabra por aquí o por allá. Desfilan desde lejos, como un vals monótono. «Oh joder hace mucho tiempo» «pues su broma me ha costado una cerradura» «estoy seguro de que será un coñazo» «sí como todo lo que esperas

demasiado tiempo» «espero que no vaya a deprimirnos» «me emociona mucho pensar que vamos a volver a ver a Alex» «deja de ponerme esa cara, mujer, ya te pagaré la cerradura».

Cogen el metro, el alboroto hace polvo a Vernon, ha perdido la costumbre de estar en sitios estrechos, luego suben junto al Sena, y cuando llegan a casa de la Hiena, se siente aliviado de poder tirarse en un sofá. No se acostumbra al ruido. Demasiadas voces, demasiadas paredes, demasiados techos, no suficientes ventanas abiertas... Patrice le mete con autoridad un puñado de almendras en la mano y espera a ver que se las come para preguntarle: «¿Quieres darte una ducha? Te dejará como nuevo, parece que no estás demasiado fino». La Hiena se acerca, observa a Vernon con una mezcla de inquietud y de desagrado, acaba agarrándole por la muñeca y arrastrándolo al cuarto de baño. «Hay toallas limpias entrando a la derecha, búscalas y coge la que quieras.» Vernon retrocede. Está aturdido. ¿Cómo es posible que haya perdido tan pronto la costumbre de las paredes y las puertas? Luego se ve en el espejo y se queda estupefacto: ¿quién es ese extraño? Lo más sorprendente es que le parece guapo. Ha visto su reflejo antes de reconocerse y le ha dado tiempo a decirse: este pobre tío tiene una mirada sublime. La Hiena empuja la puerta con el pie. Le habla de forma calmada: «¿Te encuentras bien? Estás más blanco que el lavabo. ¿No te apetece darte una ducha? Hueles a cadáver, la verdad. Los demás no se atreverán a decírtelo, pero apestas. ¿Te fastidia lavarte? ¿Te parece que me preocupo demasiado por la higiene?». Vernon siente aflorar cierto pánico: no solo no consigue contestarle, no le sale nada, la oye, pero de sus labios no sale ninguna palabra, está vacío, es incapaz de hacer un gesto, aunque solo fuera para tranquilizarla y que lo dejara un poco en paz. Esta vez sin duda es definitivo: se ha vuelto totalmente loco, como un zombi que se mantuviera en pie y pareciera funcionar, se le han quedado las palabras atascadas, y la concentración, trastornada. La Hiena cierra la puerta con llave. «Ok. Déjate hacer.» Lo desnuda. Sus gestos son los de una enfermera. «Todo irá bien, no te asustes. Creo que volverás en ti. No tengo un título en chaladuras, pero la tuya parece pasajera. Vas a darte una ducha. Te prestaré una camiseta y un pantalón militar. Debemos de tener más o menos la misma talla. No eres grueso, y yo tampoco. Meteremos tus cosas en la lavadora, las secaremos, y esta misma noche puedes marcharte con tu ropa, si quieres. ¿De acuerdo? Hasta debo de tener calzoncillos en algún sitio.» Lo dice en el tono suave y monocorde de una persona responsable, tranquilizadora, que se ocupa de todo, Vernon se deja hacer, aliviado de que ella actúe como si la situación no tuviera nada de dramático ni de grotesco. Ella le quita los zapatos y le baja los calcetines. «Cabrón, hace mucho que no te cambias... lo peor no es que apestas, ¿has visto cómo tienes los pies?» Bromea mientras le abre los botones del vaquero. «No es que esté acostumbrada a hacer estas cosas. No serás tú el que me haga lamentarlo. Tienes el pantalón hecho un cristo.»

Luego, al ver que sigue sin moverse, lo coge por los hombros para obligarlo a girar y a entrar en la ducha. Resignada, se desnuda ella también, se deja puesta la

ropa interior blanca, y Vernon piensa que parece una enfermera. Ella comprueba la temperatura del agua llevándose la alcachofa de la ducha a la muñeca, habla sin preguntarse si está escuchándola, «vale que sabía que me metía en la mierda cuando llamé a toda esta gente en lugar de hacer mi curro tranquila, pero no pensé que llegaría a este punto... No te preocupes, relájate... Se te ha ido la chaveta, le pasa a mucha gente... Te acostumbrarás. Sé que me entiendes. Volverás en ti. No como antes, pero saldrás de este pasmo... Bueno, eso espero...». El contacto con el agua lo lleva agradablemente hacia la ducha, unas manos le pasan jabón por la espalda, por los hombros, deshacen los nudos, y Vernon siente un dolor repentino, seguido inmediatamente por un intenso alivio, se relaja. Ella le frota la cabeza y lo aclara un buen rato. Le masajea los tobillos, él siente cómo le abandona el cansancio, ella le pasa agua por los pies como si entendiera lo que siente —y se lo quita. Entonces, sin esperárselo y sin ser consciente, Vernon se empalma como un toro. Una avalancha de energía. Ella se da cuenta y no se turba, sonrío y se disculpa, «no te lo tomes como una agresión, te irá bien», y con un gesto brusco cambia la temperatura del agua, y un chorro helado lo devuelve, como una bofetada brutal, a la realidad. Protesta y ella se ríe a carcajadas, «ya ves, ha funcionado, tienes mejor cara». La Hiena se pone un albornoz y lo deja en la ducha, le dice «tómate tu tiempo, sécate bien, ahora vuelvo con ropa seca. ¿Estarás bien?».

Ha vuelto en sí. Está agotado. Quiere dormir. No tiene ningunas ganas de ir al lado y tener que hablar, entiende más o menos lo que ha pasado, los retazos de información que ha recolectado aquí y allá mientras deliraba ahora se unen. Pero preferiría no enfrentarse a todo eso. En el espejo, su reflejo en el vaho le desconcierta. Ha adelgazado mucho. La barba le sienta bien, modifica su aspecto. Tiene las mejillas tan hundidas que parece que está sacando los labios hacia delante.

Cuando sale del cuarto de baño, se da cuenta de que están preocupados por él y no sabe cómo comportarse. Lo tratan como si estuviera muy enfermo. Le traen pan y miel, le sonrío amablemente y sus gestos son lentos. Él moja los labios en un café, hacía muchísimo tiempo que no bebía café. Había olvidado que tiene un sabor asqueroso. Todos se sientan, apagan las luces, poco a poco se hace el silencio, y la voz de Alex invade el salón. Vernon reconoce su antiguo piso en la pantalla del ordenador. Espera la avalancha de emoción que esta visión debería provocarle ahora que sus pensamientos han recuperado un curso más lineal. Pero apenas siente una pizca de amargura. Fue muy desgraciado allí, aunque no lo admitiera. No lamenta nada. Entonces la cara de Alex busca el encuadre y Vernon siente que una mano invisible lo levanta —recuerda los tiempos en que Alex todavía estaba ahí, vienen y van imágenes de cosas que hicieron juntos. En qué pensaba, en aquella época, que le impidió hablar con su último colega cuando aún era posible cogerlo del brazo, sacudirlo y decirle disfrutémoslo, tío, disfrutémoslo mientras estemos los dos vivos.

Acuérdate, Vernon, entrábamos en el *rock* como el que entra en una catedral, y esta historia era una nave espacial. Estaba lleno de santos, ya no sabíamos ante cuál arrodillarnos para rezar. Sabíamos que una vez desenchufados los jacks, los músicos eran personas como las demás, que hacían caca y se limpiaban los mocos cuando pillaban un resfriado, pero daba lo mismo. Nos importaban un huevo los héroes, lo que queríamos era aquel sonido. Nos traspasaba, nos fulminaba, nos colocaba. Existía, a todos nos provocó lo mismo al principio: joder, ¿esto existe? Era demasiado grande para nuestros cuerpos. Jóvenes al galope, no teníamos ni idea de la suerte que teníamos... Me acuerdo del tío que me enseñó los tres acordes de «Louie Louie» a la guitarra, y por la noche me di cuenta de que con eso podía tocar casi todos los clásicos. Cuando tenías callos en los dedos por primera vez, era como haberte sacado el certificado de aptitud profesional. El primer tema que supe tocar entero fue «She's Calling You». Necesité un verano. Lo que hacíamos era una guerra. Contra la tibieza. Nos inventábamos la vida que queríamos tener y no había ningún aguafiestas que nos advirtiera que al final renunciaríamos. Cuando yo tenía dieciséis años, nadie habría podido hacerme creer que no estaba exactamente donde tenía que estar. En un camión G7, sentado en la rueda, temblando con seis colegas sin estar seguros de haber puesto bastante gasolina para volver pero a ninguno de nosotros le preocupaba la duda. Era «la última aventura del mundo civilizado». Lo demás, te acuerdas, no era tabú, no estábamos cabreados con nadie. Lo demás no existía. Vivimos nuestra juventud en burbujas de acero blindado. Había alquimias de entusiasmo, cosas cuya otra cara aún no habíamos visto, nos buscábamos apodos, todo era interesante, hasta las mayores gilipolleces. «¿Tocamos mañana?» era la única pregunta que me hacía. Vivíamos en el acople de los micros abiertos, en el silbido del jack que conectamos, en el calor de los focos, ser teloneros de los Thugs y encontrar tíquets de consumición era lo esencial de nuestra aventura, y nos llenaba. Entre los dieciséis y los veintitrés años, no recuerdo haber visto ni un programa de la tele, no teníamos tiempo, estábamos fuera de casa o escuchábamos música, no recuerdo haber ido a ver una película para el gran público, haber visto un clip de Madonna o de Michael Jackson, la cultura mainstream no formaba parte de nuestro campo de visión. Ni siquiera hablábamos de ella. No sabía que no iba a durar. Lo llamábamos la red, éramos lo más cuando teníamos contestador automático, los que tenían un fax eran los dioses de la comunicación. Ninguno de nosotros pensaba en ir a comprar carne o en hacer vacaciones, solo estaban los surferos, a los que les interesaba el rollo de la playa, nosotros nos quedábamos en la ciudad, donde hay conciertos. No era un sacrificio —nos importaba un huevo lo demás.

«La» escena era lo único que contaba. Y teníamos razón. Entre semana pegábamos carteles, los fines de semana tocábamos en algún sitio, había bastante gente para que no nos diera la impresión de estar ensayando, planchábamos nuestros discos, no nos pronunciábamos en ninguna parte, no había intermitencia, no había

mundo exterior al nuestro. Todos teníamos asociaciones sin ánimo de lucro, éramos tesoreros, presidentes, y todos vivíamos de trabajos de ayuda al empleo. Íbamos a Italia a Alemania a Suiza a Hungría a España a Inglaterra a Suecia, siempre en camiones hechos polvo, y éramos los reyes del mundo. Luego llegó el señor que se encargaba del *rock* en el Ministerio de Cultura, empezamos a oír hablar de subvenciones, a ver que abrían bonitas salas que parecían centros de juventud municipales de lujo, vimos aparecer a tíos que sabían montar dosieres, que hablaban el lenguaje de las instituciones, estaban más estructurados, eran más listos. Empezamos a rellenar papeles. El CD sustituyó al vinilo. Desaparecieron los 45 revoluciones. Parecía que no pasaba nada. Sabíamos y no sabíamos. Cada cosa, tomada de una en una, era anecdótica. No lo vimos venir en conjunto. Y aquel sueño sagrado se convirtió en una fábrica de meados. Es la historia de la Cenicienta: un pedal Fuzz había convertido nuestras calabazas en carrozas, y dieron las doce de la noche. Recuperábamos nuestros harapos. Ya nada era nuestro. Nos convertíamos todos en clientes. El *rock* le venía bien a la lengua oficial del capitalismo, la de la publicidad: eslogan, placer, individualismo, un sonido que te impacta sin tu consentimiento. No entendimos que las piedras mágicas que teníamos en las manos eran diamantes puros. Un tesoro en manos de una pandilla de inadaptados. Ninguno de nosotros tenía planes de hacer carrera. No pensábamos que era posible. Eso nos salvaba. Lo perdimos todo. Pero nunca hablaremos de igual a igual con los que nunca han conocido una vida que se ajusta a sus sueños punto por punto. Hoy en día me cruzo con personas que, a los veinte años, aprendían la competitividad en la escuela o el *marketing* en la empresa, y que quieren hacerme creer que hemos vivido la misma juventud. Yo no digo nada. Pero olvídale, tío, olvídale. Mi aristocracia es mi biografía. Me quitaron todo lo que tenía, pero conocí un mundo que nos creamos a nuestra medida, en el que no me levantaba por la mañana diciéndome voy a seguir obedeciendo.

Los años noventa. Había llegado el momento de que todos cantaran las alabanzas del pragmatismo. Ninguna cuestión ética podía reducir los beneficios. Estaba desfasado. El que no aullaba con la manada era un retrasado mental. Saquearon todo lo que habíamos amado. Destruir es rápido, todo el mundo puede hacerlo. Rápido, rápido, una página más de publicidad, una subvención, dos espónsores y añádame una pequeña asociación, póngamela bien alienante, que sienta la correa cuando quiera correr. Aquel mundo nuevo era fantástico, había que ser gilipollas para no creer en él. Y los activistas políticos que estaban en nuestras filas no reaccionaron mucho más. Siguieron recitando viejas fórmulas, como si salieran de libros sagrados. Reflexionar en tiempo real no les interesaba —cuanto más pasaba el tiempo, más les gustaba la Comuna. Esa masacre se convirtió en nuestro descendimiento de la cruz. Así no llegaremos lejos.

¿Estás dormido, Vernon? ¿No me estás escuchando? ¿Estás dormido? Venga, despiértate, te has metido tres gramos en la nariz, ¿cómo puedes dormir? Siempre

serás un enigma para mí —nunca haces exactamente lo que esperamos, pero al final nos decimos menos mal que lo ha hecho así. Lo he observado en tu casa —tiendes a introducir un ligero desorden en lo que estaba previsto. Sé que no te imaginas lo que representaba para mí Revolver. Qué suerte tuve de llegar a tu tienda. Solías poner en el plato algo que a mí de entrada nunca me habría llamado la atención. Un pequeño accidente. Que después me llevaba superlejos. No habría sido capaz de hacer tantos discos diferentes si no me hubieras abierto las puertas. Fuiste un camello, tío. La gente te tenía cariño. Tú no te dabas cuenta. Tu casa siempre estaba llena de gente. Mantuviste tu rollo a pulso. Siempre te he respetado por ello. Cuando la gente dejó de comprar discos, yo seguía yendo a verte. Era raro verte sentado solo en tu taburete. Empezabas a hablar de tus libros de cuentas. Nunca lo habías hecho. Me di cuenta de que ibas a cerrar. Tu casa ya no interesaba a nadie. Recuerdo los últimos quince días, cuando hiciste liquidación. Volvieron todos para las rebajas. Los recibiste como a reyes. El rey eras tú. En aquella época te observé con atención, no había la menor acritud en tu alegría de volver a ver a los que te habían abandonado.

Tengo un agujero en el pecho. Un vacío que me devora. Y odio a todo el mundo. Mira, Vernon, en los testamentos Jesús solo se enfada una vez. Una sola vez. Cuando expulsa a los mercaderes del templo. Lo demás... lo demás no tiene ninguna importancia. Hablo mucho de Jesús últimamente, lo sé. ¿Por qué iba a dejarlo en manos de los impostores?

Dime, Vernon, ¿cuándo ha sido la última vez que de verdad has escuchado un nuevo disco y te ha provocado lo que provoca la música? Deja de roncar y contesta... Me hago una raya a tu salud, tío. Mira, lo que ha cambiado no es la música. Somos nosotros. El miedo nos ha bloqueado.

¿Sabes por qué te respeto tanto? Lo sabías todo. Tenías tu estantería de vinilos detrás de ti, alineados en sus fundas interiores blancas —en las cubetas solo ponías las cubiertas vacías, en fundas de plástico transparente. Y tenías todos los discos en la cabeza. Te hablaban de un título y te girabas sin dudar para coger el disco en el que pensabas, y ponías el tema directamente, colocabas la aguja en un surco más grueso que los demás, justo donde te interesaba. Lo sabías todo, Vernon. Eras el guardián del templo, y yo era un crío. Y jamás en tu vida, jamás, se te pasó por la cabeza ponerme *ska*, *reggae*, *jazz* o *funk*. La única vez que mencionaste mi color fue cuando te llegó a la tienda la reedición en vinilo blanco de Bad Brains. Desde entonces no te imaginas lo que han llegado a hablarme de John Coltrane y de Bob Marley. Nunca habrías puesto a Max Romeo comentándome que iba a conmovirme por el color de mi piel. Siempre has sido especial. Debe de ser la gilipollez, que te protege. Para empezar, te pasas el día durmiendo. Eso ayuda a que no te tomen el pelo.

Nunca he querido ser número uno. Es algo que no se puede decir. Adáptate, capullo. El éxito es genial. Si no te gusta, deja tu sitio y no vengas a aguarnos la fiesta. Nunca he querido ser número uno. Está la embriaguez de las profundidades —sabes que deberías volver a subir a la superficie, pero te quedas abajo, subyugado. He

vendido. Joder si he vendido... Sé contar. ¿A qué dios rezas con números?

A finales de los años noventa estaba listo, lo habíamos superado todo. El punto en el que te haces preguntas idiotas. Preguntas sobre principios, preguntas sobre emociones, preguntas sobre la solidaridad, preguntas sobre tocar no siguiendo las pulsiones más bajas sino según la idea que te haces de la belleza. Habíamos superado el tiempo de las preguntas. Las utopías nos daban risa. Nos adaptábamos, pero no éramos idiotas, lo controlábamos. Ya no nos daba miedo mancharnos las manos. Debería habérmelo dado. Nos dijimos no es tan grave vender el alma, la recuperaremos intacta en cuanto acabe el espectáculo.

Yo tuve éxito. Y me di cuenta de que era negro. ¿Cómo pretendes que lo hubiera pensado antes? Con mi madre toda rubita, que me crio en plena región del Creuse. Claro que me llamaban Blancanieves de vez en cuando, y me hacían comer nieve riéndose del contraste con mi piel de único negro de la clase. Pero era bueno al fútbol. Como los negros, pero en aquella época nadie me lo comentó. En el patio del colegio no solía tener problemas. Todos me querían en su equipo. Me centraba en lo que iba bien. ¿Qué otra cosa puedes hacer cuando para tu propia madre representas la culpa y el error? Me convertí en un blanco como los demás. Hoy en día me llaman Bounty en todas partes —hasta los blancos de mierda se permiten llamarme así. Sí, por dentro soy blanco. ¿Por qué iba a sentirme de otra manera? Bounty. ¿Y qué? Era un descendiente de los galos, y asunto concluido. Me dan risa. «Bounty.» ¿Qué se creen? ¿Que, a mí solo, en pleno centro de Francia, la cultura africana va a brotarme de la sangre? Me gustaron Motörhead y los Stooges. Enseguida. Los escuchaba un primo mío, un sobrino de mi padre adoptivo. Vino un fin de semana y se trajo algo de música. Yo no sabía que existía una música así. Fue una revelación. Pensé en Aznavour, en la tele, y me dije «pero entonces no pueden llamarse igual. Las dos cosas no pueden ser “música”». No me preguntes por qué, pero fue lo primero que me dije. Habían soltado los lobos dentro de mí. Un minuto antes era un desierto, y de repente yo era una manada de lobos salvajes. Surgió en mí. Y en aquel momento no me dije «soy un negro que escucha música de blancos». Pero la de veces que lo oí decir después...

Lo recuerdas: *la diferencia solo se ve en los ojos de los bastardos*. NTM, la primera vez que los vimos en la tele, en un programa de France 3, creo. No sabíamos nada de *hip hop*. La frase nos parecía normal. «La diferencia solo se ve en los ojos de los bastardos.» Pero los tiempos cambiaron. Me pusieron en mi lugar. Desde todas las partes. Los más cabreados conmigo eran otros negros. Soy un traidor. Alex Bounty Bleach. Tampoco de eso puedes quejarte —solo tenía que ser puro. ¿Qué cojones hago yo con la pureza? No escucho a Iggy Pop para sentirme limpio... Los negros son los que más me desprecian. Me la suda. A los negros puedo ignorarlos. No necesito trabajar con ellos. Pero es imposible esquivar a los blancos. Son los periodistas, los productores, los directores de sala, los organizadores de giras, los diseñadores gráficos, los fotógrafos y los responsables de programas de radio. No

puedes ignorar al jefe. Nunca puedes ignorar a los blancos.

A finales de los noventa, cuando llegaron los delirios sobre el color de mi piel, creí que hablando de otra cosa se les pasaría, pero la cosa fue cada vez peor. Me adapté. Conocí a Victoire, era radical en cuestiones poscoloniales, me dirás que era radical en todo. Lo nuestro no duró mucho, pero me hizo leer a Fanon —se quedó hecha polvo cuando se dio cuenta de que apenas me enteraba de lo que iba. Empecé *Los condenados de la tierra* porque no me dejó otra opción, pero a las pocas páginas sentí que se abría en mí un auténtico abismo. No solo era un puto negro, sino que jamás me habían dejado opción de ser otra cosa. Pero lo peor es que había pretendido que no era grave. Aquella violencia inadmisibile. En pleno corazón. Había mirado a otra parte.

La tumba de los caribeños, los parques para negros, la calidad del cargamento, los motines de Haití sofocados... abrí otros libros. Nadie lo ha olvidado, pero es pasado, ya no estamos ahí. Pero tú haces tu curro —hablas con blancos en los despachos de los *labels*, que trabajan con blancos en la promoción y la distribución, que están financiadas por blancos, y tratas con organizadores de giras blancos mángers blancos fotógrafos blancos periodistas blancos productores blancos presentadores blancos. En las alturas todo es blanco. Les gustaría saber qué diferencia supone para ti. Y la respuesta es para mí precisamente no gran cosa estoy entre vosotros pienso en todos los que se quedan fuera y deben entender que es su lugar. No solo les concierne a los negros. Pero lo esencial es dejar de decirse: lo que pasa dentro de mí, este bombardeo cotidiano que me imponen, no volveré a mirar hacia otra parte. No lo llamaré de otra manera.

¿Sabes que me han propuesto muchas veces hacer *zouk*? Cada vez que tenía que reunirme con un nuevo *label manager* —y mira que han llegado a desfilar, los pobres, como cada mes había uno nuevo, te daba la impresión de que salían de debajo de las piedras—, algo tenía que sugerirme para mi nuevo disco. *Hip hop*. *Reggae*. *Jazz*. *Funk*. Hasta *zouk*. Escuchaban mis discos. Oían *rock*. Yo vendía cantidades industriales. Y ellos pensaban en singles étnicos.

Me alegro de que estés dormido, capullo, si no no podría quejarme tanto. Creo que sé lo que piensas cuando me quejo. Te dices que darías mucho por tener problemas como estos. Porque tú sí que las pasas putas. Y yo no. Es indecente. Lo sé. ¿Sabes cuánto cuesta mi chaqueta? Dos alquileres de tu casa, tío, dos alquileres. Y no voy a decirte cuánto he pagado por los zapatos. Solo faltaría que olvidara culpabilizarme.

Dentro de mí ha crecido un monstruo a medida que adquiría importancia para los demás. Mira, el momento en que sales al escenario y la sala se convierte en un rugido. Es atroz o maravilloso. Yo he sentido las dos cosas. Pero cuando se convirtió realmente en gigantesco, el monstruo tomó el control y la cosa pasó a ser un infierno. Avanzar debajo de los focos es entrar en un horno ardiendo. Ese instante concreto... y las horas anteriores, me siento como un niño al que hubieran encerrado en el

armario de debajo del fregadero después de haberlo molido a palos y haberlo insultado. Es como si un ojo me vigilara dentro de mí y al verme en este papel de estrella adulada se cabreara y me lanzara contra un rincón para pegarme la paliza de mi vida «cabrón» me dice la voz «¿cómo te atreves?» y recibo el castigo que merezco. Por el placer que iba a tener. No sé de dónde viene. No recuerdo que me hayan encerrado nunca debajo del fregadero. Me han dado palizas. Si hoy en día viera que castigan a un niño como me castigaban a mí, me enfadaría muchísimo. Pero en aquella época parecía normal.

Me quejo mucho. Me quejo demasiado. Por más que lo sepa, no cambia. ¿Estoy contento de tener esa tarjeta de crédito que hace que las paredes escupan dinero sin que me pregunte nunca cuánto saco? Oh sí. Si el dinero no fuera tan bien, el problema sería diferente. Pero funciona mucho mejor que la droga. El principio es el mismo, pero más imparable. Además te cuentan que no tiene efectos secundarios.

¿Puedo cerrar las contraventanas de tu casa? De todas formas estás durmiendo, no te molesta... Soy un vampiro, te lo juro. No soporto que amanezca.

El primer efecto secundario del dinero es el miedo. La droga es muy pura, el miedo a que te falte se vuelve incontrolable. Si mañana ya no puedes entrar en el concesionario Benz sin pensártelo dos veces para comprarte una joyita... te morirías. El dinero te susurra al oído sin mí no eres nada y quieres aún más porque el miedo te reconcome y cuanto más tienes, más distancia pones entre la persona que eres ahora y la persona que serás si no obedeces: un vagabundo.

Recuerdo mi primera tele, Canal Plus, fue el día que descubrí la soledad. Después de la actuación en directo, la casa de discos había organizado una fiesta —ya no era una gloria local, me había convertido en alguien al que todo el mundo quería acercarse —pero que a nadie le importa un huevo. Yo era una puerta abierta: debía garantizar el acceso a todo el mundo. No me pareció agradable. No me encantó que cualquiera viniera a verme para decirme lo que pensaba —de mi último tema de mi paso por la tele de mi corte de pelo de la mezcla de mi disco de la carátula de mis respuestas en una entrevista de las letras de mis canciones. Mientras esperaban al próximo, que sería más joven, más exótico —yo era el tipo de moda, el peluche en el que se hacen una paja. No fue el momento preferido de mi existencia. Todos los imbéciles que andaban por allí se sentían legitimados para esperar algo de mí. Estaba en algún sitio y un pringado me felicitaba «oh no me ha decepcionado, lo imaginaba exactamente así». Quería decir que hago muchas faltas en francés, al tío le parecía exótico. O al contrario, con los labios un poco apretados por la decepción que suscita lo adulterado: «Esperaba que fuera usted más salvaje».

Vernon, ¿no estás harto de roncar? Si fueras un amigo, estarías despierto y me dirías «pero no, tío, yo he seguido queriéndote como si no hubiera pasado nada». Porque tú, tú no has cambiado demasiado. Te quedaste en tu tienda, tú nunca me has mirado por encima del hombro para que quedara claro que no te impresionaba.

Luego llegaron los años dos mil, las casas de discos rescindieron los contratos de

los artistas que no daban suficientes beneficios. Los llamaron, uno a uno, al despacho de un tío al que pagaron para que hiciera recorte de personal. A los directores artísticos encargados del genocidio les daban puerta en cuanto habían cumplido su misión, nadie quería encontrarse con el verdugo por los pasillos. Cuando pedían a alguien que empezara a preparar los planes de depuración, sabía que él sería el siguiente. La empresa se convirtió en un campo de concentración. Leyes lapidarias, decisiones cambiantes, *management* de expertos en gaseosa, suicidios, despidos masivos, amenazas... y la docilidad aterrorizada que conllevan. Eso no nos impedía hacer *rock*, *hip hop*, música contestataria. Porque nos decían que no había contradicción, solo los retrasados seguían haciéndose preguntas.

Mi casa de discos no me dio las gracias. Al contrario. En aquella época, la gente como yo empezó a llenar estadios. Las vacas sagradas que llegada la noche volverían al camión de ganado con la cabeza gacha, como buenas vacas lecheras. No hay estrategia. Nadie te ofrece droga para que soportes quedarte en tu box, sin poder moverte lo más mínimo, mientras te traicionan el día entero. Pero la droga está ahí, es divertida, y sirve para eso. Por las noches te sacan de tu cabaña y te exhiben en el escenario, te acarician los costados: tienes suerte. Y tú te colocas porque si te quedara una hora de lucidez al día, sería demasiado para no entender en qué estás convirtiéndote.

Encontré mi ritmo —el colocón. Porro antes del café, alcohol en la comida, primera raya al levantarme de la mesa —y por la noche, depende, ya decidía. Pero nunca sobrio. Ya no escribía canciones. No había problema, las antiguas pasaban a la publicidad y a tonos para móvil. Te ganas muy bien la vida así.

Los caracteres son como piedras en la orilla del agua: hace falta tiempo para que los elementos impriman la huella de su paso. Al principio estás al tanto, te vigilas, estás atento. Pero a la larga te apalancas, te relajas. Te adaptas como te machacarías. La capacidad de adaptación no es reprochable en sí misma. Todo depende del sistema al que te ajustas, de lo que exige. Porque la docilidad no tarda en convertirse en la facultad de mirar a otra parte cuando pasas por delante de los mataderos... ¿te lo has planteado, Vernon? ¿Cuántas unidades de humanos podrán exterminar al día, con todos los avances que ha habido en las fábricas de carne? Y no me digas que el día en que prueben el descuartizamiento humano de alta tecnología con los sinpapeles y los sintecho, lo pararemos todo y diremos: no, es insoportable. Llevamos años siendo víctimas de la violencia gubernamental. Nos comportamos como las mujeres maltratadas a las que vemos en los documentales: bajo el imperio del terror, hemos olvidado las reglas básicas de supervivencia. Y cuando el descuartizamiento humano de alta tecnología sea eficaz, veremos a nuestros seres queridos yendo al matadero y solo seremos capaces de sufrir una convulsión solitaria ante lo inaceptable. Nuestros vecinos se pondrán el casco, las gafas oscuras, se tomarán una pastilla y se irán de compras. Las pastillas serán nuestras mejores amigas. A muy pocos les apetece ponerse a pensar en lo que han hecho a lo largo del día cuando llega la noche.

¿Sigues durmiendo? Necesito hablar y tú sobando. Es lo que me gusta en tu casa —nunca vas al tempo, ni del todo desplazado. Eres un tío sincopado. Me la suda, hablo contigo igualmente. Estás durmiendo pero estás ahí. Ya me escucharás algún día. Todo esto tengo que dejártelo a ti.

No ha habido un momento crucial. No ha habido un acontecimiento que marcar con una piedra blanca. Ha habido exposición prolongada a un medio extremadamente restringido: los círculos de poder. Yo he sido un tocacojones de primera categoría. Es la única resistencia que he podido ofrecer. Me he tragado sapos y culebras, sin dejarme ni uno. He pegado gritos desgarrados pero lo he encajado. Me he tragado todo lo que me hundían en la garganta. Me ha dado la impresión de que era peor porque me colocaban en un escaparate, todo el mundo veía que lo aceptaba. Pero al final he sufrido el trato reglamentario: en un sistema totalitario, consentir la humillación es un signo de buena conducta.

Había perdido toda espontaneidad. No podía lavarme el glande sin preguntarme si Alex Bleach habría hecho esto así, y qué dirían los haters en la red. Ya no podía hacer un gesto tranquilo. Eso también te pasa factura —ser ya incapaz de vigilarse. Las voces de los demás se apagan si echamos el nivel de alcohol deseado. A partir de ahí... ¿cómo iba a darme cuenta de lo que me pasaba? Me perdí de vista —en un mar embravecido, intentaba simplemente no naufragar.

Satana está muerta. Ahí me di cuenta. ¿Te acuerdas de Satana? Me sorprende que no te despiertes al oír su nombre. He tenido muchas novias, Vernon, pero ninguna ha despertado tanto el interés de mis colegas como Vodka Satana. Cuando murió, no dije nada. Entonces lo supe. Lo que es. Vivir y hacerlo todo como los vivos. Pero ya no estar ahí. Lo que más me choca no es que no dijera nada. Es que durante varios meses me pareció bastante normal. Triste e injusto. Pero lógico, vaya.

Y una mañana de febrero, en Marsella, a orillas del mar, al día siguiente de un concierto, estaba solo y observaba a unos patinadores esperando que alguno se cayera, en los altavoces del bar sonaron las «Cyclades électroniques», de Buralat. Por un instante estuve sentado con Satana, en Grecia, habíamos ido juntos. Yo llevaba ese tema en mi iPad, escuchábamos música cada uno con sus cascos, enchufados en el mismo jack. Ella entró en trance —se convirtió en su tema favorito, pero aquella primera vez enlazó sus dedos con los míos y fue un momento especialmente intenso, hay momentos así, como si fueran más profundos —cuando nadamos bajo el agua y se abre un abismo por debajo del vientre. Recordé a Satana escuchando las «Cyclades» y me di cuenta. Estaba convencido de que la habían asesinado y me parecía triste pero normal. Yo había desaparecido, Vernon. Cuerpo y alma engullidos.

La había conocido delante del Olympia. Yo iba con un colega, Gabriel, a ver un concierto de Bowie. Ella tenía su sitio pero había que esperar horas para entrar, y Gabriel, que la conocía, le dijo que viniera con nosotros, y pasó por delante de todo el mundo. Porque un tío como yo no puede esperar en medio de los demás. Todo el mundo quiere su foto con el VIP. Que escuche tu tema, te dé el número de otro

cantante, vaya a tocar a tu bar, escuche lo que piensas de la producción de su álbum, te coja como guitarrista en su próxima gira. Satana llevaba una falda escocesa corta y una camiseta de los Ramones cortada con tijeras para que tuviera un gran escote. Sus pechos no intentaban parecer naturales. Yo no sabía quién era. Pero cuando entramos en la sala, me di cuenta de que la miraban mucho. Pregunté si era presentadora de televisión, Gabriel soltó una carcajada y Satana me dijo «soy una estrella del porno». Me chocó que lo dijera en tono de orgullo. En aquella época era tan conocida como Zidane. Seguro que la había visto en una película, veía pelis porno en cada hotel por el que pasaba. Pero no me preocupaba por saber más de las chicas que actuaban.

No todas las actrices porno se parecen, saliendo con Satana me crucé con unas cuantas, las hay de todos los perfiles, tantas románticas pardillas como malas putas, hay un poco de todo... y zumbadas, como ella. La deseé por su manera de sentarse a mi lado en el concierto. Se veía que le interesaba, pero era lo bastante lista para saber que no debía mostrarlo. La recuerdo aquella noche —era como un niño pequeño con un sable de gladiador. Salía a la batalla desequilibrada por su propia artillería, pero subía al frente con un aplomo que me conmovió. Estaba acostumbrado a que las mujeres quisieran acostarse conmigo. En este tema, no, no puedo quejarme de prejuicios raciales. Si los hay, son siempre a favor de mi libido. Pero Satana tenía una manera de desearme que me gustó. Me gustan mucho las chicas que brillan. Y rara vez había visto a alguien que me eclipsara tanto.

Satana, justo al día siguiente, me mandó un mensaje por medio de Gabriel con una excusa tonta. Quedamos inmediatamente y nos liamos. Tenía aquel cuerpecito curioso que me encantó en el acto. Era una Betty Boop. Le gustaba hacer el payaso. Corría por la casa, con el culo al aire, gritando chorradas, su presencia era un poco como la de un pájaro. Su olor era increíble, era feliz con esa chica. Tardé mucho en aparecer con ella en público. Ella se daba cuenta de que nunca la invitaba a venir conmigo a eventos. Pensaba en mi madre. Bastante le molestaba que todo el mundo me reconociera cuando iba al pueblo a verla —no le gustaba nada ser la madre de un cantante de *rock*, le parecía vergonzoso. Y veía con malos ojos todo el dinero que yo ganaba. Así que me la imaginaba abriendo una revista del corazón en la peluquería y viéndome del brazo de una estrella del porno... Pero acabé prefiriendo complacer a Satana que a mi familia. Quería mucho a esa chica.

Nuestra pareja no funcionó mucho tiempo. Estoy demasiado solicitado, Vernon. Es así de simple. No es que me cruce con una tía que no está mal y por la noche al volver a casa pase a otra cosa. Es que tías que cortan la respiración quieren meterme en su cama a toda costa. Dices que no una vez, dos veces, y la tercera reaccionas —habría que ser imbécil para resistirse a una tentación así. Adoraba a Satana. Me habría gustado ser el hombre que le hace bien, que la mimaba, que la hace reír. Pero fui el que la hacía sufrir cuando dormía fuera de casa sin razón. Y el que siempre tenía cocaína en el frigorífico. Se enganchó. Lo vi. Cuatro noches seguidas sin dormir, diciendo cosas incoherentes. La vi marcharse. Entonces me decía joder no puedo

echarla ahora que está tan mal, antes tengo que ayudarla a desengancharse. Pero tampoco podía imaginarme privándome de otras mujeres. Así que ella se quedaba en casa, y yo no volvía, y ella se colocaba cada vez más, y yo esperaba a que llegara el momento de ayudarla a desengancharse. Tendría que haberle dicho: Ok, cariño, lo cancelo todo, nos subimos a un avión y nos desintoxicamos los dos, luego ya veremos lo que decidimos, pero dije «hay que dosificar, cariño. Frena un poco...». Mientras hacía las maletas para marcharme con otra. Le daban ataques de celos salvajes, y yo solo pensaba en largarme cuanto antes. Pero volvía. Y ella estaba allí. Y me alegraba de volver a encontrarla, una vez más. Y seguíamos. Nunca me marché sin asegurarme de que los *stocks* de coca y de Stilnox le permitieran aguantar hasta que volviera. Le metía la pajita en la nariz en cuanto salía de la ducha y le repetía «hay que dosificar, cariño». Quería a la droga más que a mi compañera. Y así cuidé de ella. «Hay que dosificar, cariño.» Satana bailaba bien. Tenía el cuerpo conectado—incluso en el peor estado. Por su manera de moverse sabías lo que valía un tema. Si se quedaba sentada, lo mejor era tirarlo. Ella hizo que volviera a componer. Me sentía bien con ella. Me dio seguridad. Y en un momento en el que ya nadie esperaba que fuera capaz de hacerlo, saqué un disco. *Lejos del corazón* fue un exitazo, ¿recuerdas? Nadie esperaba un éxito así.

Entretanto, ella se hundía. Ya no filmaba. Yo quería ayudarla, pero aunque todo el mundo quiere conocer a la chica del porno, nadie le propone otra cosa que «¿no quieres jugar con tu cuerpo delante de mí?». Ella decía: «¿Que si me arrepiento de haber hecho porno? Todos los días. Te meten en la lista negra. Te hacen entrar en el *hall* montándote una fiesta increíble pero una vez dentro no encuentran tu nombre en la lista de los invitados y ves a la gente dejando los abrigo para ir a comerse su parte del pastel y tú te quedas atrapada en el guardarropía. Forever. Me arrepiento. ¿Por qué no hice de escort? Menos follones. Quería que me miraran. No estaría contigo si no hubiera hecho porno. Nunca me habría acercado a ti. Es complicado. Todo lo bueno que he tenido en la vida se lo debo al porno. Pero me podría haber ahorrado la tonelada de mierda que conlleva. Ni siquiera puedo ver a mi niña. ¿Cómo quieres que vaya a buscarla a la salida de la guardería? Más vale dejar que se ocupe de ella su padre. Él es buen tío. Tampoco vamos a hacerlo todo mal. Les mando dinero todos los meses. De todas formas, con eso me basta. No se me da bien la maternidad. No sé muy bien qué hacer con ella cuando la tengo. Pero bueno...».

En casa le sangraba la nariz, lo llenaba todo de sangre antes de darse cuenta y de pasearse con un Kleenex pegado a las fosas nasales, con la cabeza hacia atrás. Teníamos muchas broncas. Hacíamos treguas, valía la pena. Ella se hundía. Su mandíbula iba y venía incontroladamente y se arrancaba las cejas mientras hablaba. Quería partir la cara a la portera del edificio, denunciar a gente con la que había currado tiempo atrás. Empezó la gira de *Lejos del corazón* y yo ya nunca estaba en casa. No insistía para volver lo más a menudo posible. Ya no había modo de tragarse sus cambios de humor. Se enamoró de un poli. Te lo juro. Hizo las maletas por un

poli. Me indigné. Ser infiel nunca ha impedido ser celoso, pero que se marchara por un poli tardé meses en perdonárselo.

Estábamos más tranquilos como ex que cuando estábamos en pareja. Satana es una de las pocas mujeres con las que salí que siguió siendo una amiga. Me gustaba mucho verla. La llamaba a menudo y respondía a sus mensajes. Empezó a contarme que la vigilaban. No la creí. Contaba esta historia: «El tío me preguntó si quería hacer cine le dije sí por qué no. En el último momento, me llamó su asistente para decirme que la cita con el productor sería a primera hora de la noche, si no me importaba. Y como soy gilipollas, le contesté que estaba libre. Llamé al tío que me había ofrecido el proyecto y me vaciló —no es un cualquiera sabes es un gran productor. El tío me tiró en el sofá de su despacho te juro que no tuve ocasión de decirle sí o mierda. Me hizo dos preguntas y me dio por el culo, fue muy directo y bruto, cuando pensé en pegarle, ya había terminado su tema y me sentía gilipollas, prácticamente no dije ni hice nada». Y yo lo relativicé —seguramente el tío había creído que ella estaba de acuerdo, «ya sabes que los tíos somos imbéciles, vemos a una chica que hace porno y creemos que friega los platos en ropa interior y tacones». Luego entendí que había vuelto a ver al tío y que no le apetecía volver a hablar del tema. Su consumo de droga aumentó. De vez en cuando contaba historias sórdidas: «Hemos pasado del rollo libertino de las orgías a esto. Lo que le excita al tío es hacerme polvo. Esto no se acaba nunca. Me follan viejos, se me mean encima, me atan en un sótano. Nunca tiene bastante. Me paga en coca. Al mediodía me digo: nunca más veré a ese cerdo, y por la noche estoy en su casa. Si me resisto, me sujetan. Si lloro, continúan. Es lo que les chifla. Y vuelvo. Tiene droga, tiene pasta. Soy una mierda».

Y yo dije qué horror cariño cálmate. Estoy aquí. Puedes quedarte en mi casa tiene todo lo que necesitas, y te buscaremos una buena clínica si quieres. Y ella me miró con asco «estoy mejor en esa mierda infame que en tu casa. En tu casa he sufrido como nunca en mi vida». Me lo tomé a mal. Durante un tiempo no la llamé.

Volvió en pésimo estado. Daba muchos nombres. Gente conocida. No sabía qué eran alucinaciones y qué era verdad. Había perdido buena parte de su lucidez. Tenía el cuerpo lleno de moratones. Satana decía que se había acostado con muchos políticos, que los tenía a todos en su lista y que iba a hablar. Deliraba. No quería que la ayudara, se echaba a reír, «es mucho más peligroso mejor que no sepas nada pero la cosa ha llegado demasiado lejos, voy a soltarlo todo. Le dije basta ya si quieres mi silencio, vas a pagarlo, y caro. Dijo que iba a matarme. Dijo que iba a matarme y me matará».

No te preocupes, cariño, no va a pasarte nada. Si quieres, puedo pagarte un viaje de quince días a Los Ángeles. Siempre te ha encantado Los Ángeles... No, no puedo ir contigo, estoy muy ocupado.

Satana se quedó cuatro días escondida en mi casa. La mimé. Me quedé con la conciencia tranquila ocupándome de ella. Aunque hay que decir que tuvo su mérito: no dejaba de hablar, pasaba de una cosa a la otra, no se entendía nada de lo que

contaba. Tenía miedo a morir. Eso al menos estaba claro.

Y una noche dijo necesito salir y yo sabía lo que quería decir: como yo la racionaba demasiado en lo de las drogas, iba a buscar un gramo en algún sitio y a darse el gusto. No estaba en condiciones de arreglárselas sola. Iba a hacer tonterías. Pero yo ya no soportaba su presencia. Demasiado dolor. Me dije: joder, me he enrollado de puta madre con ella, como el que se pone una medallita en el pecho. Qué buen tío.

Murió unos días después. Mezcla de calmantes cocaína alcohol y el corazón no aguantó. Enseguida hablaron de suicidio, porque había hecho porno y piensan que «esas chicas» sin duda deben —o deberían— de tener ganas de morirse a todas horas.

Me había repetido cien veces: «Ha dicho que iba a matarme y no sé adónde ir a esconderme ha dicho que iba a matarme».

¿Y sabes lo que hice, Vernon? ¿Crees que llamé a un solo conocido periodista para decirle: quizá merece la pena mirárselo con más calma? No, Vernon, no. No hablé con nadie. Me puse mi traje más bonito para ir a su entierro y lloriqué detrás de mis Ray-Ban. Y en el fondo me pareció normal. Asqueroso y triste. Pero la tía estaba perdida, ¿no? Era atroz, porque la adoraba. Y la había ayudado hasta el final, ¿no? En el crematorio, podía estrechar manos adoptando un aire hundido. Había sido un buen amigo.

Lo peor es que si el que le hubiera hecho vivir aquel infierno hubiera sido un tío que cobrara el salario mínimo, quizá lo habría peleado más. Pero Dopalet es un pez gordo, algún rincón de mi cabeza no olvidaba que no es uno de esos tíos a los que quieres ponerte de culo. Demasiado poderoso. Way out of my league...

Pero a veces, cuando iba muy colocado, lo llamaba. Ya ves qué valiente soy. Lo llamo y le digo que lo sé todo y que es un cabrón. No le hace ninguna gracia. Me contesta que debería tener cuidado. Mucho cuidado.

Vernon, capullo, duermes tan a gusto. Nunca he contado esta historia a nadie. Me da miedo. Me da vergüenza. Y lo tengo claro: a nadie le importaría un huevo. ¿Sabes esa frase que dicen los judíos: «Nunca nos perdonarán el daño que nos hicieron»? Los judíos son unos putos optimistas. No pueden evitar confiar en el prójimo. La verdad es que nunca nos perdonarán que sigamos vivos. No dormirán tranquilos mientras sepan que incluso disfrutamos un poco de la vida.

Desde que se hizo devota, Aisha asegura a diestro y siniestro que su papel es ocuparse de las labores de la casa y que está absolutamente de acuerdo con esta distribución de tareas entre hombres y mujeres. Pero es meramente teórico. Tiende la ropa, recoge y vacía el lavavajillas. En cuanto a lo demás, Sélim puede pedirle ayuda en el tono que quiera —siempre tiene deberes atrasados que terminar con toda urgencia. Él se inclina hacia la cesta y selecciona la ropa sucia para hacer una lavadora de negro. Está acostumbrado a encargarse de todo. Se siente hasta cierto punto orgulloso de la habilidad con la que dirige la nave doméstica. Aisha ha crecido en una casa que siempre ha estado como una patena. Como él, antes que ella. La madre de Sélim era una ama de casa excepcional. De niño, al volver a casa, le gustaba saber que cada cosa estaría en su sitio, que los grifos brillarían cuando se lavara las manos, que a la hora de cenar el mantel estaría immaculado y bien colocado. Aisha se parece a él. Meticulosa, el desorden la angustia. Él siempre se las ha arreglado para encontrar tiempo para llevar la casa. Como siempre se las ha arreglado para estar ahí a la hora de los deberes y no faltar a ninguna reunión de padres de alumnos. En los años de primaria y de bachillerato, nadie le hizo el menor comentario sobre sus orígenes. Pero Francia había dado un giro —en el segundo año de instituto se felicitaron ante él de que un padre musulmán se preocupara de la educación de su hija. Otra vez, un padre le preguntó, en tono de confianza, por qué no había elegido un nombre francés para su hija. «Qué lástima. Si no fuera por el nombre, se podría pensar que son ustedes de origen español.» Lo pilló por sorpresa. La rabia se apoderó de él con unas horas de retraso. ¿Qué respuesta dar a la crisis de locura convulsiva que agitaba un país?

Sigue estando orgulloso de haber hecho todo lo que ha podido por ser un buen padre. Se enorgullece de muchas cosas que la gente desprecia. De entre sus amigos o compañeros de trabajo, le costaría mucho señalar a uno que dé importancia a la voluntad de ser un buen padre. A todo el mundo le importa una mierda lo esencial. Tienen otras escalas de valores. Creen que habría sido mejor que se hubiera casado con una chica de su país de origen, que la hubiera dejado ocuparse de la casa y que él se hubiera dedicado a sus labores académicas. Cuando se enteró de que la madre de su hija se había convertido en Vodka Satana, profesional del vicio y lumpemproletaria del espectáculo, tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario para no volverse loco, de entrada, pero también para no arrancarle los ojos y ponerla de todos los colores. Sacó fuerzas de lo más hondo de sí mismo para aceptar la situación y comportarse como un hombre: asumir sus responsabilidades y ocuparse de su hija. En su entorno, les pareció blandengue y poco masculino. Si hubiera ido a buscar a su mujer para arrastrarla por el suelo y partirla la cara a rodillazos, si le hubiera arrancado el corazón con sus propias manos, si hubiera gritado «ojalá esa puta volviera para poder matarla otra vez» cuando se lo hubiera llevado la pasma, ahora mismo harían camisetas con su cara pidiendo su indulto. Hoy en día es el mantra nacional: gloria al

más demente, honor al más bruto. Y las mujeres son las primeras que están de acuerdo. No les gustan los hombres sensibles. Quieren hostias, mano dura, al tío en camiseta de tirantes que les pregunta qué hay para cenar esta noche mientras eructa delante de la tele. Hasta a su propia hija. Ha dado su vida por ella. No está seguro de que todavía lo quiera. Lo que él representa le da asco, si no no lo habría hecho. Los rezos, el velo y esgrimir suras cada dos por tres son contra él.

Se ha esforzado por ser el padre que a él le habría gustado tener. El suyo murió muy joven —fue por la noche, su madre gritó, había sonado el teléfono, pero de eso no queda rastro en su memoria, recuerda el grito, a su hermana mayor, Louisa, que no le llegaba por la cintura a su madre, a la que abrazaba sollozando. Su padre se había caído de un tejado horas antes. Esperaron a la noche para avisar a su familia. Si les hubieran llamado antes quizá habrían podido despedirse de él. Nunca llegó a saberlo. Al parecer el encargado había tardado mucho en dar su identidad. ¿Cuántos argelinos que fueron a trabajar a Francia murieron en las obras de una Francia que quería mantener su nivel de vida y debía evolucionar al menor coste?

Cuando su padre murió, él era tan pequeño que aún no sabía atarse los zapatos. El día del entierro, recuerda a su hermana inclinada sobre él, que la ayuda sacándole la lengua, para hacerla reír. Hasta ese momento su madre nunca había cogido un autobús sola. Su cocina, el supermercado de abajo de casa y algo de limpieza en la calle de enfrente. No necesitaba alejarse más. Hablaba muy poco francés. Lo suficiente para entender de qué hablaban los niños entre ellos y lo que quería el cartero cuando llamaba a la puerta. Pero solo charlaba con las demás oranesas del barrio. Seguro que temía no ser capaz de aprender una nueva lengua. La muerte de su padre lo cambió todo. Aprendió a escribir, primero sus nombres y las direcciones, luego progresivamente a pedir que le indicaran una dirección, a decir la hora, aprendió cómo se decían las cosas que compraba. A su manera, se emancipó. Su madre era muy divertida. No había otra como ella observando un defecto de alguien y convirtiéndolo en ridículo. En casa se reían mucho. Podía ponerse hecha una fiera y que se le pasara en una milésima de segundo porque algo había llamado su atención y le había divertido. Era capaz de reírse a carcajadas con la zapatilla en la mano, cuando iba a dar una zurra a uno de sus hijos —no podía aguantar seria. Al quedarse viuda, nunca más volvió a su país. Nunca explicó por qué —no era de las que dan ruedas de prensa sobre su estado de ánimo. Los acontecimientos de los años noventa, o quizá razones privadas... no volvía a Orán, pero le decepcionó que Sélim se negara a hacer allí el servicio militar. Él puso la excusa de sus estudios, de que era importante para él no perder dos años. No se atrevió a decir que el servicio militar le importaba una mierda, tanto en un país como en el otro, pero que todavía veía menos claro por qué ir a hacerlo a su país de origen... su hermano Abdel había vuelto medio loco de sus dos años de mili —si los franceses no los consideraban ciudadanos corrientes, los tíos de su país de origen tampoco los querían mucho. Rara vez los chicos que hacían sus dos años en Argelia volvían con una sonrisa en los labios. Las

habían pasado putas, les daba vergüenza decirlo, y al volver se sentían aún más desestabilizados: ciudadanos de ninguna parte, despreciados a ambos lados de la frontera. Pero su madre prefería que sus hijos no la liaran. Era difícil asumir, tanto ante sus amigos del barrio como ante la familia que se había quedado en su país de origen, a un hijo como Sélim —las mujeres movían la cabeza con expresión inquieta cuando les contaba que su hijo quería ser profesor en Francia, decían que lo importante era que se mantuviera lejos de la cárcel, pero daban a entender: ay, pobre, tu hijo no respeta lo más mínimo a su familia, es un cero a la izquierda, es normal que te quejes, suerte que tienes a los otros dos. Louisa y Abdel eran más fáciles de manejar. A él su madre siempre le decía que dejara de contarse cuentos: «¿Crees que aquí están esperándote? ¿Crees que estamos aquí de cachondeo o qué?». Nunca estuvo orgullosa de él. Se sintió aliviada cuando le presentó a Satana. No era francesa. Tampoco una chica como él. Una chica guapa y sin complicaciones. En lo que se convirtió después... nadie, que él supiera, había informado a su madre. La maldijo por haber abandonado a su hija y a su marido, pero nada más.

Aisha no ha tenido madre. Ha tenido que contentarse con este hombre, protector y organizado. Con el que raramente se hacen bromas. No heredó el buen carácter de su madre. Cuanto más crecía Aisha, más olvidaba Sélim reírse con ella. Pasaron muchas cosas que solo entendió cuando ya era demasiado tarde.

Sélim pone la lavadora a treinta grados y se sienta a su mesa. Está desmoralizado, tiene muchísimo trabajo atrasado. Dedicar gran parte de su tiempo a planificar, intenta ser metódico y clasificar sus actividades por orden de urgencia. Los *mails* se han convertido en un auténtico problema. ¿Qué hacíamos en los noventa con todo el tiempo que no pasábamos contestando correos? Baptiste no puede ocuparse del seminario en las fechas previstas, tiene que bajar a Aviñón a ver a su hija, que es su cumpleaños. Había olvidado que caía en ese mes cuando aceptó las fechas que le propusieron. Lo tiene jodido con sus hijos. Tiene dos de madres diferentes, su nueva compañera no ha cumplido los treinta, no tardará en llegarle el tercero, seguro. Baptiste da la impresión de ser el único adulto de toda la universidad que tiene que arreglárselas con sus compromisos de padre. Una mujer jamás se permitiría lo que él se permite. Maurice ha anulado su semana de clase, tiene enormes problemas como director del programa de formación permanente del equipo, han descubierto malversaciones y han falsificado su firma. Corre el riesgo de que lo investiguen, tiene cosas más importantes que hacer. Laurence se ha puesto a todo el grupo de culo, los alumnos se quejan de que es autoritaria. Ella dice que es sexismo. Es una profesora excepcional, pero ahora mismo no está fina. No se presenta a las reuniones y no contesta ningún *mail*, salvo esta mañana, que se ha marcado un mensaje especialmente largo e insultante contra una alumna que se quejaba de la falta de seguimiento de los trabajos de curso. Si las cosas siguen así, el programa va a estallar. François, el responsable del seminario de estudio sobre técnicas del cuerpo político, está con depresión nerviosa. Cada vez que se le pide algo, se encoge de hombros y

farfulla «proponga lo que proponga, pasan de mí». Ya no sabemos qué hacer con él. No le han concedido el ascenso que esperaba y tiene la moral por los suelos. Y ahora a Sélim le toca chuparse la preparación de una de esas reuniones protocolarias que tanto chiflan a las universidades. Y por si fuera poco, tiene que aguantar a su asistente, Mireille. Un dragón. Su método es eficaz: en cuanto le pides algo, pega un berrido. Ni que decir tiene que te lo piensas dos veces antes de molestarla.

Cuando encargaron a Sélim que dirigiera el programa de formación continua, compró una caja de champán y organizó una fiesta en su casa. Fue hace dos años, se sintió recompensado, por fin lo valoraban. Imaginó que iba a poder poner en práctica algunas ideas que para él tenían mucho interés, transmitir más. Le advirtieron que habría muchas tareas administrativas. No le dijeron que iba a convertirse en monitor desfasado de cincuentones delirantes.

Hace dos años, Aisha acababa de empezar el último curso de bachillerato. Estaba orgulloso de ella. Para Sélim, que la había criado solo, su éxito era la guinda. Se habían abierto camino entre las lluvias de desgracias, había sido un buen capitán para su princesita. Acababan de pasar el verano juntos en Bretaña. Él aún no lo sabía, pero era su último año de complicidad. Espera recuperarla. Porque el otoño no había sido lo que esperaba. Su trabajo fue el primero afectado por los recortes presupuestarios —¿qué se puede destruir sin que se note? La investigación y la formación. Por otra parte, entendió por qué nadie aguantaba en su puesto más de dos años: el volumen de trabajo era una locura. Poco importa la cantidad de horas que le dediques —siempre estabas en jaque. Había estado menos presente, menos atento. Su hija no le causaba problemas. No la había controlado lo suficiente.

Aisha descubrió la fe. Él lo vivió como una condena de todo lo que era. Quería decir: tu amor al cine francés, una mierda. Beber vino con tus amigos, una mierda. Tu abono de la ópera, una mierda. Leer a Guyotat y a Deleuze, una mierda. Tus discursos sobre Godard y Pasolini, una mierda. Todo lo que representas, todo lo que te gusta, todo lo que eres, a la basura. Tus esfuerzos tus compromisos tus placeres tus amigos, a la basura.

El islam no le parecía una religión más idiota que cualquier otra. Pero como Sélim la conocía mejor que cualquier otra, sabía hasta qué punto exigía renunciar a todo sentido crítico. Que su hija abrazara cualquier religión lo habría sacado de sus casillas. No se puede limitar una inteligencia como la suya. Esa memoria, esa capacidad de confrontar las cosas, esa curiosidad, que su hija sometiera su pensamiento a cualquier sistema teológico le repugnaba. No puede privarse a una mente como la suya de la lectura, no se puede pretender impedirle que comprenda la complejidad con el argumento de que hay que seguir elucubraciones oscurantistas... pero en cualquier caso le partió especialmente el corazón verla inclinarse por una religión que él conocía y de la que se había pasado la vida liberándose. La veía siguiendo consejos de ignorantes. La oía hablar de los científicos del islam, retrasados mentales capaces de decir que la Tierra es plana. El imbécil de la esquina

se convertía en el ídolo de su hija siempre que se negara a estrecharle la mano y llevara la barba bastante larga.

No conseguía tomar distancia, como le aconsejaban algunos amigos. Soltaban argumentos idiotas. La importancia de la identidad poscolonial —su hija en la mezquita, ya le gustaría que le explicaran en qué está emancipándose del colono, en el punto en el que se encuentra está dispuesto a escuchar cualquier cosa. Otros, por el contrario, aprovechan para subirse a caballos cuando menos fogosos —insinuando sin demasiados ambages que la izquierda se equivocó no preocupándose del problema de la inmigración más radicalmente. Al final, no tiene la menor idea de lo que quieren decir —¿más cárceles, más controles, más ejecuciones quizá? Soluciones que no son más que nuevos problemas, más graves aún que los que pretendían solucionar.

A él le importa un huevo la inmigración, les está hablando de una chiquilla a la que ha criado aquí. Su hija debería dejar de preocuparse por saber de dónde vinieron sus abuelos. Si se hubiera apasionado por la lengua, la literatura, la historia de su país o la música de los gnawa, lo habría visto con otros ojos. Pero le parece lamentable escuchar a algunos colegas perorando sobre los derechos de las chicas a llevar el velo y a volver a sus raíces. Son los mismos que lloran cuando se enteran de que Chávez ha muerto. Si mañana el presidente de Francia les dijera que Jesús les curará el cáncer, les daría un ataque, pero cuando pasa entre los muertos de hambre, un tarado megalómano es un líder carismático. Un Chávez está bien para los indios, de la misma manera que un Putin tiene sus cualidades para los rusos. El día que esta gente vea a su hija casándose con un monárquico, se meterán en la cama quince días, pero cuando la tuya se pone el velo, te recuerdan que es parte del folclore y te vienen con el cuscús y la guerra de Argelia. En eso se ha convertido esa izquierda que lo entusiasmó cuando era más joven. Por una parte, los que mantienen una condescendencia justificada por el exotismo: que dejen que los morenitos se realicen entre la alfombra de rezos y tres suras, su intelecto no necesita más. Y frente a ellos, los que se apropian de la laicidad para exigir a los hijos de inmigrantes que sean los renegados más diligentes, siempre dispuestos a no solidarizarse con los suyos para colgarse la medalla de la integridad ejemplar. Lo que esperan del árabe, tanto los unos como los otros, es docilidad —que se someta a la barbarie de los suyos o a la violencia del Estado francés, lo mismo da, siempre que renuncie a su plena dignidad. Y después del árabe, al que apuntan es al precario. En el fondo, lo que sus colegas de izquierdas reclaman es que los más desfavorecidos aprendan a sufrir en silencio. A través de su hija, Sélim recupera su estatus de hijo de inmigrante. Se sitúa ante un doble mandato irrealizable. Está escindido. Se niega a aceptar la opción de Aisha y se niega a condenarla ante los que no han sufrido lo que sufre ella.

Ha amado Francia con locura. Su sistema educativo, sus calles limpias, su red ferroviaria, su ortografía imposible, sus viñedos, a sus filósofos, su literatura y sus instituciones. Pero a su alrededor los franceses ya no viven en la Francia que le encantó. Sufren. No sabría decir qué atormenta hasta ese punto a los niños mimados

de Europa. Se dice que quizá es cierto que en este tema le falta una parte de la memoria colectiva. Él no comparte la doble humillación de la Segunda Guerra Mundial, que en el fondo hizo de Francia un país vencido dos veces, ocupado y después liberado por la fuerza.

Cuando todo esto empezó, cuando oyó a los franceses tomarla con los inmigrantes al son de un atronador «vino y salchichón», hizo como tantos otros: prefirió fingir que no lo entendía. Y sin embargo todo estaba dicho, esa es la idea que tenían del país de los derechos del hombre. Vino y embutido. Ese es su gran programa cultural. Hasta de la derecha esperaba otra cosa.

Una cría como Aisha habría podido ser científica —tenía la increíble suerte de ser buena en matemáticas, en la época del instituto podía elegir las mejores ramas. Pero su encuentro con el Corán le impide estudiar ciencias. También evita la literatura, que la expondría a demasiada basura moral, el cine, por supuesto, porque se fornicaba a la mínima de cambio. Le queda estudiar lenguas —la gramática no le plantea ningún problema ético—, comercio y derecho. Como es más pragmática de lo que está dispuesta a admitir, eligió derecho fiscal, consciente de que, para desgracia de su país natal, hoy en día los capitales vienen de gobiernos a los que no ofenderá su velo. Todo lo contrario.

Echa de menos la complicidad que tenía con Aisha. Entre ellos todo era fácil. Compartían la vida sin complicarse, uno no suponía un peso para el otro. No se hacía preguntas. Cuando llegaban las vacaciones, les alegraba ir juntos. No suponía ninguna molestia. No se pasaban el día pegados, a Sélim nunca le había dado la impresión de asfixiarla ni de que ella lo asfixiara a él. Nunca han vivido encerrados en sí mismos, como algunas familias monoparentales a su alrededor. Aisha siempre ha tenido amigas, actividades, y Sélim tenía una vida social activa, que le permitía sentirse pleno. Evitaba llevarse a sus novias a casa, pero jamás se sentía vigilado por su propia hija. Entre ellos había cierta armonía —las noches viendo una película, la limpieza a fondo de la primavera, la piscina del domingo, la semana de las crepes de la Candelaria, una serie de rituales que evolucionaban a medida que ella crecía, pero no desaparecían. Sabía que era feliz, pero no sabía que solo duraría un tiempo. Su hija confiaba en él, le preguntaba su opinión sobre cosas que le parecían complicadas, y a él le gustaba pensar las respuestas. Le gustaba ser su padre. Aisha había sido, y sin duda seguiría siendo, la mujer que le había dado más alegrías. Pero eso se resquebrajó. Él esperaba la adolescencia, los porros a escondidas y los novios demasiado descarados. No sucedió así. Fue incapaz de tomar distancia, lo que sucedía le afectaba demasiado, lo ponía directamente en cuestión. No supo mantener la calma. Se habla de la adolescencia como un periodo de locura hormonal e identitaria por el que pasan los niños que se convierten en adultos y del que supuestamente salen. Pero Sélim se da cuenta, aunque no le sirva de nada, de que se trata de un diálogo inconsciente. Con su manera de pensar, Aisha viene a decirle: aquí tienes toda la mierda que me has legado, papá, creyéndote que dominabas la situación, aquí

tienes toda tu mierda y aquí tienes mi desprecio. La adolescencia se juega por ambas partes. Los padres se resisten a escuchar lo que el alien intenta decirles. No conoce nada más doloroso que tener que renunciar al estatus de padre adorado.

En cuestión de unos meses les separaba un abismo. Ahora temía la hora de cenar, esa prolongada incomodidad que se autoinvita a su mesa. Encendían la tele para no tener que mirarse. En cuanto su hija abría la boca, Sélim tenía ganas de gritar. Todas esas imbecilidades, tan oscuras y que conocía tan bien. Ella no. Su tesoro. Había sentido ternura por las creencias de su madre y de sus tías, como queremos con pasión algo que debe desaparecer, de lo que a ellas no podía considerárselas responsables. Nunca habría pensado que volvieran por medio de su hija.

Lo peor es la sensación de que lo juzga. Aisha nunca le dirá: aborrezco todo lo que eres. Pero sus opciones hablan por sí mismas. Ese fervor atroz y su piedad se lo dan a entender cada día: me pareces patético. Sélim piensa a menudo en Satana. Tampoco ella había sido demasiado sensible a lo que él consideraba sus cualidades intelectuales. Prefería a cualquier imbécil con tal de que se le vieran bien los abdominales. Su hija vuelve a lo mismo, solo que ha sacrificado los abdominales por la perilla. La historia tropieza en la misma piedra.

Sélim prepara las fresas para el postre. Cuando Aisha vuelve, siente que se le encoge un poco el estómago. En eso se han convertido sus relaciones, se ponen tensos cuando no tienen más remedio que verse. Es tarde. Ella suele ser puntual. Parece preocupada. No le pregunta espontáneamente «¿De dónde vienes? ¿Algo no va bien?». Busca palabras que no resulten intrusivas. Teme ser torpe y que se enzarcen durante horas por una tontería. Le gustaría poder decirle sencillamente: mira, ahora mismo las cosas no son fáciles para mí en el trabajo, le gustaría poder contarle sus quejas y que ella lo ayudara a verlo más claro. Ella le contestaría «papá, tengo problemas en la facu» y él le pasaría el brazo por los hombros, qué pasa, cariño, ¿estás preocupada? Ya no la toca. Ya no la besa. Siente que la hace sentirse incómoda.

Ha observado que cuando están en la calle, baja los ojos ante los hombres. No es un signo de sumisión. Evita su mirada para mostrar que es pura. A Sélim le dan ganas de echarse a llorar.

Normalmente, al volver, ella corre a su habitación. Se sumerge en su trabajo para evitarlo. Pero esta noche deja el plan de trabajo y cruza los brazos con una expresión obstinada en la cara. Mira fijamente el suelo con las mandíbulas crispadas, sin decidirse a hablar. Él espolvorea azúcar en las fresas y las mete en el frigorífico. No añadirá la nata hasta el momento de servir las. Intenta parecer relajado, sabe que suena falso:

—¿Algo no va bien?

—Sé lo de mamá.

Está preparado para tener esta conversación con ella desde que era una criatura minúscula. Pero, como todos los acontecimientos que hemos ensayado

cuidadosamente, sin encontrar jamás la ocasión de provocarlos, las circunstancias lo desarmarían. Ha imaginado muchas veces esta escena, pero nunca era «así». Querría poder hacer un signo «pausa» y establecer mejores condiciones. Por un breve instante se queda atónito, pero Aisha lo tranquiliza:

—No te preocupes. Hace tiempo que lo sé. Lo he hablado con mi tutor, me ayuda mucho. No soy responsable de los actos de mi madre. Ni tú tampoco. No quería que te sintieras mal con este tema. Pero hace unos días me enteré de otras cosas sobre las que necesito saber tu opinión.

—¿Otras cosas? ¿Aún más? ¿El qué?

—En casa de la Hiena. Me invitó a ir en el último momento. Me dijo que era importante. Sabes lo de ese cantante, Alex Bleach...

—Lo sé, evidentemente.

—Dice que no fue un suicidio. Dice que la mataron.

—Murió de sobredosis, hija mía, siento mucho no haber encontrado el valor para hablarlo contigo antes... Murió de sobredosis, pero creen que fue un suicidio. Sé que es terrible para ti saberlo. Tenemos que hablar. No te dejes arrastrar por las elucubraciones enfermizas que pueden...

—No creo que el tío desvaríe. Digamos que no estoy segura. Y he pensado que no debía guardármelo para mí. Que tú también debías saberlo. Tu amiga, la Hiena, aún tiene las cintas, pero no creo que se las quede mucho tiempo, si quieres...

—Pero ¿a santo de qué tiene que meter las narices esa imbécil? ¿Qué te ha metido en la cabeza?

—Escucha, papá, tú fuiste a buscarla, ¿no? Te quejas cuando escucho al imán, te quejas cuando escucho a tus amigas... Si quieres que no hable con nadie, tendrás que encerrarme en mi habitación...

Decepcionada, da media vuelta y sale de la cocina. Sélim cree que ha reaccionado mal. No le ha hecho las preguntas correctas. Lo ha pillado desprevenido. Se había prometido contárselo cuando fuera lo bastante mayor para entenderlo. Pero no hay edad para pelearse con una realidad tan difícil. Y hay que decir que él mismo nunca se reconcilió con la reconversión profesional de Satana. El mero hecho de que cambiara de nombre le supuso problemas. Estando viva, mató a la mujer a la que él tanto había querido.

Poco antes había abandonado el domicilio conyugal. Su «necesito vivir, soy demasiado joven para estar encerrada, joder» le pareció un poco breve. Se sentía muy agobiada con un bebé del que se ocupaba sin alegría. «Para sentirse realizada con este tipo de vida habría que ser pobre de espíritu, ¿no crees?» De acuerdo. Sélim estaba convencido de que la maternidad era adecuada para todas las mujeres. Pero la suya era una excepción. No puedes obligar a nadie a que se quede. Le rompió el corazón, pero ni él ni su hija interesaban lo bastante a la joven madre para retenerla en casa.

Languidecía de aburrimiento, tenía otros sueños. No era fácil encajarlo. Cuando se quedó embarazada, por accidente, al principio de su historia, ella se entusiasmó, decía que no podía sentirse más satisfecha y que soñaba con una vida en familia. Él era entonces el más feliz de los hombres. El primer año también ella parecía feliz. Luego empezó a quejarse de que estaba casi siempre sola. Una ligera depresión. Quería buscar trabajo. Se pasaba el día metida en casa de las vecinas, tomando café. Cuando Aisha empezó a andar, a su madre no le apetecía pasarse todo el día vigilándola. La cosa no daba más de sí. Sélim no sabía qué hacer. Luego apareció el chico guapo del octavo. Con él empezaron los auténticos problemas. Era técnicamente débil, pero con un cuerpo de dios griego. Ella se marchó.

Al quedarse solo con la niña, no se permitió derrumbarse. En el fondo, el golpe que le había dado Satana al abandonarlos era tan fuerte que al principio no sintió la profundidad del impacto. Como el superviviente de un accidente que no se da cuenta de que se ha abierto la cabeza hasta que la sangre lo ciega, al principio se sumergió con ahínco en la vida cotidiana.

En aquella época fumaba en pipa. Un día, entrando en el estanco para comprar su paquete de Drum, miró los periódicos mientras esperaba su turno. No la reconoció inmediatamente. El maquillaje la transformaba. Pero al mirar por segunda vez no había duda. La madre de su hija, exhibiéndose en la portada de una revistucha pornográfica, lo miraba fijamente con una sonrisa provocativa. Entró en el videoclub más cercano. Aparecía en una sorprendente cantidad de carátulas. La pornografía se producía a la velocidad de la luz. En unos meses había filmado unas diez películas. Sélim atravesó París alucinado. De camino a la sección de sucesos, lástima por la felicidad y por todo lo que quería en este mundo, lástima por la cría lástima por el trabajo lástima por los amigos. Iba a estrangular a esa puta. Iba a comprar un bidón de gasolina, a quemarla viva y después a estrangularla, o quizá no en este orden, pero iba a matarla varias veces, eso seguro. El rencor que había reprimido desde que ella se había marchado brotaba como malas hierbas, le pudría la sangre y lo desfiguraba. Iba a encontrarla y lo pagaría. Pero ni siquiera sabía dónde vivía.

Ella volvió a aparecer algo después, sin haber respondido jamás a los mensajes abatidos o amenazantes que él le dejaba en el contestador, y él se quedó desconcertado. «¡Me alegro muchísimo de que lo sepas!» Decía que había sufrido mucho por tener que ocultarle su «nueva vida». ¡Si supieras lo feliz que soy! ¿Qué podía contestarle? Deliraba totalmente. Le gustaban sus nuevos amigos, los viajes a Estados Unidos en primera clase, el dinero fácil y las ceremonias de los Hot d'Or en Cannes. Le daba la impresión de vivir por fin una vida que la volvía loca. Trece años después de su muerte, aún le guardaba rencor.

Se prometió hablarlo con Aisha. Pero no había ninguna prisa. Joder, al final... Una vez que la madre había muerto, tenían derecho a olvidar lo que había pasado. Bastante difícil era ya en aquellos momentos, sin volver al tema una y otra vez, sin joderle la vida a la cría con aquel recuerdo que no sabía dónde meter. Cuando llegó

internet, con su avalancha de producciones pornográficas procedentes de todo el mundo, se sintió aliviado. Las tiendas de alquiler de vídeos cerraron. Las carátulas infames desaparecieron, y sus repugnantes contenidos también. Nadie se preocupaba de archivar aquella producción atroz. Quizá Aisha no llegara a enterarse nunca. Quería comentarlo con ella, pero no tenía prisa, la verdad.

Cuando su hija se acercó al islam, el tema volvió a caerle encima, pensó que era el karma. Que, sin saberlo, ella lo compensaba. Una locura contra otra locura. Tenía que provocar la conversación. Pero el momento, encontrar el momento. No uno de aquellos domingos en los que se peleaban. El momento adecuado no llegó.

Esta noche, lo más difícil no es que se haya enterado. Es que primero haya ido a hablar con otra persona. Su tutor. Un retrasado mental que lleva unas Nike debajo de la chilaba. No volvió para llorar en los brazos de su padre. Fue a ver a otro. ¿Acaso ese tío te ha enseñado a nadar ha recorrido todas las tiendas de la ciudad para encontrar el juguete que querías ha sacrificado sus noches para asegurarse de que te sabías la lección te ha enseñado a exponer un trabajo de clase se ha roto la cabeza por las noches en su habitación para ponerse al día en matemáticas y poder explicarte el problema al día siguiente te ha visto en pleno invierno dar diez vueltas seguidas en el ti vivo con el elefante que tanto te gustaba te ha llevado a hombros para que pudieras ver bien el desfile de las princesas aunque le dolía la espalda se ha levantado por las noches para darte agua cuando tenías pesadillas te ha llevado a ver los delfines siete veces seguidas porque te encantaban te ha doblado la ropa después de haberla planchado hasta el año pasado se ha preguntado cómo pagar tu matrícula cuando subieron el precio ha hecho dos horas de cola para asegurarse de que pudieras ver a la cantante Lorie? ¿Se arrancarían un riñón con los dientes si tú lo necesitaras? ¿Acaso si lo parten en dos si le muelen los huesos a pedradas lo único que le encontrarán en la médula es el amor por ti, el deseo de que seas feliz, de que no te equivoques demasiado? Y entonces ¿por qué mis palabras ya no tienen la menor importancia por qué mis consejos solo me importan a mí por qué mis brazos ya no pueden protegerte? ¿En qué momento dejé de merecerlo? ¿Por qué la vida nos ha hecho esto? ¿Por qué este país se ha vuelto loco?

Ya fue a ver cómo era ese tutor. Esperaba toparse con un fanático, un manipulador peligroso. Le habría gustado desenmascarar a un pedófilo multirreincidente —que no le vengan con que los católicos tienen el monopolio de depravados hipócritas, nada es más universal que el vicio que se da aires de virtud. Pero no es más que un tío bajito y barrigudo, sin carisma, con tranquila mediocridad y desfasado como un idiota. Como un cura bonachón de pueblo en plena Inquisición: incapaz de entender los conflictos históricos del contexto, con la voluntad de hacer el bien y sorprendido de la importancia que se le otorga. ¿Qué puede ver en él su hija? ¿Cómo entender que una chica decida libremente confiar en la opinión del tío más limitado del barrio? Sin duda las mujeres de su familia lo llevan en la sangre. Satana lo dejó por un culturista...

¿De qué se ha enterado Aisha exactamente? Como si no tuviera bastante con las gilipolleces del imán de la esquina, tenía que meterse la Hiena. Las revelaciones del gran cantante... lo único que le faltaba. Añadamos a la lista de la miseria circundante los delirios del toxicómano megalómano... Sélim da vueltas por la cocina sin dejar de batir huevos con furor. Corta la lechuga con rabia, la lava y la hace girar en la centrifugadora con absurda vehemencia. Su hija llega a escupirle sus tonterías a la cara y luego se encierra en su habitación, ¿qué ha hecho para merecer esto? Al final, ¿por quién le toman? Por el primo, el imbécil que no escatima esfuerzos para que todo el mundo salga ganando menos él, el que se traga el mal humor de las unas y de las otras. ¿Qué necesidad tenía la Hiena de meter esas ideas en la cabeza de la cría sin avisarlo? Traicionado por todas partes. El gilipollas de la historia. Siempre. El tío majo. Las mujeres odian a los tíos majos.

Alex Bleach. Perfecto, de verdad, perfecto. Que no le falte de nada. El verano de su primer hit, Sélim trabajaba en un centro comercial. Vendía relojes. Ponían la canción en la radio una vez tras otra. Se compró el 33 revoluciones. Se lo sabía de memoria. No le desea algo así ni a su peor enemigo. Cuando la mujer a la que quieres sale con el cantante al que llevas años escuchando... Ya no hablábamos del culturista de la esquina, al que podía despreciar todo lo que quisiera. No podía evitar entender que ella se enamorara. Sélim se sintió totalmente anulado.

Llama a su hija a la mesa. Va a hablar con ella. Dignamente. Pero vuelven a cenar en silencio. Él, con un nudo de rabia en el estómago, ella, con la mirada clavada en su plato. Su tortilla no muy hecha, como le gusta, su ensalada sin demasiado vinagre, como le gusta, sin ajo, que le cuesta digerir. Esta noche no enciende la tele. Al rato no aguanta más.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a la Hiena?

Y Aisha lo mira por primera vez esa noche.

—¿Por qué? ¿Quieres tomarla con ella?

Sélim nunca ha pegado a su hija. No va a ser esta la primera vez.

—Quiero saber lo que te ha metido en la cabeza antes de hablarlo contigo.

La cría piensa un momento y luego se encoge de hombros.

—Es un poco tarde, pero quizá aún estén en el parque Buttes-Chaumont.

—¿Quiénes?

—Son una especie de pandilla. Viejos de tu edad. Un amigo suyo, Vernon, duerme en el parque. Van a verlo todos los días.

—¿Cómo lo sabes?

—Fui a verlos.

Cruza el parque Buttes-Chaumont a grandes zancadas, lanzando miradas fulminantes a su alrededor. Mira de arriba abajo a los que pasan, gira los ojos dementes. Sabe que está montando toda esta película para evitar hablar con su hija. Aisha, unos pasos por

detrás de él, lo sigue en silencio. A Sélim le da la mala impresión de que no le aterroriza la idea de que él arme un escándalo, sino que más bien le agobia que monte ese numerito. Él levanta los brazos, como un chiflado. «Me estás tocando los cojones, ¿me entiendes? ¡Me estás tocando los cojones! ¿No me lo pudiste decir en cuanto te enteraste? Desde Barcelona, ¿te das cuenta? Desde Barcelona me vendes la moto. ¿Yo qué soy? ¿Soy yo el enemigo, quizá? ¿No crees que deberías haber hablado con tu padre?» Y Aisha ni siquiera le hace el favor de ser insolente, lo que le permitiría cabrearse aún más, es amable y lo siente mucho, «era muy difícil hablarte de este tema, papá». Pronuncia las «a» de papá casi como «o», abriendo apenas los labios. Eso le hunde. Su hijita. La que le ha caído encima. Y él, como un cretino, obligándola a ir con él al parque para pegar la bronca a los imbéciles que le hicieron escuchar las elucubraciones del ex amante de su madre. Su pobre niña, sola con esos pensamientos. Y él, que no vio nada de lo que la carcomía. Qué desperdicio. Tanto amor inútil, que no encuentra su destinatario, que ya no sabe formularse.

Se detiene en mitad de un camino del parque. Se siente vencido. No ha hecho su curro de adulto. No la ha ayudado a entender lo que acababa de descubrir, por la sencilla razón de que él mismo nunca ha sabido qué hacer con la tormenta que había sido Satana. Entonces se enfada, para defenderse, como cualquier gilipollas. Se desploma en un banco. Aisha espera, de pie, con las manos hundidas en los bolsillos.

Sélim no soporta las miradas que lanzan a su hija. Algunos transeúntes giran la cabeza para mirarla. Le entran ganas de ir a por ellos —es un velo, joder, acabaréis poniéndoooslo, no dejáis de tocar los cojones, todos, no dejáis de tocar los cojones. Para su padre es legítimo preguntarse qué coño hace con eso en la cabeza, pero esos desconocidos deberían entender que no es asunto suyo. Al fin y al cabo, el pelo es de su hija, y hace con él lo que quiere. Dice:

—Aisha, no sé exactamente a quiénes estamos buscando, pero no están aquí. Perdóname. No me esperaba que me hablaras de este tema. He reaccionado fatal. Volvamos a casa. Te explicaré...

—No, papá. Quisiera que escucharas lo que dice el cantante. Necesito saber lo que piensas.

Y espera a que él se levante y la siga. Él querría saber decirle «cariño, no tengo fuerzas para ir a ver a gente que va a hablarme de tu madre. Me rompió el corazón. Soy incapaz de volver a pensar en todo aquello. Tú eres lo más valioso que tengo en el mundo, no sabes cuánto me gustaría poder regalarte otra madre. Su historia es la más triste que pueda imaginarse. No quería que supieras todo eso porque me gustaría que todo eso nunca hubiera sucedido». Pero camina sin decir nada. Se le ha pasado la rabia.

—¿Qué dice Alex Bleach que te preocupa tanto? —le pregunta con voz débil.

—Ya lo verás. Quizá me digas que no te lo crees.

—¿Por qué te invitó a verlo, y a mí no?

—Habría sido muy incómodo que lo viéramos juntos.

El hombre al que Aisha llama Vernon gira la cabeza hacia Sélím al oírlos llegar. Lleva unas botas demasiado grandes para sus largas y delgadas piernas. Tiene la piel gris y la mirada febril. Mira fijamente a su interlocutor de una manera particular, con una tranquilidad que te desarma. Se acerca a Sélím sin decir una palabra. Huele a tabaco frío, a tierra mojada y a algo indefinible, suave y azucarado. Agradable. Coge al padre en sus brazos y lo estrecha contra él. Sélím se sorprende pero toda aprensión y toda hostilidad han desaparecido. Había ido a insultarlo y ya lo ha olvidado. El abrazo de Vernon lo envuelve y se convierte en una muralla, en un escudo, en una venda. Sélím se deja ir, consciente de lo ridículo de la situación, pero incapaz de eludir ese abrazo tranquilizador.

—¿Es chocolate o hierba?

Vernon pregunta por preguntar cuando Lydia le tiende el porro, porque de hecho fuma las dos cosas con el mismo entusiasmo. Luego se aleja unos pasos del grupo y se apalanca en su sitio favorito, en el hueco que forman las raíces del castaño más viejo del parque. El árbol, alto como una casa de cuatro pisos, creció torcido, sus enormes ramas están paralelas al suelo. Las hojas, amarillentas por una enfermedad, se extienden como un muro anaranjado que resalta sobre el verde del parque en verano.

Vernon da largas caladas al porro, retiene el humo en los pulmones y mira a los demás desde lejos. Le parece bien no tener un duro, porque eso le permite experimentar las sensaciones más inverosímiles sin hacerse demasiadas preguntas. Como, por ejemplo, cuando coloca la mano extendida contra la madera del árbol, sentir la suave pulsación de la savia, que lo regenera, frecuencias electromagnéticas bajas, ser consciente del tempo del vegetal. Prefiere pensar que es porque ha fumado, pero la verdad es que no ha bajado del todo del trip que se pegó antes de ver las cintas de Alex Bleach.

En el transcurso de aquella curiosa noche, Emilie, Lydia y Patrice le propusieron alojarlo, uno tras otro. Seguramente les inquietaba que aceptara, por su extraño estado, pero pesaba más el remordimiento sincero —no querían volver a casa sabiendo que él dormiría en la calle. Para su propia sorpresa, y sin la más mínima duda, Vernon rechazó todas las invitaciones. Era difícil de justificar. Les dijo no os preocupéis, no me apetece acoplarme en casa de nadie, os lo aseguro, no me da miedo seguir en la calle. Lo miraron como a un loco. Normal. Él habría hecho lo mismo en su lugar. Lo cierto era que ya no soportaba físicamente ni las paredes ni el techo, le costaba respirar, los objetos lo agredían y una vibración nociva lo acosaba. Y la presencia de gente a su alrededor era todavía peor. Sentía su miseria, sus dolores, su pánico a no estar a la altura, a ser desenmascarados, castigados, a fallar. Le daba la impresión de que era como el polen: se infiltraba en él y le entorpecía la respiración. Es decir, que no, de verdad, no os preocupéis, no le apetecía nada instalarse en casa de uno o de otro. Ahora necesitaba espacio. Y soledad.

Aquella noche se quedó dormido mientras los demás hablaban, en su sueño percibía las reflexiones que se hacían. Las declaraciones de Alex habían causado el efecto de un foco dirigido de repente hacia una esquina oscura. Algunos las creyeron sin dudar. Daniel las consideraba la prueba de que las mujeres que cargan con la sexualidad de los hombres son ciudadanas de segunda categoría a las que se puede matar con total impunidad. Pamela empezó con más reservas, según ella Alex seguía loco por Satana y le corroía la culpa por no haberla salvado, se había inventado aquella historia para no volverse majara, pero ella no lograba creerse que fuera cierta. A Patrice no le sorprendieron, era un ejemplo más de que los ricos hacen lo que les da la gana y que el derecho a matar a los más pobres forma parte de su arsenal. Para la

Hiena, todo aquello demostraba que en aquel grupo pasaba algo que era incapaz de definir, pero que resultaba casi tangible cuando pasabas tiempo con ellos: el placer de estar juntos, que se inscribía en el ámbito del misterio. No se admiraban, no se parecían, no les interesaba verse, pero una vez juntos armonizaban —se lo explicaba a Lydia, a la que le costaba entender de qué estaba hablando. Para esta última, la demostración caía por su propio peso: a Alex también lo habían matado. Había que vengarlo. Xavier afirmaba que todo aquello eran chorradas. «Alex murió porque le gustaba la droga, Satana murió porque le gustaba la droga, los yonquis cascan como perros porque ni se les ocurre ocuparse de cualquier cosa que no sea su jodida sustancia. Cuando no se buscan excusas, buscan responsables. Alex era yonqui. Denunciaba con vehemencia a los que lo habían traicionado o abandonado. Pero el primero en traicionarse, en maltratarse, en abandonarse, fue él.» Patrice se bebía su lata de cerveza y bromeaba. «Pues entonces todos somos yonquis. Porque lo que estás describiendo no es a los yonquis, sino al género humano.» Emilie estaba indecisa. Pasaba olímpicamente de saber si habían ayudado a Vodka Satana a meterse una dosis chungu, lo que le inquietaba era el principio de la grabación. Pensaba en su juventud y se preguntaba si había sido tan mágica como la describía Bleach. Aisha no se quedó con ellos. Lo que había escuchado la alteró mucho. Dijo «tengo demasiado follón en la cabeza» y se despidió precipitadamente. Pamela y Daniel intercambiaron una larga mirada silenciosa, luego se dieron la mano y se quedaron con los dedos entrelazados. Intentaban imaginarse lo que sería para la hija de Satana despertarse al día siguiente teniendo que cargar con el peso de aquella historia. Era como para volverse loco. En cuanto a Vernon, necesitaba estar solo.

Amaneció, se levantó y se bebió unos tragos de cerveza antes de comentar que se marchaba. Laurent, que había disfrutado de las conversaciones sin pegar ojo en toda la noche, se puso enseguida en marcha, «nos vamos juntos, colega». Hubo una avalancha de protestas, «no vais a marcharos así, pero adónde vais, qué vais a hacer», y el que los hizo callar fue Laurent, «no tenemos ningún problema en llevarnos unas cervezas para el camino, quedan unas cuantas en el frigorífico... Por lo demás, sois muy amables, pero hace siglos que me las apaño como una persona mayor... Yo me ocupo de vuestro amigo, no os preocupéis». Mantuvo su palabra, desde entonces siempre se ocupó de Vernon. Al cerrar la puerta, dijo al grupo en general «si alguien quiere vernos, estaremos en el Buttes-Chaumont», como si diera la dirección del bar de su barrio. Pero ni él ni Vernon se esperaban que, a partir del día siguiente, tanta gente presente aquella noche se pasara por el parque a saber cómo les iba.

En el camino de vuelta, en el metro, Laurent no hizo ningún comentario. Llevaba su alegría con discreción, aunque se le notaba. Al final Subutex era uno de los suyos, un tío libre. A Laurent le contrariaba tener que esperar a que anocheciera para mostrarle su nuevo territorio, la famosa línea de la Petite Ceinture. «Al principio la utilizaban para transportar yeso.» Laurent nunca se cansa de hablar del Buttes-Chaumont, es como para preguntarse por qué no se hizo guía de la zona. «En la

colina, mataban a los caballos y colgaban a los bandidos. Ahí, donde estás tú, estaban las canteras, y un vertedero público, a cielo abierto. También estaba la horca de Montfaucon. Bajo tus pies se amontonan los cadáveres de los federados de 1871. Seguro... Cuando construyeron el parque, el barrio estaba tan hecho polvo que todos los burgueses huyeron, era el parque de los que tenían mala fama. Dicen que lo robaban todo —lo he leído en internet. Los pobres somos así —destruimos lo que podemos, todo hay que decirlo.»

Las vías del tren están a unos veinte metros por debajo del nivel del parque, llegan a ellas por una pendiente abrupta. Por la noche, cuando vuelven mamados, es una buena ocasión para romperse la crisma. Vernon se ha colocado algo apartado de Laurent, en un rincón entre dos pilas de escombros. Las paredes están llenas de grafitis, para encontrar su refugio hay que buscar el pulpo malva pintado en una columna, está recogido, no se le ve desde el puente que domina la zona.

Laurent siempre lleva encima una navaja —no vaya a ser que «cualquiera» se acople. Nadie puede bajar las pendientes que llevan a las vías sin pasar por encima de él. Funciona. En el parque hay bastante sitio para que todo el mundo encuentre dónde meterse.

Desde el segundo día, Laurent lo ha arrastrado a la aventura, con autoridad, «tienes suerte, acabo de ver un colchón por la Cantine des Pyrénées, pero no me apetecía pedir ayuda al capullo de Samir, no me cae bien y no quiero que se nos pegue. Iremos a buscarlo nosotros dos». Caminaron junto a las vías hasta que las altas verjas los obligaron a volver a subir a la ciudad, y luego dejaron atrás Ménilmontant y siguieron avanzando. Laurent había escondido el valioso colchón detrás de una valla publicitaria, y Vernon no tuvo valor de llevarle la contraria, aunque no se sentía con fuerzas para arrastrar aquel trasto hasta el parque. Les llevó todo el día. Tiraban del chisme, lo empujaban, lo levantaban, se tumbaban dos minutos encima y se reían como críos agotados. Cuando lo dejaron resbalar para volver a las vías de la Petite Ceinture, el colchón estaba más destrozado que si lo hubieran sacado del vertedero más cercano. Había anochecido. Siguieron su periplo y Vernon se desplomó entre dos columnas.

Laurent lo ayudó también a montar una carpa que no se viera desde el parque, con hule sujeto con viejas placas oxidadas que alguien había robado de una obra y dejado allí. Alrededor de las vías se encuentra de todo. Vernon se agenció una caja para hacer de mesita de noche, un taburete y un Homer Simpson de peluche, para decorar. Laurent le pasó un edredón, y aquella noche a Vernon no le sorprendió sentirse tan bien en su nuevo refugio. Se convirtió en su caparazón, un ensamblaje portentoso que lo protege mejor que una casa.

Luego Olga volvió, con aspecto relajado y limpio, tenía mucha mejor pinta que la última vez que la había visto, el día que pegaron la paliza a Xavier. «Me han tenido quince días en el hospital, tuve un derrame pleural, me han tratado como a una reina, tíos.» Laurent le prohibió volver a su sitio, varios huecos más allá, «ya has causado

bastantes problemas a todo el mundo», pero Vernon intercedió. «Venga, déjala.» Olga se había hecho amiga de un cincuentón bajito, espabilado y gracioso, con cara de payaso listo. Jackie. Había estado de okupa en un *parking* desahuciado al que unos adictos al *crack* casi prenden fuego, y lo habían tapiado, con todo lo que tenía dentro. Pero Jackie era más difícil de manejar cuando estaba mamado que durante el día —el tío era de mal beber, y ruidoso. No tuvo tiempo de romperle los nervios a Laurent. Una noche no volvió. A Olga le afectó mucho, pero Laurent se quedó impassible. «La vida en la calle es así. Las personas están ahí, andas con ellas, y un día ya no están. No siempre se acuerdan de ti cuando te cruzas con ellas tres meses después. Vemos a mucha gente, ya sabes. Nunca pasa nada y siempre pasa algo, las dos cosas a la vez. Es otro ritmo, hay que acostumbrarse.» Olga lloraba en su rincón. «Joder, no somos personas si no nos preocupamos de lo que nos pasa a unos y a otros.» Luego también ella pasó a otra cosa. No tenía otra opción.

Unos días después arrastró a Vernon al centro de ayuda de Télégraphe diciendo «allí tengo mis contactos». Le estaba muy agradecida desde que había insistido para que Laurent la dejara volver a su sitio. Lo que había que subir para llegar hasta allí era como para dejarse un pulmón... Luego, entre el caos brutal de una multitud increíble intentando conseguir chaquetas, calcetines o toallas, una voluntaria de unos sesenta años, con el pelo corto y blanco, maquillada, con grandes pendientes rojos, perfumada y agradable, con bonitos dientes blancos y una gran sonrisa, reconoció a Olga y le indicó con un gesto que la esperara. Volvió alzando un par de botas rojas con un águila negra a un lado. «Se las he guardado», y Vernon se dio cuenta de que Olga había insistido para que se las reservaran. Estaba muy contenta de poder hacerle ese regalo. Vernon no tuvo valor para decirle «pero son las botas del cantante Dick Rivers, no me las pienso poner». Las cogió y las miró, perplejo —era un bonito par de botas mexicanas, rojas, muy poco usadas. Imposible imaginar cómo habían llegado hasta allí —quizá el dueño había muerto. O su compañera le había amenazado con dejarlo si se las quedaba. Ahora Vernon las tenía en sus manos. Y dos mujeres se alegraban ante la perspectiva de verlo ponérselas. Obedeció educadamente. Pero aun así dudaba. No eran para nada su estilo, eran muy llamativas. Sin embargo, la mujer peripuesta de bonitos dientes blancos aseguró «le estaban esperando a usted» y se alejó para ocuparse de otra mujer de su edad, también corpulenta, una africana tranquila que solía ir por allí. Vernon se puso las botas. Le iban perfectas, como si fuera en zapatillas. Hacía semanas que le dolían los pies y el alivio fue inmediato. Modificaron su manera de andar. Exigían avanzar la pierna de una forma concreta. Llevándolas, sentía que las piernas se le alargaban, que las caderas se inclinaban hacia delante, que daba pasos más largos. Parecía verlo todo desde arriba. Una vez en la calle, y aunque temía partirse la crisma en la cuesta sobre los tacones de las camperas, dio las gracias a Olga: sí, le gustaban mucho sus botas nuevas. Le sorprendió el efecto que le causaban. Se sentía como un gigante.

Se levanta temprano. El día empieza con los pájaros, que se ponen en camino, y

termina con la misma canción. A la larga, reconoce sus cantos. El primero canta un poco, luego irrumpen los gorriones más pequeños, su sonido no se corresponde con su corpulencia, y luego se complica, suenan acordes por todas partes y ni siquiera necesita mirar el despertador verde fluorescente para saber que es hora de levantarse y de salir a la superficie. El parque ha abierto las verjas. Puede salir de su agujero. Por la mañana se cruza con viejos que pasean al perro. A veces la policía les pone una multa con la excusa de que está prohibido dejar a los animales sin correa. Luego llegan los chinos, que se esparcen por grupos y hacen gestos en el vacío, sincrónicos y generalmente graciosos. Desde lejos, Vernon imita algunos movimientos procurando que no lo vean. Todos los días viene un chico a cantar debajo del gran castaño. Abre los brazos, cierra los ojos, y su voz grave hace vibrar largas notas. Es bastante agradable. Entretanto, los cuervos destrozan el fondo de las bolsas de basura y se reparten los víveres que caen al suelo.

Los jardineros y los vigilantes saben que Vernon duerme allí. No le dirigen la palabra. El trato es ser discreto. Los tres de las vías no son los únicos que se esconden a la hora que cierran el parque. Algunas siluetas oscuras se arrastran, se meten entre los matorrales, trepan por la verja o desaparecen debajo de las ramas más grandes de los árboles. Luego se trata de no armar bulla hasta la mañana siguiente.

Xavier y Emilie fueron los primeros en ir a buscarlo. No tardaron mucho. Al día siguiente de la noche en casa de la Hiena recorrían los caminos examinando los cuerpos tumbados en el césped. Era uno de los raros días de sol, el parque estaba lleno de familias, críos, enamorados, estudiantes y deportistas. A Vernon le sorprendió ver aparecer a sus dos viejos amigos. El tiempo en la calle pasa de una forma extraña: se alarga extrañamente, pero al mismo tiempo es muy breve. De hecho, casi los había olvidado. Empezaron poniéndose pesados: «Pero ¿qué vas a hacer?», en tono preocupado. Le daban ganas de contestar: «¿Y tú? ¿Tu miseria? ¿Cómo la gestionas?». Querían a toda costa convencerlo de que se instalara en su casa. La situación, que se había invertido, no dejaba de tener su gracia.

Vernon no tiene la menor idea de lo que va a hacer ahora. Disfruta del buen tiempo. Lo único que sabe es que ya no le apetece volver con los demás. Sus proyectos de futuro se detienen ahí. Lo que es nuevo es que se la pela, sinceramente, se la pela totalmente. Bastantes son las penas del día a día. Xavier y Emilie debieron de pasar un día agradable en la hierba, sin saber qué decirse, porque volvieron al día siguiente, y luego se unió a ellos Lydia, seguida de Patrice, Pamela... Una tarde llegó la hija de Vodka Satana, quería que le hablaran de su madre, pero en cuanto lo hacían se rebotaba, lo que no le impidió volver con su padre poco después. Sélim apareció de repente, furioso, exigía que le explicaran por qué le habían «hecho eso» a su hija, pero fue como una granada a la que quitan el seguro. Aunque había ido a enfrentarse con ellos, vio la grabación en un rincón, en el portátil de Emilie, que la había llevado a que la digitalizaran y se la pasaba a todos los del grupo que querían volver a verla. Sélim se quedó aparte mucho rato después de haber terminado de escuchar a Alex

Bleach. Su hija acabó yendo con él y le pasó el brazo por los hombros. Se quedaron inmóviles, al estar de espaldas, Vernon no habría sabido decir si estaban en silencio. Emilie fue a buscar su portátil, se marchaba. El padre y la hija aprovecharon para despedirse desde lejos y alejarse. Sélim volvió dos días después. Al llegar dijo «Pero ¿estáis aquí todos los días?», sorprendido y extrañamente conmovido. Se sentó con ellos y habló durante horas. Contaba su vida. Que, después de que Faiza cambiara su nombre por Satana, nunca más había sido capaz de recordar los nombres propios. Que quería más a su hija que a la niña de sus ojos y que no soportaba no saber proteger de sí mismas a las mujeres a las que quería. Pamela le dijo: tiene suerte de tener un padre como tú, no veo cómo podrías protegerla mejor. Y él acabó llorando en sus brazos. Se marchó vacío por dentro, pero contento. Y desde entonces va todos los días.

En eso se había convertido el parque durante el día, en una mezcla de grupo de conversación, coffe shop al aire libre, puesto de cervezas y lugar de debates. El césped era su salón, Vernon recibía allí a sus visitas con la afabilidad del anfitrión disponible y conmovido por tantas atenciones. Su vida era agradable: había pastelitos, vino rosado, gente amable, todas las chicas pendientes de él, escuchaban buena música en altavoces con forma de tubo y conexión bluetooth, estaban los habituales y los que pasaban por un día. Una vida social a domicilio, sin complicaciones, y nunca llegaba un papel administrativo a joderle la mañana.

Le recordaba a los bares de provincias, nunca se sabía quién vendría, quién se liaría a hablar con quién, de qué harían bromas, si habría buenas broncas o inesperados conflictos de la libido. A la hora que cerraban las verjas, los vigilantes pasaban silbando y los últimos residentes se dispersaban, y a Vernon le gustaba también ese momento de soledad, la hora de volver a la zona de abajo y quedarse solo en su tienda. Habría podido salir del parque, pasar la noche fuera y volver saltando la verja, como los demás —pero aventurarse fuera de su territorio no le decía nada. Se volvió casero.

Las reuniones no molestan a nadie, no hacen nada que llame la atención. Laurent y Olga aprovechan la situación, cuando llega la noche, hacen balance, más o menos pesimistas: «Se les pasará, Vernon, aprovéchalo... Aunque parezca que tus colegas no tienen gran cosa que hacer con su vida, acabarán entendiendo que tienen mejores cosas que hacer que mirar cómo crecen los árboles... pero tienes suerte, Vernon, normalmente la miseria aleja a los que la padecen, creen que es contagiosa». Imposible decir si admiran su decisión de quedarse con ellos o si lo toman por un tarado redomado al que protegen porque tiene su interés práctico.

Cuanto más avanzaba el verano, por lluvioso que fuera, más gente se reunía. Cuando llovía, se trasladaban debajo de la gruta artificial, cerca del lago, y hablaban en voz más baja porque había eco.

Vernon, acomodado en su árbol, se apropia del porro. Lydia Bazooka se dedica a ver una entrevista de Lydia Lunch en el móvil, Patrice, que tiene su día libre, habla

con un desconocido del primer LP de Camera Silens. Sentados en corro en un pareo naranja, como los que se ven en la playa, Pamela explica a Olga y a Laurent que en Holanda la gente se apunta a una lista de espera para comprar un piso a precio muy ventajoso, y que por eso casi todos son propietarios a los treinta años. Patrice les lleva café y Vernon los escucha desde lejos. Piensa en Alex Bleach, en la entrevista y en una frase del viejo Hank, «Forgive me, you have my soul and I have your money». ¿Qué venden exactamente los ídolos para que los recompensen tan generosamente?

Un balón pinchado rueda por el césped, seguido por un viejo caniche, que lo atrapa, vientre a tierra, y lo agita en todas direcciones, y luego aparece Xavier, con las manos en los bolsillos y expresión contenta. Adoptó al perro en la protectora de animales. Se llama Alegre. Un caniche gigante de color gris. El dueño lo asume. Lo vio en foto, en internet, más o menos por azar. El dueño había muerto en un accidente de coche. El chuchó estaba al fondo de su jaula, y dice Xavier que le conmovió su mirada. Al principio pensó no, no va a ser posible, de entrada no quiero tener otro perro tan pronto, y además una cosa así, no me atrevería a salir con él. Pero la mirada lo persiguió todo el día, y sin avisar a nadie, Xavier alquiló un coche y fue a buscar al perro. Al volver a casa, su mujer puso un careto increíble. Hay que entenderla: un viejo caniche gigante no pega demasiado con su decoración de interiores. Pero al parecer Alegre la sedujo en una sola noche. Hay que admitir que tiene una mirada bonita. El perro está obsesionado por su balón. Su dueño pasa tardes enteras lanzándoselo y embelesándose al verlo jugueteando en la hierba. Ya le han caído varias multas, con la broma. Pero hasta a los polis más rancios les cuesta mantenerse serios cuando ven a ese gorila con la cabeza afeitada, feliz propietario de un caniche de un metro de altura, con el pelo rizado y al que llaman «Alegre». Olga es la única que no hizo ningún comentario sobre la elección de la raza del perro. Se limitó a decir «joder, pero qué belleza» y a lanzarle la pelota.

Pero Xavier estaba fatal después de su accidente. Salió del hospital hecho polvo. Se le habían movido los cimientos. Tenía miedo en la calle. Dadas la estatura y la psicología del tipo, el temor no formaba parte de su repertorio. Por primera vez en su vida, se giraba para vigilar, miraba a la gente de arriba abajo, le daba un vuelco el corazón si oía pasos detrás de él. No sabía muy bien qué hacer con aquella nueva vulnerabilidad. A su edad, no iba a dedicarse a la poesía... Lo peor era la vergüenza. Haberse despertado delirando, convencido de ser un director de cine angustiado por no poder acabar su película, lo desestabilizó. Tanto, que tardó dos días en salir del todo de sus alucinaciones. El médico al que preguntó si el golpe había afectado a sus conexiones neuronales se encogió de hombros: «Todos los análisis son buenos. No tiene usted nada». Pero entonces ¿a qué se debían los dos días de intenso delirio? El tío de la bata blanca pareció incómodo: «Bueno, a veces pasa, a menudo el paciente se sorprende... ¿Cuánto tiempo hacía que no pasaba usted veinticuatro horas sin beber alcohol?». La idea parecía tan confusa que al principio Xavier no entendió adónde quería ir a parar. El médico tuvo que explicárselo: «Creo, bueno, me parece

posible que haya sufrido un *delirium tremens* por la abstinencia de alcohol... el golpe no ha dañado nada», y Xavier estuvo a punto de empalarlo en la barra que sujetaba los goteros. ¿Alcohólico, él? Qué gilipollez. Después, en privado, se dio cuenta de que lo primero que pidió, antes que un cigarro y que le dijeran dónde estaba Vernon, fue que bajaran a buscarle unas cervezas. Y las cosas volvieron a su lugar el día que Marie-Ange le hizo caso y le llevó unas latas, que escondió en su mesita de noche. Alcohólico, él. Siempre había dado por sentado que era un buen padre. Eso al menos nadie podía quitárselo. Pero ¿puede un buen padre ser alcohólico? Nunca se lo había preguntado. Lo habló con su madre, que intentó tranquilizarlo: «Nunca estás borracho. ¿Dónde está el problema? Eres un padre extraordinario. Tu hija es lo primero. Necesitas una cervecita antes de la comida, y luego... todo va sobre ruedas... todos tenemos nuestras muletas, ¿sabes?». Pero algo fallaba. El descubrimiento, que al fin y al cabo tampoco tenía nada de extraordinario, lo dejó clavado al suelo. Iba de listillo con su hija porque ella no tenía edad para juzgarlo. Se contaba cuentos con su mujer, a la que desde hacía ya mucho tiempo no hacía feliz. Y se sentía solo. Profundamente solo. No como un gran lobo solitario. Más bien como un imbécil que no sabe dónde está. Quizá por primera vez en su vida ya no tenía energía para contarse mentiras. Aparte de para castigarse el hígado, no era bueno para gran cosa.

Es un pilar del grupo del Buttes-Chaumont. Aunque la primera noche, la de la entrevista de Alex, Xavier solo había captado el aspecto patético de la reunión. Le gustaba contarlo en el parque, en medio de sus nuevos colegas: Vernon con *look loser* total, hecho un guarro, con cara de idiota alucinado, incapaz de soltar tres palabras. Apestaba tanto que hubo que meterlo en la ducha, y aun así una pobre lesbiana amargada tuvo que sacrificarse para enjabonarlo. Las chicas lo mimaban como si no se dieran cuenta de lo evidente: al tío se le había ido la pinza, y nada más. Xavier se sintió insultado por aquella efervescencia idiota, los supuestos viejos colegas que habían dejado caer a Vernon, todos, y que ahora, cuando era demasiado tarde, lo atendían solícitamente. No lo pasó bien aquella noche. Bebía cervezas en su rincón y refunfuñaba para sus adentros. Cuando Alex empezó a hablar, le entraron ganas de potar. Veía en la penumbra a la pequeña Lydia Bazooka, que debía de estar mojado las bragas, a la foca de Emilie, a punto de saltársele las lágrimas, al chulo de Patrice, fingiendo que se emocionaba. Nada en las declaraciones de Alex le conmovía. Payaso. El *rock*. Hablas de una aventura. «Creía en un modo de vida que no era más que una vida a la moda.» Este tema siempre había sido una payasada. Luego llegó la historia de la puta tarada que se dejaba filmar en despachos de productores y que luego se quejaba —Xavier se decía: «Que me avisen cuando tenga que llorar».

La noche le asqueó. Pero no se marchó. Los observó escuchando con cascos fragmentos experimentales que el pobre Bleach había preparado imaginando que buscaba un sonido que pudiera curar. Se puso los cascos cuando se los pasaron, y no le sorprendió: la música más coñazo del mundo. Como para preguntarse qué droga

habría que inventar para ser capaz de soportarla. Por lo demás, Pamela Kant estaba superbueno, pero a Xavier le molestaba ver a esa puta ingeniándose para parecer una tía a la que le va bien. Eres un agujero, tía, por más que hagas, nunca sacarás esta convicción de la cabeza de los hombres que hablen contigo. Por suerte, aquella noche no se dio cuenta de quién era Daniel. Pensaba que se trataba de un mariquita cocainómano, un tío al que Pamela no le tenía miedo —no le extrañaría tanto que este tipo de tías tema a los hombres de verdad. Se pasó la noche viendo a toda esa gente alborotándose, lleno de bilis y de hostilidad. La dueña de la casa, la Hiena, parecía aburrirse tanto como él, pero a ella no le molestaba. Se fumaba sus cigarros en un rincón y parecía controlar a Vernon, que roncaba como un angelito, tirado entre dos cojines.

Xavier se acercó a ella para preguntarle «¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no has entregado las cintas al productor?». Ella se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y le contestó con gesto seductor: «La mayoría de las veces solo nos entendemos *a posteriori*». Él no insistió. Era evidente que lo tomaba por un idiota. Luego Vernon se marchó, lo que acabó con Xavier. El tío estaba tan destruido psicológicamente que se negaba a dormir en una cama. Qué tristeza. Y el concierto de elogios sobre él después de marcharse, y la poesía y la libertad —como si todos aquellos imbéciles no vieran lo que era: un pobre tío al que se le ha ido la chaveta, y nada más. Querían convertirlo en un Rimbaud cuando no era más que un clásico marginado social.

Xavier durmió unas horas y al levantarse preparó un termo de café y fue a buscar a Vernon al parque Buttes-Chaumont. No soportaba la idea de dejarlo palmar en la calle, convencido de que todos los hipócritas que fingían preocuparse por él la noche anterior lo olvidarían ese mismo día. Caminó mucho rato hasta encontrarlo con el culo en la hierba, apoyado en los codos, con el aspecto relajado de un tío que está disfrutando de un rato de sol.

Entonces sucedió, cuenta Xavier a quien quiere escucharlo. Hablaron de pequeñas cosas. Luego Laurent llegó a buscar a Vernon porque iba al comedor social de la rue du Soleil, y Subutex hizo un gesto extraño. Lo abrazó antes de marcharse. Sería incapaz de decir cuánto tiempo estuvieron así, el uno contra el otro, sin decirse nada. Pero juraba que volvió a su casa y que se sentía diferente. Se había quitado un peso de encima.

Al día siguiente vio a Alegre en internet, y de alguna manera la vida siguió su curso. Para empezar, Marie-Ange, que le había montado un pollo al encontrarse al chucho en casa, se encaprichó del animal en menos de una hora —y por primera vez desde hacía meses hizo reír a su mujer, no a sus expensas, no a regañadientes, sino una bonita risa, tierna y llena de cariño. «Sin ti lo habrían sacrificado, ¿sabes?», y acariciaba al animal por detrás de las orejas, «Qué horror... Una maravilla como esta». Y él recordó que quería a Marie-Ange como no espera uno querer a nadie en la vida —era más que una pasión o un compromiso, lo era todo, de él, que se había casado con esta mujer— y cuánto había echado de menos la complicidad con ella.

Desde entonces, le gusta decirle a Vernon, señalando a la gente que lo rodea, «eres como un radiador, ¿sabes? Por eso estamos todos aquí». Se enzarza con casi todos los del grupo —sea cual sea el tema, consigue decir algo que indigna a alguien, y de alguna manera se ha convertido en su función: anima. Con quien se entiende mejor es con Olga, y no solo por el perro. Pero lo más sorprendente es la amistad de Olga y Sylvie. A estas alturas casi podría hablarse de amor. Van a sentarse en un banco las dos solas y charlan. Lo hacen siempre.

Todo el mundo se quedó flipando cuando unos días después apareció Sylvie. Todos creyeron que se había acabado el buen rollo, que iba a quemar todos los árboles a gritos y a remover la tierra hasta devolver al parque su forma de cantera de yeso. Sobre todo Vernon, la verdad —en cuanto la reconoció salió de su letargia. Pero después de haber amenazado públicamente con las peores crueldades, se limitó a darle un besito, tranquila y afable, como si nada desagradable hubiera pasado. Resultó que se había trabajado hábilmente a Emilie para saber qué se traían entre manos —y se autoinvitó al parque. Se tomó con mucho sentido del humor que la hubieran excluido del grupo y creyó que solo podrían alegrarse de verla —porque había cambiado de opinión: al final lo que Vernon le había hecho no era tan grave. De alguna manera, la vida se había encargado de pasarle factura poniéndolo en la calle. En un primer momento se planteó llevárselo a su casa para que se recuperara, pero ante su negativa, cambió de estrategia: prefería sembrar una ligera tensión en el grupo con su sola presencia. Solo el viejo Charles, que se une a ellos cada tarde a la misma hora, se alegra de estar con ella. Sylvie se ha encaprichado de la pandilla, a su manera, y llega siempre con pasteles caseros. Aunque pueda ser una tocapelotas, eso no le impide ser una pastelera de puta madre. Por eso siempre se alegran bastante al verla llegar, y a la vez se inquietan un poco: le encanta poner a alguien a caldo mientras le ofrece dulces.

Lydia, Patrice y Daniel se preguntan si Daniel Craig revolucionó James Bond. Charles llega a su altura, con su bolsa de plástico blanca llena de cervezas en la mano, los saluda, pero no se detiene —sonríe divertido al ver que sus dos chicas preferidas están allí: Olga y Sylvie, tumbadas en la hierba. Vernon no se acostumbra a que se entiendan tan bien, le parece casi peligroso. Olga se deja dirigir con bastante docilidad para no cabrear a su amiga, pero a la vez le opone la resistencia y la brutalidad necesarias para que la cosa quede tensionada, como a Sylvie le gusta. La oye decir, de lejos, «yo creo en los intestinos, un día ya verás, nos daremos cuenta de que la psicología nos importa una mierda, todo depende de los intestinos», y Olga contesta «entonces ¿crees más en los intestinos que en el destino?», y eso las hace reír.

A orillas del riachuelo de abajo hay unas diez chicas sentadas. Vernon reconoce a la joven Aisha, que charla con una de ellas, por una vez no tiene el aspecto obstinado y desconfiado que le inspira el grupo. Pamela se une a ellas, parecen formar un conciliábulo. Luego reconoce la figura alargada de la Hiena, que tiene algo de

hierática, de irreal. Desde que lo desnudó y lo duchó, siente por ella una especial gratitud. Ella le guiña un ojo, desde lejos, con complicidad sobre un tema que se le escapa. Es su manera masculina de darle a entender que le cae bien. Entre ellos la cosa no va mucho más allá —rara vez hablan. Como si el exceso de intimidad los disuadiera de intentar charlar. Todavía no ha entregado las cintas al productor, lo está haciendo esperar. Su decisión es tan indescifrable como la de Vernon de quedarse a vivir en el parque —y sospecha que tampoco ella sabe qué guía sus acciones en este momento. Las chicas a orillas del riachuelo tienen *looks* que podrían calificarse de altermundistas, pero en más punk. Daniel habla un momento con ellas y luego se dirige hacia Vernon. Se sienta en otra raíz del castaño y arranca pequeñas briznas de hierba.

—Tus amigas tienen unas pintas sorprendentes —comenta Vernon—. Parece que han escuchado a Manu Chao y Pantera, y han buscado un punto de equilibrio.

—Son bolivianas. Punks, indígenas, chamanes y lesbianas feministas.

—Joder, qué bien sienta ser joven... ¿Y de qué habláis?

Daniel esboza una medio sonrisa.

—La vida, la muerte, la locura. Son superguays.

A él, como a Pamela, le afectaron más que a los otros las declaraciones de Alex. Suelen decir: «pueden eliminarnos, así», chasqueando los dedos en el aire, «y nadie se preguntará qué ha pasado porque para la gente somos zombis, en realidad formamos parte de una categoría de seres humanos menos protegida que otras», y este discurso entusiasma a Laurent, que nunca pierde ocasión de intentar acercarse a Pamela: «os tratan como a los sintecho. Somos parias... ni siquiera una norma de ajuste. ¿Sabéis cuántos de nosotros mueren cada año? ¿Sabéis lo fácil que sería darnos alojamiento a todos en las temporadas de mucho frío? A todo el mundo le importa una mierda cuántos mueren en las aceras». Se sube a una rama baja, sus pies se balancean justo por encima del suelo. «Vivimos como perros, la palmamos como perros», contesta Daniel en general, y Olga niega con la cabeza: «No. Los perros tienen amos que lloran por ellos».

Vernon ya no consigue apartar los ojos del grupo de chicas de abajo —algo traman. Vuelve a preguntar a Daniel: «Pero ¿qué te contaban hace un momento?». Mira a Pamela, de pie, inmóvil, con las manos en las caderas, la cara levantada hacia el sol, los párpados cerrados, una ligera sonrisa que él nunca ha visto antes le ilumina la cara. Vernon se gira hacia Daniel, en equilibrio en su rama, su expresión tampoco es habitual. El chico siempre está sonriente y es divertido, pero sus rasgos están más relajados. Algo ha cambiado en él. Al darse cuenta de que Vernon lo mira insistentemente, señala una pantera que acaba de tatuarse en la mano.

—Cicatrizas bien, es increíble. Apenas he tenido que ponerme crema.

—¿Te lo ha hecho Céleste?

—Sí. Tiene talento.

—¿Te gusta mucho Céleste?

Daniel ya se ha tatuado dos veces con ella.

—Mucho —le contesta.

—¿Crees que es recíproco?

—Creo que sí... Pero antes tengo que hablar con ella. Todavía no he tenido ocasión.

—Hablar con ella ¿de qué?

—De que si follamos, no voy a sacar mi gran polla. Prefiero avisarla.

—Yo me acosté con una chica que no estaba operada. Solo puedo decirte que no me alteró... bueno, no en el mal sentido. Estaba loco por ella.

—¿Tú? Te tenía por un cagueta.

Pamela, flanqueada por dos chicas, interrumpe su conversación:

—Vamos a ir marchándonos. Daniel, ¿vienes con nosotras?

Y por cómo Daniel salta enseguida al suelo para ir con ellas, Vernon vuelve a decirse que están tramando algo de lo que no quieren hablar con él.

La chica más alta lo mira de arriba abajo. Es de la misma altura que Olga, y como mínimo igual de robusta. Lleva zapatos rojos con altísimos tacones de cuña, con los que avanza por la hierba mojada como si fueran botas de goma, una falda larga negra, una cazadora con tachuelas de hace varias décadas, una boa con las plumas mustias alrededor del cuello, las sienes rapadas, y en los dedos una colección de anillos tan impresionante que sus manos parecen de acero. Unas pintas de pena. Mira a Vernon con un aplomo sorprendente y que debería hacerle sentir incómodo, pero la chica tiene un extraño encanto. Reconoce en ella la seguridad de la belleza. Y esa seguridad se impone a su aspecto. Es atractiva. Vernon es el primero que se queda perplejo al pensarlo, tiene la libido en punto muerto desde hace ya mucho tiempo.

Pamela reúne a la tropa. El grupo tarda un rato en moverse. La chica no le quita ojo de encima. Cuando Daniel se aleja, ella se acerca: «Tú, te quiero besar», le dice en español. Vernon sonrío y finge no entender la frase —no sabe cómo rechazar amablemente la invitación. Ella se pega al tronco del castaño y lo espera. Alguien del grupo la llama, en español, y ella les indica con un gesto que se larguen. Intercambian unas palabras y obedecen, apenas sorprendidos.

Ella se gira hacia Vernon, lo coge de la mano y le dice «ven conmigo». A su alrededor ya nadie los mira. Ella lo invita a que la siga, le tira suavemente de la mano, y él la sigue sin oponer más resistencia. Suben por el césped, una parte del terreno está llena de árboles, ella parece conocer la zona y lo arrastra debajo de un abeto especialmente alto. Intrigado, extrañamente seducido, deja que deslice la lengua entre sus labios —el beso del siglo. Más tarde se preguntará qué droga pudo pasarle de boca a boca que actúa tan rápido y de forma tan espectacular —una descarga lo estremece. Le da tiempo a pensar: tus labios son asombrosamente suaves —y despega. Es un árbol con raíces que se hunden en el suelo tan profundamente que tocan un núcleo de fuego, siente en la planta de los pies el espacio hueco de las galerías, los cables eléctricos, granos de arena, y la mujer es una serpiente enorme

enroscada alrededor de él, el calor de su vientre de reptil calma cada poro de su piel-corteza. El beso dura unos segundos —Vernon vive la experiencia de un tiempo eterno. Ella retrocede un paso, «¿quieres más?», y él deja de moverse. Entonces ella le quita el anillo que él lleva en el dedo, una calavera mexicana que le regalaron hace más de veinte años, lo desliza por su dedo, lo besa, lo lame y se lo vuelve a poner en el dedo a Vernon, «ahora eres mío» —y él vuelve a marcharse. Es un pájaro, la sensación de sus alas es nítida, a la altura de los omoplatos, su peso cuando se despliegan, los músculos encargados de moverlas. La mujer se ha puesto de rodillas y besa sus tobillos, sus rodillas —él vuelve en sí un instante y recuerda los gestos de la Hiena bajo la ducha —pero enseguida pierde el conocimiento, sobrevuela el parque y la ciudad, está por encima del campo, es un placer extraordinario sentir sus alas, que lo llevan, y el aire bajo su vientre lo sostiene, su pelvis se abre, se propulsa hacia delante, un desgarró intenso y blando. No sabe cuánto tiempo dura ese éxtasis brutal —cuando vuelve en sí, la mujer le pone la mano en la nuca y le dice sonriendo, esta vez en francés: «Eres el chamán de Europa». Un brusco deseo de llorar le sacude el pecho. Ella se aleja. Él ha sido un árbol, ha sido un pájaro, ha sentido su pico y sus alas, la amplia visión. Ha perdido totalmente la razón, y por primera vez desde hace semanas esta certeza lo aterroriza. Se queda un buen rato sentado solo bajo el árbol, sacudido por los sollozos. Luego, en esa explosión de desesperación, siente otra cosa introduciéndose en él, una sensación de alegría inaudita, que se impone a las lágrimas.

Céleste corta el papel de calco con las tijeras para colocar las olas alrededor de la carpa. Las ha trabajado observando el dibujo de Hokusai en internet. Escuchan a Sia. El conejillo de Indias chilla en su jaula, quiere pepino inmediatamente. En la pantalla gigante de la tele, conectada a la red, suben y bajan medusas gigantes, en directo desde un zoo canadiense. La clienta se lía un porro, quita con los dientes el interior del filtro de un cigarro y lo rellena con un cartón enrollado. Luego saca la pieza de la piedra de su mechero Clipper y aprieta el porro. En una bandejita rosa de plástico y con flores, que debe de haber llegado directamente de China, tiene su chocolate y su hierba, su papel y unas briznas de tabaco. Charla con su colega, que está en el sofá, apoyada en una alfombra de masaje eléctrica comprada en Nature & Découvertes, se pregunta si colocarse en postura shiatsu o rolling. Céleste se pone sus guantes negros y la clienta cambia la música: «¿Te gusta el electro? Tengo una superlista, vas a ver... perfecta para tatuar. Perfecta para todo».

Dice que aguanta dos horas y media. A partir de ahí empieza a dolerle. Céleste está sentada en un puf. No tiene taburetes. Se destroza la espalda, por fuerza. Tendría que ir a la piscina para relajarse y trabajar los músculos pero no encuentra tiempo. Entre el curro en el Rosa Bonheur y las horas de tatuaje, tendría que poner el despertador a las seis de la mañana para ir a nadar, pero se va a dormir demasiado tarde para levantarse a esa hora.

La amiga, en el sofá, con los brazos cruzados, disfruta del masaje, da caladas al porro y mira la pantalla de la tele, «qué locura, cuesta creer que esas medusas sean de verdad... ¿Te das cuenta de que existen y de que somos tan gilipollas que nos dedicamos a otra cosa en lugar de observar la naturaleza y los animales?». Céleste se ha abstraído de la conversación, está concentrada en lo que hace —sombras de puntitos en la cresta de las olas. Tendrían que pedirle piezas grandes para comprarse una máquina rotativa para los puntitos, como Mike Amanita, el ruso que le hizo el mandala en el hombro. Cuesta doscientos euros. No es el fin del mundo. Pero le piden sobre todo motivos pequeños, mariposas y frases cortas. No consigue ahorrar dinero. Las dos amigas no dejan de charlar, tanto la una como la otra llevan un buen colocón. La clienta se mueve un poco y Céleste le apoya la mano en el hombro para que se calme. Por momentos es difícil no perder la concentración en un ambiente de peluquería. Pero le gusta —hay tatuadores que imponen el silencio, pero a ella le gusta que haya vida y tener que abstraerse.

Electro guitarrero, se evade. Las agujas que compró en Bastille son superfinas, es un placer tatuar con ellas. La clienta está contenta, «qué guay, Céleste, muy bonito, de verdad», y la amiga está de acuerdo. Sigue pegada al mando de la alfombra, hace ya una hora que está ahí.

Entra el crío de la clienta. Tiene unos doce años. Ella le pega la bronca porque no la ha llamado, como debería haber hecho. Céleste se dice que debe de ser exagerado vivir con un crío tan mayor siendo tía, puede soltarte una bofetada sin que puedas

decir nada, te interesa dominarlo con firmeza para controlarlo. Él saca una zanahoria del frigorífico y se la da al conejillo de Indias.

La mujer vive en Stalingrad, a veinte minutos a pie del bar. Céleste vigila la hora en el ordenador. El piso es guapo, en tonos grises y burdeos. Hay que marcar quince códigos para entrar, pero una vez dentro es silencioso y cómodo.

No tiene ningunas ganas de ir a currar, preferiría tomarse su tiempo para terminar y luego volver a casa a descansar. La mata tener que empalmar con el curro de camarera.

Pero el Rosa Bonheur es un buen curro. De entrada, porque son varios para arreglarse con los horarios y los días, es flexible. Fanny hace fútbol sala, Elsa tiene espectáculos de teatro burlesco, Mona, talleres *drag king* —todas tienen cosas que hacer aparte, así que se ponen de acuerdo para que todo el mundo pueda hacer sus actividades. Lo que no quita que ojalá pudiera vivir del tatuaje y dejar su curro alimenticio.

Termina, se estira antes de poner el celofán en el tatuaje, da los consejos de uso: «no te pongas nada durante veinticuatro horas y lávalo cuatro veces al día, luego te pones mucha crema y dentro de tres días lo dejas al aire libre cuando puedas, cicatrizará enseguida». Se mete en el bolsillo los dos billetes de cincuenta euros, se pone la cazadora, no, no tiene tiempo para un café, le encantaría pero tiene que largarse si quiere llegar a la hora.

Este año, el tiempo es Alcatraz. Una lluvia cerrada que el viento empuja en horizontal ensucia el cielo. Finales de junio y la gente sigue poniéndose el anorak, con la moral sombría. Esto no es un verano, amiga mía, es la cárcel. Los árboles siguen sin una hoja, ni siquiera el brote de una yema en las ramas. Si Céleste fuera un tío, estaría tan empalmada que no podría ni andar. Le ha pillado al despertarse, quizá un subidón de MDMA, está caliente como las brasas. Tiene que encontrar a alguien a quien tirarse antes de veinticuatro horas, si no se va a deprimir. Quizá debería intentar tomar ibuprofeno, a ver si la cosa baja. Siempre ha sido demasiado caliente. Cuando estaba en el instituto, todos los chicos la trataban de puta. Llamaban a su casa por la noche, al teléfono fijo, para decírselo. Su padre estaba desesperado. La cambió de instituto. Entendió la lección. Se acuesta con tíos a los que no volverá a ver. Su fama le importa una mierda, pero no quiere hacer llorar a su padre.

Se cruza con Lorenzo, el jardinero mono. Él le habla de los problemas de los árboles con el frío, y lo único que a ella se le pasa por la cabeza es gonzo puro. Por suerte es tipo Merteuil, un coño ardiente en un guante de hielo. Él siempre es muy educado con ella. Tío, tú me hablas de arbustos y yo pienso en tu lengua en mi coño —si él tuviera acceso a su disco duro, no se comportaría igual.

Céleste no tiene ningunas ganas de ir a currar. Al principio estaba bien en el bar, el ambiente es swag, la vida la noche los bolingas los plastas las bolleras con el torso

desnudo que bailan en las mesas y los viejos que se creen jóvenes y se lo pasan teta contoneándose. Es divertido verlos. Espera no ser como ellos a los treinta años, montar el espectáculo sin mirar el reloj. Trabaja allí desde hace ya un año. Ha pasado de prisa. Ahora los clientes la agobian. El ochenta por ciento de las mesas son gilipollas. Creen que está ahí para servir, que le pagan para eso, y partiendo de ahí se comportan como una mierda. Creía que tardaría menos en vivir del tatuaje. Que un tatuador reconocido se fijaría en ella y le propondría dar sus clases en su tienda. Hay que tener paciencia. Está harta de pasar de pie ocho horas seguidas, recogiendo vasos rotos, evitando los charcos de vómito, las manos en el culo, los billetes falsos, para a final de mes embolsarse lo justo para pagar el alquiler, las propinas aquí no son para lanzar cohetes, hay demasiada gente, la gente se chupa tres horas de espera para conseguir una cerveza, no tienen piedad, ni un céntimo para la camarera...

Estudió en la Escuela de Bellas Artes después del bachillerato. Pero no tardó en hartarse del ambiente. Demasiado parloteo. Lo que le interesa a ella es hacer cosas, no aprender a soltar peroratas conceptuales sobre instalaciones idiotas. Luego picoteó un poco de todo, desde teatro hasta montaje de vídeo —su padre la avisaba cada vez que había oposiciones para funcionarios públicos y ponía mala cara cuando ella le contestaba «eso se acabó, papá, ya nadie volverá a ser funcionario de por vida, déjame que vaya a lo mío». Tampoco podía contestarle gran cosa. Para sus veinte años, sus colegas hicieron una colecta y le regalaron su máquina de tatuar. Lauro Paolini, Prestige... Y aquello fue el clic. Practicó sobre piel de cerdo, no le gustaba, se pudrían superrápido y una peste atroz se extendía por toda la casa. Por suerte, Chris, un tío tatuado de la cabeza a los pies y que sentía debilidad por ella, le dijo «te ofrezco mi cuerpo, practica». Y ahí empezó de verdad. Todo el mundo dice que tiene mano. Tiene algo. Le gustan los tatuajes rusos, el blanco y negro. Pero los clientes tienen gustos de mierda, quieren un loto en color o golondrinas de los cojones. Ya pasará. Hay que perseverar. Entretanto, en cuanto la gente del bar se entera de que es tatuadora, se ponen a contarle durante horas lo que les gustaría tatuarse. Le entran ganas de decirles deja de contarme tu vida, pídemme hora y listo.

Cuando llega, el Rosa Bonheur está abierto. No siempre es así, a veces tiene que esperar media hora delante de la puerta hasta que aparece el que tiene las llaves, con cara de recién levantado... En la gran sala hace un frío de muerte. Todo el mundo va con gorro y bufanda. Escuchan a Björk a todo volumen, no dan demasiadas ganas de quedarse. Mimi, la jefa, le pide directamente que baje dos cajas de comida a los discípulos de Subutex. Como si fuera lo más importante del día. Mimi se encontró con una chica a la que conocía y que anda con ellos, dice que era bajista y la adora. Ahora, viendo a la mostrenca, cuesta imaginar que tenía clase en el escenario. Al principio, la jefa se contentaba con pedir que les bajaran los restos del día anterior, que ya no podían vender, pero ahora les prepara tortilla, botellines de cerveza, chocolate... Se ha metido demasiado en la secta. Dice que una vez pasó la noche con Subutex y que la noche después tuvo sueños increíbles, con muertos que la visitaban

y le decían cosas importantes, y que le ha cambiado la vida. No te fastidia, con toda la droga que se mete, a su edad, no es de extrañar que sueñe en color. Desde entonces ya no fuma chocolate por la noche, ya casi no bebe, porque quiere recordar los sueños. Tiene mejor cara, eso seguro... pero su rollo con ese Subutex son chorradas. Van todos detrás de él como si fuera el profeta. El tarado y sus botas rojas. Cada quien con sus héroes, por cierto... No debe de ser divertido ser viejo. Se juntan unos veinte, todos los días, una horda de prejubilados —en el grupo no todos están caducos, pero aun así la media de edad es ancestral. En todo caso, teniendo en cuenta el frío que hace, están contentos de estar ahí, porque si no lo dejarían correr. Charlan vete a saber de qué. Es complicado hacerse una opinión, entre qué buen rollo o simplemente se te pone la piel de gallina.

Céleste baja con sus dos cajas llenas de víveres, la saludan desde lejos, por supuesto, se alegran de verla. Buena comida, gratis. Vernon se pavonea debajo de un gran árbol, con su flamante anorak largo, regalo de una admiradora —la tía que puede gastarse mil pavos para asegurarse de que un sintecho duerme calentito, está claro, los hay motivados. El tío está más tranquilo que antes, Céleste puede acercarse a él sin que le mire las tetas como un muerto de hambre. Dicen que por las noches hay chicas que bajan a las vías del tren y esperan en el frío para meterse en su tienda... Quizá es una leyenda urbana. Pero con esta gente todo es posible. Y cuánto hablan... Les encanta. Comen y hablan. Es la historia de su vida. Están cada vez más acojonados —«ni una palabra en las redes sociales de lo que está pasando aquí». Menos mal que se les ocurrió avisarla. Si no, ¿cómo iba a resistirse a la tentación de postear en Instagram fotos de carrozas que hacen pícnic hablando de *rock* en el Buttes-Chaumont? Con el otro, el que tiene nombre de colchón, Subutex... Aunque colgara todas las fotos de sus tardes, las posibilidades de que su guateque en la hierba se hiciera viral son mínimas. Hasta tienen un caniche pelado, hay que estar pasado de rosca.

El padre de Aisha está sentado a horcajadas en una caja, habla de «la República, la República, la República», parece un cuervo en su rama... Él es así, sale del curro y corre al prado a soltar cosas que a todo el mundo se la pelan. La deuda, el servicio público, la corrupción... siempre tiene algo que decir sobre problemas de los que jamás cambiará nada. Si lo que quiere la gente pudiera cambiar en algo la política, se sabría. Céleste es un poco gerontófoba. Le saca de quicio verlos a todas horas creyendo en cosas que ya no existen. Los viejos siempre dan un poco de pena. Actúan exactamente igual que si aún fueran jóvenes. Pero están enmohecidos. Pueden estirarse las arrugas, da igual. Siguen viviendo en la época del vapor cuando el mundo está en la pantalla táctil. Siempre hay algo en ellos de mayo del 68. Incluso en los fachas, como su padre.

Daniel le sonrío y ella se escaquea. Aunque es un buen cliente. Para una vez que alguien va a verla para hacerse cosas bonitas, que la deja dibujar y no dice chorradas cuando ve lo que ella hace... Cada vez que pide que cambie algo, tiene razón... El tío

tiene buen gusto en cuestión de tatuajes. No tiene ni uno que dé el cante. Es casi un honor pincharle... Él le tira los tejos. La pone nerviosa. Está acostumbrada a manejarse con tíos un poco viejos que le piden hora y que se flipan cuando se pone los guantes negros. Forma parte de su curro. Pero Daniel es sexi. Y guapo. Es un macho majo. Si fuera realmente lo que pretende ser, iría a ver qué tal le va con él. Pese a la diferencia de edad. Pero lo sabe. Una noche pilló una conversación después de que pasara a tomarse una cerveza. Es trans. Céleste no tiene nada en contra. Pero no le apetece probar. Están las tías y están los tíos, las cosas son así desde hace doce mil años —¿te imaginas diciéndole a tu padre «tengo un novio que cuando era joven tenía la regla»? Así que lo evita. No le pregunta cómo ha cicatrizado su pantera. Le jode un poco, pero es mejor así.

Vuelve a subir al Rosa, Mimi ya se ha marchado, en los altavoces suena Pissed Jeans. La jefa dice que en plena tarde a los clientes con carrito no les apetece el barullo. Pero al menos te estimula para currar. El que ha traído a los Pissed Jeans ha sido Vernon. Porque a veces hace de DJ. Lo ha oído pinchar, no es como para cagarse, pero, bueno, puede pasar.

Aisha está sentada en la terraza, muy sonriente. Eso mata a Céleste. La tía desaparece ocho días, sin dar noticias, sin un mensaje. Y *miss Kebab* vuelve, fresca como una rosa, esperando que su colega le dé un beso sin hacer comentarios. Aisha es una falsa. Es demasiado mitad y mitad. Mitad su colega y mitad en plan no estoy de acuerdo. La amistad no funciona así. No vienes a mi bar a buscarme y al día siguiente pasas de mí. Ya le ha hecho la misma jugada dos veces. A Aisha le dan demasiados subidones de speed, se ríe, todo va bien, cuenta su vida, se interesa por tus historias, te da confianza y de golpe, sin que entiendas lo que le pasa, se rebota, se ofusca y desaparece. El vacío. Tenías una colega, y al día siguiente ya no tienes a nadie. No, Céleste ya no está de acuerdo. No es un *punching-ball*, un chisme que sacudes para desahogarte. El problema con Aisha es que cree que es responsable hasta de la vida de los demás. Esto hace que el lunes sean inseparables pero el martes le taladra la conciencia y plas, el mal de ojo, la influencia nefasta de Céleste, y se aparta como si la otra pudiera ensuciarla solo con sentarse a su lado. Céleste es como es, la tomas o la dejas, pero no vas a media jornada. O es una guarra impura que puede contaminarla, y entonces Aisha no le habla, o son colegas y puede contar la una con la otra. Ya no quiere buen humor unas veces, y otras no. Si a Aisha la acojona que los demonios con rostro humano la orienten hacia lo falso, como ella dice, solo tiene que mantenerse alejada de los bares.

Se conocieron hace poco, pero entre ellas ha habido ya tantos altos y bajos que a Céleste le da la impresión de que la historia empezó hace diez años. La primera vez que hablaron, llegaba al bar cuando se fijó en Aisha, sentada en la hierba, muy tiesa, con los brazos pegados al cuerpo, observando fijamente el cielo. Un tío realmente raro se había agachado a unos pasos de ella y la miraba con una mezcla de odio y de fascinación. Céleste ya se había fijado en él, paraba a las chicas solas para

proponerles «un masaje egipcio» y se ponía agresivo cuando se negaban a hablar con él. Estaba claro que se había quedado colgado de un mal tripi —debía de ser el velo lo que le causaba aquel efecto. Los perversos, cuando no te odian porque vas con *shorts*, te insultan porque no se te ve el pelo. Entonces ella se sentó, no muy lejos. Cuando el tío se acercó a Aisha, Céleste no le quitaba ojo de encima, preparada para intervenir. No le daba miedo. La otra debió de sentir que algo pasaba, giró la cabeza y, al descubrir al hombre inclinado sobre ella, se levantó de un brinco. Él hizo el gesto de escupirle a la cara y Céleste lo insultó, directamente, «pírate, cabrón, pírate ahora mismo o llamo a los vigilantes». Él ya había tenido problemas con el personal del parque, se largó sin rechistar. Aisha miró a Céleste en silencio y necesitó un tiempo de reflexión antes de articular «gracias». Siempre parece que le cuesta ser amable. No se dijeron mucho más, subieron juntas hacia el Rosa. Llegadas a la altura del bar, Céleste estaba a punto de decirle yo me quedo aquí, adiós, pero en ese momento Aisha se vino abajo. Los sollozos sacudían su cuerpo y miraba a Céleste con los ojos muy abiertos —parecía alguien que está sangrando y que no se cree lo que le está pasando. No iba a dejarla plantada así, aunque no se conocieran. Céleste la llevó al primer piso, reservado para el personal. Le dio una Coca-Cola. La Coca-Cola es buena para todo. No bajó a trabajar enseguida, aquel día no había nadie. Había empezado a llover temprano, la gente no volvió y el bar estaba vacío. Aisha estaba en *shock*. Se puso a contar: su madre con el coño al aire en internet, ella, que creía que era hija de una tía apocada y depresiva, en realidad era hija de una famosa desvergonzada. Todo eso se mezclaba con la muerte de Satana y la tristeza de su padre. Céleste también le contó su historia, un buen día su madre decidió que nunca había querido hijos, que no estaba hecha para aquella vida, pidió que la trasladaran a Shanghái y solo veía a su hija un mes al año, y aún parecía pesarle. Tampoco su padre encontraba consuelo. Así se hicieron amigas —contándose todo sobre lo esencial. Al ser las dos hijas de madres que habían dimitido, se encontraban puntos en común.

A ella le moló Aisha desde el primer día. Le apeteció hacerse su colega. Sin embargo, a Céleste no le gusta la gente que se cree superior y dedica demasiado tiempo a controlar el comportamiento de los demás. Pero le cae bien esta chica que habla como un tío. Tiene dentro una rabia secreta, mezclada con timidez. Hay en ella una verdad que grita. Una brutalidad contenida. Habla sin apenas articular, como si no se atreviera a abrir la boca. Eso hace que se le tuerza el careto. Aisha alza la barbilla, pero baja los ojos, cruza los brazos sobre el pecho, a la defensiva, y en su mirada hay siempre un dolor que convierte lo que dice en más interesante. Es muy inteligente. Hay que domesticarla, pero al menos cuando coge confianza te dices que no te has dejado joder para nada. Te apetece saber qué piensa, es imprevisible, en definitiva. Hasta ahora, Céleste nunca ha sido fan de los listillos. Se chupó a unos cuantos en el colegio. No fueron los más brutos con ella, pero en cualquier caso se alegraba de dejarlos atrás después del bachillerato. Confiesa que le gusta el lenguaje gestual de Aisha. Tiene su intensidad, cierta clase.

Pero Céleste está harta de los cambios de humor de su amiga. Decide no hacerle caso. Debería atender su mesa, pero la ignora. Cuando eres camarera, lo primero que aprendes es a convertir en invisibles a los que te tocan las narices. Pasas la mirada por encima, por un lado, por donde sea mientras no coincida con la del cliente que va a pedirte algo que va a montarte un follón. Pero la otra idiota está en fase eufórica, así que llama su atención moviendo los brazos por encima de la cabeza hasta que Céleste, hasta el gorro, se acerca.

—¿Qué coño haces aquí?

—¿Qué pasa? ¿Te he hecho algo?

—Cuando te interesa, somos muy amigas, pero de un día para otro me pones la zancadilla... Déjame en paz, por favor, búscate a una amiga que sea como tú, y a mí me dejas tranquila.

—No sabía que estuviéramos casadas, tía. Estaba de viaje, no estaba cabreada, ¿qué paranoia me estás montando? Siéntate conmigo. No hay nadie, deja de fingir que estás currando como una matada...

—Aquí no puedo estar por ti.

—¿A qué hora acabas? Me gustaría que me acompañaras a un sitio.

—Es alucinante cómo me utilizas.

—Deja ya el rollo de siempre, Céleste, solo quería que vinieras conmigo... precisamente hacía tiempo que no nos veíamos y me dije: mira, voy a preguntarle a Céleste si le mola que salgamos juntas... He estado muy ocupada, nada más.

Uno de los problemas con Aisha es su sonrisa. Le sucede pocas veces, pero cuando le llega, es potente. Le ilumina los ojos y te entran ganas de volver a empezar. Dos minutos después de haber jurado que no dejaría que volviera a tomarle el pelo, Céleste vuelve con un café con leche para ella y un café solo muy cargado para Aisha, que tiene el estómago delicado y no tolera la leche en el café.

—Bueno, ¿qué quieres de mí?

—¿Sabes guardar un secreto?

—¿A quién quieres que hable de tus historias?

—Escupe y jura por lo que más quieres que te guardarás para ti lo que voy a decirte. Es importante, así que piénsalo bien antes de comprometerte.

—Qué tocapelotas eres, no me lo creo.

Ven pasar a un corredor escultural, giran la cabeza al mismo tiempo para seguirlo con los ojos. Suelen intentar adivinar qué deporte hacen los corredores con buena pinta. Céleste decreta:

—Boxeador.

—Ciclista. Mírale las pantorrillas.

—¿Le has visto la espalda? Una espalda así no se consigue con la bici.

—Subir cuevas es bueno para todo.

Es su manera de hablar de los tíos, sin que parezca sexual. Céleste se termina el café, mete el papel y los filtros en el paquete de tabaco, dice que tiene que currar, se levanta y se dispone a marcharse. Aisha no la deja.

—¿Terminas temprano?

—Sí.

—Tenemos que estar en el Palais de Tokyo antes de las ocho y media.

—Déjalo, Aisha. No voy a cruzarme París en metro para ir a un museo. ¿Alucinas?

—Te espero, no te preocupes. No necesito nada.

Dos horas después están en el metro. Aun así, Céleste está mosqueada, repite que está cansada, pero le gana la curiosidad.

—¿Y qué vamos a ver? —pregunta.

—Una conferencia. «Qué es una exposición performativa.» El tío es el hijo de un productor que hizo daño a mi madre. Quiero joderle la vida.

—¿Ahora vas a defender a tu madre? Pues sí que han pasado cosas durante mi ausencia... Has perdido la cabeza, es exagerado... ¿Y a santo de qué me metes en tus planes de idiota?

—Tú formas parte del plan.

—¿A título de qué?

—A título de que vienes conmigo para presionarle.

—Solo veo problemas en tu plan. Para empezar, ¿qué vas a hacer para presionarlo?

—Tosemos.

—¿Tosemos?

—Sí. Tosemos todo el rato. A tomar por saco su charla.

—Tía, no me digas que hemos hecho cuarenta y cinco minutos de metro para ir a toser.

—Sí. Es la primera toma de contacto.

—Ok. Eres una tarada. Pregunta número 2: ¿por qué tomarla con el hijo cuando al que odias es al padre? Mi padre es poli, y no por eso yo tengo tenencia de armas...

—Yo tampoco he hecho nada. Pero soy hija de mi madre, tanto si me gusta como si no. Lo mismo va a tener que pagar ese idiota. El día que le caiga la herencia, ¿crees que el chaval va a decir ah no, yo no como de este pan? No te preocupes, cuando se trata de pasta y de palacetes, es hijo de su padre. Así que vamos.

—No sé qué se te ha girado en el cerebro, pero te han vendido la moto, no te quedan dos neuronas que conecten. ¿Qué es eso tan malo que ha hecho su padre?

—Te conozco, cuando lo sepas, me dirás: lo que tenemos que hacer no es toser, sino comprar unos Kalashnikov.

A medida que avanzan, Aisha habla cada vez más bajo. Céleste casi tiene que

pegar la oreja al suelo para escuchar sus murmullos. No sirve de nada, nadie en el vagón se fija en ellas. Dice, tan bajo que resulta inaudible:

—Su padre es responsable de la muerte de mi madre.

—No me digas que ha sido la pandilla de Subutex la que te lo ha contado... si es lo que cuenta Alex Bleach, te juro que te llevo al hospital... ya hemos hablado de eso. Ese tío estaba loco, para que lo encerraran. Y Vernon es un payaso. Deberías dejar de juntarte con ellos...

—Pues claro que es verdad. ¿Qué te crees? Los burgueses están tan acostumbrados a ser impunes, no tienen límite.

—Te lo juro, nos paramos y lo hablamos. Lo que estás diciéndome no es normal. Para empezar, ¿ahora te has convertido en la vengadora de tu madre? Y además, ¿haces caso de todos los cuentos de esos viejos barriobajeros? Pero lo más importante: ¿te dicen que han matado a tu madre y lo que quieres es ir a toser a una conferencia? Aisha, por favor, reacciona...

—Hace ya varias noches que vamos a sus casas y hacemos pintadas en las fachadas. La idea es de las bolivianas. Lo hacen cuando hay violadores impunes. Les hemos copiado la idea. Tenemos una lista, la han hecho la Hiena y Pamela. Todos los que abusaron de mi madre y saben que la asesinaron. Tenemos sus direcciones.

—Me está entrando dolor de cabeza. Te dejo una semana y te vas al carajo... ¿Hacéis pintadas por la noche? ¿Habéis hecho listas? Sois peligrosos, te lo digo yo... ¿qué cojones les importará?

—Los destapamos.

—No me sorprende que tu rollo venga de Bolivia. No es exportable.

—Confía en mí. El tío, cuando se levanta una mañana y ve «violador» o «asesino» en letras de tres metros de alto en su fachada, sabe de qué se trata, y se acojona.

Céleste prefiere callarse una vez más y observa desfilar las estaciones. Un negro joven y bastante guapo sube con su guitarra y se pone a cantar a gritos «la vida es bella, la vida es bella, bella, bella». Tiene una voz potente, que fuerza a tope. Debe de ser una canción suya, no tiene más letra. Es probable que su madre le haya dicho «vete a tocar a la calle o te mato». Destroza los oídos a todo el vagón. Sorprendentemente, la gente no se inmuta. Se vuelve todavía más difícil entender lo que dice Aisha.

—Al principio, yo tampoco le veía interés al tema, pintar la puerta y las paredes, me parecía un poco superficial... Pero tienen razón, los tíos no lo soportan. Se vuelven locos. Por una vez, su pasta no sirve para nada, salvo para limpiar al día siguiente... Y no se atreven a denunciarlo ni a decírselo a la prensa, porque en el fondo saben de qué va el tema... cuando te pasas la vida con los pantalones por los tobillos follando como un perro con chicas que necesitan el dinero o el curro para

preservar su dignidad... el día que te meten la nariz en tu mierda, tienes la conciencia demasiado sucia para ir a dar parte a la policía...

—¿Cómo sabes todo eso?

—Para empezar, el productor al que Bleach acusa se lo cuenta todo a la Hiena, y por la noche ella nos lo retransmite... Es muy satisfactorio pensar que le tortura. Estoy harta de ser la única que se despierta por las noches. Cuando yo no he hecho nada malo. A estas alturas aún no podemos hablar de justicia, pero al menos... Sé que no pasa un buen día. Algo es algo.

Céleste no le dice lo que piensa. Le da pena. A Aisha se le ha ido la pinza. Pero es difícil reprochárselo. Le ha contado lo que decía Alex Bleach. Tanto si es verdad como si no, es lógico que siembre el pánico en la cabeza de la hija que lo escucha. Le cuesta imaginar a Aisha charlando con los viejos del parque. No pinta nada con esa gente.

—¿Y tu padre está al corriente?

—No. Se negaría. Mi padre es demasiado *old school*, aún cree en la justicia de su país.

—¿Y Subutex va con vosotros?

—Tampoco él sabe nada. Las chicas dicen que está demasiado desquiciado. Sus reacciones son imprevisibles.

—Así que todos estos días que has desaparecido andabas con los viejos zumbados del parque... Sabía que aquello era *sandwich land*, pero no sabía que por la noche todo el mundo se convertía en pepino enmascarado.

A Céleste le duele que Aisha se metiera en esta historia sin decírselo antes. Quizá habría podido disuadirla. O ir con ella. Pero tendría que haber formado parte del tema.

Al final de la canción, el cantante loco no se para a pedir limosna. Enlaza con otra composición. El mismo estilo, insoportable, con otra letra, la verdad es que tiene una voz potente. Céleste espera que alguien vaya a pegarle una paliza. Lo positivo es que pueden hablar de lo que quieran, no hay peligro de que las oigan.

—De todas formas, me cuesta imaginar que a esos tíos les fastidie mucho que vayáis a pintar dos chorradas en su puerta...

Pero al decir estas palabras, Céleste recuerda lo que era, cuando iba al instituto, que sonara el teléfono en su casa y que cuando descolgaba oyera decir «pedazo de zorra, mañana en el instituto nos la vas a chupar a todos y después te daremos por el culo, ¿lo oyes?». Y aquello aún era lo mejor que podía pasar, cuando le daba tiempo a llegar al aparato antes que su padre. Y no tenía nada que reprocharse. Diez años después, todavía se pregunta por qué toda la hostilidad de aquel grupo de chicos se

centró en ella. Sabe lo que es la amenaza a domicilio, irse a dormir rezando para que no suene el teléfono. No le apetece hablar de este tema con Aisha.

—¿Qué tiene que ver con el Palais de Tokyo? —pregunta.

—Es el hijo del productor... y solo queremos que sepa que estamos ahí. Queremos que esta gente sepa que se les ha acabado la impunidad. Quiero que al salir llame a su padre, que grite y que su padre entienda que va a ampliarse a toda su familia. ¿Qué te parece mi plan?

—No lo veo claro.

—No te sientes igual si los atacas que si te quedas sin hacer nada. La pasividad te vuelve loco.

El guitarrista insoportable se calla por fin. La gente se siente tan aliviada que los hay que le dan dinero. Céleste piensa en silencio y luego dice:

—Pero ¿no se podría sacar pasta? ¿Haciéndolos cantar?

—Se ha planteado el tema.

—Si creéis que Bleach dice la verdad, podéis pedirle un montón de pasta... ¿y os dedicáis a destrozar fachadas de edificios?

—No me apetece venderme al mejor postor. A ninguno de nosotros nos apetece.

—El día que os pillen, os veréis como gilipollas, en el juzgado, denunciados por acoso, y ni siquiera podréis pagaros un abogado...

—Tenemos cuidado.

Falta poco para la estación Iéna cuando Céleste hace la pregunta que le quema los labios desde el principio del trayecto:

—¿Has perdonado a tu madre?

—No. Pero Pamela y Daniel me han hablado mucho de ella.

—No me digas que escuchas a una puta y a un travelo... Te han girado el cerebro, es exagerado...

—Escucho a las personas que la conocieron. Aunque sean unos degenerados. Le tienen cariño. Mi madre estaba perdida. Era un poco como tú, pero se juntó con malas compañías. Es importante para mí saber que, aparte de esto, también tenía sentido del humor, que bailaba bien, que tenía amigos... Vaya, que también era una persona normal. No era solo una marginada. No puedo decirte que la he perdonado. Digamos mejor que relativizo.

—No te queda más remedio, por cierto.

El Palais de Tokyo está lleno. Un inmenso espacio de hormigón, con pastelillos a la entrada, una librería en medio, y luego familias por todas partes, con niños que corren. Céleste no ha vuelto a pisar un museo desde que dejó la Escuela de Bellas Artes. Siempre le han aburrido soberanamente. No sabía que desde entonces se había

convertido en un rollo parque acuático, aunque sin toboganes.

Se pierden un buen rato antes de encontrar, en el sótano, una sala de techo bajo y sin ventanas donde tienen lugar las conferencias. Unas treinta personas, sentadas de cualquier manera, escuchan a un chico que parece agobiado de tener que hablar por un micro. El chaval no es un orador nato, te das cuenta nada más llegar. Aisha murmura «es él», y al ver que hay asientos vacíos en la primera fila, decide hacerse notar al máximo y sentarse delante. Aunque no necesita insistir para que se interesen por ella, el velo surte su efecto. El público la mira, algunos se preguntan si se ha adelantado para hacer la limpieza, otros alaban a las minorías que intentan instruirse, los hay que agarran el bolso, otros la miran fijamente preguntándose si esconde una bomba en el bolsillo trasero de su vaquero, y los más radicales deben de preguntarse entre murmullos «¿no podemos hacer que salga?, ¿tiene derecho?, ¿estás seguro?». Aisha es una prueba ambulante de que en el *look* los accesorios son básicos.

El chico que habla tiene unos treinta años. Media melena, no lleva la barba de los hipsters pero aun así tiene pintas. Debe de pasearse en bici e ir a menudo a Berlín. Sujeta el micro con las dos manos, como si se aferrara a él. A veces su mano derecha se separa y se mueve, a contratiempo de lo que cuenta. Lee un texto que ha preparado, sería incapaz de improvisar tres palabras. Tiene demasiado miedo para fijarse en ellas. Aisha tose y Céleste la imita, aunque sin la menor convicción. La conferencia es tan mierda que no van a ser dos carraspeos los que se la carguen. Mira su reloj. El tiempo pasa aún más lento que en el curro. El tío tiene las manos rechonchas y sin encanto. Hay algo en su dificultad para hablar que la conmueve. Ha visto a muchísimos idiotas contando cualquier chorrada con un aplomo admirable. Ha tomado el sol o ha hecho sesiones de rayos UVA, tiene la piel ligeramente bronceada. Le surge sin que se lo espere. Le apetece follar con él. Precisamente por su punto mediocre. Le dice a Aisha al oído:

—Tu rollo no funciona. Si quieres, voy a su casa, le meto un somnífero en el vaso, espero a que se duerma y le pinto la habitación.

—¿De dónde vas a sacar un somnífero?

—Del bolso. Curro en un bar, nos metemos speed para aguantar la noche, siempre tengo algo para bajarlo cuando vuelvo a casa.

Ya está. Ahora ha entendido cómo se lo monta la banda de Subutex para comerle la cabeza a la gente: proponen actividades inéditas. «Voy a hacer algo. ¿Quieres venir?», y en ese momento dices no, es una gilipollez total. Pero a los cinco minutos estás en la parrilla de salida. Entre la impotencia y el gran lo que sea, saltas sobre la segunda opción. Al menos hay acción. Va a desencadenar algo. Ir a casa de ese idiota que no le ha hecho nada y responder a todos los acosadores que le jodieron la infancia. Y por encima de todo va a ayudar a su amiga. A demostrarle que puede contar con ella. Que forman un todo. Quiere meterse en la misma aventura que Aisha.

—¿Y cómo entras en su casa?

—Adivínalo.

—Es horrible.

—Me sacrifico. ¿Subes a la librería de la entrada a comprarme dos rotuladores gruesos?

«Maldito sea el asqueroso coño de la puta madre que te parió.» «Burgués cabrón asqueroso.» «Hijo de puta repugnante.» «Muérete, cabrón.»

Su ortografía lo sorprende. La chica es mejor de lo que permitía presagiar su expresión oral. El acento de «muérete» lo deja perplejo. Antoine da una vuelta por la casa. Ha pintado todas las paredes, desde las puertas de los armarios de la cocina hasta el salón, pasando por el cuarto de baño. Ha utilizado un rotulador rojo de tageador, el trazo es grueso y ha goteado, no tiene ni idea de hacer letras. No se trata de una grafitera.

Coge del tarro una cápsula de café dorada y escribe un mensaje amable pidiendo a Olympe, la mujer de la limpieza, que no venga esta semana —no hay necesidad de que vea esto, la pobre. Antoine entiende ahora por qué se ha despertado con una resaca tan espantosa cuando apenas bebió la noche anterior: la chavala le habrá metido algo en el vaso. Es mediodía, ha dormido como una bestia de carga, no ha oído el despertador, ha faltado a sus citas de la mañana. Va a tener que llamar a su asistente para que le cambie el vuelo de vuelta, que lo traslade al día siguiente. De todas formas, tiene que ocuparse de que limpien la casa antes de marcharse.

«Nenaza, chupas el poder como una puta.» Para que el insulto sea plenamente degradante, tiene que feminizar al interlocutor. Ni siquiera le sorprende que venga de una chica. Han interiorizado la idea de su bajeza. Su única redención está en la maternidad, y se sitúan en esta delicada posición: para casarse, tienen que ser seductoras, lo que las coloca en la posición de putas. Y para que las dejen embarazadas, sin duda tienen que abrir las piernas, lo que no soluciona sus asuntos. En menos de diez años estas madres pudorosas ya solo procrearán por inseminación artificial, solo así se sentirán a salvo de la suciedad que para ellas supone la sexualidad. Eso aliviará a los tíos de su generación: para follar habrá profesionales, y para la familia, madres vírgenes por fin respetables.

La noche anterior ella se acopló a cenar. Para sacársela de encima habría que haber recurrido a la fuerza física. Las chicas jóvenes, cuando saben que son guapas —en este caso se sobrevalora—, nunca imaginan que su insistencia tiene mucho de acoso. No le apetecía estar con ella. Fue claro. Ella se impuso. No le sorprendió, creyó que era actriz. Le sucede a menudo. Imposible hacerles entender que acostarse con el hijo del padre no les abrirá ninguna puerta. Las actrices muy jóvenes son tozudas. Saben que sin contactos no llegarán a nada y están dispuestas a cualquier cosa para hacerse una agenda. Para ellas, acostarse con él supone supervivencia social.

Le montó un número de ligoteo lo bastante vulgar para que se sintiera incómodo por ella. Le pareció más fácil llevársela a casa que quitársela de encima. Lo que más le sorprende no es que ella haya pintado insultos con letras de un metro de alto en pleno salón, sino que él no se encuentre más a menudo con problemas graves. Es débil, tímido y torpe, está forrado y le gusta relacionarse con chusma. Tiene que pedir

que le vuelvan a pintar el piso. Necesitará toda la tarde para ocuparse del tema. Tiene mil cosas que hacer. Esto lo desactiva.

La chica se lanzó sobre él como el hambre sobre el mundo. No sabe cómo se llama. En la cama fue una sorpresa agradable, era ardiente como una reclusa que se hubiera pegado diez años en chirona sin haber aprendido a amar a las tías. Le había gustado bastante su manera de aferrarse a él y de ser tierna y puta, una descarada romántica que sabía lo que quería, no la pequeña sumisa imbécil que se menea fingiendo placer, como las que suelen fijarse en él. Era mejor de lo que esperaba, pero enseguida se aburrió, tenía la cabeza en otra parte. Para que una chica lo emocione en la cama, es imprescindible que las imágenes que recibe de ella cuando todavía está vestida le produzcan algún efecto. Ella lo había abordado con demasiado ardor para dejar espacio a la fantasía, no tuvo ocasión de sublimar nada, ni su manera de vestir, ni sus gestos, ni sus palabras. Acabó pensando en la chica con la que se acercó para conseguir su propósito. La otra, la del velo, no era tan guapa, pero sí más excitante, parecía menos accesible. ¿A quién no le apetecería un romance con una princesa de harén? Se fijó en ella cuando llegó. Le gustaría gustar a una chica así, una tía arisca, orgullosa. Pero no esperó a que él terminara su charla para recoger sus cosas y marcharse. Él estuvo fatal. Como siempre. No se siente cómodo hablando en público, lee sus notas y es incapaz de improvisar. Y luego se dejó liar por la otra. No se lo vio venir. Le está bien empleado. Que vaya a comprarse un poco de carácter.

Al menos la plasta tenía buenas razones para acercarse a él. Un punto para ella. Deseo de hacer daño. Muy logrado. Se calienta la palma de la mano contra la taza de café contemplando el desastre. Cuenta doce pintadas. Se imagina durmiendo como un niño mientras ella arrasaba el piso. Habría podido matarlo. Degollarlo. Habría muerto roncando. Otra vez apuntan a su padre a través de él. Si no, la coincidencia es preocupante. Unos días antes habían destrozado la fachada del piso del productor.

Le habría gustado que se quedara. Ahora daría cualquier cosa por saber más de ella. Inmóvil, en el centro de la sala devastada, Antoine es incapaz de ponerse en movimiento. Su rollo funciona. Es muy violento. Carga su teléfono. Antes de limpiar quiere hacer una serie de fotos. Es una pieza, podría exponerse. No sabe si tendrá huevos para proponerla tal cual. Pobre gamberra, si se imagina que va a llamar a su padre para compartir con él el sentimiento de vergüenza que lo abrumba... Mejor habría sido que la chica le preguntara la noche anterior antes de ofrecerle su cuerpo en sacrificio. Cuando su padre encontró la puerta de su piso llena de pintadas obscenas, avisó a sus dos hijos de que era víctima de un complot repugnante, probablemente obra de colegas envidiosos, luego les conminó a no hablar del tema con nadie, y asunto concluido.

Antoine alucina con la envergadura del destrozo. No espera a que la batería de su teléfono se haya cargado para empezar a hacer fotos. Sabe reconocer un gesto contemporáneo. Cuando su padre le habló de pintadas con insultos delante de su puerta, Antoine enseguida supo poner nombre a la acción. Aún no hace un año que

asistió a una conferencia de una comisaria artística argentina sobre los escraches, o cómo las madres de hijos desaparecidos durante la dictadura asaltaron las casas de los torturadores impunes para denunciarlos públicamente y las llenaron de pintadas.

Lo que tendría que hacer no es volver a pintar. Dejarlo tal cual. Sería interesante. Asumir el insulto. Capta con amargura la ironía de su situación: la conferencia le pareció apasionante, llenó una libreta de notas sobre estas estrategias políticas alternativas, que emergían en países en los que las instituciones no administraban justicia. No sabe qué ha hecho su padre para granjearse estos problemas. Pero no le sorprende pagar los platos rotos. No es el hijo de un niño del coro.

A Antoine le gustaría volver a ver a la chica que lo ha hecho. Le gustaría avisarla. Los pillarán. No tienen ni idea de los recursos de los que dispone su padre. Los encontrará. No se imaginan hasta dónde está dispuesto a llegar si le da la sensación de que se le resisten. Lo pagarán caro.

La gamberrilla nunca odiará a su padre tanto como él. No lo conoce lo suficiente. Quizá la violó en un rincón del despacho, una noche de borrachera... pero ella no tuvo que soportarlo toda su infancia. Espera que ella no imagine que un hombre como su padre podría sentir remordimientos. Solo con pensarlo le entra la risa. Haya hecho su padre lo que haya hecho, está convencido de estar en su derecho —su placer, por delante de todo lo demás.

Él creció siendo el hijo que todas las grandes familias arrastran: el idiota molesto. Coleccionó los diagnósticos a medida que se sucedían las terapias, uno tras otro, disléxico, aquejado de déficit de atención, de memoria, de aprendizaje, de sordera, ligero autismo, superdotado, demasiado sensible. Acabaron mandándolo a estudiar a Suiza. Los maestros podían poner las mesas en corro, dejarlo en el patio o empeñarse en castigarlo... el resultado era el mismo: no se enteraba de qué le hablaban. En cuanto formaban parte del marco escolar, las nociones más simples se le escapaban, abstractas, imposibles de entender. Para que se sacara el bachillerato, su familia se gastó el equivalente a un dúplex en pleno centro de París.

Antoine nunca pactó con su entorno. Al sentirse mediocre entre sus semejantes, desde la adolescencia buscó la compañía de los auténticos inadaptados: los golfos de barrio. Quizá esperaba que el contacto con los más desfavorecidos lo libraría por fin de sus complejos. Sabe que en general funciona así: los tíos como él se juntan con personas de las que piensan que son intrínsecamente inferiores porque prefieren brillar entre los marginados que asumir su sentimiento de inferioridad entre los suyos. No le da la impresión de ser así. Aunque nunca se sabe. Le seducía sinceramente la inteligencia de los tíos de extrarradio, la rapidez de sus reacciones, la seguridad de sus intuiciones, su conocimiento directo de la vida, y por encima de todo aquel humor incendiario que partía la pobreza por la mitad y la convertía en actitud señorial. Le gustaba su lenguaje, su manera de irrumpir por la fuerza en todos los ámbitos, de

apropiarse de todo lo que no les era dado. Era otra época. Los que tenían labia suscitaban admiración. A finales de los años noventa, la cultura de extrarradio vivía una auténtica explosión, y los chavales a los que se acercaba no eran de los que lo admiraban porque hubiera adquirido sólidas bases en latín. Antoine tuvo que pelear duro y superar varias crisis de ansiedad para imponerse entre los amigos a los que había elegido.

Antes, en las escuelas a las que iba, siempre le dio la impresión de que los alumnos de su nivel social guardaban un secreto que a él le escondían. La desenvoltura les salía con naturalidad. Eran competentes en deportes, aprendían lenguas sin esfuerzo, sabían lo que había que ponerse... Tenía veinte años cuando el rapero Booba sacó *Temps mort*. Los chavales escuchaban a Snoop Dogg y Dr. Dre, Tupac y Notorious B. I. G. Se refugió en estos sonidos como quien encuentra un vientre sustituto. La cultura *hip hop* pasó a ser *mainstream* y se hizo agente de artistas grafiteros.

Muchos de ellos estaban dispuestos a trabajar con la moda, los museos o las instituciones. En aquella época no se contó que se trataba de otra cosa que de una estrategia para hacerse amigos. Algunos artistas tenían talento, carisma, lo impresionaban. El apellido de Antoine facilitaba los contactos y él tenía una aptitud bipolar: conocía el lenguaje de las galerías y aprendía el de la calle. Como algunos niños bilingües, no se sentía del todo cómodo con ninguno de los dos. Estaba convencido —aunque la historia del *street art* le enseñaba lo contrario— de que bastaría con abrir las puertas para que los dos mundos se comunicaran. Eligió bien a sus pupilos. Le reportaron algo de dinero, pero sobre todo credibilidad internacional. No tardó en convertirse en un comisario de moda. Sus artistas se embolsaron grandes cantidades de dinero. Pero pocos levantaron el vuelo. Casi todos con los que trabajaba volvieron a su punto de partida tremendamente decepcionados. Una vez que se entrevé el mundo que respira a pleno pulmón, que se accede a las esferas privilegiadas que el dinero no deja de alimentar, se hace aún más difícil soportar la asfixia del barrio de origen. Los tíos conseguían un contrato, se embolsaban varios miles de euros, sentían lo bien que se está cuando el tornillo se afloja, y luego aparecía un tío más joven, al arte contemporáneo le gustaba lo nuevo, y mandaba a la estrella de ayer al subsidio. Era la regla general, Antoine lo descubrió al mismo tiempo que sus artistas, pero la diferencia entre ellos y él fue que su avance fue duradero.

Antoine puede alardear de haber expuesto, tanto en galerías neoyorquinas como en exposiciones en la costa oeste, varios nombres importantes del *street art*, y luego de haberse visto obligado a dejarlos, uno tras otro. Los niños ricos son entusiastas y pueden permitirse su ingenuidad. La factura que les pasa la vida para saldar sus errores no es desorbitante. Él partía del principio, erróneo, de que si se les da la oportunidad, los más desfavorecidos se adaptarán con ahínco a las imposiciones del sistema. Pero mandarlo todo a tomar por saco sigue siendo su opción favorita. Son

sensibles. A la primera concesión que se les sugiere, se sienten ofendidos, sacan los colmillos y amenazan con matar. Les falta lo que solo haber ido a escuelas prestigiosas proporciona: la certeza de ser importante, de que ninguna crítica puede hacerte tambalear.

En sus primeros años como comisario, saquearon su casa, le robaron los papeles, quemaron galerías, estafaron a su abogado, acosaron a su hermana, le rompieron la nariz a un diplomático, llenaron de tags el Instituto Francés de Londres... Pero su carrera era imparable. Sin que la decisión fuera consciente, se fue acercando progresivamente a artistas más clásicos. Una vez que su reputación se había impuesto, podía relacionarse con gente similar a él sin sentirse rebajado. La época — el perfil de los inversores— hace emerger gran cantidad de talentos de Oriente Medio y de los países del Este, así que Antoine sacia su sed de apertura trabajando con otros hijos de ricos, de una cultura que ayer era exótica y se convierte en el nuevo Universal. Ya apenas escucha *hip hop*. Venera a Leonard Cohen.

No puede dejar el piso en este estado. Se marcha de París mañana y Francesca podría volver durante su ausencia. No le gustará la nueva decoración, aunque se la venda como arte. Difícil explicarle que se llevó a una cría desconocida a dormir a casa. Cuatro cafés. Comete el mismo error cada mañana. Náuseas y nudo en el estómago. Es su manera de ponerse en marcha. Como se ha quedado atrapado en París, elabora una lista de las cosas que podría hacer. Debe alimentar su cuenta de Twitter —no consta en sus contratos, pero se da por supuesto que se espera de él cierta presencia en las redes. Lo mandan de viaje por todo el mundo, se pasa la vida en salas de embarque, tirando de una maletita con ruedas. Son una población aparte, entre profesionales de la diferencia horaria se reconocen, muestran cierto desprecio por los aficionados de los aeropuertos. Esta manía de reunirse en el extranjero. Cosas que perfectamente podrían gestionarse por Skype. Nada lava mejor el cerebro que las prolongadas estancias en salas VIP. De una habitación de hotel a otra, con su neceser de aseo y sus camisas bien dobladas, acumula los viajes, en los que poco a poco se pierde toda capacidad de razonamiento.

Deja un mensaje en el contestador de su padre: «Estoy en París hasta mañana, si tienes tiempo, me gustaría pasar por el despacho a tomar un café contigo... y aprovechar para recoger unos DVD». En general evita ver a su padre. Necesitó años para formular una idea muy sencilla: es un cabrón. Durante muchos años Antoine lo vio con los ojos de su madre: un hombre recto, cariñoso y con una inteligencia temible. Un buen padre, decepcionado por unos hijos difíciles. Luego le llegó la revelación: su padre no lo quería. Había oído hablar tanto de la prodigiosa devoción de su padre por él que jamás se había preguntado: ¿en qué momento y de qué manera

se expresa la susodicha devoción? Su padre no era ni recto ni cariñoso. Era egocéntrico, mentiroso, colérico, le fascinaba el dinero y era incapaz de controlar su libido... Antoine era una carga que le costaba un ojo de la cara. Y el padre solo se dirigía al niño para concederle su desprecio.

A Antoine le gustaría poder afirmar que profesionalmente se desmarca de su padre, que él tiene sus ideas, que es de izquierdas. Pero es demasiado lúcido para no observar que, objetivamente, tiene muchas menos oportunidades de corromperse de las que tuvo su padre. Sigue siendo íntegro por la ausencia de tentación.

Se juró que por su parte nunca se convertiría en un padre ausente y exigente, un cabrón hiriente que solo vuelve a casa para quejarse de que los niños están mal criados. Pero la araña de la herencia es paciente. Trabaja en la sombra, sin que quien la aloja sea consciente. También a él le cuesta disimular el desprecio que le inspira su hijo. Mientras Pablo era pequeño, todo iba estupendamente. Pero el chaval que surge hoy en día no le gusta. Su familia no tiene nada que ver. Es de otra época. Aún no tenía diez años cuando lo atrapó la telerrealidad. Azúcar para el corazón. Su crío se extasiaba ante «Los ángeles de la telerrealidad». Un aluvión de imbecilidades del que nada podía apartarlo. Y Antoine, pasmado, observó cómo su inteligencia de niño se derretía como la nieve al sol. Si lo obligaban a hacer otra cosa, Pablo no oponía la menor resistencia. Esperaba pasivo hasta que podía volver delante de su pantalla. El resto del tiempo el crío berrea que quiere un anorak nuevo, un teléfono, un casco de mil euros y vacaciones carísimas. Antoine es consciente de que su mirada debe de ser similar a la que su padre posaba en él. Francesca lucha como puede para que su hijo desarrolle otras capacidades aparte de la de saberse de memoria cómo se llaman todas las candidatas de *¿Quién quiere casarse con mi hijo?* Antoine y su mujer siguen casados, pero evitan tácitamente estar en el mismo país al mismo tiempo. Su pareja no deja de recordar a la de sus padres. Con la diferencia de que Francesca no lo admira y no sufre en silencio sus infidelidades. Tardó poco en dejar de interesarle, y es ella la que se obstina en huir de él. Él la entiende. Lo acepta.

Francesca, hija de una familia cubana cercana al poder, con pasaporte venezolano en el bolsillo, trabajaba en el mundo del arte contemporáneo sudamericano cuando se conocieron, en casa de unos amigos, en San Francisco. Su buena relación se fue fracturando poco a poco. No sabe satisfacerla. No soporta que él trabaje, no soporta su falta de ambición. No soporta tenerlo pegado a ella todo el tiempo, no soporta que viaje. Si van a pasar un fin de semana a algún sitio, llora en el avión, si van a un hotel, no soporta el ruido que hacen los de la habitación de al lado, si se quedan juntos en casa, se queja de que Antoine no tenga amigos con los que ella se entienda. Nunca se sabe por anticipado el motivo de su siguiente queja, es imprevisible. Lo que es seguro es que nunca es feliz con él.

Cuando ella no está, a Antoine le encanta la idea que se hace de ella, su tono libre, su inteligencia irreverente, su radicalidad y su alegría. Pero cuando anda por allí, teme sus gritos, sus continuos reproches —lo anquilosa. Tampoco en este caso

anda lejos la pesadilla del padre —Francesca le recuerda a su madrastra.

Antoine tenía diez años cuando Marilyn entró en sus vidas. Hasta entonces la familia se había ajustado al protocolo clásico: los esposos, los hijos, una amante fija, varias putas y orgías discretas. Pero cuando la esposa había cumplido ya los cuarenta, el padre decidió perpetuar otra tradición: la dejó por una más joven. Marilyn llevaba grandes sombreros, le apasionaban el diseño de interiores y las medicinas alternativas. Veinte años después, el olor a aceite esencial de lavanda suscita en Antoine fuertes arcadas. La madrastra era insoportable. Hacía que en la casa reinara el terror. El padre a menudo no estaba. Su madre no soportó la separación, relegada a un apartamento en Porte Dorée, intentó poner fin a sus días en los meses que siguieron al divorcio, y durante años solo la vieron de cama en cama de hospital. Luego Marilyn se quedó embarazada. Y empezó lo más duro. A ella se le metió en la cabeza que su hijo saldría perjudicado en la herencia, que los dos primeros hijos recibirían más. Antoine aprendió a esconderse debajo de la cama cuando ella se enfadaba. Tenía una inteligencia de bruja: encontraba el punto débil, el castigo humillante y la palabra para mutilar. Molía a palos al hermano y la hermana con un celo de torturadora. El padre veía lo que pasaba. Nunca intentó protegerlos de la situación que les imponía. Marilyn era su brazo armado.

La oficina de la productora ha cambiado de calle. La entrada es tan grande que podrían convertirla en una pista de patinaje. El edificio tiene algo de patético, dice mucho sobre el perfil de un hombre que ya no sabe cómo afirmar que existe y al que nada puede tranquilizar. El dios de su padre es el Capital. Es un ídolo imprevisible y exigente, de esos que lanzan rayos sobre las cosechas, violan a las vírgenes, ahogan a los inocentes y ordenan a sus súbditos que degüellen a sus propios hijos porque de repente están sedientos de sangre fresca. No se discuten las órdenes de este tipo de divinidad. Se le sacrifica todo, sin discusión.

La empresa ha cambiado de nombre, de dirección, de tamaño, de ambiente, pero la recepcionista es la misma desde hace diez años. Antoine no memoriza su nombre. Ha adelgazado considerablemente y se maquilla más que la última vez que la vio. La hace parecer más vieja. La recepcionista le advierte: no llega en el mejor momento, llevan un día especialmente difícil. Está acostumbrado. Todos los días son difíciles y están sobrecargados desde que conoce a su padre. Le da tiempo a echar un vistazo a varios ejemplares de la revista *Écran Total* antes de poder acceder al ascensor que le lleva a la cueva del gran jefe.

—¿Antoine? Ni siquiera sabía que estabas en París... Entra. ¿Quieres venir a cenar conmigo esta noche? Estaremos los dos solos, Chouchou está de viaje.

—Me marcho ahora mismo, papá.

Esa manía de llamar a la imbécil de su mujer «Chouchou». Está preocupado. Tiene una cara espantosa. Antoine se muere de ganas de preguntarle, sencillamente:

papá, ¿qué has hecho para que nos odien tanto?

Ante su padre, una fuerte nostalgia le invade el pecho, la añoranza de una buena relación que nunca ha existido. Y sin embargo le da la sensación de haber perdido algo —una mezcla de respeto, de atención y de ternura, cierta facilidad entre ellos. Pero no dice nada de lo que lo atormenta, dice: no, sin azúcar, sigo sin tomar azúcar, ni leche, no, gracias, sí, sí, corto y solo. ¿En Nueva York? Todo va bien, mejor que aquí, se nota la recuperación... Dicen que todos los galeristas están marchándose de la capital por culpa de los impuestos... dicen que el mercado del arte cada vez pasa menos por París... Yo no lo creo, llevan años diciéndolo y nada cambia... En este momento trabajo con alemanes y holandeses. Es insoportable cómo nos miran por encima del hombro desde la crisis.

Su padre está sentado con las piernas cruzadas y el culo en el borde de la silla Eames, lo escucha distraído, su sonrisa está vacía, lo único sincero que se percibe es la tensión. Se rasca la nuca, mira por la ventana y de repente se levanta y se disculpa:

—Tengo un problema con una colaboradora, tengo que hablar con ella. Dame cinco minutos.

Y, como siempre, no cierra la puerta que separa su despacho del de su compañera, su tono cambia en cuanto pasa al otro lado, la ira que por un momento ha reprimido se convierte en rabia asesina.

—No se lo permito. ¡Sus opiniones fuera de lugar sobre amigos, me oye, no se lo permito! Se lo he dicho amablemente varias veces, la avisé. Pero ¿dónde se cree que está? ¿Por quién me toma? ¿Se cree usted que somos amiguetes y que podemos hacernos bromas? Todo esto es culpa mía. Debería haberme dado cuenta en cuanto la vi aparecer, no es una persona madura, no tiene ni idea de lo que se le pide y encima es insolente... ¿Quién se ha creído que es? Lo he pensado y está decidido: recoja sus cosas inmediatamente y en cuanto haya vaciado su despacho márchese, no quiero volver a verla por aquí.

Da un portazo para concluir la conversación, hace que tiemblen los cuadros y grita por encima del hombro:

—¡Y gracias por obligarme a echarla de un día para otro! ¡Es sumamente práctico para mí quedarme con todos sus proyectos a medias, gracias! No podría haberme jodido más, de verdad, bravo, bravo y bravo.

Escupe al hablar y se pone rojo. Siempre ha sido débil de carácter. Es blando hasta que revienta. Cuando sale, se trata de hacer que su interlocutor pague por todas las veces que no se ha atrevido a ser sincero. Pero esta vez está realmente fuera de sí. Antoine piensa en la gamberrilla, le gustaría poder decirle: ¡funciona! Está convencido de que tiene excelentes razones para odiar a su familia. Pregunta, en tono suave y atento:

—¿Problemas?

—Una imbécil. Tengo que dejar de dar oportunidades a gente que no está a la altura. Demasiada generosidad, siempre acabas lamentándolo... Con el tiempo que

llevo en este oficio, y todavía no me he endurecido lo suficiente...

—¿Qué ha pasado?

—No entiende nada. No contenta con llegar tarde —con ella, el transporte siempre tiene problemas—, aparece y le suelta una pulla a Sarave, un tío brillante que lo ha dado todo por el cine francés y que nos ha dejado plantados, es verdad, pero de ahí a... lo insulta, tan tranquila, posando su enorme culo en la silla, le parece que no debería haber formado parte del nuevo convenio... ¿Se cree esa idiota que se le paga para que dé su opinión?

La idiota en cuestión abre la puerta sin haber llamado e interrumpe su diatriba. Una morena guapa, se dirige al productor sin cuidar las formas, sin hacerle reverencias, sin lágrimas y sin súplicas. Su padre tiene razón en un punto: no está hecha para ese entorno.

—Nunca he dicho eso —afirma—. Me gustaría hablar del tema con usted porque...

—¡Salga!

Le sale espuma por la boca. Repite varias veces «salga», incluso después de que ella haya cerrado la puerta.

—La voy a destruir, la voy a desintegrar, esta imbécil no va a volver a trabajar, en ningún sitio.

Una intuición extraña: ella sabe algo que lo incomoda. Y el padre es consciente de que echarla es un error táctico. Que es más posible que hable de lo que le molesta estando fuera del despacho que si se queda a su servicio. A Antoine se le pasa por la cabeza una idea que siente confirmarse al ver el desmesurado nerviosismo de su padre. Despide a gente desde siempre. Le sucede a menudo eso de trasladar sus nervios a alguien más débil que él. Pero esta vez está desenfrenado, no cuadra con la situación. A esta inclusión en la lista negra le falta entusiasmo, el placer de humillar al otro. Ahora solo está abatido. Incluso algo inquieto. Uno no se inquieta por echar a una tía como ella. Antoine sigue su instinto. Echa un vistazo al móvil, se levanta, se disculpa diciendo que tiene una cita y abraza con torpeza a su padre, «hasta muy pronto». «Ven a cenar, llámame y pásate por casa.» Tanto el uno como el otro saben que Antoine no irá. Sale precipitadamente del edificio. Espera en la acera a que la chica haya recogido sus cosas. Algo lo empuja a seguirla.

Anaïs se lo esperaba desde hace semanas, y de alguna manera es como haber cargado con algo sucio y poder quitárselo de encima. Dopalet siempre había sido amable con ella, respetuoso hasta la elegancia, y durante un tiempo la convirtió en su confidente privilegiada. Hace un momento, cuando se ha puesto a gritar, era como una pesadilla. Y nadie en toda la planta ha abierto la boca para protestar —la han ayudado a cerrar sus cajas y le han prometido que se las mandarían enseguida, evitaban su mirada, era una apestada. Se ha dado cuenta de que no era la primera vez que sucedía. Eso lo hacía aún más humillante.

Nunca la han echado así. Nunca le han hablado en ese tono. Le daban las gracias —no le renovaban el contrato, la llamaban para explicarle que el trabajo salía demasiado caro, apelaban a la crisis, a la posibilidad de que una chica de su edad se quedara embarazada, a los atroces estragos de las treinta y cinco horas... Siempre se han librado de ella con un mínimo de tacto y de cortesía. Lo que no le impedía pillar ataques de pánico desmesurados, propulsados por el terror a pegarse más de seis meses seguidos en el paro. Tiene un miedo fóbico al hueco inexplicable en su currículum, que haría sospechar de ella, es su punto de buena alumna aplicada, o hija de personas que curraron duro y que le inculcaron la idea de que el mérito exige el esfuerzo permanente. Sus padres son los propietarios de la farmacia más grande de Tours. Empezaron de cero, y le legaron lo de no dormirse en los laureles, sabe que nada es definitivo y que nunca hay que imaginarse que tenemos tiempo por delante para hacer experimentos. Pero lo que en sus primeros años de formación le daba la impresión de ser una sucesión de experiencias enriquecedoras —fue ayudante de un fotógrafo culinario, estuvo en prácticas en una agencia publicitaria, fue organizadora de desfiles de moda, atrecista de teatro— empieza a dar a su perfil el aspecto de joven inestable.

Conoció a Dopalet cuando estaba en lo más bajo. Elaboraba el texto del periódico de la mañana para una cadena por cable, el periodista para el que trabajaba no la podía ver, y al menor error avisaba a la dirección. Estaba agotada de levantarse a las cinco de la mañana para redactar las noticias leyendo los despachos de la Agence France-Presse. El productor llegó para reunirse con alguien de la cadena e intentó ligar con ella en la máquina de café. Ella fingió no entender adónde quería ir a parar cuando la invitó a comer para «hablar del cine experimental», que ella conocía bien. Se había fijado en ella. La contrató, un poco por encima del salario mínimo. Ella creó su puesto a su medida: *talent scout* en la red. Nunca le había pasado algo así. Siempre había estado en prácticas. Los primeros días en la empresa, Dopalet la deslumbraba. Su carisma, su rapidez de decisión, su intuición, su energía... La valoraba. Desplegaba una infinidad de alabanzas sobre su capacidad de trabajo, la agudeza de sus razonamientos y la amplitud de su cultura... Ella sabía que le gustaba, pero jamás le hizo sentir que la había contratado por su bonito culo. Nunca fue pesado con ella. Sin embargo, no tardó en desencantarse. El tío toma prácticamente todas sus

decisiones tirándose el I Ching o el tarot. Un «oscurecimiento de la luz» e interrumpe un proyecto. Una «Torre» y despide a la contable. El «Carro», contrata al becario. Así debió de contratarla a ella —a medio camino entre las evocaciones libidinosas y una buena baza en las cartas. Al tío no le interesa nada. Es de una superficialidad desconcertante, mete la palabra «cultura» en cada frase para quejarse de las películas que tiene que conformarse con producir y dar a entender que está jugando muy por debajo de su categoría. Pero nunca irá al cine a ver algo que no esté en lo más alto del *box-office*, no abre un libro, no entra en las exposiciones, no escucha música y lo único que conoce de la red se reduce a la lectura de las fichas de la IMDb. Las conversaciones que le interesan son las que giran alrededor de él. Nunca lo ha oído expresar una opinión pertinente sobre cine. Pide ideas originales, pero solo respeta lo que ya se ha probado. Le resulta difícil centrar la atención en un tema más de diez minutos sin enviar un mensaje, abrir una puerta o hablar de otra cosa, la menor reunión con él adquiere proporciones de maratón. Dopalet debe asegurarse de hacer que su interlocutor se sienta incómodo. Se entusiasma con un proyecto que en una hora habrá olvidado, hace promesas a cualquiera y luego se niega a cumplirlas. Su única cualidad es que está bien relacionado. Pero la jerarquía cambia de un día para otro, debe de ser su único punto en común con Fassbinder: le gusta hacer saber cada mañana a quién aprecia y quién ha caído en desgracia.

Anaïs debía descubrir talentos que no fueran de las élites. Por decirlo claramente, como no tardó en entender, se trataba de identificar «lo mejor» de los canales de YouTube —entiéndase «los que ya tienen público»—, convencerlos de que «presentaran un proyecto» —entiéndase «escribieran gratis»— que «lo entusiasmara» —entiéndase «que fuera comercializable, pero filmado por voluntarios». Creía haber descifrado correctamente lo que le pedían, y había intentado responder a ello, pero las pocas veces que consiguió llevar a un chaval al despacho, no se había mostrado lo bastante respetuoso con el productor. Dopalet no dejaba de repetir «quiero ver caras con las que no me cruce cada año en los premios César», pero no soportaba que lo sacaran de aquella élite de la que tan mala opinión tenía. Estaba acostumbrado a ser alguien en su pequeño entorno. Esperaba que los actores de la red se extasiaran de gratitud porque se hubieran fijado en ellos. Pero a los jóvenes que lo petan en YouTube enseguida se les sube a la cabeza y se pasan el séptimo arte por el forro —el enfrentamiento de egos no terminaba bien.

Desde hacía ya algún tiempo, Anaïs se sentía en el banquillo. Ya no lo pone cachondo. Ya no cuenta con ella para que le presente al Stanley Kubrick de la red, el que podría filmarle *La naranja mecánica* por tres euros y medio.

Baja a pie hacia la estación Tuileries. Ha hecho sol cinco minutos, pero el cielo ya se ha oscurecido, amenaza con llover de un momento a otro. París está como en otoño. Anaïs coge las escaleras del metro, en medio de turistas que hablan lenguas que no reconoce. En los pasillos, un violinista toca un tema de Kreisler. Reduce el paso. Estudió ese tema de niña. Nunca fue capaz de interpretarlo sin masacrarlo. Sus

padres se empeñaban en que estudiara música, y su hermana hacía piano. Pero Anaïs optó por el violín, y no tenía talento para su instrumento.

No le apetece avisar a sus padres de lo que le sucede. Volverá a apenarlos. Se habían alegrado de que encontrara este trabajo. Se quedaron muy decepcionados cuando Kevin y ella se separaron. Habían pasado siete años juntos. Todo el mundo a su alrededor esperaba que llegara el primer niño. Ellos pensaban que tenían tiempo.

En el andén del metro se le pasa de repente una imagen por la cabeza: siente cómo era estar con él. Cuando ella caminaba a su lado. Estaba completa. Eran una sola y la misma entidad. Cuando vuelve a la realidad, se desequilibra. Se pega hostias y rompe cosas desde que él se marchó. Es por esa sensación. Ese vacío helado a su lado. No puede llamarlo para decirle lo que le acaba de pasar. Tiene que hacerse a la idea. Desde hace algún tiempo, él le manda mensajes atroces, del tipo: «Busca la luz en el fondo de tu corazón, te deseo toda la felicidad del mundo». Rollos de idiota, además. Pero sobre todo rollos de un tío que de verdad ha pasado a otro tema. Cuando le mandas eso a la chica que fue el amor de tu vida, quiere decir: me lavo las manos de lo que te pasa. Contacta con ella por su tranquilidad, para decirse que es un buen tío. Ella le contesta «Pasa de mí, bienqueda, me tocas los cojones», y él necesita una semana para volver a la carga. Ahora en sus mensajes pone «:))». Lo ha aprendido con la nueva. Anaïs y él jamás hacían estas cosas. Smileys. Qué miseria.

Se marchó por otra. No la engañó. Se lo dijo en cuanto la conoció. Parecía preocupado, estaba metiendo una foto en un marco de vidrio, se peleaba con las barras del marco del Habitat, ella le preguntó «¿Estás preocupado?», y él le dijo «Hay algo entre Karine y yo». Anaïs al principio creyó que era una broma.

Aquella noche no vieron *Juego de tronos*. Lloraron en el sofá. A la mañana siguiente se despertó diciéndose que se había equivocado. No podía pasarles esto. Él hizo las maletas aquella misma semana. La nueva se dedica a la política. En la UMP. No es posible. Nada es posible en esta historia, pero no por eso deja de suceder. Ya no están juntos.

Anaïs abre la lista de música de su móvil, busca Neil Young y escucha «I'm still living in the dream we had». Sabe que le hace llorar. Lo necesita. Cómo olvidar lo que eran, lo que se prometieron. Dos planetas en órbita durante años, y de la noche a la mañana se interrumpió la atracción —siguieron sus caminos por separado. Ella ha entendido que aunque él volviera mañana, nunca volvería a ser el hombre con el que ella vivió, con total confianza, un gran amor, durante esos años. Eso está muerto. Ella es como esas personas exiliadas que sueñan con su país de origen y ya no lo reconocen cuando pueden por fin volver. Nada es como lo recordaban.

Estaban seguros de que su historia era especial. Todas las parejas enamoradas lo piensan. El amor diferente. El que nada puede romper. «I'm still living in the dream we had, for me it's not over.» Ella se ha quedado con el piso. El hule rojo a cuadros que él puso para proteger la encimera está tan gastado que se ha quedado blanco. No lo toca. En el congelador quedan aún verduras cocidas al vapor, que él compraba en

grandes cantidades —cuidaba su línea. Lo sabe todo de él. Lo añora todo de él. No consigue creerse que él no eche en falta tanto como ella su vida en común. Cuando todo era una fiesta —ir a comer a la pizzería de enfrente, hacerse un cine el domingo por la noche, irse a la cama temprano para leer juntos y pelearse por quién iba a levantarse para preparar una bebida caliente. Eran felices, joder. ¿Por qué Kevin no lo respetó?

Vio fotos en internet de su nueva novia, en su enorme piso del distrito VIII. Haussmanniano, techos altos, bien amueblado. Alfombra en el sofá, todo de buen gusto. Anaïs observa su propia casa. Sus estanterías de Ikea, la mesa redonda blanca llena de manchas y de golpes, que nunca tuvieron dinero para cambiar. Les importaba una mierda la comodidad burguesa, no eran materialistas. Menos mal. Y ahora eres un advenedizo, mi querido Kevin. ¿Había soñado siempre con un salón doble, molduras, ventanales y restaurantes de moda? ¿Fingía despreciarlos porque estaban fuera de su alcance, o había cambiado? Se preguntaba si todavía se bebía su Ricoré con leche caliente por las mañanas o si se había pasado al café con la otra.

¿Se puede cambiar hasta ese punto? Se ha convertido en un extraño, ella piensa en *La metamorfosis*: un día su príncipe empieza a convertirse en escarabajo. Creía que estaba reservado a las obras de ficción. Cuando se trasladaron juntos a París, pensaban que Kevin llegaría a ser un gran pintor. Por su parte, Anaïs tenía proyectos de documentales. Les gustaban las películas de Wang Bing, Chris Marker, Watkins y Oppenheimer... No les preocupaba pasarlas putas. Sus padres los ayudaban un poco. Tenían que privarse de todo. Despreciaban el consumismo. Cuando cogieron a Kevin en *Libération* para hacer colaboraciones sobre arte contemporáneo, solo era algo de dinero que caía de vez en cuando. Ese periódico era la izquierda enredada en lo que Daney llamaba «conversaciones privadas». Redactores para los que el lector es más un testigo molesto que un interlocutor, sus artículos se dirigen exclusivamente a los anunciantes, *lobbies*, vecinos de mesa, jefes de redacción, colegas... Pero Kevin se dejó seducir. Le propusieron sustituir a alguien de las páginas de cine. Lo vio cambiar de vestuario y a la vez de comportamiento. A veces a ella le molestaba oírlo presentarse: «Trabajo en *Libération*». Se convertía en otra persona. Cenaba con capos del periódico. Volvía a casa exultante. Escribía cosas que cada día parecían menos suyas. Y se marchó con aquella chica a la que conoció en el cincuenta cumpleaños de un fotógrafo al que conocía del periódico. Anaïs estaba con él. Ni siquiera pensó en desconfiar de Karine. Pero diez días después debería haberlo entendido al escuchar a Kevin decir «Lo de derecha e izquierda está superado. Hoy en día lo único que cuenta es tu posicionamiento frente a la globalización». ¿Cómo puede decirse semejante gilipollez? Es una reflexión de tío que se mueve hacia la derecha. Típico. Dos meses después se marchaba. Cambió muy deprisa...

La soledad en sí no es desagradable. Hacía mucho tiempo que no la conocía. Lee más. Pero sonrío menos. Se pueden hacer un montón de cosas sola. No te ríes. Con él, se reía todo el tiempo. ¿Es divertida la noticia? Ella no parece divertida, no. Anaïs es

sin duda la única chica que conoce a la que dejan plantada por una vieja. Karine tiene casi cuarenta años. Fijo que no tardará en tener un hijo.

Anaïs también se acuesta con una chica más vieja. Ya está. Fue a buscar a otra parte. Esperó a que el calendario marcara doce meses, celebró todos los aniversarios de lo que habían hecho juntos el año anterior, por aquella misma época. Y luego sucedió. Otra persona la desnudó, y se moría de ganas. Su amante es muy guapa. La Hiena la parte en dos con una violencia demente. Es mágico. Es atroz que sea mágico hasta ese punto. Al menos no se acuesta con un tío, la comparación no es tan directa.

La Hiena es muy descarada. Expresa su deseo con una insolencia inquietante, y el efecto que provoca es exactamente el mismo que si fuera un tío. Anaïs se siente observada con una autoridad de depredador, y eso la pone como una moto. Ahora lo ha entendido: lo que hace al hombre es la impetuosidad del deseo, no la polla. Lo que la sorprendió no fue sentirse atraída por una chica, sino aceptar salir de su dolor tan deprisa. Y después follaron. Y a partir de ahí, solucionado. Desde entonces lo único que le interesa es volver a empezar.

Lo que hay de fabuloso en lo que le sucede tiene su cara oscura: cada buen momento es un paso más que la aleja de Kevin. Una amputación, a pequeños golpes. A veces hace un gesto que solía hacer con él, o se le escapa una palabra que les pertenecía. Le arranca algo. Es como si disparara a bocajarro en la nuca de lo que fue su amor. «Eras la mujer de mi vida.» El verbo en pasado, como un puñal clavado en pleno pecho. Nunca ha salido de su asombro. No pensaba que sería posible vivir los días siguientes. Pero no pudo evitarlo. No es la misma persona que antes de esta herida. Ahora lo sabe: cada «te quiero» es una puñalada futura.

La historia con la Hiena vuelve a ponerla en pie. Recupera la vida a trocitos. ¿Cómo van a verse ahora que la han despedido? No se termina de creer que la haya echado a la calle así. Es por la historia de las pintadas en su casa. Desde entonces se le va la pinza. Tenía razones. Ella aún formaba parte del círculo de sus favoritos. Se lo contó. Una mañana se encerró al llegar al despacho. Todo el mundo se dio cuenta de que traía una cara increíble. Luego la llamó. Estaba tumbado en el sofá a las diez de la mañana, con un vaso de whisky en la mano, lleno como si fuera zumo de naranja. Le costaba respirar, tenía una crisis de ansiedad. Le habló en tono agonizante:

—Anaïs, todo lo que voy a decirle debe quedar entre nosotros. ¿Puedo contar con usted? Soy víctima de una banda de chalados, no tengo ni idea a santo de qué. Vinieron por la noche, destrozaron toda la fachada delante de mi casa. Es horroroso. Horroroso... No se lo puede imaginar.

Quería evitar el escándalo —mandó urgentemente a Anaïs al lugar del delito. Dopalet llamó a un taxi. Quería asegurarse de que el pintor al que había contratado respetaba la consigna de ser discreto. Ni su mujer ni él podían quedarse allí, y además tanto el uno como la otra estaban destrozados. Era absolutamente necesario que todo estuviera borrado para la noche, pero ni se planteaba meter a dos pintores en el

secreto. Anaïs fue, un poco harta de estar convirtiéndose en la chica para todo del jefe. Esperaba encontrar dos pintadas en la fachada, sinceramente, no había razón para montar todo aquel circo.

Allí estaba un pintor. Había cubierto las pintadas con papel blanco bastante opaco para disimularlas, es decir, toda la fachada del soberbio edificio en el que Dopalet ocupaba una planta, en el distrito VII. Cada panel que levantaba descubría nuevos insultos: «pervertido» «asesino» «todo el mundo se enterará» «violador» «DOPALET DONDE CAGÓ EL CONDE». La impactó. No esperaba algo tan delirante, las había por todas partes. Era una escena de guerra. Incluso Anaïs, que no estaba implicada personalmente, sintió el peso de la desolación en su pecho. El pintor era un pelirrojo taciturno que debía arreglar toda la fachada antes de que los equipos de seguridad retomaran el trabajo. Anaïs intentó conversar con él:

—Hay que estar realmente chalado para hacer algo así... por suerte, con las cámaras de vigilancia, no debería ser difícil...

—Además habría que denunciarlo.

El pintor no tenía demasiadas ganas de hablar. Anaïs le preguntó:

—¿Cuánto tiempo cree que necesita?

—Diría que todo el día, si no me paro a charlar.

—Le dejo trabajar.

No se veía quedándose a su lado y mirando cómo pintaba. Cruzó la calle y entró en el bar de la esquina. Dopalet estaba ilocalizable, tenía una reunión con Canal Plus. Ella no sabía qué tenía que hacer. ¿Ayudar al pintor? No llevaba la ropa adecuada. Apoyó los codos en la barra y empezó a desmenuzar el papel del azúcar. Imaginaba lo que debía de sentir el productor al ver la entrada en aquel estado. Probablemente era gente a la que conocía. Un loco, o una chiflada. Esa manía suya de multiplicar las aventuras con chicas que se colocaban... Veían pasar por el despacho a algunas muy guapas. Seguramente una de ellas quiso vengarse de que no dejara a su mujer. Era muy degradante, por mucho que hubiera podido hacer Dopalet, no justificaba semejante violencia...

La Hiena aparcó su moto delante del escaparate del bar. La alegría que sintió Anaïs al reconocer su casco no dejaba lugar a dudas: cuando retumba hasta ese punto, no es solo que te sienta bien follar. Por primera vez pensó «estoy enamorada de ella». Corrió hacia la puerta del bar y la abrió sonriendo, sin intentar disimular su alegría, pero se quedó con un palmo de narices. La Hiena frenó su ímpetu, reaccionó de forma extraña: «Dopalet me ha llamado, quiere que mire a ver si han dejado huellas... Haz como si estuviéramos en el despacho, nosotras apenas nos conocemos». Parecía temer que las observaran y descubrieran su secreto. Entró en el

bar pero no quiso pedir nada, no tenía tiempo. Dijo a Anaïs: «Es verdad que no tienes nada que hacer aquí. Vuelve a la oficina, dile a Dopalet que he sido yo la que te ha dicho que me dejaras con el pintor». La echó. Anaïs se sintió herida. Así son las pequeñas decepciones, los momentos en que tendemos la mano y el otro te deja colgado. Lo que ella no había vivido con Kevin, pero que conocía de la adolescencia. No le apetecía vivir una historia con trocitos de mierda dentro. Pero al día siguiente volvieron a verse en el hotel y olvidó tomar distancia.

El primer polvo había sido en el ascensor de la oficina, bajaban juntas, llevaban un tiempo buscándose. Solo se movieron las manos de la Hiena, que se posaron en sus caderas. La cadena que llevaba en la muñeca hacía hipnótico el hueso que sobresalía justo antes de la mano, la palma cuadrada, los dedos largos y con una autoridad que daba vértigo. Anaïs tenía ganas de follar hasta morir. Era tan intenso que sentía que el suelo se hundía, y no se lo esperaba. No con aquella intensidad. Se quedaron inmóviles hasta que se abrieron las puertas, entonces la Hiena pulsó el botón de la planta más alta y volvieron a acercarse.

Desde entonces se esconden. En la oficina, al pasar, la Hiena desliza en su bolso papeles doblados en los que ha anotado la hora y el lugar de la siguiente cita, y Anaïs solo puede llamarla en caso de no poder ir, utilizando un código concreto: «no he encontrado los documentos que me ha pedido». Sin duda la clandestinidad añade excitación. Se ven en hoteles.

Su mano cuando están de pie y sus dedos la follan, su sonrisa cada vez que descubre que Anaïs ya está mojada, las caderas pegan sacudidas compulsivamente, un terror delicioso y esa sensación nueva cuando la otra goza, el rostro delicado girado de perfil sobre la almohada, que se abandona, esa expresión indescifrable.

Hoy la Hiena tiene una cita en el Marais. Lo comentó al teléfono delante de ella la última vez que se vieron. Anaïs sube al metro. El olor a meados y a sudor invade el vagón. Un chico con el pelo muy largo y rizado, con un jersey beis, está sentado solo, todo el mundo se aleja de él. Su aspecto no encaja con la peste que hace, es más bien guapo y parece un poco *hippy*. Los pasajeros se miran sin decir nada, ponen cara de asco o sonríen, dos chavalitas se parten de risa, a un tipo con Converse se le ocurre abrir la ventana, otro se lleva un pañuelo a la nariz y cambia de vagón en cuanto puede. Anaïs se obliga a quedarse. El olor es tan fuerte que siente que podría vomitar.

Su iPhone está en lectura aleatoria, escucha «No more drama», de Mary J. Blige, y piensa en Audrey, la secretaria de Dopalet, con lágrimas en los ojos, no lo fingía, estaba destrozada. Fue la única de todo el equipo que mostró un poco de empatía. Los demás la evitaron en cuanto se enteraron de que tenía que vaciar su despacho. Mientras abría el cuartito donde amontona las cajas y le prometía que se las haría llevar al día siguiente sin falta, Audrey le comentó que no se preocupara por la indemnización. «Él es así. Pero compensa indemnizando. Es generoso. No le apetece

tener a la magistratura del trabajo encima de él. Y sabe que la caga.»

Dopalet la llamaba a veces a las once de la noche para pedirle que bajara a tomarse una copa con él porque necesitaba hablar. Sabía que ella vivía sola. Ella volvía a vestirse, volvía a maquillarse, saltaba al taxi que él le mandaba y se reunía con él. Lo escuchaba durante horas. Nunca le preguntó cómo le iba a ella. Ella le agradecía que no insistiera cuando le proponía que lo acompañara «a tomar la última en una discoteca». Ambos sabían de qué tipo de discoteca se trataba, ella decía que no sonriendo y él la dejaba marcharse. Para eso ya tenía a otras en su agenda. En este aspecto no tenía que preocuparse por él. Volvía a acostarse a las dos de la mañana, agotada, y no olvidaba poner el despertador a las seis para a la mañana siguiente tener tiempo de prepararse antes de ir al despacho.

Sale en la estación Saint-Paul. Va a pasar por delante del HellBabe. Podría mandar un mensaje para avisar. Pero a la Hiena no le gusta que utilicen su número de móvil si no es para el curro.

Al llegar a la calle Vieille-du-Temple, Gaëlle se siente como una bombilla a punto de fundirse, cuando empieza a crepitar para avisar de que va a periclitar. Ha pasado la mañana en internet, intentando cambiar de móvil. Ya solo para acceder a sus facturas debería haber recordado su contraseña o la dirección de correo que dio. Le da la impresión de que se pasa la vida creando perfiles en páginas de internet —nunca recuerda las contraseñas. Luego, para pagar, le enviaron un código bancario a su teléfono móvil. Quería cambiar de aparato precisamente porque se le había muerto la batería. Y no encontraba ningún número al que llamar para salir de ese callejón sin salida. A partir de ahí todo se volvió enormemente complejo. Tardó tanto tiempo en encontrar el puto código que habían anulado la transacción. Tuvo que volver a empezar. Además los precios que aparecían variaban en función de tantos parámetros que resultaba imposible saber cuánto le costaría el teléfono nuevo. Se decidió a chatear con un asesor. Era una máquina de mierda, todas las respuestas que le daba estaban fuera de lugar, al parecer ella no encontraba la frase mágica para orientarla en la dirección correcta. Acabó reclamando que rescindieran su contrato, que solo la penalizaba a ella. En ese momento, al otro lado del chat, un disléxico hiperactivo se hizo cargo de la conversación —el tío, o la tía, se negaba a escribir toda palabra de más de dos letras según las normas vigentes. Descifrar los mensajes incomprensibles que le mandaba exigía un esfuerzo de concentración que superaba su capacidad. Le exigía que le diera una cita telefónica en una franja horaria de tres horas para el día siguiente. En un número fijo. Ella no tenía número fijo. Lo dejó correr. De todas formas, le habrían enviado el teléfono a su casa, se sabe el rollo: ya nadie quiere trabajar con correos, así que los transportistas locos se excusan diciendo que no estabas en casa, cuando ni han pasado, y te dejan los paquetes en la otra punta de París, en tiendas que siempre están cerradas cuando te decides a hacer la expedición para ir a buscarlo. Ahora todo es demasiado complicado. Prescindirá de móvil.

Ha quedado con la Hiena en el Marais. La vejestorio tiene ganas de hablar. Gaëlle ha llegado un poco antes y se para en el burger. Quiere comer carne roja. No le gusta, pero está convencida de que la necesita una vez al mes, por el hierro, justo después de la regla. Pierde muchísima sangre, parece que se vacía durante los ocho días que le dura. Ciclos de veintiún días. Una pesadilla. Evita sentarse en casa de los demás, ya ha destrozado varios sofás. Tercer milenio, y se pone las mismas compresas que se ponía su madre a su edad. Son pegajosas, te da la impresión de pasearte con un pañal mal puesto entre las piernas, pero visto el rendimiento de los tampones, no tiene otra opción, debe ponerse las dos cosas. De todas formas, le llegará la menopausia y aún no habrá entendido cómo meterse un tampón correctamente. Como es incapaz de pegar una compresa en el centro —siempre tiene que escaparse sangre por un lado. Si los tíos tuvieran la regla, la industria habría inventado hace mucho tiempo una manera de protegerse de alta tecnología, algo digno, que se pondrían el primer día y expulsarían el último, algo limpio y con buena pinta. Y habrían elaborado una droga

adecuada para los dolores premenstruales. No los dejarían solos chapoteando en la mierda, es evidente. Contaminan el espacio intersideral con satélites de reconocimiento, pero para los síntomas de antes de la regla, nada de nada.

Abre su hamburguesa y cubre la carne con ketchup y mayonesa, para disimular el sabor. Si no, huele a cadáver. No quiere saber nada de los mataderos de los que procede. Cuando ve en internet una imagen de un pollo o de un cerdo atrapado en un compartimento, destinado a que se lo coman, cambia de página inmediatamente. El sitio es confortable, rollo local de milkshakes. Pero la comida es infecta. En las patatas fritas congeladas han espolvoreado una hierba aromática que deben de haber congelado también para tener un sabor tan extraño. Se bebe su Coca-Cola y se levanta de su asiento. Deja una buena propina porque ha currado muchas veces de camarera en su vida, las chicas no son responsables de que un estafador haga mal el papeo.

La Hiena ya está sentada en una terraza cuando se reúne con ella. Hace más de veinte años que se conocen. Gaëlle habla de las manifestaciones. Este año, o eso, o el tiempo de mierda.

—¿Has ido a alguna mani por el matrimonio gay?

—No es mi estilo.

—Mi chica no me ha dado opción, fui con ella a la primera. Hacía bueno. Salíamos de Bastille. Aguanté hasta el Ayuntamiento, me senté en una terraza y miré a la gente pasar.

—No te fíes de tu chica. Se empieza con una mani y se termina encadenada a la verja de una embajada haciendo huelga de hambre.

—Es joven. Es fogosa. No me atreví a decirle que pasaba de ir a manifestarme. Entiendo que se implique... No te imaginas la cantidad de gente que se ha sentido obligada a decirnos que estaba en contra del matrimonio gay. Y no católicos de derechas, además. La verdad es que los socialistas de hoy en día no tienen vergüenza...

—Yo no he conocido a nadie que esté en contra.

—Porque no se atreven a decírtelo.

—Prefiero que se abstengan. Yo estoy en contra del matrimonio gay, pero si oigo a un hetero diciéndolo, lo lincho.

—¿Estás en contra?

—¿Del matrimonio? Por supuesto que estoy en contra.

—Te entiendo. Las de nuestra generación somos tortilleras de verdad, hemos sufrido por ello y no queremos parecernos a los heteros gilipollas.

—No es eso, amiga... la adopción, la reproducción asistida, el matrimonio... estoy en contra para todo el mundo. Soy favorable a que se esterilice a toda la población desde la pubertad. Somos siete mil millones. ¿No crees que ya está bien? Hay que frenar el ritmo urgentemente. Veo a la gente con carritos, les miro el careto y me digo: pero ¿por qué? ¿Qué creéis que hacéis reproduciéndoos? No necesitamos

vuestra genética de mierda, dejaos ya de megalomanías. Si no tenéis nada que hacer, dedicaos a la pintura. Pero no nos jodáis con vuestra prole. Si me pidieran mi opinión, los metería a todos en un estadio: vasectomía, ablación del útero, y cada uno a su casa... Siete mil millones, y siguen infectando el planeta... El día que se manifiesten por la esterilización de la humanidad, me verás en la calle todos los días. Y permíteme que te diga que no en una terraza.

—Joder, tienes razón. Mi chica es demasiado reformista. Y yo me dejo influenciar. Me va muy bien verte, es como una vacuna de refuerzo.

Pese a que la fina lluvia les moja las puntas de las botas, se quedan en la terraza para poder fumar. Piden lo mismo, dos moscateles de Alsacia. A Gaëlle le gusta el Marais. El sol que dora las piedras viejas, el ambiente falseado por complacer —las tiendas son tan pijas que crees estar en un barrio falso. Le gustan esas calles ricas y las chicas que se cogen de la mano, aunque desde hace unos diez años el barrio está colonizado por familias y turistas, pero sigue siendo el sitio de París donde te cruzas con las bolleras más guapas. Le gusta ver a los chicos felices, en ninguna parte los tíos parecen tan contentos. Y no es solo porque son jóvenes y guapos, y están forrados, si no los del distrito XVI también estarían contentos, es porque son maricas, y los maricas son más alegres que los demás, se ve a simple vista.

Le gusta París en todas sus formas, de la Porte de la Chapelle a Montparnasse. Le gustan sus sucesivas capas, contradictorias, las intersecciones y los cambios bruscos. A veces bastan dos calles para cambiar radicalmente de un barrio a otro, y otras veces hay que cruzar pequeñas zonas sin identidad. Le gusta la mezcla de turistas, gentuza, chinos, provincianos, cultuquetas, chicas a la moda, banqueros y cajeras —todos ellos en su casa, a la vez, pero no viven ni en la misma ciudad exactamente, ni en una ciudad del todo distinta. Algún día pensarán en este París cosmopolita de principios del tercer milenio como en una Babilonia sin sentido, y les costará imaginarse a tanta gente diferente consiguiendo vivir junta en una paz bien real. Geeks barbudos, maricas de extrema derecha, judíos camellos, tías buenas empollonas, estadounidenses bohemios y yonquis reaccionarios... Todas las combinaciones son posibles, y ella forma parte de ese mosaico. Aunque no deja de quejarse de que todo cambia, y siempre a peor, siempre se siente en su casa en esta ciudad caótica.

El humor de Gaëlle cambia estando con la Hiena. Como cada vez que se ven. Hace poco se cabreó con ella por haberle pedido que encontrara a Vernon, y por desaparecer como por arte de magia cuando ya lo había conseguido. En aquella época, Kiko se puso realmente a malas con ella, estaba indignada por haberse metido en aquel berenjenal para nada. Pero no es la primera vez que la Hiena la mete en un lío, ni la última que se lo perdona. De todas formas, luego las cosas cambiaron. Kiko se volvió a encontrar con Subutex y en lugar de partirle la cara se dejó embaucar otra vez.

Hubo un tiempo en que la Hiena se metía en asuntos serios, rollo peces gordos. Ahora está de capa caída. Parece que le importa una mierda. Pocas veces ha visto Gaëlle a alguien despreciando hasta ese punto la opinión de los demás. Siempre ha sido así, de una arrogancia tal que solo puedes inclinarte ante ella.

Se corta el pelo ella misma, se nota, y el tinte también se lo hace en casa. Tiene los dientes sanos y la mirada altiva. En definitiva, lo ha perdido todo menos la soberbia. La Hiena observa su vaso de vino blanco. Reflexiona. Gaëlle la deja aclararse. Sabe de lo que quiere hablar, nadie piensa en otra cosa este verano: Vernon. Si lo ha visto últimamente en el Rosa Bonheur, si ha oído algo, esas cosas... Lo que no entiende es por qué también la Hiena muerde el anzuelo. ¿Qué les hace Subutex para subyugarlos a todos hasta ese punto? El tío es simpático, pero su estado es más que límite... Gaëlle siempre ha odiado a los punks con perros. No le gusta la suciedad, la dejadez, y por principio no habla a gente con barba. Pero la Hiena evita el tema.

—¿Y cómo es tu novia cuando no va a manifestaciones?

—Muy guapa, un cañón. Tiene veinticinco años menos que yo. En general, en la vida, ella espera, y yo recuerdo.

—¿No le acojona estar con una vieja?

—La follo bien. Le compensa.

La Hiena sonrío. Es su común sentido del humor. Sueltan las mismas pullas desde hace ya décadas. Gaëlle se termina el vino, busca con los ojos a la camarera y pregunta:

—¿Y querías verme para ponerte al corriente sobre mi vida sentimental?

—Quería preguntarte en general. Hacía mucho que no nos veíamos. Parece que últimamente vas mucho por el Rosa Bonheur, ¿no?

—Sí. Ayudo a Zouzou cuando monta fiestas. Y hay muchas. Pero parece que tú vas al parque de vez en cuando. Deberías pasar a vernos más a menudo...

—¿Oyes contar muchas cosas sobre Vernon en el Rosa?

Está claro que aquí quería llegar. Gaëlle no se había equivocado. No entiende nada de lo de Vernon. Para empezar, ¿cómo se lo montó para verse en la calle? Tan deprisa. Perder el piso, vale. La crisis, el tío ya no es tan joven, no tiene relación con su familia. Pero, bueno, veinte años en la tienda te dejan una agenda lo bastante grande como para no tener que sobar en la calle en menos de tres meses... ¿Y cómo ese tío simpático pero con menos carisma que una calabaza blanda se ha convertido en ídolo del Buttes-Chaumont? El tío duerme en la calle, apesta a sudor y lleva botas de paleta, y parece el niño Jesús habiéndose saltado la etapa de la cruz, rodeado de una orgía de reyes magos, al tío le llevan regalos todos los días. Vernon elige un árbol, se sienta debajo y la gente va a verlo. Claro que oye hablar de él en el Rosa. Prácticamente solo se habla de él. Ella fue a echar un vistazo a su pandilla. Heteros casposos a los que les gusta demasiado el vino. Hasta Kiko se ha unido. Cuando se enteró de que Subutex andaba por el parque, Gaëlle lo vio marcharse, feroz como

sabe ser, en plan voy a partirle la cara, así aprenderá a marcharse con mi coca... y volvió al día siguiente, se pasó tres semanas escuchando a Jethro Tull. Ni una fiesta, ni un polvo, solo música en los cascos y droga. No fue a currar. Nunca le había pasado. Empezó a desvariar a lo grande —que creía que Dios no tardaría en existir, sería una suma de logaritmos, solo él salvaría el mundo y a la humanidad —y que era preciso dedicarse a crear buenos programas que indiquen a la gente qué hacer para vivir en una colectividad que funcione. Para Gaëlle, cuando a los yupis les da por la espiritualidad, es que vienen tiempos jodidamente duros. Transcurridas las tres semanas de retiro espiritual, Kiko tenía en la cabeza un gran proyecto: recorrer América Latina. Si se quiere leer entre líneas, el tío quiere ir a buscar la cocaína a su lugar de origen. Al fin y al cabo, por qué no, no es difícil darse cuenta de que es su principal pasión. Pero la idea de recibir fotos de Guatemala con Kiko montado en una llama con gorros peruanos la deprimió. Gaëlle se promete que si lo encuentran lavando su ropa en riachuelos de Chiapas, se planta en el parque y le pega fuego. Vive gratis en casa de este tío desde hace años, siempre ha sido un defensor feroz del liberalismo, está harta de que le pongan patas arriba sus puntos de referencia. Entretanto, Kiko se recuperó, volvió al curro y solo habla de Subutex a última hora de la noche. Dice que está preparando su viaje. Ella sabe por experiencia que cuanto más dura se cree la gente, más dispuesta está a dejarse engatusar por la primera trampa new age que se presente —el cinismo es la pose del blando—, pero aun así la impresionó. Espera que olvide todo esto y se recupere. Entretanto, ha venido ya dos veces a escuchar a Subutex pinchando en el Rosa. Hay que decir que es buenísimo. Incluso Gaëlle tiene que admitirlo. Al principio fue idea de Mimi. Una manera de darle tres billetes en negro sin que pareciera que estaba dándole limosna. Pero fue bien. Ya ha hecho dos. Solo habría que obligarlo a ducharse antes, pero, aparte de eso, es una garantía. Poner discos siempre ha sido su rollo.

Cuando Vernon coge los platos en el Rosa, cierran el bar. Dicen que es una fiesta privada, que ensayan para el coro, para que los iniciados puedan comulgar tranquilos. Incluso Gaëlle, por lo demás reacia a toda forma de sentimentalismo, y más aún si deriva hacia lo místico, admite que algo pasa. Vernon tiene talento para crear una cápsula. Al principio de la noche, ella observa cómo encadena los temas y refunfuña en su rincón que tampoco es como para entrar en trance, pero al quinto título, aproximadamente, ya no las tiene todas consigo. Baila. Es colectivo, es una locura, sería estúpido negarlo. No baila para mostrar a los demás que todavía se contonea bien para su edad, la pelvis se mece como en un subidón de éxtasis, salvo que no se mete nada, y empieza a sentir el sonido entrándole en las manos, desatándole la nuca, y a su alrededor todos los cuerpos están en la misma situación —baila y deja a un lado el cerebro, y le asquea admitirlo, así que al día siguiente piensa en otra cosa, pero baila para sentirse vertical, la planta de sus pies se conecta con el suelo y se coloca, en el estómago le dan vueltas estrellas, como si siempre hubiera sido su lugar, baila pensando en los muertos y baila con ellos, baila pensando en todo lo que ha

desaparecido y sin embargo sigue existiendo, intacto, tan fácil de volver a desplegar como si abriera un libro por la mitad y las imágenes con los sonidos los olores y cada poro de la piel discurrieran, baila entre los demás y reconoce sus presencias, se establece un vínculo entre todos ellos, se alegran de estar juntos con la misma imbecilidad que sentimos cuando hace poco que nos hemos enamorado, con la diferencia de que aquí son unos treinta, y Gaëlle se encadena a ellos sin prestar siquiera atención, son un solo cuerpo que ondula y les gusta estar ahí. Imposible decir qué lo provoca. Se niega a montar un circo y deducir que Vernon está tocado por vete a saber qué gracia —es reacia a todo ese desbarajuste. Pero no le queda más remedio que reconocer que nunca ha bailado así. La Hiena va al grano:

—Tú que sueles ir al bar, ¿cómo se toman el rollo de Subutex y de la gente que lo rodea?

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Quiero estar al tanto.

—¿Y por qué iba a hacerte ese favor?

—Por amor.

—No tengo nada para ti, lo siento. Hizo dos fiestas privadas como DJ, vinieron todos sus colegas. Y las fiestas estuvieron bien. No entiendo qué le ve la gente, pero en cuestión de listas es una garantía. El tío es el enigma de la década. Mira, no es el primer rollo del que nos preguntamos por qué funciona. Si eres más concreta, quizá pueda informarte... ¿Por qué sigue interesándote?

La Hiena esboza su sonrisa de viejo pirata. La que da a entender que sabe muchas cosas de las que no habla. Es una sonrisa bonita. Sin duda querría hacer más preguntas, pero una guapa morena de barbilla obstinada se dirige hacia su mesa con una expresión de sorpresa mal interpretada. Es un bello ejemplar, con una pinta un poco ridícula. Llegada a su altura, finge sorprenderse, cuando es evidente que la había visto a cien metros. Todo en ella destila la tremenda alegría de la feminidad, una acumulación de detalles que claman: es fantástico hacer el papel de la idiota. Su fino reloj fosforito, para decir que es divertida, las uñas pintadas de color salchicha, porque leyó en una revista que era tendencia, el perfume demasiado embriagador, las cejas depiladas, el gloss de la temporada en unos labios enfurruñados... «Pero ¿qué haces aquí?» Evidentemente, cuando abre la boca tiene voz de niña, aguda y desagradable. La Hiena la mira sonriente, sin invitarla a sentarse. «Anaïs, te presento a Gaëlle...»

Gaëlle solo necesita unos segundos para entender que se acuestan juntas. Si no, la Hiena no jugaría tanto su carta George Clooney.

—Me acaban de despedir.

—¿Dopalet?

—En el acto. Como una mierda. No me había pasado nunca. Ha sido atroz.

—¿Y por qué?

—No lo he entendido. Me ha despedido como me contrató, es decir, capricho del jefe. Así que estoy libre para un café. ¿Puedo sentarme con vosotras?

—Anaïs, lo siento mucho por ti. Hablaremos después. Iba a marcharme ahora mismo.

Anaïs traga saliva. Se lo toma como una bofetada, pero se siente obligada a poner buena cara. Observa a Gaëlle, disimuladamente, preguntándose si ella es la causa de este trato poco favorable. La Hiena insiste:

—Ya llego tarde a otra cita. Pero si estás libre esta noche, si quieres, te llamo y me lo cuentas.

—¿Ahora vas a dignarte a utilizar el teléfono conmigo?

La guapa morena se ha puesto cortante. No ha podido contenerse. Gaëlle cree que le sienta mejor que la amabilidad, y de repente le parece más interesante. Hay que decir que la Hiena se ha pasado —sin tener ni idea del tipo de relación que tienen, no se hace eso de acostarse con una chica y decirle que tienes prisa cuando te comenta que la han despedido... A Gaëlle la situación le parece injusta, guiña un ojo a Anaïs y le señala la silla libre a su derecha.

—Siéntate de todas formas. Yo no tengo prisa.

La Hiena la asesina con la mirada. Ya se han birlado, o tomado prestados, a varios ligues. Inevitable, con el tiempo que hace que se conocen. Gaëlle esboza su más bonita sonrisa de perra —mujer, es una de las leyes no escritas pero en las que todo el mundo está de acuerdo: si tratas mal a tu amante, tengo derecho a ocuparme de ella... En cualquier caso, no iba a largarse antes de que llegara su chica. Tiene toda la intención de pedirse una segunda cerveza.

La Hiena, cabreada, coge de encima de la mesa su tabaco, su mechero y la cuenta, tiene los dedos largos y finos, sus gestos son eficaces, busca en el bolsillo de la cazadora para pagar —le disgusta marcharse dejándolas solas.

—Voy hacia République, ¿queréis venir conmigo?

—Si de verdad tienes prisa, no. No me he terminado mi cerveza y la señorita no ha tenido tiempo de pedir.

La Hiena está enfadada, antes de alejarse dice «Anaïs, ¿puedo pasar a verte esta noche?», y Gaëlle no puede evitar pensar: creo que estará en mi cama, querida. Solo por diversión. Además, tampoco le parece que crearía una enorme tensión. Cuando se aprecia a una chica, no se la trata así. Ella nunca ha sido monógama. La monogamia está bien para las feas.

Anaïs se sienta. Está decaída. Ha abandonado toda veleidad de simular buen humor. Gaëlle no puede reprimir un gesto de compasión, las víctimas la enternecen.

—Siempre ha sido poco noble. Le va ese rollo. No te lo tomes como algo personal.

—¿De quién hablas?

—De la Hiena, ¿de quién quieres que hable? Estás blanca como la leche. ¿Te pido un whisky?

—Ella y yo apenas nos conocemos... Me la he encontrado por casualidad. Si estoy blanca, debe de ser una bajada de azúcar... sí, me gustaría tomarme una copa, la verdad.

—Querida, tengo buen ojo, es tu amante y se ha comportado mal. No hay que tenérselo en cuenta, está como una puta cabra. ¿De qué currabas?

—Era *talent scout* en una productora.

—¿Te gustaba?

—No tanto, no.

—Entonces quizá el día no es tan malo.

Anaïs está a punto de que se le salten las lágrimas, sonrío como puede.

—Perdona. Hasta ahora lo llevaba bien, pero creo que es el hecho de hablar, estoy dándome cuenta... perdona, pero...

Gaëlle pide lo que quieren tomar, nada la atrae tanto como una mujer desconsolada. Salvo, quizá, la novia de otra. No puede evitarlo, es su naturaleza. Es escorpio. No se puede luchar contra la astrología. Anaïs se bebe el whisky con cierto ímpetu, y luego suspira profundamente.

—¿Mejor? —le pregunta Gaëlle.

—Ya estoy como nueva. ¿Tú conoces bien a la Hiena?

—Estuvimos juntas en Vietnam, bueno, es una forma de hablar... Pero no entiendo qué quiere de ella una chica como tú.

—¿Una chica como yo?

—Entiendes perfectamente lo que quiero decir. ¿Es tu primera novia o hace mucho que eres bi?

No merece la pena andarse con demasiado tacto, porque en caso contrario sus posibilidades de camelársela antes de la noche serán escasas. Debe intentar llevar la conversación hacia Anaïs y olvidarse de la Hiena. Pero Anaïs es más dura de lo que parece a primera vista. No se queda desarmada. Repite «no entiendo de qué hablas» y empieza a explicar en qué consistía el trabajo del que la acaban de despedir. A Gaëlle le cansan enseguida las conversaciones sobre curro. Se le ocurre la idea de llevarla al Rosa Bonheur. Así, si ve que no llega a nada con ella, siempre estará a tiempo de tomar el aperitivo con amigas.

Cruzan la place de la République, en obras, y bajan al metro para coger la línea 11. La tía no calla hasta Pyrénées. Gaëlle la escucha distraídamente. Ya no está segura de que le apetezca llevársela, necesita otra copa para analizar el tema. En la esquina de la avenue Simon-Bolivar hay obras. Si no abren un banco, será una óptica, o una agencia inmobiliaria. Hace mucho tiempo que no abren otra cosa. Los árboles

crecen protegidos por corsés metálicos, colillas aplastadas y mierdas secas tapizan el espacio de alrededor de los troncos. Las aceras están llenas de escombros, hay una bañera tirada, alguien ha arrancado las tuberías a martillazos, cenizas blancas y fragmentos de porcelana se esparcen a lo largo de varios metros.

Las obras se prolongan hasta el parque, algunos caminos están bloqueados por enormes máquinas amarillas que parecen encalladas en el barro. Empieza otra vez a llover antes de que hayan llegado al Rosa. La pequeña Céleste se ocupa del bar, está en plena charla con su amiga Aisha. Gaëlle espera a que termine prometiéndose hablarle de lo que tiene previsto tatuarse, quiere un Loas de Erzulie Dantor en el antebrazo. Lo vio en internet. Un corazón cuadriculado atravesado por un puñal. Leyó que era la diosa de las lesbianas y de las putas, y le gustó la idea, pero es un rollo vudú, y aunque no cree en nada, se pregunta si es buena idea. Céleste tatúa bien. Y además es guapa. A Gaëlle le gusta la idea de encerrarse a solas con ella en su estudio de tatuaje.

Anaïs vuelve del baño, parece que un solo whisky ha conseguido emboligarla, o quizá es su manera de conjurar la angustia por la escena con la Hiena. No calla. Se pega un solo de cinco minutos sobre el secador de manos Dyson, que «le encanta» porque seca las manos muy bien, y a ella «le encanta» la sensación de aire caliente comprimiéndole las palmas de las manos. A Gaëlle le horroriza este tipo de reflexiones, es como la gente que habla de la temperatura de la leche en sus cereales creyendo ser hipsters, se agobia.

Céleste tarda en tomar las comandas. Gaëlle le concede cinco minutos. Si tiene que levantarse para mendigar su Jack, no descarta ser realmente desagradable. A las crías hay que explicárselo todo, en especial que si les pagan es por currar.

Pero la expresión de Céleste cambia de repente. Al principio sus ojos expresan una especie de terror. Aisha, que estaba de espaldas a la puerta de entrada, se gira para seguir su mirada y se pone tensa en el acto, pero sin pasar por la casilla del terror, directa al ataque de ira. El que coloca a las dos en este estado es un tío bajito. Habría que ser un vaso de agua tibia para conseguir ser más vulgar. Está empapado y parece alegrarse como un idiota de verlas. Corre hacia ellas entusiasmado. Aisha lo frena en seco: «¿qué cojones haces aquí?», le pregunta en tono arrogante y amenazante. Anaïs interviene sin dudarle, como si su deber fuera protegerlo.

—¿Se acuerda de mí? Nos hemos cruzado en la oficina hace un rato.

—La he seguido. No me he atrevido a abordarla. Soy el hijo de Laurent Dopalet. Me ha asqueado ver cómo la trataba.

—¿Me ha seguido desde la oficina?

—Tenía que hablar con usted. Ha sido demasiado violento presenciar esa escena.

Sin tomarse la molestia de explicarse mejor, apoya la mano en el antebrazo de Anaïs para indicarle que espere un momento y se gira hacia Céleste, a la que tranquiliza:

—No me esperaba encontrarla aquí, no se preocupe, no diré nada a nadie.

A lo que Aisha contesta sin dudar:

—Te voy a partir la cara de forma preventiva, ya verás como no tendrás ganas de decir nada a nadie después de la paliza que voy a meterte.

Por si acaso, Gaëlle da la vuelta a la barra y llama a la Hiena desde el teléfono fijo: «Te has llevado mi mechero. Estoy en el Rosa. Tendríamos que vernos ahora mismo». Le da la sensación de que es exactamente el tipo de escena que interesaba a su vieja amiga cuando le preguntaba, como quien no quiere la cosa, «si no oía cosas sobre Vernon en el Rosa».

—No debería haber tocado a mi madre. Aunque fuera una puta.

—¿Se imaginó que podía matarla con total impunidad?

—No, no se lo imaginó, sabía que podía.

Laurent Dopalet no entiende cómo han conseguido el código del ascensor que sube directamente a su casa. No se lo da a nadie —normalmente llaman y él comprueba por el videointerfono antes de dejarlos entrar. Desconfía incluso de los mensajeros, prefiere bajar a dejarlos subir. Tampoco han intentado descubrir si estaba solo en casa, como si ya lo supieran.

Cuando oyó que llamaban por primera vez a la puerta, Dopalet, que no esperaba a nadie, decidió no contestar. Pero al segundo intento se dijo parezco idiota y si es el tío de al lado que quiere avisarme de algo. Entonces miró quién era y una chavalita pelirroja, guapa, le suplicó que la dejara subir porque era familiar de los vecinos pero se había quedado encerrada fuera y se le había acabado la batería del móvil, ¿podría llamar desde su casa? Se dijo qué plasta pero la creyó y la dejó subir. Lo primero que pensó al verla entrar fue que estaba buena, y entonces el mastodonte musulmán que iba con ella lo empujó sin miramientos hacia dentro del piso.

La situación es tan violenta que no entiende a qué planeta ha ido a parar de repente. Su mente se niega a admitir que las dos chicas han cerrado la puerta tras ellas y se han metido la llave en el bolsillo. La más bruta, la del velo, lo sujeta por la nuca, tiene una fuerza extraordinaria. La otra lo mira fijamente con odio, tan cerca de él que reconoce su perfume —Chance, de Chanel, el que lleva su hija desde que tiene veinte años. Siempre recuerda comprarle un frasco en los duty free de los aeropuertos.

Tiene tanto miedo que está paralizado. Lo presentía desde hace mucho tiempo, y cada vez que tiraba las cartas sobre Bleach se repetía: la caída. Está seguro de que todo viene de ahí. Tuvo el presentimiento en cuanto oyó hablar de aquel «testamento». Aquel cantante imbécil, aquella alimaña infecta, lo habrá acusado antes de suicidarse... La chica del velo le levanta la barbilla y vuelve a empezar:

—¿Dónde está ahora tu puta impunidad de burgués?

Definitivamente, la opción de un robo clásico, como había imaginado cuando lo empujaron hacia atrás, estaba descartada. Estaría fuera de lugar ofrecerles dinero para que le perdonen la vida. Por más que se diga «todo el mundo está en venta, basta con poner el precio»... Se da cuenta de que toda certeza tiene un límite. Está aterrado, pero su cerebro sigue funcionando como si nada espantoso estuviera pasando. Una parte de él se mantiene ajena a la situación. Le vienen imágenes que la inútil de Anaïs le había mostrado, de documentales sobre chicas violentas en el extrarradio. Ella pensaba que podría interesarle. Pero las chavalitas eran feas, no le entusiasmó. Esa

asistente era idiota. Lo había engatusado. Ya está, ahora tiene en su casa a chicas violentas. La musulmana con cara de patata va a estrangularlo si sigue así. Lo mira con una alegría malvada que no presagia nada bueno y por más que pregunta «Pero ¿de qué me hablan?» intentando mostrarse lo más respetuoso posible, ella no le contesta y repite como una loca peligrosa:

—Sé lo que hiciste.

Ya está. Avanzamos. Dopalet se concentra en su respiración, percibe los movimientos de la otra, detrás, que da vueltas por el salón admirando los muebles. Implora. Sabe que la lástima desarma tanto como repugna.

—Pero ni siquiera sé de qué me hablan —balbucea.

—Te hablo de mi madre. Vodka Satana.

Tiene ganas de decir «ay, criatura, qué puedo hacer yo si tu madre era una puta». Entiende que debe de ser difícil asumirlo. Pero, como suele decirse, él no puede cargarse a la espalda toda la miseria del mundo.

—¿Satana era su madre? —pregunta en tono suave.

Si ella confiesa su identidad y va a su casa a cara descubierta, es que tienen la intención de matarlo. Imagina su necrológica: «salvajemente asesinado en su domicilio por dos yihadistas», y la idea es tan absurda que siente la energía de la desesperación agitándole el cuerpo. Tiene que salvar el pellejo. Recuperar la sangre fría. No dejarse dominar por el miedo.

—No lo entiendo —dice—. La conocí bien. Siempre intenté ayudarla. Éramos amigos. ¿Qué quieren de mí?

El terror lo vuelve convincente. No es difícil parecer sincero. Él no la mató. Es mucho más complicado que eso. Puede decirse que Satana lo jodió de lo lindo. Estaba cabreado con ella. Ella lo insultó, lo amenazó. Sin embargo, al principio todo fue bien. Ella tenía un encanto asombroso, un cuerpo de ensueño y le encantaba la fiesta. Dopalet es dominante y ella valoraba a los hombres que sabían llevarla con cierta mano dura. Salían juntos a menudo. Durante meses, la llamaba en cuanto tenía ocasión. Un año incluso la llevó a Cannes. Estaba orgulloso de que lo vieran con ella, sobre todo en ambientes algo libertinos. Le gustaba ser el tipo de hombre que tiene por pareja a ese tipo de mujer. Y que puede compartirla, si quiere. Ella siempre estaba dispuesta. Le gustaba el sexo, sin tabúes. Pero había tomado el mal camino de los que no saben dosificar su consumo de droga. Su uso del colocón había pasado de recreativo a engorroso. Espació sus llamadas. Ella se sintió herida. Sin duda se había enamorado de él. No soportó que él pusiera distancia. Se había vuelto insoportable. Ya no estaba del todo en sus cabales. Al principio, él le pasaba un gramo y, para no ser demasiado grosero, le hacía tres cochinas antes de pedirle que se marchara. Pero ella se contó que él la había forzado a hacer cosas contra su voluntad, que iba a denunciarlo. Él era demasiado caballero para decirle recuerdo que vaciabas los

cojones de todo el que pasaba por Les Chandelles, le ponías demasiado entusiasmo para que pueda creerse que te obligaba. En aquella época, la tía era insaciable, le daban por cualquier sitio por el que pudiera entrar. Pero una vez que a Satana se le cruzaron los cables, ya no hubo manera de convencerla de volver atrás. Lo acosaba. Se le metió en la cabeza avisar a un amigo suyo de la prensa y darle la lista de la gente con la que se había acostado, acompañada de detalles subidos de tono. Fue hace diez años, años antes de lo de Strauss-Kahn, no se estaba tan a la defensiva, pero aun así. Se vio obligado a avisar a varios compañeros libertinos de que ella no dejaba de decir que iba a hablar. Para algunos de ellos, debía evitarse a toda costa un escándalo como aquel. Él estaba loco de rabia. Había confiado en ella, le había presentado a gente importante y ella lo había aprovechado. Y de repente se volvía contra ellos inventándose historias asquerosas. Se le iba la pinza totalmente. No se daba cuenta de la gravedad de las amenazas que profería. Hay casos de fuerza mayor. Determinadas trayectorias, excepcionales, no pueden interrumpirse por estúpidas historias de sexo. Se lo advirtió. Ella se emperraba. No le dejaba ningún margen de maniobra, tenía que poner al corriente a sus amigos. Pero, sinceramente, cuando un segundo de a bordo dijo «Muy bien. Ya no nos deja otra opción», no lo entendió. Quizá presintió que la cosa estaba llegando demasiado lejos. Se dijo que iban a pedirle a un chino que le partiera una pierna, una pena, no bailarían tan bien. Pero tenían que hacerla entrar en razón. Debía dejarlos tranquilos. Cuando le pidieron que quedara con Vodka Satana, lo hizo, y cuando vio al sublime *playboy* al que habían mandado para que se la ligara y se la llevara a otra fiesta, se tranquilizó: menudo castigo... La encontraron muerta a la mañana siguiente. Se había suicidado o había muerto por sobredosis. No se lo plantearon demasiado. Nada demostraba que no se tratara de una mala coincidencia. Poco tiempo después, en Normandía, volvió a ver a varios amigos implicados, y no comentaron nada de su muerte. Él no tenía nada que ver con todo aquello. Pobre cría, pensándolo bien... De todas formas, sucedió lo que tenía que suceder. Si alguien la ayudó a encontrar droga adulterada, es repugnante. Pero iba directa a estrellarse, solo era cuestión de tiempo. Él no hizo nada.

Su hija es musulmana. En otras circunstancias le parecería que no deja de tener gracia. Pero ahora mismo los dientes de ella castañetean a unos milímetros de su boca, repitiendo compulsivamente «voy a arrancarte la lengua», y debe encontrar la manera de hacerse entender con la máxima urgencia. Él no es culpable de nada.

Aun así, Satana lo habrá jodido hasta el final. Mejor habría sido que hubiera ido a que le recetaran bromuro el día que sucumbió a sus encantos. Porque después de que ella muriera tuvo que cargar con el capullo de Bleach, de propina. Su circo duró años. Dopalet cambiaba de número, de *mail*, de fax, pero el cabrón siempre acababa encontrando la manera de contactar con él. Y vuelta a empezar. Las mismas amenazas, las mismas gilipolleces. Se volvía loco, por fuerza.

Le vuelven a la cabeza imágenes de Vodka Satana, en *flash*. Él no la mató. Pero le excitaba que ella se envileciera. Es un hombre. ¿Es un delito? Le gustaba que ella

hiciera el papel de mosquita muerta asustada y tener que convencerla de que enseñara los pechos a los invitados después de cenar. Formaba parte del juego, empujarla a hacer cosas y sentir que ella cedía. Que una chica tan guapa como ella obedeciera a un tío como él le hacía sentirse poderoso. Hay una parte oscura en ello. Como siempre en el sexo.

—¿Cómo se le ocurre que yo la maté? —dice en tono suplicante—. Deme la oportunidad de hablar con usted... Éramos amigos, ¿por qué iba a tomarla con ella? ¿Son ustedes las que llevan semanas persiguiéndome? Es un error, se lo aseguro... no soy culpable de nada. Yo adoré a su madre. No entiendo qué quieren de mí...

Alex Bleach. Ese capullo. No lo bastante íntegro para tomar la palabra, ni lo bastante inteligente para sacar partido de lo que creía saber. Si lo hubiera jugado bien, el tío habría podido aceptar el papel protagonista, bien remunerado, de una comedia romántica, como le proponían, con la actriz que él eligiera, en pelotas una escena de cada dos. En el entorno de Dopalet todo el mundo estaba de acuerdo en que hacer callar a un cantante popular exige tacto. Estaban dispuestos a llegar a un acuerdo, era tácito. Dopalet le propuso que se calmara, y el caché que le ofrecía era para pensárselo. Pero el capullo no tenía ni mollera ni educación —le insultó copiosamente y además se pitorreó de su cara. El productor se descojonó al escucharlo hablar sobre el tamaño de su polla, que según *Vodka Satana* estaba muy por debajo de la media. Si ese negrata de mierda creyó que tenía que esperarlo a él para saber que la tenía pequeña... Pero en el fondo no le gustó. No había hecho nada malo, joder, no había ninguna razón para dejarse humillar por un tonto del culo como él. Y Bleach siguió acosándolo. Hasta que se ha vivido no se da uno cuenta de la tortura que supone. No poder coger el teléfono sin ponerse tenso, abrir sus *mails* temiendo tropezar con una guarrada, echar siempre un vistazo angustiado a su alrededor al salir, por la mañana, porque a veces el capullo de Bleach estaba esperándolo, con los brazos cruzados, delante de la puerta de su taxi. Sus amigos, en cuanto entendieron que el cantante no los incriminaba y solo odiaba a Dopalet, lo dejaron que se las apañara solo. Él se vengó. Conoció a la Hiena, que le costó un ojo de la cara, pero era imposible teclear el nombre del cantante en Google sin encontrar una calumnia. Le sentó estupendamente. No necesitó hacer más, Bleach se mató. Qué gilipollas. Qué alegría el día que comunicaron su muerte. Qué alivio. No pudo evitarlo: se pasó dos días, Kleenex en mano, comentándolo con todo el mundo. Cada vez que decía «qué tristeza», en su pecho se encendían chispas de alegría. Se había librado de aquel gusano. Por fin libre. Entonces, unos meses después, al encontrar su fachada llena de insultos, se le fundieron los plomos. Vuelta a empezar.

Siente que las chicas tienen una fisura. No pueden estar seguras. No saben nada de lo que pasó. Él es inocente. No blanco como la nieve, pero inocente de lo que le reprochan. Tienen que darse cuenta. La del velo lo sujeta por las axilas, lo obliga a

levantarse y lo estampa contra la pared. Se siente enclenque y frágil, un polluelo entre las patas de un oso polar. Pierde el curso de sus sensaciones. Se desvanece brevemente. Un velo negro cubre la escena. A ellas les importa una mierda.

—Apuesto a que no ha pensado a menudo en mi madre desde que la mató. Pero a partir de ahora va a pensar en ella todos los días.

—Explíqueme al menos quién ha podido meterle esta idea en la cabeza. ¡Por favor! Me gustaría entenderlo.

¿Qué edad tendría la chica cuando sucedió? Satana nunca le había dicho que tenía una hija. O quizá él no le había prestado atención. No tenía la custodia, eso seguro. En realidad no tenía casa. Era una perdida. Una auténtica piltrafa, al final. Una chica tan guapa, si eso no es triste... Se juega el todo por el todo:

—Os habéis equivocado de camino. Ella no estaba bien. Pero yo no tenía nada que ver. Conoció a ese jodido cantante, Alex Bleach, y él la destruyó totalmente. Intenté convencerla muchas veces de que lo dejara. La denigraba, le pegaba, la drogaba y la trataba como a un cero a la izquierda...

Por una milésima de segundo, ella afloja ligeramente la presión de su brazo. Duda. Él insiste:

—Bleach era una basura. Me odiaba porque intentaba alejar a Satana de él. Yo era el único que no la dejaba hundirse. Pero él influía mucho en ella. La destruyó. Me hacía llamadas trágicas, él la amenazaba con un cuchillo y le rompía costillas, pero ella se negaba a denunciarlo. La alojé varias veces en la habitación de un amigo, pero ella siempre volvía con él. Él la metió en la heroína. Fue él quien preparó la dosis fatal. Lamento mucho tener que decirle todo esto. Vaya a pedir los resultados de la autopsia. Yo lo hice. Fue sobredosis. Cuando ella murió, en sus brazos, él no pidió ayuda. Se asustó. La dejó allí, en el hotel donde estaban, y pasaron varias horas hasta que una llamada anónima avisó a los bomberos. Él nunca se lo perdonó. ¿Podrían haberle salvado la vida si hubiera pedido ayuda a tiempo? Pero prefirió pensar en las consecuencias que tendría para su carrera...

—¿Cómo lo sabe? Nadie ha dicho jamás que se metiera heroína...

—Porque él me lo contó. Pasé horas hablando con él. Al principio. Pero con los locos no se puede hablar. Convirtió mi vida en un infierno. Me torturó sin descanso durante años.

—¿Por qué la tomó con usted?

—Porque era yo el que había querido salvarla. El que había hecho lo que él había sido incapaz de hacer.

Dopalet sigue en la misma posición, con el brazo pegado a la espalda y aplastado contra la pared. Pero las chicas lo escuchan. En lo que cuenta hay sin duda algunas mentirijillas, fáciles de desmontar. Pero necesitarían algo de tiempo para comprobarlas. En internet no encontrarán ninguna versión muy diferente. Si utilizan Google, tranquilo, encontrarán lo que él ha extendido por medio de la Hiena: intentos de violación, acoso, tío violento, misógino, homófobo y peligroso. Aprieta un poco

más la tuerca:

—La culpabilidad lo devoraba. Y se volvió contra mí. Me convertí en su bestia negra.

—No me creo ni una palabra de lo que dice.

—Pues es la verdad.

—En todo caso voy a confiar en mi instinto, que me dice que es usted un mentiroso.

Oye que, detrás de él, la otra chica abre su bolso y saca algo. Está seguro de que puede convencerlas de que lo dejen tranquilo. No confían más en Bleach que en él. No han dicho una sola palabra en su defensa.

—¿Soy un buen chivo expiatorio? ¿Soy práctico? Y como soy rico, por norma no puedo ser inocente... así que se puede destruir mi vida sin hacerse preguntas. Se puede entrar en mi casa, romperlo todo, torturarme, insultarme... No es grave, soy rico, pago por todos los que también lo son, lo mismo da uno que otro, ¿no es eso?

—No, no. Lo que pasa es que mi madre está muerta. Decido creer que las cosas habrían podido ser diferentes para ella. Que yo habría podido conocerla.

Aisha lo agarra, lo arrastra hacia una silla de la cocina y lo obliga a sentarse a horcajadas, de cara al respaldo. La otra espera con cuerdas en la mano. Le inmovilizan las manos a la espalda. Tienen fuerza, y un jodido sentido práctico para obstaculizarle los tobillos, las rodillas, la cintura y los brazos. Es como si llevara una camisa de fuerza. De los dedos de la hija de Satana gotea sangre, se ha despellejado a fuerza de tirar de los nudos, y al verlo se pone a cien y aumenta la intensidad. Cree leer en los ojos de la más guapa un poco de compasión. Le suplica con toda la fuerza de la que aún es capaz:

—Ustedes saben que soy inocente, ¿verdad?

Y la del velo le pega un capirotazo en la cabeza.

—¿Vas a seguir tocándonos los cojones mucho rato? No me digas que a tu edad todavía crees que existe la justicia, que los culpables pagan y los inocentes son indultados... En este mundo terrenal así son las cosas. Tú estás atado y nosotras podemos movernos libremente. No es tan complicado de entender: vas perdiendo.

La más guapa apoya la mano en el hombro de su cómplice, como para calmarla.

—De todas formas, dale una oportunidad. —Y girándose hacia él, le pide en un tono casi amable, que hace que Dopalet sienta ganas de llorar—: Háblele de su madre. Como se hicieron amigos y todo eso. Cuéntenos. ¿Qué hacían juntos?

—Le gustaba mucho la música. Tenía una cultura musical impresionante.

—¿Escuchaban discos juntos?

—Por ejemplo.

—Qué buen rollo. Por ejemplo, ella venía a su casa, aquí, a su salón, ¿y se pasaba la noche impresionándole con su cultura musical?

—No, en mi casa no. A mi casa no viene nadie. Esto es para la familia.

—¿La familia?

—Mi mujer, sus hijos... Separo la vida privada de la vida profesional.

—¿Lo suyo con su madre era profesional?

—No. Pero muchas veces escuchábamos música en el coche, por ejemplo.

—¿En el coche?

—Sí. Ella cantaba a grito pelado, bailaba, todo el mundo nos miraba en los semáforos en rojo, le divertía mucho.

—Pero ¿adónde iban en coche?

—A cenar, o al cine, o a una fiesta...

—¿Dónde cenabas con mi madre? —ladra la del velo.

—No recuerdo exactamente... en el Costes, por ejemplo... o en otros sitios, donde fuera...

—¿Pasabas a buscarla a la puerta de su casa?

—A veces.

—¿Dónde vivía?

—Ya no lo sé.

—O quizá ella iba a verte al despacho, tú te la tirabas y luego efectivamente subía en tu coche para que la llevaras por ahí.

—¡Os digo que yo no me tiro a nadie!

—Erais colegas. De acuerdo. ¿Qué música le gustaba a mi madre?

—El rap.

—Negativo. Solo escuchaba música de blancos. Ni siquiera eso sabes. *Rollo rock* o *techno*. No tienes ni idea. Porque para hacer lo que vosotros hacíais juntos no hace falta demasiada música.

La Inquisición debía de ser algo así. Torturadores idiotas que no escuchaban lo que les respondían. Oye que, detrás de él, la cría vuelve a sacar cosas del bolso. No entiende lo que hace, pero le lleva tiempo. Siente el sudor goteándole sobre el pecho. Se da cuenta de que suda como en la sauna. Luego siente que le cortan la camisa con un cuchillo, por la espalda. El contacto del metal contra su piel lo sume en un estado de terror absoluto. No puede moverse. De nada sirve gritar. Todo está insonorizado. Data de la época en la que le gustaba montar fiestas y estaba harto de que le tocaran las narices con el alboroto por la noche. Va a palmarla así. Torturado por estas dos mierdas de crías. Una crónica de sucesos. Se le pasa por la cabeza la imagen de Satana, que avanza a cuatro patas con la braguita a mitad de los muslos, con el culo bien abierto, en el salón de un amigo, eran varios, sentados en sofás de cuero blanco. Todo esto por aquello. Es absurdo. Siempre se ha reprochado ser un hombre que no controla la braguita. Sabía que sería su perdición. Pero cómo explicar a estas dos retrasadas que era una relación consentida, entre adultos, que en las cosas del sexo siempre hay una parte que no se puede definir. Satana lo sabía.

En el ángulo izquierdo de su visión ve pasar a la chica más guapa, poniéndose

unos guantes negros. Va a desmayarse. Luego le vendan los ojos, oye el ruido de un motor detrás de él y un pánico helado lo invade.

Loïc escucha el *Modern World* de los Jam en su *scooter*. El tráfico es fluido. Aunque hace sol, se ha dejado puestos los guantes. Anuncian lluvia a partir del mediodía. Este año, en los archivadores, antes de empezar la jornada, los chicos no hablan de otra cosa. Para los mensajeros, el tiempo no es solo saber si te pones tus zapatitos nuevos o no. Dicen que hay que remontarse a 1988 para encontrar tanto frío y tanta lluvia en verano. Él no se acuerda del tiempo de aquella época. Tenía veinticuatro años —el tiempo que hacía era la menor de sus preocupaciones. Vivía en Montpellier. 1988. La elección de Mitterrand. Él no fue a votar. Sabía ya que se reían de él en su cara. Escuchaba a Les Sheriff. «A golpes de bate de béisbol.» Siempre le han gustado los idiotas. Desde hace unos días tiene las cervicales bloqueadas. El médico dice que no hay nada que hacer, aparte de relajarse. Imposible con su curro. Los mensajeros tienen que correr. La tensión forma parte del curro, si no estás al loro, cualquier caja puede volcarte, y si no eres el más rápido, no te renovarán el contrato. Es el más viejo del equipo. Ya no es el mejor. Los jóvenes están más preparados. Y son más inconscientes.

El semáforo se pone en rojo en la parte de abajo de la avenue Marceau. Los tipos de Virgin cortan la circulación. No mucho rato. Son unos cincuenta. Han hecho un llamamiento para concentrarse aquí, Loïc los ha oído en la radio por la mañana. Solo hay unos cuantos trabajadores. Cuando se trató de hacer cola delante de la puerta el día del cierre, ahí estaba todo el mundo. Los clientes pusieron los relojes en hora para no perderse la liquidación. Era una auténtica escena de motín. Pero esta mañana, para defender el puesto de trabajo, apenas son más que una pandilla de colegas que se juntan para una despedida de soltero. A Loïc le dan pena. Los edificios han pasado a ser más importantes que los que trabajan dentro. El de Virgin era un edificio bonito, todo hay que decirlo. Él llevó el chaleco rojo. Estuvo seis meses en la recepción de la tienda. Si la gente quería preguntar algo, se dirigía a él. Serán curiosos los Champs-Élysées sin Virgin. Con lo que gana, pocas posibilidades había de que pasara por allí a comprar algo, pero, bueno, allí estaba.

De todas formas, odia París. Lleva más de quince años trabajando aquí. Nunca le ha gustado esta puta ciudad. Cruza la place Vendôme bajo el sol, desierta a estas horas, y luego sube los muelles del Sena, deja atrás los taxis, cruza los puentes, el museo de Orsay, con los autocares de turistas aparcados delante, el agua del Sena está muy alta, llena de barro, casi amarilla. Llega a los jardines del muelle en unos minutos. Chimpancés de yeso pegados a caimanes de plástico, luego vienen las palmeras falsas y los enanos de jardín.

La diferencia entre una pena de amistad y una pena de amor es el tiempo que tarda en cicatrizar. En el momento, la pena de amor es más dolorosa, entra en juego una parte de irracionalidad, esas tonterías se vuelven enseguida obsesivas. Insostenible. Pero pasa pronto y no deja ninguna huella. A una tía se la sustituye. No es demasiado complicado tener ganas de acostarse con una chica. Casi todas tienen

algo que justifica que te intereses por ellas. Si quieres estar en pareja, lo importante es ser realista. Una chica pasable, que te hace la comida, que no tiene ningún hábito asqueroso y te soporta tal como eres, sin pretender meterte en vereda y conseguir que te guste la verdura, no se puede pedir mucho más al amor. Excepto algunos detalles, te cuentas siempre la misma historia. Lo importante es no emperrarte en buscar en la vida de pareja cosas que nunca vas a encontrar. Loïc entendió hace mucho tiempo que para ser feliz en el amor se trata ante todo de contentarse con lo que te encuentras en la mesa.

Pero la amistad no soporta ningún apaño. Exige la total sinceridad por ambas partes. Tomar una cerveza y hacer tres bromas es fácil. Pero encontrar a un interlocutor con el que puedes conversar de verdad es raro. Loïc tiene una pena de amistad. Se siente traicionado. Y solo. Pasa por momentos de rabia, de despecho, de desánimo. Pero lo más difícil es que lo echa de menos. Ve la tele por la noche, en su casa, en Garges-lès-Gonesse —en Londres han filmado a un chico negro con las manos llenas de sangre, machete en mano, su vaquero ancho bajado hasta las caderas, al fondo se ve el cuerpo del soldado al que acaba de asesinar, y el chico negro se explica, tranquilo, delante de la cámara. Loïc piensa de repente en el mensaje que querría enviar a Noël. Aún no se ha hecho a la idea de que han roto. Ya no tiene a nadie con quien cambiar impresiones. Ha perdido a su colega. Se reían de las mismas cosas, tenían su código. Citaban a Maradona cada dos frases —buscaban sus citas en internet en español, las traducían con Google y el tío no los defraudaba jamás. Se sabían de memoria todas sus declaraciones contra Pelé. Veían los goles de Ronaldinho. El golpe franco de Brasil 2011. Sabe que la línea de defensa va a saltar. La cuela directamente por abajo. Sin buscar la escuadra. Recta. Contraintuitiva. Podían verlo cien veces. Qué inteligencia. No les apetecía que les gustara Messi, aunque comparaban los goles y era el heredero del jefe. La misma forma de remontar desde el medio campo, regatea a cinco jugadores, y además el arte de meter el balón por donde el portero no se lo espera.

Claro que por la noche está Pénélope a su lado, en el sofá. Pero es una tía. Así que se lo toma todo en serio. Si tiene la desgracia de soltar una pulla, se lía la de dios, fijo. Cualquiera diría que le paga la policía moral para vigilar que no se hagan bromas.

Con Noël pasaba buenos ratos. Loïc se quedaba muchas veces a dormir en su sofá, así evitaba tener que coger el tren por la noche y por la mañana, se ahorraba dos horas ese día, que no era poco. Las penas de amistad son las más dolorosas. Loïc sabe que un buen colega aparece muy pocas veces en la vida. La amistad no se provoca. Normalmente son las mujeres las que separan a los buenos amigos. Un tío conoce a una pava, y ella mete cizaña. Al final, desesperado, el tío prefiere pedirle una pausa a su colega. Depone las armas. La tía ha ganado. Una amistad se extingue.

A ellos, ironías del destino, ha sido un burguesito el que los ha separado. Loïc no

lo vio venir. No imaginó que Noël se dejaría llevar. Los burgueses siempre tienen que joderla, busca todos los ejemplos que quieras. El pequeño Julien puede tocar los cojones a todo el mundo con el *lobby* judío —él quizá no está circuncidado, pero eso no le impide ser propietario de un bonito piso, y en la rue de Bretagne, por favor. Y se relaciona con los hijos de los obreros y les dice cómo tienen que comportarse. Julien habla a todas horas de los verdaderos franceses, pero no conoce ni las costumbres ni los barrios de los de abajo. Ese imbécil arrastra a todo el mundo a repartir mantas a los sintecho, no hay peligro de que le pase a él eso de verse en la calle. ¿Para qué tiene que joder al mundo ese capullo?

Loïc nunca se ha llevado bien con los burgueses. Incluso cuando era un crío y se mezclaba con ellos, los padres ricos pedían a sus hijos que no lo volvieran a invitar a su casa. Aunque era educado, pero a los padres no les gustaba. Parecía demasiado lo que era: un puto pobre. Su madre pesaba ciento treinta kilos. La insultaban por la calle desde los coches. Pedazo de vaca. Ella llevaba de la mano a su hijo, que era lo bastante mayor para entender lo que pasaba, pero demasiado pequeño para correr hasta el siguiente semáforo a partir la cara a los cabrones al volante. Todavía oye la respiración de su madre en la escalera. Vivían en un sexto. Los ascensores estaban averiados una semana al mes. Temía que ella la palmara subiendo a su casa. Se giraba hacia Julien, que se quedaba detrás de ella, aterrizado por la idea de verla desplomarse, y cabreado de verla putear así. Para él, ese es el sonido de su cultura obrera. Su madre que se para en el tercero y que no consigue recuperarse. Con su problema de peso, se consideraba afortunada porque la dejaran currar. Le consumía la piel, pero aun así se mataba a currar. Era enjabonadora en una peluquería de la galería comercial de un Carrefour. Cogió alergia a los productos. Hasta con guantes le picaba. Se le formaban placas rojas que le subían y le devoraban el torso y el cuello.

El pequeño Julien, por más que meta la «voluntad del pueblo» hasta en la sopa, nunca entenderá de lo que habla, saber cuando tienes seis años que tu madre vende su salud para ni siquiera ganar lo suficiente para comprarte una bici. Julien no sabe lo que es eso, pero aun así se dedica a largar. En la izquierda también hay de esos.

También los ha tratado, cara a cara. Con el *rock*, cuando era crío, se dejó reclutar. El rollo lo llevaban troskos, maoístas, anarcos y libertarios. Muchos de ellos despreciaban la música, pero la consideraban un vivero de jóvenes cerebros a moldear. A él le gustaban mucho los *redskins*. Y todos los rollos de manada, los Béru de «Concerto», la Souris de «Une cause à rallier», los kid united de Sham 69. Al principio, se dejó adoctrinar. Tomó clases de radicalidad con tíos a los que volvió a ver cinco años después, instalados en un piso pagado por sus padres. Esos tíos nunca empezaban su sermón diciendo «soy hijo de un propietario y he crecido en la opulencia». Eso lo vacunó. Si quieres hablar conmigo, dime antes dónde has crecido.

En la derecha hay los mismos payasos que en la izquierda. Pero se les puede reconocer una cosa: son más sinceros. Los seres humanos son mierdas. Lo único que les gusta es que los dirijan. Que los castiguen, que los premien, que los guíen. La

naturaleza del hombre es matar al prójimo. En eso reconocemos la superioridad de una civilización sobre otra: quién tiene el arma más grande. Si metes en una ciudad a tres familias de religiones diferentes y las dejas a su aire, las dejas una generación y empezarán a matarse entre ellas. Los egos funcionan como las pollas: no hay conciencia que pueda evitar que se empalmen. No merece la pena fingir que no somos una calaña de mierda. Lo único que puede impedir que los seres humanos se maten entre sí es controlarlos. Hace falta un jefe. Es lo que reclama el pueblo. El jefe es el que dice: a este lo matamos; a este lo premiamos. Y todo el mundo contento. Al final, les importa una mierda que el líder reivindique unas ideas u otras. Lo que le chifla al macho alfa es el poder. Puede apoyarlo en el libro que prefiera, al final es siempre el mismo desastre.

Se la pela. Lo que a él le interesa es con quién ando, con quién me lo paso en grande. Y a partir de ahí es fiel. Si Noël creía que L'Oeuvre Française era la panacea, no iban a pasarse la noche charlando cuando podían pasárselo teta hablando de fútbol. Vete a las Jeunesses Nationalistes. Loïc no está de acuerdo con ningún partido, no compra ninguna ideología. Es una cuestión de edad —algún día Noël se dará cuenta de que tanto aquí como allá se ríen en su cara. No puede esperarse nada de gente que hace política. Aunque al principio puedan ser individuos correctos, el partido los convertirá en gilipollas. Acabas pillando una borrachera de la disciplina. En cuanto estás dispuesto a traicionar tus ideas, estás listo para traicionar a tus colegas. Y entonces estás acabado. Le jode que Noël se haya dejado liar.

Derecha, izquierda, se la pelan. La misma mierda. Ni se plantea dejarse cortar los cojones jurando sumisión a los unos o a los otros. Con Facebook la vigilancia ha subido un peldaño —he visto que has hecho *like* a Fulano, por qué has compartido el texto de Mengano. Él hace lo que quiere. Nadie le paga el alquiler, así que nadie tiene autoridad sobre él. No le molesta enzarzarse con gilipollas. Al contrario, siempre es un placer. En la izquierda, todos tienen la palabra «desliz» en la boca. Él no tiene deslices. Cuando da un paso a un lado, es porque tiene la intención de meter el dedo en la llaga. Lo mismo en la derecha, con sus mamonadas de «yo soy políticamente incorrecto». Una panda de burros. Lo único que buscan es la aprobación del más fuerte. El mantra nacional, tanto de un lado como de otro, es «sobre todo no quiero líos». Él los busca. Desde siempre.

Pero hay que reconocer que Loïc odia aún más a los gilipollas de izquierdas. Utilizaron a gente como él, se les subieron a la espalda para alzarse hasta el poder, y una vez arriba se les mearon en la cara y les pidieron que les dieran las gracias. Cuando los jefes de izquierdas te contratan, te hacen firmar los mismos contratos, currar en las mismas condiciones, pero encima te piden que los admires y se ofenden si les hablas de horas extras. Cuando hay un buen puesto que cubrir, hacen como los demás: colocan a su hijo, a su amante o a su sobrino. Te contratan por el salario mínimo y te exprimen como a un limón, pero por la mañana deberías estar contento porque te llaman por tu nombre de pila. A él le importa una mierda que lo saluden

correctamente, él va por la nómina. Si la cifra de la parte de abajo de la tuya es diez veces superior a la mía, puedes guardarte tu amabilidad.

En la izquierda lo asquearon. Todos esos medallistas de oro de la rebelión. Campeones autoproclamados de la verdad. Ninguna victoria en su haber. No es grave. Eso solo los hace más legítimos. Su madre votó comunista toda su vida. Él oyó hablar de «el obrero y su fábrica». En todos los tonos. Como si fuera una pareja por la que merece la pena luchar. Como «la peluquera y su eccema». Ella votaba. Ahora tampoco ella va. Lo ha entendido.

Noël es de otra generación. No conoció la izquierda triunfante. Le toman el pelo con otras chorradas. No tiene nada de milagroso, son los mismos cantamañanas que hace veinte años, no han renovado el *stock*. Simplemente, el plato cambia de mano, los chuchos se orientan por el olor del papeo. Noël se dará cuenta, a su ritmo. Echa de menos incluso el piso de su colega. Veían películas con dinosaurios. A Noël le gustaban. Si encontraban un documental con un diplodocus en alguna parte, era imposible que zapeara. En los últimos tiempos, Loïc llegaba a su casa con dos botes de Ben & Jerry's Peanut Butter Cup. Estas tonterías cuestan un ojo de la cara. Se ponían uno cada uno en las rodillas y no se les volvía a oír hasta que la cucharilla raspaba el fondo del bote. Antes habían tenido su fase cappuccino. Metían tanto polvo en la taza que la cucharilla se aguantaba sola.

Sinceramente, hace tiempo que su sentido del humor incomodaba a Noël. Loïc se daba cuenta. Julien, como buen manipulador, metió mierda entre ellos. Convenció a Noël de que Loïc estaba celoso de su amistad. Los separó, como habría hecho una tía. Se cocía desde hacía semanas. Había indirectas, malestar. Cosas que antes no existían entre ellos.

Empezó con una chorrada. Loïc habría podido cerrar el pico. Miraban en internet fotos de diez tíos con esmoquin haciendo el saludo nazi, en el andén de una estación, para impedir el paso a Caroline Fourest. Julien estaba obsesionado con esa bollera. Y Loïc se burló de él. No pudo evitarlo. Empezaba a hartarse de aquella fijación con el III Reich. En principio no es antinazi, pero le apetecía plantar cara. «Me hacen gracia los francesitos que hacen el saludo nazi. Cuando amas tu país, ¿qué haces? ¿Copias al invasor? Bonito recuerdo para Francia, los alemanes en los Champs-Élysées. No digo que los americanos nos hayan respetado mucho más, pero hay que dejar de creer que los cabezas cuadradas estaban a buenas con nosotros. Soy francés. No me gusta el saludo nazi. No me gusta Alemania. No hago la pelota al enemigo con la excusa de que perdí la guerra.»

Era un pretexto, una invitación al duelo verbal. También estaba harto de sus tonterías. Esos idiotas ultranacionalistas, casi todos incapaces de escribir tres líneas en un comentario de internet sin hacer cuarenta faltas de ortografía. Si amas tu país, aprendes su lengua, o al menos no das la nota. Debería haberse callado. Pero hacía ya mucho tiempo que tenía ganas de vérselas de frente con el moñas de Julien, con sus aires de cura de pueblo. El señor más. Más listo, más brillante, más provocador. A

Loïc le apetecía mostrar a Noël que no le tenía miedo. Siempre ha sido así. Aborrece la arrogancia de los jefecillos. Le gusta pensar lo contrario de lo que se le exige. Colar el balón por donde no esperan el gol. Es su gesto.

Lo que no había previsto fue que Noël fuera a levantarse muy despacio, con los labios apretados de rabia, y a señalarle la puerta con el índice. Solo dijo «lárgate». No había bebido demasiado, no estaba fuera de sí. Era una amistad de cinco años. Loïc encajó el golpe con dignidad. Su salida fue bonita. Entre el silencio general. Adoptó una expresión divertida, en plan la verdad es que no pinto nada aquí y todos vosotros sois unos gilipollas. Pero una vez fuera, el golpe había sido tan fuerte que tuvo que apoyarse en la pared. Noël lo había humillado delante de todo el mundo. Luego se recuperó. Se dijo que la pena sería compartida, que en el siguiente partido del París Saint-Germain se mandarían mensajes con comentarios mordaces, como si nada hubiera pasado. Es otra ventaja de la amistad sobre la pareja —nada de discusiones pseudopsicológicas, nada de aclaraciones. La amistad también resiste periodos de alejamiento, de silencio, sin romperse.

Pero Noël lo eliminó de sus amigos de Facebook y de Instagram, y lo bloqueó en Twitter, todo ello sin una palabra de explicación. Hasta ahí llegaba la cosa. Iba en serio. Y no hubo vuelta atrás posible. Al cabo de unas semanas, se dijo de perdidos al río, va a ver cómo me las gasto. Los puso a parir en internet, en todos los sitios que podía. No se cambió el nombre. Guerra abierta. Conoce a Julien. Es un líder de plástico. No soporta el enfrentamiento. Pero esa venganza es un pobre consuelo comparada con la tristeza que lo abrumba. Echa de menos la amistad de Noël a todas horas.

Está Xavier... Loïc se considera afortunado por haberlo conocido. Puedes fiarte de él. Tiene alguien con quien hablar. Cuando Loïc se enteró, unos días después de haberlo dejado KO, de la identidad de la víctima, se mortificó. En los años ochenta, Xavier Fardin había escrito el guión de una pequeña obra maestra, *Mi única estrella*, una de las pocas películas francesas que Loïc considera «de culto». Un mal rollo... Pero lo que más lo desconcertó fue enterarse de que el vagabundo por el que había empezado todo era Vernon Subutex, el dueño de Revolver. Loïc no lo había reconocido. Si no, habría dicho a los demás nos vamos a otro sitio, a este lo dejamos tranquilo. Recordaba bien la tienda. Cuando llegó a París, a principios de los años noventa, iba a menudo. Allí se había cruzado con Rico Maldoror, Patrick Eudeline, Géant Vert, Roland y Schultz Parabellum, Alain Picon, Thaï Luc, François Molodoï y tantos otros... Subutex era un tío legal. De mente abierta. Gustaba mucho a las chicas, en su tienda siempre había. Incluso vio a Laurence Romance. Loïc recuerda también a una tía mod, Cécile, melena corta, gabardina caqui, que vendía las anfetaminas que robaba en el curro. Preparaba los pedidos para las farmacias. Pasó una noche paseando con ella por París, aquella noche una densa niebla impedía ver a dos metros. La chica desvariaba: imagina que estamos en Londres en 1965, la niebla dura ya una semana entera, y nosotros vamos a ver a los Byrds y al Spencer Davis

Group al 100 Club... En Revolver conocías a gente interesante. Pero en aquella época Loïc se pasó al *hip hop*, como muchos chicos de extrarradio que habían empezado con el *rock*. Él era más Fnac Montparnasse.

Un día, Loïc decidió apechugar. Mala suerte si tenía consecuencias. Él era un *hooligan*, un chico malo, pero no era ni un cabrón ni un traidor. Encontró a Xavier en Facebook y le envió un mensaje. Como siempre en internet, con su nombre real. Solo los verdugos y los soplones necesitan esconder su identidad. Escribió a Xavier: soy el que te dejó en coma, no sabía quién eras, me jode haberlo hecho. Sus disculpas, como un tío de verdad. Estaba mamado cuando lo escribió. Sobrio no habría hecho semejante gilipollez —imagina que el tío es un imbécil y que va a la comisaría, la mierda en la que se metería... Pero Xavier es un tío del cine. Le preguntaba también si sabía qué había sido de Vernon Subutex. No quería dejarlo al margen. Evidentemente, llevarlo a casa de Pénélope, en Garches, no era la solución más factible. Como casi todas las tías, es quisquillosa a la hora de proteger su comodidad burguesa. A Pénélope le gusta que todo esté ordenado, sus productos de belleza, sus cacerolas y sus revistas. Tiene sus costumbres, no le gusta que la empujen, no cree en la amistad. Convencerla de instalar a un desconocido en el sofá no habría sido un tema menor. Pero le abrumaba demasiado imaginar que todo el mundo había abandonado a Subutex. París, qué ciudad de mierda. En provincias no permitirían algo así.

Xavier tardó dos días en contestarle. «Coge tus disculpas y métetelas por el culo. ¿Crees que voy a hablar con un tío que anda por ahí en pandilla reventando a gente sin techo?» Como primer mensaje estaba bien, incisivo y conciso. Pero una hora después, no pudo evitar echar a perder su efecto añadiendo: «Volveremos a vernos. No te preocupes». Loïc sintió deseos de contestarle: cariño, te tumbé una vez, y te tumbaría dos. Pero no le había mandado sus disculpas para justo después buscar bulla.

Lo que le gustaba era que las dos respuestas fueran cortas. En internet, más de tres líneas es marear la perdiz. Es lo que le gusta de Twitter. Lo dejó reposar y luego le mandó un mensaje: «Recibido. Merecido. Pero si nos cruzamos, te invito a una cerveza». Xavier esperó toda una semana antes de aceptar. «OK. Saco brillo a mi bate de béisbol.»

Quedaron delante del Mistral, en la place du Châtelet. Loïc no sabía qué esperar. Habrían podido empezar por darse de hostias un poco más allá, a orillas del Sena, limpiamente. Pero eran demasiado viejos para esas cosas. Xavier farfulló tres gilipolleces, él se hizo el loco y se colocaron en la barra. Loïc lo intentó con un «la pelota no se mancha», en español, pero el otro no contestó. Se explicó: los delirios de Julien sobre tomar el poder atacando al país por el ojete: los más pobres. Cómo arrastraba a los demás. Y cómo él, estando con sus colegas, se había visto metido en un lío con una loca que duerme en la calle. Xavier bromeó, «con Olga tuvisteis mala suerte, todo hay que decirlo. La tía no le tiene miedo a nada, te lo juro». A la tercera

cerveza se había roto el hielo. Xavier le contó que le había sido imposible escribir una segunda película. Demasiados cojones para el cine francés. Loïc sonreía —le decía no me cuentas nada nuevo, tío, en cuanto aparece un Renault en una película, ya sabemos que vamos a aburrirnos como una ostra. Se entendían en algunos puntos sin necesidad de largar demasiado. Unos bailarines gitanos que acababan de hacer una función en el Théâtre de la Ville entraron al bar a comer algo. Bailaron flamenco con los camareros moros, detrás del mostrador el dueño francés sonrió por primera vez esa noche y el ambiente se desmadró. Campechano, pero eléctrico. Loïc se dio cuenta de que para él era un alivio estar con alguien que soporta ver a dos moros y tres gitanos pasándose en grande en un bar sin subir directo a Saint Louis. Xavier no tenía nada que demostrar. A este respecto eran iguales: si les apetecía decir algo sobre los judíos o los moros, no se cortaban. Pero no era una obligación. También podían hablar de otras cosas. Y le sentaba bien. Acabaron a las cuatro de la mañana, acodados en la esfinge de la fuente, bebiendo 8.6. Sabían que la resaca sería dura, pero se habían metido en una conversación profunda de la que al día siguiente recordarían poco, aparte de la vaga e insistente sensación de haber estado de acuerdo, de que el otro lo entendía. Loïc lo soltó todo sobre la traición de Noël. Xavier le habló de su coma.

«Estuve a punto de cascar. Cuando recuperé el conocimiento, me di cuenta de que si me comunican que me quedan seis días, no sé qué quiero hacer. Quiero estar con mi hija, de acuerdo. Pero ¿qué quiero hacer con ella? ¿Qué es importante? No tengo la menor idea. Eso me desestabilizó. Es esencial entenderlo, ¿no?»

Desde entonces, los días que Loïc acaba temprano, sube al parque a tomarse una cerveza con Xavier. Él siempre anda por allí. No se ha recuperado del golpe que le metió Loïc. No se queja. Pero se le ha ido un poco la olla. Se aferra a Vernon Subutex. Es raro verlos a todos juntos. Flower Power a tope. Escuchan música zarma con cascos carísimos, a veces Loïc llega y le da la impresión de que es un gag. Se siente incómodo. En general, con Xavier, van a tomarse una caña al bar de la plaza del Ayuntamiento. Cuando le pregunta qué coño hace con esos putos *hippies* guays, Xavier se encoge de hombros. «Estaba en el fondo de un agujero. Todos repiten “me importa una mierda lo que piensen los demás”, pero lo que piensan lo llevas dentro, lo difícil es arrancártelo del pecho. Y ver que Vernon lo consigue me libera. He dejado de contarme cuentos en los que tenía que ser un héroe. He dejado atrás la idea de la victoria. Ya no me tortura. Creo que he cambiado de verdad.» Y Loïc le habla de otra cosa. Han descubierto que a los dos les gusta Vince Taylor. No es lo mismo que Maradona, pero abre algunas perspectivas.

Al acabar su jornada, coge el *planning* de la semana y va directamente a casa de Xavier, que le ha propuesto quedar en su casa aprovechando que su mujer no está. Loïc no conoce a Marie-Ange, pero por lo que oye decir de ella, parece especialmente coñazo. Él no soportaría a una tía así.

Pénélope es buena tía. No puede quejarse. Pero no es una belleza. No sales con

ella sacando pecho. No hace demasiados esfuerzos por gustarle. Tampoco es que dé vergüenza. Pero no es la tía arreglada, que se pinta las uñas, se emperifolla y pasa días enteros en Zara buscando complementos que le peguen, o haciéndose cosas en el pelo para decir que es femenina. No es femenina, se la suda. Es una chica de barrio, es capaz de vestirse como un tío y no darse cuenta de que eso lo cabrea. Es delgada, algo es algo. Y nunca dice chorradas en público, no le cuenta su vida a cualquiera y tiene un humor potable. A ella le gusta que se quede en París algunas noches. Cuando dispone del piso para ella sola, organiza fiestas de pijamas con sus amigas.

En la cocina, flanqueado por su ridículo perro, Xavier intenta poner en marcha su nueva cafetera, que no maneja bien.

—La antigua era perfecta —dice—. Tenía ocho años y funcionaba impecable. La limpiaba yo, la cal, todo, la dejaba apañada. Solo tuvo un cortocircuito en el botón de arranque, así que la dejábamos siempre encendida, y funcionaba bien. Luego hubo un corte de luz, forcé un poco para volver a ponerla en marcha, hundí el botón y se quedó atascado. Imposible arreglarla. ¿Tú te crees? Fui a todos los que reparan pequeños electrodomésticos del barrio: cincuenta euros mínimo. Nueva cuesta setenta. La madre de Marie-Ange nos compró una al momento. Me angustia tirar las cosas que podrían funcionar. Es para volverse loco. No se puede vivir en un mundo en el que diseñan los objetos para tener que sustituirlos lo antes posible.

—Hay que beber café soluble. Resiste.

—¿Te jode mucho si luego vamos al Rosa? Subutex pincha. Estará Pamela Kant.

—Iba a decirte que sí, sinceramente, que me aburre, pero si va a estar Pamela Kant, vístete y nos vamos.

Hasta ahora no ha tenido suerte, nunca estaba cuando él pasaba por el parque. Cuánto le jode no poder mandar un mensaje a Noël para decirle que va a tomarse una copa con ella. Es una de sus grandes musas. Por sus largas piernas y porque realmente parece que le gusta lo que hace. Ay, joder, Noël se pondría como loco si supiera...

—Sabía que el argumento sería decisivo —bromea Xavier—. Pero te lo repito: fuera de los platós es cualquier cosa menos una perra.

—Nunca se sabe. Imagínate, un ataque de locura y es el día que decide mamársela a todo el mundo.

A lo lejos resuenan los yuyús y los cláxones de una boda en el Ayuntamiento. Para acceder a las vías hay que bajar la cuesta más abrupta agarrándose a los bloques de piedra esparcidos por ella. El césped está pelado, es el rincón del parque menos frecuentado. Alguien ha tagueado su nombre con espray en la corteza del tronco de un árbol. Al llegar abajo, la Hiena pasa por al lado de planchas, colchones, rejillas, sillas y juguetes desarticulados. Encuentra a Vernon tumbado en un sofá clic-clac de color burdeos hundido entre los escombros. Al verla acercarse, señala con la barbilla a un pequeño roedor blanco, que se parece a una rata pero con una cola de ardilla tan blanca como el resto del cuerpo.

—¿Qué crees que es eso?

—Tiene toda la pinta de ser dos animales que no estaban destinados a encontrarse pero que hicieron cosas juntos.

—Es raro. Está aquí desde esta mañana.

Vernon intenta conectar una batería de coche a un ampli que ha cogido en una acera. Sonríe como un bendito. Siguen fundiéndosele los plomos. Es como si le dieran ataques de epilepsia, que al parecer lo desconectan suavemente, a cámara lenta. A su manera, pierde el conocimiento, pero en lugar de tener convulsiones y sufrir, está radiante. Luego vuelve en sí y no parece inquieto. Su ropa está guarra, pero no huele mal. Lleva una barba de tres días que hace que destaque el gris de sus ojos. El tío está poseído, atrae a la gente, como un imán.

—¿Pasó algo ayer por la noche?

—¿Estás al corriente?

—Charles me ha dicho que vio a gente correr. Aisha, Céleste y otras a las que no conocemos... y Olga te vio pasar, pero no viniste a vernos... ¿Va todo bien?

—¿Pinchas esta noche en el Rosa?

—Sí.

—Seguramente será la última vez que nos veamos por allí. Ha habido movidas...

—No se puede impedir que la gente haga lo que tiene que hacer.

—Parece el final de las vacaciones... ¿Qué harías si la gente dejara de venir al parque?

—Ya vería. No se me da bien prever.

—Ya lo he observado. ¿Quieres que te coloquemos en casa de alguien que se ocupe de ti?

—No quiero que me coloquen en ningún sitio. ¿Quieres hablarme de lo que lleváis semanas ocultándome?

—No ocultábamos nada. Éramos discretas.

La idea había sido de Pamela y Daniel. La habían tomado de las bolivianas, que se habían quedado diez días en París. Reunieron a cinco chicas que habían conocido a Satana y preguntaron a Aisha si quería formar parte del tema. La cría amenazó con pasar de todo en cuanto entendió que estaba rodeada de putas, pero saber que todas

ellas estaban dispuestas a ponerse en peligro por vengar a su madre la animó a ser más pragmática. Se resignó. La Hiena se convirtió en su asesora en la clandestinidad. Eran buenísimas respetando las consignas. Memorizaban los recorridos metro a metro para evitar las cámaras, se cambiaban de ropa cuando se lo pedían y se ponían los pasamontañas como si lo hubieran hecho toda la vida. La Hiena les había aconsejado que se entrenaran corriendo para dispersarse rápidamente, y desde entonces pasaban todas las mañanas en el parque. Las entrenaba una tía bajita a la que habían encontrado por Stalingrad, con el cuerpo cubierto de tatuajes budistas pero bastante preparada en artes marciales y muy aficionada a las flexiones. Era genial dirigir a ese grupo. La Hiena jamás se había sentido jefa de ningún equipo, pero merecía la pena adaptarse: ni un error, ni una palabra sobre lo sucedido durante el día, ni una pregunta tocapelotas y, lo más raro, ni un ego que se hincha y desequilibra al grupo. Solo tías guapas que quieren acción. Vio a Aisha aferrarse a la adrenalina. No le extrañaba que hubiera necesitado hacer más cosas. Habría podido prever lo siguiente.

Después de que Anaïs fuera a decirle que la habían despedido, la Hiena corrió directamente a ver a Dopalet para asegurarse de que no se había enterado de nada nuevo. Él confiaba totalmente en ella. La recibió con su solicitud habitual. No sabía nada. Cuando se marchó se había tranquilizado: él seguía sin establecer ningún vínculo entre ella y Anaïs, y no tenía ninguna sospecha respecto de la Hiena. Fue entonces cuando Gaëlle la llamó desde el Rosa Bonheur, y se dio cuenta de que le habían fallado los reflejos: no debería haber dejado sola a Anaïs con una lianta como Gaëlle.

Por lo que había podido reconstruir, Antoine entró en el Rosa, insistió en hablar cara a cara con Aisha, y Anaïs salió a fumarse un cigarro mientras esperaba. Observaba el lago desde arriba, y vio a lo lejos dos siluetas enfrentándose. Antoine hablaba moviendo los brazos, explicaba algo con vehemencia y de repente Aisha lo agarró del cuello. Él se debatía como un pobre diablo, y Anaïs echó a correr hacia los transeúntes pidiendo ayuda a gritos, pero nadie respondió. Mientras Anaïs llegaba al puente, Aisha intentaba empujar al vacío a Antoine, que se agarraba a las barras metálicas. Céleste intentaba socorrerlo, pero neutralizar a la cría bruta no era una cuestión menor. Anaïs se lanzó a la pelea, un desorden grotesco de camisetas arrancadas y de golpes torpes. Al final, mordió a Aisha en el hombro y hundió los dientes hasta que oyó un grito de dolor. Antoine pudo por fin soltarse, estaba en medio del puente y gritaba:

—¡Habría podido matarme! Porque le digo que en ningún caso quiero perjudicarla...

—¡Lárgate! No quiero verte cerca. Quiero que la palmes, no que me ayudes. Este capullo lleva una hora jodiéndome con el tema. Yo lo mato.

—Lo tiras desde la pasarela, ¿y luego qué? —explotó Céleste—. ¿Cuántas casillas has avanzado después de hacer tu gilipollez?

—Es lo que se merece Dopalet. Ver la jeta de su hijo destrozada en el suelo.

—¿Crees que sufriría porque su hijo ha muerto? Alucinas. Se pondría un buen traje, lloraría para las fotos, aprovecharía para hacerse la víctima, y nada más. Piensa un poco.

Anaïs consiguió arrastrar a Aisha aparte. La chavalita seguía paralizada de rabia. Antoine, aún en el puente, hablaba acaloradamente con Céleste, y hubo que hacerles un gesto para que la tatuada se hiciera cargo de su amiga. «Tienes que llevarla urgentemente al hospital. Tiene que verla un médico. No debemos dejarla marchar así», y la guapa morena lo prometió. Anaïs se marchó con el hijo de Dopalet, que se recuperaba bastante bien de lo que acababa de pasarle. El chaval es más duro de lo que parece. No quería denunciar. Quería beberse una cerveza.

La Hiena los vio entrar en el Rosa Bonheur. Esperó a que Antoine fuera al baño para hacerle un gesto a Anaïs. La arrastró fuera y le preguntó qué había pasado, y luego se limitó a decirle: «No nos veremos durante un tiempo». Apenas había dicho estas palabras cuando la otra se dio media vuelta. La Hiena pensó: en unos meses, quizá. Pero la situación estaba complicándose, y lo mejor para Anaïs era pasar a otra cosa. Y se fue a casa de Dopalet, que no contestaba a sus mensajes. No era normal. Ante su puerta, no tenía el código para coger el segundo ascensor. Siempre le habían abierto desde dentro. Caminó un rato hasta encontrar una cabina telefónica. Quería contactar con Aisha. Ni por un segundo había creído que Céleste la hubiera acompañado a ver a un médico para que la calmara. No era el estilo de aquellas dos pardillas. Pero no se esperaba que las crías hubieran ido directamente a casa del productor. Dejó que sonara tres veces, colgó, y lo repitió otra vez. Aisha contestó. Por el tono, la Hiena lo adivinó inmediatamente. «¿Estás en su casa?» De fondo, el ruido de un motor ligero. ¿Estaba rapándolo aquella imbécil? «Estoy abajo. Subo. No quiero llamar al timbre. Quédate al lado del interfono. ¿Puedes? No digas una palabra cuando entre.» Al otro lado del hilo, Aisha estaba extrañamente tranquila, casi como alguien que se aburre.

Le abrió la puerta. Dopalet estaba detrás de ella, en la cocina, atado de cara al respaldo de una silla, con la espalda ensangrentada. Tenía los ojos vendados. Al principio pensó que le habían dado latigazos. Luego lo entendió. La otra payasa estaba tatuándolo. Qué idiotas. Estuvo a punto de echarse a reír. «VIOLADOR.» Céleste trabajaba en la segunda palabra, «ASESINO», le quedaban cuatro letras por hacer. La Hiena arrastró a Aisha a una habitación y le dijo en voz baja: «Voy a bajar. No quiero que sepa que estoy aquí. Llamaré al timbre, os asustaréis y saldréis corriendo. Os veo abajo». Y Aisha pareció estar básicamente de acuerdo, aunque no en el *timing*: «Danos al menos media hora, Céleste tiene que tatuarse “lo pagarás” en los riñones». Se miraron en silencio, y la cría negoció. «Dale diez minutos, que pueda terminar “ASESINO”.»

Las dos chavalitas se reunieron con ella, parecían tan contentas y relajadas que

merecían cuatro tortas o toda su consideración.

—Antoine nos dio todos los códigos y vinimos enseguida. Tenía que hacer algo.

—Mi padre es poli. Sé que lo que hemos hecho es grave.

La Hiena sintió en el pecho un ligero estallido que le resultaba familiar: un discreto clic, como si tiraran de un hilo y a partir de ahí todo fuera a venirse abajo. Lo sentía por las dos crías, eran demasiado jóvenes para darse cuenta de que acababan de cambiar el curso de su vida, y de la de todos los que las rodeaban. O para ser más exacta: demasiado inexpertas para saber que lo lamentarían. Aún no sabía cómo se lo tomaría Dopalet, pero estaba segura de que no dejaría que lo atacaran sin vengarse. Y de todos los recursos a su disposición, el arsenal judicial no era el más preocupante.

—No pongas cara de que es culpa mía. Creo que mis reacciones han sido moderadas.

—Señoritas, vais a preparar la bolsa ahora mismo, esta misma noche os retiráis de la circulación...

—Antoine no dirá nada.

—¿Y qué? ¿Crees que Dopalet va a dejarte en paz? Nos vemos en Nation dentro de dos horas.

Luego el productor la llamó pidiéndole ayuda. Estaba a punto de desmayarse. Ella lo ayudó a desinfectarse. Él se aferraba a ella. Estaba desorientado. La Hiena lo atiborró a Lexomil. Como corresponde a un tío que se mete mucha coca, su botiquín estaba lleno. Tenía tiempo de quitar de en medio a las dos crías. Luego quedaban unos días, fácilmente una semana, hasta que se diera cuenta de que se la había metido doblada. No se había cubierto lo suficiente como para que no se enterara. Su hijo no hablaría inmediatamente. Anaïs no iría a verla. Enumeraba todos los parámetros mientras aplicaba en el tatuaje ensangrentado un film transparente para evitar que se infectara y le prodigaba palabras de consuelo y promesas de venganza.

Las crías se marcharon esa noche, como había previsto. Ninguna de las dos lloró. Eran duras y decididas. Para Sélim era más difícil. Miró a su hija sin decir nada. Intentaba entender cómo había podido suceder. Pensaba que podría haber sido peor. No le consolaba demasiado.

La Hiena le cuenta todo esto a Vernon mientras van a reunirse con los demás a orillas del riachuelo. Ese día no llueve, hace realmente sol. En el césped, Daniel juega al fútbol con Alegre, el caniche. Una chica le grita «cúbrela, la pierna, cúbrela, y dale con la cadera, no con la rodilla», luego mueve la cabeza, decepcionada, «¿es que nunca jugaste al fútbol cuando eras pequeño?». Olga ofrece patatas fritas al vinagre a

Sylvie, que no quiere. «Los Sex Pistols son un grupo feminista. Escucha la letra de “Bodies”.» Xavier está seguro. Laurent se tumba en la hierba, boca arriba, y escucha las ondas alfa de Alex con los cascos. Buscar el sonido perfecto se ha convertido en la obsesión de Sylvie. Lleva un modelo diferente cada cinco días. Más ligero, más potente, de infrabajos más precisos. Charles la observa montando su circo, burlón pero enormemente seducido. Patrice se ha sentado al lado de la nevera de cervezas. Ha encontrado una silla plegable como las de la playa. Emilie le cuenta que cuando se fuma hierba hay que tomar melatonina y vitamina C. Él la escucha sin parecer convencido. Sylvie se mete en la conversación: «Colocarse es un deporte de juventud. Todo está en recuperarse. Por eso los jóvenes pueden permitirse meterse lo que quieran. A nuestra edad, necesitamos un intervalo más largo». Pamela asiente, «a vuestra edad todo se vuelve difícil», Patrice se echa a reír, «prepárate, te falta poco».

—Bollera, vale. Pero ¿qué les impide sonreír? ¿Las excluyen de la comunidad si son simpáticas? ¿Dónde está la camarera guapa?

—¿Céleste? Parece que dejó el curro de un día para otro. Gaëlle es guay, pero hay que entenderla. Tiene huevos para hacer de camarera, a su edad.

—Me prometes que vamos a ver a Pamela Kant y yo dejo que una camionera me mire por encima del hombro. Estoy decepcionado.

—Relájate, llegará. Si no me hubieras hecho correr, no habríamos llegado los primeros.

A Loïc le vuelve loco el porno. Si es sincero, prefiere correrse delante de la pantalla que con su mujer. Y en este caso no es culpa de Pénélope. Le pasa lo mismo con todas las mujeres. Nunca son tan excitantes como las que ve en las películas porno. En realidad, mientras lo hace no deja de pensar en las pelis porno que ha visto. El estímulo es muy eficaz, imposible rivalizar con él. Las tías son golfas, tienen un buen culo, se les ve todo y no huelen. Conoce muy bien la filmografía de Pamela Kant, se siente como un chiquillo al pensar en conocerla.

El bar se llena. Loïc reconoce muchas caras. Pero nadie le dice hola. Está etiquetado. El facha que pegó el puñetazo a Xavier. Intenta no llamar la atención. Pero de todas formas no le gustan. Un grupo de gusanos que se congregan alrededor de un sintecho para extasiarse con sus mezclas. Le asquea.

Xavier charla con Emilie aparte. Ella evita a Loïc. Gilipollas de izquierdas. Una imbécil frustrada que lo mira por encima del hombro. Loïc lamenta que no haya venido el perro, ocuparse de él le habría permitido hacer algo. Pero llovía demasiado para llevárselo con ellos. No querían coger paraguas para no parecer demasiado idiotas. Corrieron todo el trayecto, con la capucha en la cabeza. Xavier se ha recuperado físicamente. Tuvo que darse marcha para seguirlo. Orgullo de tío, ninguno de los dos aflojaba el paso. A punto estuvieron de dejarse el pellejo.

La caña está carísima, espera un poco antes de pedirse otra. A Xavier se la pela, su mujer está montada en el dólar. Loïc miente a Pénélope sobre la pasta que se funde cuando sale. Al precio que está la birra en los bares, no tardaría mucho en regalarle el iPad del que habla a todas horas, porque todas sus amigas tienen uno y juegan a juegos online, que no funcionan en su viejo teléfono. Se arrepiente de haber venido. Pensaba pasar la noche a solas con Xavier, en su casa, había llevado su *pack* de cervezas. Y está en este bar siniestro, sin quitar ojo a la puerta porque le han dicho que vendría Pamela Kant, pero en realidad eran chorradas. ¿Qué pintaría ella con estos *losers*?

Se siente fuera de lugar. Echa de menos la compañía de Noël. De los demás también. Deben de estar preparando la mani. Se va a liar. Él no estará. Otro grupo con el que está enfadado. Es un idiota. Cuando algo le va bien, siempre tiene que arreglárselas para quedarse fuera. Se busca su propia ruina. Siempre ha sido así. Es superior a él. Imagina la cara que pondría Noël si lo viera con su vaso vacío, en este

bar de maricas pijipis, con esta música techno de mierda. Tiene que hacer la vista gorda con un montón de cosas para no ponerse agresivo. Es una mierda de tío. Busca la compañía de gente como un chucho busca una caricia. A cualquier precio. En eso se ha convertido. Y le vuelve a pasar. Echa de menos a su mejor colega.

En ese momento entra Pamela Kant. Loïc apenas se fija en Subutex, cogido del brazo a ella. Todo avanza a la vez, es un puto descalabro. Y los pechos y el culo y las caderas y los tobillos y el pelo y los ojos y hasta los hombros son como para empalmarse —ya no sabe cómo mirarla, no hay nada en ella que no sea sexualmente impactante. Xavier lo controla y sonrío de lado. Loïc mantiene la compostura. Se alegra de que el bar esté sumido en la penumbra. Le arden las mejillas.

Pamela lleva un jersey negro holgado y lo bastante escotado para dejarle al descubierto las clavículas, que sobresalen y que lo turban. Es posiblemente la mujer más guapa que ha visto nunca de cerca. Un tipejo anda detrás de ella, otro marica, seguro, tiene los rasgos finos, es muy guapo. A Loïc le da la impresión de haberlo visto antes. No logra recordar dónde. No le gustan los maricones, rara vez se fija en la belleza de los hombres, pero este lo ha dejado alucinado.

Pamela Kant lleva unos vaqueros negros tan apretados que es peor que si estuviera desnuda, botas con un poco de tacón, por encima de los tobillos. Sus muslos son finos y potentes a la vez, dan vértigo. No lleva el pelo recogido. En las películas está demasiado maquillada, y nunca tan vestida. Pero le sienta bien. Lo que daría por tener a una tía como esa... Una vez. Solo una. En su cama. Ni siquiera mostrársela a los colegas. Solo para él. En ese caso sí, no necesitaría recurrir a escenas de la peli porno del día anterior. La película porno sería la vida real.

Nunca ha tenido problemas para conseguir mujeres, pero es porque llama la atención en su categoría. La media. ¿Cómo le entras a una mujer así? ¿Qué haces cuando te despelotas? ¿Cómo olvidas que eres una nulidad frente a semejante tiparraca?

¿Cómo es posible que ande con Subutex? ¿Se acuesta con él? El tío tiene los ojos claros. Es alto. Pero aparte de eso... Es amable con él, y no por el dinero... El fulano duerme en la calle... ¿Por qué viene a escucharlo poniendo discos?

Subutex, precisamente, lo reconoce y lo mira con intensidad, como sabe hacer tan bien desde que se le considera minigurú del distrito XIX. Esta noche está más limpio que de costumbre y lleva otro corte de pelo. Parece un poco menos mugriento que los otros días. Pero Loïc no está de humor para tragarse sus declaraciones de iluminado. Cada vez que te habla parece que va a abrazarte. Es acojonante. Dice «¿Qué tal, Loïc?» mirándolo en plan veo hasta el fondo de tu corazón y sufro por ti.

—Bien, bien. Me bebo una caña tranquilo. Vengo a escucharte. Parece que pinchas esta noche, ¿no?

Tiene ganas de decirle si quieres complacerme, preséntame a tu amiga y dile que sea amable conmigo. Eso sí que me subiría la moral. Pero Subutex se sienta a su lado. Un poquito demasiado cerca, para su gusto. Entonces sucede lo que no se esperaba:

Pamela Kant va directa a su mesa, le dedica una bonita sonrisa, natural, en plan no soy consciente del efecto que provoco en los tíos, y le pregunta «¿qué bebe?», como si se conocieran desde hacía tiempo. Se marcha contoneándose como una diosa, y Loïc siente deseos de estrechar entre sus brazos a su nuevo colega. Al fin entiende por qué cae bien a todo el mundo, ese Subutex.

—¿Y tú, Vernon? ¿Qué tal? —le pregunta sonriendo.

Pero el otro, en lugar de contestarle algo normal, lo agarra por la nuca. El gesto es suave, lento, Loïc se pone tenso pero no se atreve a soltarse bruscamente. Vernon acerca la frente a la suya y cierra los ojos. No dura lo bastante como para que Loïc se mosquee, pero lo grotesco de la situación lo mortifica. Luego el idiota se aparta y lo mira con expresión triste y cariñosa. A su alrededor, todo bien, están acostumbrados a que el tío haga cosas raras, nadie se fija en ellos. Pamela vuelve con tres cervezas en las manos, él se levanta para ayudarla. Y entonces, para darle las gracias, ella le guiña un ojo.

—Hola, soy Loïc —se oye a sí mismo decir.

Le ha salido solo, sin su permiso. Como un gilipollas. Se ha presentado como un capullo.

—Lo sé, ya he oído hablar de ti.

—Aquí no debo de tener buena fama.

Cada vez que abre la boca es para decir una burrada, y encima con voz temblorosa. La iluminación baja un poco. Va a empezar la fiesta. Pamela se inclina hacia él, como si la oscuridad la obligara a hablar más bajo, él traga saliva y se queda tieso como un palo.

—Tengo a todo el mundo fichado —dice Pamela—. El día que abra un torreón, te mandaré una convocatoria. Lo pagarás, te pegaré los azotes que mereces por los malos pensamientos que albergas.

Está loca por hablarle así. Incluso en tono de humor. Está coqueteando con él. Xavier dice que solo suele hablar de rollos aburridos. Y a él lo calienta directamente. Piensa en Lino Ventura, muy fuerte, lo imagina en esta situación y lo imita. Se esfuerza por sonreír, pero debe de verse que está tan crispado que le duelen las mejillas.

—A mí no me dan azotes, los doy yo.

Eso ha conseguido contestar, casi de inmediato, en tono desenfadado, a Pamela Kant. Se contiene, pero dentro de él un mini-yo desborda alegría y se da golpes en el pecho.

—Entonces me equivoco —le contesta ella sonriendo—. O te conoces mal.

Qué puta. Loïc se alegra de no tener que levantarse. Ella agita la mano y precisa que en las palizas todo es cuestión de cómo se da el golpe. Él no se atreve a decir te voy a desmontar, cariño, se te van a quitar las ganas de venir a hablarme de azotes. No termina de creerse que esté hablando de culos con Pamela Kant. Y que Noël nunca lo sabrá.

Subutex pone «Magic Bus», de los Who, y Loïc siente una bola que le calienta la garganta. Le encanta este tema. No se le habría ocurrido imaginar que empezaría así su playlist. Genial. No es un *loser* de mierda que pasa una noche patética con colegas de saldo —es el tío que hace reír a Pamela Kant, en un bar donde ponen buena música, a un nivel correcto, y se da cuenta de que a su alrededor varias personas fuman. Se enciende un cigarro. Qué bien sienta fumar en un bar. La primera buena fiesta desde hace lustros. Cuando Subutex enlaza con Eddie Cochran, se dice «si sigues así, ya verás, seré yo el que irá a abrazarte». Como si eligiera los discos para él, a medida.

Luego baila. Los tíos de verdad no bailan, empezando por él. Es incapaz de montar el espectáculo. Cuando era joven y estaba solo, a veces pegaba brincos nerviosos escuchando a los Meteors o a los Vibes. Pero en los conciertos siempre se quedó recto e inamovible. Digno, vaya. Los negros bailan, como mucho, es normal. Pero él no. Entre el movimiento y su cuerpo hay como un tabú infranqueable. Pero esta noche baila. La oscuridad ayuda. Ahora han quitado casi todas las luces. Baila Bowie. «We could be heroes, just for one day.» No termina de creérselo. Y baila con Pamela Kant. No ha sido premeditado, no ha tenido tiempo de preguntarse cómo se lo iba a tomar. Ella se mueve muy despacio, como si estuviera bajo el agua. Levanta los ojos y mueve la pelvis mirándolo. Y él, en lugar de inclinarse hacia el otro lado o lanzarse hacia ella y cogerla, baila. Quizá le ha metido algo en la cerveza. Ha hecho bien. El marica guapo está en la pista. Se conocen. Está seguro. Se mueve como un dios. Como una tía. Y a Loïc le jode sentir que le gusta verlo bailar. La camarera bollera que ponía mala cara se ha subido a una mesa. Ni siquiera le cabrea. Tiene razones para dar el espectáculo. Es un placer verla disfrutando así. James Brown. «The Payback.» Y se queda en medio de los demás. Baila. Nunca ha hecho algo así. Y eso que ha tragado *funk* en la época en la que todo el mundo leía el fanzine de *hip hop Get Busy*. Xavier también se menea. No está acostumbrado a esta música, se nota. Pero se mete. La música les entra por los huesos, levanta los codos y acciona las caderas. Su cuerpo la sigue. Desde hace horas. Vernon está en su rincón, iluminado por una luz verde, los mira con los ojos medio cerrados y una sonrisita pegada a los labios. Se ha convertido en una esfinge.

Es muy tarde cuando Xavier va a decirle «tengo que volver, no quiero dejar al perro solo toda la noche. ¿Te quedas y me llamas cuando llegues?». «Nos vamos juntos.» De alguna manera, es un alivio que lo saquen de ese delirio. Empiezan a dolerle las piernas. Mañana tendrá agujetas hasta en las pestañas. El día será largo.

La verja del parque está cerrada, pasan por una puerta pequeña y se apresuran bajo la lluvia. A Loïc le gustan las calles vacías, el olor a asfalto mojado, las luces

naranjas. Bromea sobre lo que le ha pasado, «te juro que yo no bailo. No soy un tío de esos», y Xavier le contesta «yo tampoco», y siguen su camino sin hacer esfuerzos por hablar.

Luego, antes de meterse en la cama, abren la última cerveza. Loïc mete la nariz en la colección de CD. Se convierte también él en DJ, Gorilla Biscuits, Agnostic Front, Sick of It All. También de esto hacía mucho tiempo. Coge a Alegre por el cuello, está mamado, en general no toca demasiado a los animales, pero a esta hora tardía el caniche le parece simpatiquísimo. De todas formas, esta noche hace cosas que normalmente no hace. Se sumerge en la música. Basta con dejarse llevar. Es una sensación extraña, como si tuviera un órgano interno que hasta ahora no sabía que tenía, y ese órgano es una válvula que acaba de abrirse. Así que se sumerge en la música.

Amanece y Loïc se da cuenta de que tiene lágrimas en los ojos. Ha bebido demasiado. No recuerda haberse echado a llorar, pero cuando se recupera solloza. Xavier lo levanta y lo abraza con torpeza. Loïc no ha llorado desde que era niño, ni siquiera recuerda la última vez que sucedió. No le sorprende que Xavier lo estreche contra sí. No siente la más mínima incomodidad. Normalmente no le gusta el contacto. Una de las cosas que le gustan de Pénélope es que no es tocona.

Loïc y Xavier se quedan de pie, uno contra el otro, inmóviles. Y Loïc abraza contra sí a Noël, de pensamiento, porque haya pasado lo que haya pasado, nada borrarán los años de amistad que compartieron. El tío forma parte de su vida, de lo que le ha gustado en la vida, y nunca volverán a ese punto. Al mismo tiempo, si Noël lo viera ahora mismo, le daría asco o se echaría a reír, pero no le gustaría demasiado. No le gusta eso de dejarse ir...

Pamela Kant le metió algo en el vaso. Pero Loïc no logra decirse que fue para ridiculizarlo. Bailó demasiado con él para que fuera por eso. Fue más bien para incluirlo. Si la factura es este bajón un poco bestia, en el que llora como una cría, valía la pena igualmente. Es ridículo, pero necesitaba vaciar la mochila.

Ha amanecido, es hora de ir a trabajar. Segundo café de la nueva cafetera que desquicia a Xavier. Loïc va a llegar tarde, manda un mensaje: problema en el tren. Podría ser verdad.

Bajan juntos hasta la parada del metro. De todas formas, hay que sacar al perro por la mañana. Hace una rasca como de febrero. Se separan al llegar a la escalera, «Ánimo», y Xavier se aleja con su estúpido perro atado con la correa. Loïc se mete en el pasillo de la línea 11 pensando que no está tan hecho polvo, se ve capaz de currar todo el día. No estará del todo en forma, pero tendrá que aguantar.

Estar a veinte minutos del curro lo despeja. En Châtelet, se mete en el pasillo para hacer el transbordo. Odia esa estación. El ambiente de estación de enlace. La impresión de ser una rata que corre hacia el laboratorio en el que ficha.

Al girar reconoce tres siluetas. Desaparecen al momento. El cansancio y el estado de ánimo raro se dispersan en el acto. Sabe que no lo ha soñado. Ha reconocido a

Julien, Noël y Clovis. Reduce el paso. Peligro. Lo están esperando. Emboscada. De todas formas, no viene de una extravagancia más. Da media vuelta. Apresura el paso dudando si salir o coger el primer metro que pase.

Tiene un presentimiento, echa un vistazo por encima del hombro. Están detrás de él. Corre. Siendo tres contra uno, no intenta entenderlo. Huye. Al principio su cuerpo envía toda la energía que necesita, es eléctrico, pero luego el miedo lo frena, siente que reduce la velocidad. Se ha pasado toda la noche bailando, no le quedan energías.

El primer golpe le alcanza entre los hombros. Tropezaba hacia delante y se gira. Se han cubierto la cara. Pero los reconoce. Le da tiempo a decirse sois unos pardillos aquí hay cámaras por todas partes sabrán perfectamente quiénes sois le da tiempo a pensar en el soldado masacrado y en el negro que decía nunca estaréis seguros en vuestra casa y le da tiempo a distinguir quién es Noël, a girarse hacia él e intentar captar su mirada, detrás de la visera de la gorra que se ha hundido hasta las orejas. El segundo golpe le alcanza en la sien, le da tiempo a pensar que ese tipo de golpe se da cuando se pretende matar.

Escucha música con cascos, tumbado boca arriba. Link Wray, «Rumble». Denso, pegajoso, le da migraña. Vernon lleva tres días durmiendo en casa de Charles. En el salón hace calor, pero nada disipa la sensación de frío, que se le pega a los huesos. Una gripe tenaz hace que sienta escalofríos en todo el cuerpo, tiene los oídos taponados, está atrapado en una burbuja de fiebre. Debajo de los párpados ve la silueta de Loïc, que baila con los demás en el Rosa Bonheur. En su delirio, Vernon no distingue sus rasgos, solo el contorno de su cuerpo, y colores alrededor. Su epidermis se amplía por momentos, entra en contacto con el mundo, un agujero del tamaño de un puño le abre el pecho —y ya nada le es externo. Ahora está acostumbrado. Lo que le parecería raro sería pasar un día entero sin delirar. Duerme en ese sofá hundido desde que pilló esta gripe. La casa es una pocilga increíble. La vieja Véro no quiere tirar nada. Apila por todas las superficies libres cajas, papeles, objetos que saca de vete a saber dónde. Es una enfermera diligente. Ha atiborrado de pastillas a Vernon. Daba la vuelta a las cajas para comprobar la fecha de caducidad y se encogía de hombros, «ponen 2004, pero un medicamento no puede perder sus propiedades». Lo ha curado. Todavía está medio atontado, pero puede levantarse.

Sale del catre y llama a la puerta de la habitación de Charles. Él y la Véro no duermen juntos. Dice que ella ronca demasiado fuerte. El viejo apenas conocía a Loïc, pero se empeña en ir al entierro. Refunfuña, escupe, tose y luego sale de su habitación totalmente vestido. Charles no pierde ocasión de ver a Sylvie. No es que le guste, es algo más allá de la atracción física, en cuanto ella abre la boca, se queda colgado en sus labios. Cuando ella se enfada, él alza los ojos al cielo balbuceando Dios, no es posible, Dios, no es posible, encantado de verla tan vulgar.

Vernon está cansado de tener gente a su alrededor a todas horas. Los deseos de todos ellos son obstinados y contradictorios, y él ha adquirido una importancia grotesca en el grupo. Pero cuando piensa en pillar la tangente, algo le retiene. Ha hablado del tema con Charles, y el viejo se ha encogido de hombros, no te preocupes, tampoco van a ocuparse de ti toda la vida. Considérate afortunado de que pase algo.

Esperan delante de la verja fumándose un cigarro. Olga y Laurent se cuelan por un trozo de la valla roto para salir. Aún no ha amanecido, las calles están desiertas. Ellos tampoco conocían a Loïc, que no iba a menudo al parque. Quieren formar parte del cortejo. Se espera a una multitud en el cementerio de Garges-lès-Gonesse. Los restos de Loïc, salvajemente asesinado en un pasillo del metro, son de todo el mundo. Olga y Laurent se huelen el buen plan: habrá mucha comida. Pero Vernon sabe que en el fondo les da la impresión de que es la última vez que van a juntarse todos.

Llegan a la gare du Nord a pie. A Olga le da miedo el metro. La gigante rusa camina pegada a Vernon. Busca su contacto, por el hombro. Le reprocha mucho que no la haya tratado más como primera dama. La que duerme abajo con él es ella, no los demás. Esos desconocidos que siempre pasan por delante de ella. Le cabrea. Vernon se monta la película porque se pasan el día elogiándolo. Tiene que entender

que cuando todos esos payasos se hartan de jugar a ser buenos, la única que seguirá a su lado será ella. Los demás son majos, pero han venido como turistas. En cualquier caso, ella ha aprovechado, claro. Les dice por la noche lo que le apetece para el día siguiente, y los colegas de Vernon vuelven con el Côte d'Or negro con nuez de coco, el bote de Nutella o las compresas. Ahora ya solo bebe whisky. Se ha montado un pequeño *stock*, bien escondido en un rincón apartado de las vías, hay pocas posibilidades de que le metan mano en su ausencia. Se acabó el tinto, que le desencajaba el esófago, ahora la señora echa whisky en su Pepsi Max. La gente se alegra de hacer algo por él. Pero Vernon se dedica a asegurarse de que todo el mundo saca provecho. Casi todo el tiempo sonrío como un idiota observando las ramas de los árboles, y de repente llega y tiene que compartir su paquete de almendras tostadas con Zaïa, la esquizofrénica que se mea encima. Merodea alrededor de ellos a todas horas, ha entendido que había cosas que rascar. Se niega a tomarse los medicamentos, está totalmente bolinga, ¿de qué sirve compartir con ella? Habla sola todo el día, y a veces la ven gritando «don't worry be happy» a los parquímetros. Olga cree en la solidaridad de clase, pero le molestó que la obligaran a dejar su paquete de almendras a una tía que pasa. Vernon ha adquirido costumbres de jefe. Y anteayer, Emilie y Lydia vinieron a vaciar su rincón con la excusa de que llevaba varias noches durmiendo en casa de Charles. Olga se asustó. Entendió que no volvería. Insultó a las chicas. Decía que quería su saco de dormir. Él ni siquiera había dado la orden de que fuera Olga la que se ocupara de repartir sus cosas. Después de todo lo que había hecho por él. Conclusión, la húngara guapita que está de paso en París para bajar a Sevilla a reunirse con unos amigos se quedó con el saco. No porque Olga tenga el culo gordo pasa menos frío que cualquier otro. Reprocha a Vernon que no la trate mejor, pero sobre todo teme que desaparezca. En la calle, las amistades no duran mucho tiempo.

Al día siguiente de la muerte de Loïc, la pasma se llevó e interrogó a todos los que andan por el parque, uno por uno. Varios sin papeles consiguieron escaparse, pero aun así la comisaría se llenó de gente. Olga se preguntaba, en voz alta, cuánto le cuesta al Estado joderlos de esta manera. ¿No podrían haberlos alojado en algún sitio? Al principio de la detención estaba tranquila, pero acabó estallando e insultándolos a gritos. Ellos chillaron que estaba loca, pero aun así estuvo entre los primeros a los que pusieron en libertad. La locura siempre sale rentable. La policía sabía que ninguno de los que estaban allí tenía relación con el asesinato: la escena estaba filmada. La redada tenía otro objetivo: decirles que se había acabado la tolerancia en el Buttes-Chaumont. A un tío lo matan sus antiguos amigos en Châtelet, y otra vez tienen que ser los sintecho los que deben cambiar de campamento. Lo tienen por norma: no dejan que los precarios se junten en el mismo sitio demasiado tiempo. Les acojona demasiado que esos idiotas encuentren a un bocazas que los dirija hacia el supermercado más próximo —saqueos, manifestaciones. El día que los pobres empiecen a atacar las tiendas, el ejército no tendrá más remedio que sacar los

tanques. Son muchísimos los que mendigan. Por eso evitan que se junten.

Laurent habría preferido coger el metro hasta la estación. Ha sido la gorda Olga la que quería caminar. Le da claustrofobia. Le acojona subir al tren, estuvo comentándolo todo el día anterior, se preguntaba si iría o no al entierro, agobió a Laurent con el tema hasta que él la mandó a cagar. «Mira, no vamos a ir a Garges-lès-Gonesse a pie, así que o coges el tren o te quedas aquí, pero deja de hablarme del tema.» La gorda nunca baja a los pasillos del metro, ni siquiera en invierno, ni siquiera cuando llueve. Ojalá no se le vaya la pinza en el tren. Cuando le da el punto, es imposible controlarla. Hoy no es el día. Ese tío, Loïc, siempre lo miraba por encima del hombro. A Laurent no le caía bien. Pero, bueno, murió en el campo del honor, el pobre. Un tío joven, con mujer, un currante. Qué gilipollez. Ojalá Olga no joda su entierro. Últimamente toca menos las narices. Está enamorada de Vernon. No tiene ninguna posibilidad. Subutex está rodeado a todas horas de chavalitas, coños frescos que solo piden que les quiten la sed. Así que ni siquiera en plena noche, mamado hasta el punto de no saber lo que hace, hay la más mínima posibilidad de que aterrice entre las piernas de la gorda Olga. Y ahora él va a marcharse. Está acojonada. Y no un poco. Laurent también está triste. A veces Vernon lo agobia, se cree que es el ombligo del parque y se da aires de poeta inspirado. Pero se han reído mucho con él. Nunca había visto algo así: gente que reparte a domicilio todos los días. Ya no era necesario pedir limosna. De las carteras salían monedas grandes y billetes pequeños, y tíquets restaurante como si los imprimieran en casa... Generosidad, al límite de la diarrea. Al principio, Laurent desconfiaba de tanta amabilidad y tantas atenciones, pero enseguida se acostumbró a aquella comodidad burguesa. Aunque la sensación de ser un rollo folclórico se le quedaba atravesada en la garganta. Siempre había estado convencido de que tenía buen *feeling* con la gente normal. Creía que la única diferencia entre ellos y él era que él era demasiado salvaje para soportar la correa. El contacto continuo con los integrados le hizo perder la conciencia de que no inspira más que lástima. Ya nadie se da cuenta de que es un tío guapo. Hace apenas cinco años se habría ligado a varias chavalitas de las que mariposean alrededor de Vernon. Ahora tiene los dientes hechos un asco. La cara le ha cambiado. Ni siquiera sus bromas tienen ya el mismo efecto. La gente hace el esfuerzo de escucharlo. No es idiota. Más que buscar su compañía, lo soportan. Lo toleran. Incluso Olga es más popular que él. Sylvie se acordó del cumpleaños de Olga y le hizo un pastel de tres tipos de chocolate. Nadie se ha preguntado cuándo nació él. Aquella noche fue cruel con Olga, la vio tan feliz que se cabreó. «¿Crees que cuando llegue el invierno esa burguesa te ofrecerá un rinconcito junto a su fuego? Yo creo que no, eres demasiado gorda y demasiado fea, no pegas con sus cortinas.» El verano ha sido lluvioso y frío. Tiene la moral por los suelos. Va a bajar al sur. Hace tiempo que lo tiene en mente y que lo aplaza. Conoce París como la palma de su mano y está acostumbrado. Con casa o sin ella, su lugar es este. Pero está decidido. Cambiará de aires y buscará el sol. Se lo comentará a los demás después del entierro. Seguro que

esa buena gente hace el esfuerzo de colaborar para pagarle el billete. Porque, en esta época, parece que no pagar el tren ha pasado a ser más grave que entrar en una guardería a dar por el culo a los bebés. En todo caso, pensándolo bien, tiene gracia que Olga y él cojan el tren para asistir al entierro de un tío al que no conocen, cuando tantos amigos suyos murieron sin que se informaran siquiera del día en que iban a enterrarlos.

En la plaza de la gare du Nord, Pamela Kant enciende su tercer cigarro del día. Lleva traje chaqueta y tacones de aguja. Los hombres que la insultan no la reconocen. Lo que les molesta no es la estrella del porno, sino su figura, demasiado sexual. Son las siete y media de la mañana. Ya están nerviosos. Los hombres han cambiado. No hace tanto tiempo, ver piernas y escotes los volvía amables. Hoy en día les saca de quicio. Sin embargo, esta mañana, ante el espejo del ascensor, ella se ha visto elegante. Pero se tragan a demasiadas tías deseables. Solo se quedan con la frustración de no poder acceder a ellas. Como saben que no sacarán nada, prefieren que se paseen con botas de nieve y anorak. Pero a Pamela le gustan los entierros. No se perdería por nada del mundo la ocasión de sacar su traje de viuda corsa. Le queda muy bien. No conocía bien a Loïc, pero considera que si una mujer ha restregado el pubis lascivamente contra el sexo erecto de un hombre la noche antes de que muera, las buenas costumbres dictan que vaya a su funeral, y que cuide, en la medida de lo posible, su aspecto. Había algo en él que le gustaba. Parece que era un facha gilipollas. Aún peor que Xavier. Que ya es decir, porque Xavier, cuando se pone... Vale más estar de buen humor. Pero ella no habló con Loïc. Bailó. Había cierta contención en sus gestos. Cree que él se alegraría de ver que hizo un esfuerzo por él. Pero al subnormal número treinta que le habla mal, solo tiene ganas de poner una bomba en la estación y volver a su casa. Eso la enseñará a ser puntual. Ha sido la primera en llegar. Saca pecho, se mantiene recta y esboza una sonrisita tranquila. Puesta a joder al mundo, mejor hacerlo con elegancia. Es la única que sabe que le tiemblan las manos.

Llega Daniel. A él nadie lo jode. Apenas saluda y dice «me agobia estar aquí». No entiende qué coño pinta en el entierro de Loïc. Dice «apuesto a que estará a petar de fachas, todavía vamos a tener follones». En el fondo, lo que le putea es que el día que Loïc murió la Hiena pasó a verlos, uno a uno, y les explicó que Aisha y Céleste habían ido un poco fuertes, a cara descubierta, que se retiraban de la circulación, y que los demás debían detener todas sus acciones e ir al parque lo menos posible. A Daniel le encantó la historia de las pintadas, era una buena revancha. Los comandos, la noche, las precauciones durante el día cuando había que ir a comprar los esprays y todo el material, pagar siempre en efectivo, no demasiados de golpe, los mensajes para las reuniones clandestinas, a veces avanzaban por las catacumbas, y aquella doble vida era excitante. No tenía ningún sentido, pero daba un ambiente de película, rollo de grupo y de devolución al remitente. «Como un acto de psicomagia», decía Lydia, y tenía razón. Los subidones de adrenalina en el momento de dispersarse.

Cada mañana siguiente poder decirse: «te toca a ti comerte tu mierda». Y estuviera donde estuviera Vodka Satana, podría ver que los vivos no la han olvidado.

Sylvie paga al taxista, un hombre al que le echaría más de setenta años, con bigote blanco, bien cortado, a la antigua, y los ojos verde esmeralda. No se había fijado en sus ojos hasta cruzarse con ellos en el retrovisor. No quería ir. Loïc era un pedazo de gilipollas. Que esté muerto o que esté vivo no cambia lo que piensa de él. No le arranca ni una lágrima. Cuando pegó a Xavier, no se preguntó si lo dejaba muerto en la acera. No puede haber perdón para este tipo de individuo. Hay que ser más tonto que un ojete lleno de mierda seca para relacionarte con la extrema derecha cuando eres un obrero, como él. No será ella la que lo compadezca. La gente como ella sí, puede entender que les interese que suba la extrema derecha. Muchos se colocan en puestos impresionantes, que sin esta oportunidad habrían tardado años en conseguir. El día que puedan fusilar a los responsables sindicales acusándolos de terrorismo, seguro que les cuesta menos eludir impuestos. Pero un desgraciado como Loïc, ¿qué esperaba? ¿Una plaza en la milicia? ¿Por qué iba a compadecerse? ¿Porque ha muerto? Se pone los guantes negros. Ha ido porque todo el mundo iba. Y porque le da la impresión de que le esconden algo que le gustaría mucho esclarecer. ¿Adónde han ido Céleste y Aisha, por ejemplo, y por qué Sélim está tan hundido? Ella se entiende bien con él.

Se reúne con Pamela y Daniel. Nunca se hará a la idea de que este último no ha sido siempre un chico. Cuando ella era joven, no existía la testosterona. En este sentido, es una locura lo fácil que parece. Sylvie piensa en amigas suyas que tenían caras increíbles y que pringaron con los tíos toda su vida, cuando hoy en día zas, un toque de hormonas y habrían podido ser tíos potables. Que un hombre sea feo no es tan grave. Coge a Pamela del brazo. Por una vez, va bien vestida. Menuda diferencia. Buena planta, nada que decir. Lástima que haya cogido ese patético bolso negro, se ve a la legua que es de plástico. Es buena tía, cuando la tratas. Se le va mucho la pinza, pero tiene buen fondo. Pero mejor no contar con ella para ayudar a que Vernon no caiga en la locura. Si él le dice «creo que me conecto con los árboles», la tía contesta sin pensárselo «hay tribus que creen que las piedras tienen alma». Nada la sorprende. La gente de su edad es así. Illuminati, complots, brujería —a base de «nos lo ocultan todo, no nos dicen nada», puedes hacer que se traguen cualquier cosa. Vernon necesita ayuda. Ya no es la misma persona. Pero Pamela no lo entiende. A ella le da la impresión de que Vernon viaja. A Sylvie le recuerda el hit de los años ochenta, «Max es libre, los hay incluso que dicen que lo han visto volar». Es cierto que es difícil preocuparse por Subutex. Parece muy tranquilo... Justo en ese momento Sylvie lo ve llegar, con Charles, Olga y Laurent. El dream team Buttes-Chaumont. Les hace una señal con la mano. Le sigue sorprendiendo alegrarse de verlos.

Garges-lès-Gonesse no tiene nada de alegre, sobre todo si llegas con lluvia. Al fondo, líneas de edificios, y el centro de la ciudad parece de provincias: casas bajas, tejados de tejas rojas, sin ninguna pretensión estética. Se ve enseguida que nunca ha sido una ciudad burguesa, allí nadie se ha dicho voy a construirme una casita mona. El trayecto en tren ha sido corto, lo que les ha dado la impresión de hacer un largo viaje ha sido el enlace con el autobús.

Al llegar ante la iglesia, Gaëlle dice «ni se me ocurre entrar ahí, después de lo que nos han hecho los católicos, no volveré a pisar una iglesia. Durante las manis, dejaban sus folletos homófobos justo al lado de la pila de agua bendita, y los curas hacían la vista gorda. Os espero delante». Pamela abre los ojos como platos, perpleja, acostumbrada a sentirse en su casa en sitios en los que se cree que no debería existir, «Si crees que eso va a impedir que Cristo esté contigo...». Daniel, chupando el pegamento de su papel de fumar, pregunta: «¿Desde cuándo te acompaña a ti Cristo?». Pamela se arregla el velo en el espejo lateral de un vehículo utilitario: «También murió por mí, ¿qué te crees? ¿Que me guardo para mí mis pecados con la excusa de que soy una diosa de las mamadas?».

Gaëlle lleva un pantalón de cuero negro sumamente apretado, que la hace parecer aún más delgada y frágil. Una calavera adorna la hebilla de su cinturón. Tiene ojeras y le ha caído encima un chaparrón. Tiene el pelo mojado. Vernon se dice que le sienta bien el punto ratita hecha polvo. La otra noche pasó buena parte del tiempo bailando con Loïc. Al enterarse de su muerte encajó el golpe. Tiene la mandíbula tensa y añade, a la defensiva: «Además, desde el punto de vista estrictamente estético, no acepto este tipo de arquitectura. ¿Es una iglesia o una fábrica? Ya no se entiende nada». Nunca se había aventurado tan lejos en la periferia, y desde que han pasado La Courneuve no esconde que no está para nada contenta. La experiencia no le parece enriquecedora. Sylvie lleva un vestido negro sublime, alarga su gran paraguas gris por encima de la cabeza de Gaëlle y le dice «Yo espero fuera contigo, tampoco a mí me gustan las iglesias. No estoy bautizada y odio todo lo que tiene que ver con las religiones. Sería mejor que hicieran piscinas. En París estamos faltos de ellas». El edificio se llena lentamente. Laurent y Olga intercambian una mirada y se encogen de hombros, ellos sí quieren asistir a la misa, «nos vemos al salir, de todas formas luego vamos al mismo sitio». Daniel se coloca al lado de Xavier, que no ha dicho una palabra en todo el trayecto en tren. Es el único que tiene los ojos rojos. Lydia se rebela, a ella tampoco le apetece ir a la misa, pero entonces por qué han quedado tan temprano, habrían podido ir directamente al entierro y habrían ganado dos horas de sueño. Vernon da una calada al porro que le pasa. Charles sale, les dice que dentro está hasta los topes y que las van a pasar putas, hace frío, el cura parece un imbécil siniestro, se entera de que Sylvie no asiste a la ceremonia y se frota las manos, «no me atrevía a decirlo, pero me apetece muchísimo una cervecita».

Patrice se acerca a saludarlos. Ha llegado antes que los demás. Con bomber

negra, ocupado, no deja de ir y venir por la iglesia. Parece que esté haciendo la ronda de vigilancia. Ha reservado sitios para sentarse dentro, se los muestra a Olga y a Laurent, y vuelve a salir a preguntar a los demás: «¿Qué coño hacéis fuera? ¿Qué es eso de que ahora no queréis entrar?». Pone mala cara. «¿Habéis pensado en su viuda?» Pero los argumentos de Gaëlle le parecen enseguida aceptables. «Entonces no esperéis delante. Hay un bar un poco más allá.» Pamela espera a que desaparezca para levantar una ceja, dubitativa. «¿Soy mojigata o tiene una relación extraña con la mujer de Loïc?» Y Vernon asiente, él también lo ha observado: Patrice está superenfascado en toda esta historia del entierro.

Para empezar, nadie entendió del todo que se sintiera obligado a llamarla para darle el pésame. No eran amigos. Pero se ha vuelto tan protector con Xavier que de alguna manera se ocupaba de lo que habría debido hacer su amigo. Preguntó a Pénélope, la viuda, si necesitaba algo, y se encontró con una mujer superada por lo que le estaba pasando. Recibía incluso solicitudes de entrevistas, además del pésame de desconocidos y mensajes anónimos con insultos. Patrice se autonombró caballero andante.

Emilie pisa el cigarro antes de entrar en la iglesia, dice al pasar por delante de los que siguen en la puerta «Alguien tendrá que sacrificarse y avisar a la ex de Loïc de que está embarcándose con un tío violento», y Vernon se pregunta cómo lo sabe. Y por qué nunca lo ha comentado. En todo el tiempo que pasaron en el césped, nunca intentó sacar el tema. Xavier y Lydia entran en el gran edificio moderno antes de que se cierren las puertas. Charles pregunta «¿dónde está ese bareto?», y Vernon va con ellos. Se cruzan con Sélim en la acera de enfrente. No iba a ir. «Vas a perderte la misa, corre.» «No voy a la misa. Hoy no me apetecía estar solo.» Vernon reduce el paso para quedarse un poco atrás con él. «¿Tienes noticias?» «Directamente no. Pero parece que está bien. No me queda más remedio que creerlo. Espero. Pienso en todo lo que todavía no he tenido ocasión de decirle. No era cosa suya vengar a su madre, sino mía. Pero yo no creo en la venganza. Yo solo creo en el perdón.» Le ha cambiado la cara, la tristeza le chupa la energía. Sujeta a Vernon por la manga en el momento de entrar en el bar. Necesita hablar un poco más antes de fingir que todo va bien delante de los demás. «Si la policía viene a buscarla a mi casa, diré que nos peleamos y que se marchó. Es mayor de edad, puede hacerlo. Diré que le dije en nombre de la laicidad quiero verte el pelo todos los días o te vas de mi casa, infame sumisa. ¿Qué pueden reprocharme? ¿Ser un buen republicano? Pero si la policía viene a mi casa, creo que no tendré el cinismo de decir algo así. Temo traicionarla por segunda vez mintiendo mal.» Vernon responde «La Hiena dice que Dopalet no denuncia. La brigada antiterrorista no va a visitarte tan pronto...», y Sélim se encoge de hombros. «Algo tengo que esperar, ¿lo entiendes?» Y empujan la puerta del bar en silencio.

Ni vieja tasca de barrio, ni lugar recientemente renovado, el bar seguía más bien la estética de las ciudades pequeñas del bloque del Este antes de la caída del Muro.

Un limpio olor a lejía indispone y tranquiliza a Vernon —es el olor de la limpieza de su infancia, el olor de su madre, que lleva la casa. El dueño tiene unos sesenta años. No parece agradable. Bigotudo, con los ojos hinchados, tiene la cara sonrojada de los grandes bebedores, aunque no hay rastro en él del entusiasmo que a veces acompaña al alcoholismo. Los observa meterse en su local con mala cara, como si servir cafés y cervezas en ningún caso formara parte de los planes que se había hecho por la mañana al abrir. Toma las comandas con mal humor, las sirve evitando sus miradas y luego se queda inclinado por encima del fregadero, desconfiado y dispuesto a echarlos a patadas en el culo si su actitud deja que desear.

Sylvie les habla a media voz de cosas que ha oído en la radio esa misma mañana, de Siria, del plan de austeridad en Grecia y de las toneladas de agua radiactiva que todavía se vierten en Fukushima, meses después del terremoto. Se unen a ellos Laurent y Olga, a los que Charles, que está ya en su segunda caña, saluda con alegres gritos. Acercan dos mesas en el bar vacío bajo la mirada reprobadora del dueño. Llega Lydia, con el pelo mojado, «Os he estado llamando desde la iglesia, ¿no podíais esperarme? Allí dentro te congelas... No me he quedado. No había ido a la iglesia desde mi primera comunión, pero ya os digo que nunca me casaría por la iglesia. A los cinco minutos te agobias ahí dentro». Olga berrea que en la vida había visto tantas caras de gilipollas en un espacio tan pequeño. Qué caretos, muchas gracias, haber cogido el tren hasta las afueras para eso. Sylvie se echa a reír, encantada de imaginar a Olga arremetiendo contra todo el mundo en la iglesia. «¿Y tú, Laurent, por qué has salido?» «Tenía mucha sed», y Olga dice «¡Champán!». Sylvie la mira, desconcertada, luego se da un golpecito en la frente con un gesto preciso y cómico, «Pues tienes razón, es lo que necesitamos», y se gira hacia el dueño, «Jefe, ¿tiene champán?».

Está dejando las copas en la mesa cuando entran Pamela y Daniel, escoltan a Xavier, que no se siente bien. «¿Estáis con champán?», pero acepta la copa que le tienden y Vernon levanta su vaso «Por Loïc» y Laurent corea con seguridad, con voz estentórea, que nadie se esperaba, la canción de Renaud: «No jodas Manu no vas a cortarte las venas una tía que se va son diez amigos que vuelven». Xavier lo observa, incrédulo. Su primer impulso sería decirle cállate la boca, qué te ha dado, pero luego algo le seduce. También él canta. Su voz no es tan clara, pero la intención es lo que cuenta. Y justo después el ambiente da un vuelco. Sería difícil determinar con exactitud lo que lo desplaza. Quizá cuando el dueño acepta la copa que le ofrece Lydia, de la tercera botella, y le dice en tono brusco que puede poner música, que tiene una conexión USB. La voz de Nick Cave se eleva, «You've got to just, keep on pushing, keep on pushing, push the sky away». Sylvie dice «Qué lúgubre, ¿qué es?» mientras que Lydia cierra los ojos, «Me encanta esta canción». Vernon siente que la tristeza de la mañana se disipa. Se levanta y baila despacio, con su vaso en la mano, delante de la barra. Imagina que es una palmera mecida por la brisa. Olga, que nunca se ha juntado con ellos en las fiestas del Rosa Bonheur, porque eso de bailar no le

gusta, se coloca a su lado, se queda inmóvil, tímida, luego se lanza, despliega su gran cuerpo y ejecuta una extraña coreografía lenta, medio apache, medio *grunge*. Los que se han quedado sentados a la mesa dudan un momento: ya está, al dueño se le van a cruzar los cables. Pero todo lo contrario, esa mujer prehistórica que se contonea delante de su barra decididamente a contrarritmo lo propulsa a un estado de euforia inesperado. Levanta otra botella diciendo «esta corre de mi cuenta», y cuando ha llenado los vasos, mientras Big Mama Thornton deja escapar las primeras notas de su versión de «You ain't nothing but a hound dog», se invita a la izquierda de Olga y se contonea, con las rodillas extrañamente dobladas, lanza los brazos al aire y, de alguna manera, twistean.

En el patio, a lo lejos, suena una radio. Una canción de Alex Bleach. «Si duermo entre tus brazos es porque otra no ha querido saber nada de mí.» Marie-Ange canturrea en la cocina, vaciando el lavavajillas. Tiene cuidado con sus uñas. Se hizo la manicura el día anterior y no quiere destrozársela. La chica que le puso el esmalte semipermanente insistió mucho en que era resistente. Parece verdad. El semipermanente es genial, ya no es necesario esperar veinte minutos a que se seque. Pasó las manos diez segundos por una especie de minisecadora y pudo salir y rebuscar las llaves en el bolso, el esmalte no se movió. Le gusta que pegue el sol por la ventana, sentirlo calentándole el hombro. En la calle se dispara una alarma de coche. Marie-Ange está acostumbrada a hacer el menor ruido posible por la mañana. Xavier duerme más tiempo que ella. Unas dos horas diarias de media. Catorce horas por semana. Sesenta horas al mes. Dos días y medio descansando mientras ella está en pie y ordena la casa. Luego se prepara y va a currar, y él se queda en chándal. Sabe que se pasa el día sin hacer nada. Pero por la noche, cuando ella vuelve, se inventa actividades.

Cuando entendió que tendría que encargarse sola de toda la limpieza, intentó hablar con él. La primera vez la hizo reír, puso cara de payaso y afirmó categóricamente: «Yo no puedo pasar la aspiradora. Hace que te crezcan las tetas». Era una gilipollez total, pero lo dijo de una manera que le gustó. En aquella época solía pillarla desprevenida. Él hacía el idiota, ella se reía y él la desarmaba. Ella se dijo no vamos a comernos la olla por las tareas de la casa, sería mediocre, con el tiempo entendería que las cosas no podían funcionar así —ella es la que curra a jornada completa y paga todas las facturas, y él se queda en casa tocándose las narices. Pero al ver que seguía sin ocurrírsele coger un estropajo y fregar los platos, o doblar una sábana seca, o cambiar las sábanas de vez en cuando, le expuso su punto de vista procurando no herirlo —es decir, evitando mencionarle que no traía dinero a casa. Habló de respeto, de cariño, no de igualdad, sino de ayuda mutua, de su derecho a tumbarse también ella en el sofá cuando el día de trabajo había sido duro... Xavier hizo como que la entendía. Pero ahí se quedó la cosa. Intentó ser pedagoga. Colgó en el frigorífico la lista de todas las tareas habituales: platos, basura, lavadoras, ordenar la ropa, limpiar los váteres, la bañera, fregar el suelo, las ventanas, ordenar la habitación de la niña, el polvo, el frigorífico, el cuarto de baño... Funcionó: él bajaba la basura. Cada vez que lo hacía, lo comentaba orgulloso: «Te bajo la basura». El «te» de la frase tenía el don de provocarle una rabia increíble. Le entraban ganas de cogerlo del cuello y zarandearlo, «encuentra un curro al menos, que podamos coger a una mujer de la limpieza». Porque solo con su sueldo no llegan. Sus bromas de niño que no se toma nada en serio ya no la conmueven. Se siente traicionada. La responsabilidad de todo lo difícil de gestionar recae solo en ella. Él no parece darse cuenta. Cuando ella habla de dinero y dice que van a tenerlo complicado para irse de vacaciones, siempre le da la impresión de que él la mira diciéndose que se queja por

nada.

Xavier apenas gana para pagarse el dentista, una copa en el bar de vez en cuando y sus billetes de metro cuando por milagro tiene aún una entrevista de curro. El tema se ha convertido en tabú hasta tal punto que impide gran cantidad de conversaciones. Él se sale de sus casillas cuando ella habla de pedir un puesto en provincias. Dice que no respeta su trabajo. Pero marchándose de París se las arreglarían mejor con un solo sueldo. Si vendieran el piso, podrían comprarse una casita decente, con jardín. A Xavier le horroriza Stéphane Plaza, porque cada vez que ella cae por casualidad en su programa de televisión, vuelve a hablar de mudarse.

Al principio, Marie-Ange lo apoyaba —le parecía normal que la carrera de un artista pasara por travesías del desierto. Lo escuchaba con complicidad cabrearse contra los maricones del mundillo. Él era demasiado sincero, sus ideas chocaban con la tibieza ambiente, le gustaba un cine que en Francia no se respetaba, no venía de un entorno social favorecido, había muchas cosas que jugaban en su contra. Ella siguió solidarizándose con él cuando entendió que lo habían puesto en la lista negra —aunque de vez en cuando lo citaba algún director fiel a su filmografía adolescente, los productores lo descartaban con un gesto irritado. Ni hablar. Él no. Demasiado temperamental. Estaba acabado, y no exactamente por las razones que él alegaba. Su análisis de la situación era falso, lo que le impedía corregir el rumbo. Pero ella ganaba lo suficiente para vivir los tres, estaba convencida de que él tenía talento y de que estaría orgullosa de seguir a su lado aunque las cosas no le funcionaran. Sin embargo, con los años, fue perdiendo la paciencia. Ya no cree que le llegará el día. Su grandeza no era tanta como él pensaba.

Marie-Ange sale de casa cada mañana a las siete y media, va en metro a las oficinas de Ipsos, donde es encargada de estudios. Se chupa una jornada de platos, de paneles y de mierdas, y Xavier se queda en casa, creando. Ella no rechista. Pero empieza a ser desagradable con él. Está harta de la vida de artista. No se ve como musa de un *loser*. La última vez que imprimió, y encuadernó, un guión, y se lo entregó como un regalo precioso —era su primera lectora—, se dio cuenta de que ya no le divertía. Llevaba más de un año con aquel proyecto. Noventa páginas de diálogos. Dieciocho meses, a jornada completa. Vale, se trataba de creación. Pero el cabrón se tomaba su tiempo. Se sintió obligada a empezar a leerlo aquella misma noche, estaba reventada y habría preferido esperar al domingo, pero él estaba como un crío que patalea, tan nervioso que se dijo el sueño puede esperar y leyó las cuarenta primeras páginas. Lo besó antes de apagar la luz y fingió: «Dejo la segunda mitad para mañana. Pero es genial, bravo, mi Vevé». Así lo llamaba en la intimidad: mi Vevé. Su texto era malo. Sus anteriores proyectos no eran mucho mejores, ahora que se permitía ser sincera, se daba cuenta de que lo sabía. Pero hasta ahora sus guiones habían sido divertidos. Ella siempre había sonreído, y luego reído, leyendo lo que escribía. Tenía una fantasía que había perdido en el camino. Y en su lugar no quedaba gran cosa. No encontró la energía para mentirse. Su hombre era un autor

mediocre. Concatenaba tópicos creyendo inventar la sopa de ajo, su intriga era débil, chapucera, los diálogos eran malos en general, los personajes no tenían consistencia... No necesitaba ser una lectora profesional para verlo, le bastaba con ver películas y series de vez en cuando. Lo que aquella noche le chocó, acurrucada en un extremo del colchón, sin conseguir coger el sueño, no fue descubrir que no creía en él como guionista, sino admitir que le faltaba valor para afrontar lo que vendría después: él iba a mandar su guión a todos sus conocidos, iba a esperar respuestas que no llegarían, porque les daría apuro explicarle que no tenía ningún interés y que preferían dejarlo correr. Y él iba a lamentarse, a rebotarse, y ella iba a tener que fingir que estaba con él de corazón, y pasarse noches consolándolo cuando volviera reventada del curro. ¿Y a ella quién la sostenía? Xavier desprecia su trabajo, es incapaz de interesarse por él. Dice lo contrario, pero cuando le habla de sus problemas de mánager, siente que su mente vagabundea. Lo aburre.

Su padre se lo advirtió. A los veinte años, no le hizo caso porque estaba convencida de que el pobre viejo no entendía nada de la intensidad del amor que estaba descubriendo. Pero la avisó. «No puede haber nada peor para una mujer que meter en su cama a un hombre inferior a ella.» Marie-Ange llegó a la conclusión de que sus padres no tenían ni idea del mundo en el que ella vivía, ese mundo en el que Xavier era una fiera del asfalto, de una insolencia sexi, que iba a conmocionar el séptimo arte. Se equivocaban subestimándolo. Hoy en día se da cuenta de que la corta de entendederas era ella. Apostó por un caballo defectuoso. El sistema habría podido serle favorable si hubiera elegido bien. Pero se equivocó en todos los ámbitos, con un afán siniestro y meticuloso. Tenía un título de estudios universitarios generales en el bolsillo cuando decidió, también contra la opinión de sus padres, entrar con contrato indefinido en Ipsos. Había hecho su camino, es verdad. Y no en el sector más amenazado por la crisis. Pero habría sido más fácil hacer tres años más de estudios, aprender una lengua extranjera y dejar que su padre la guiara.

Las malas elecciones... También es cierto que hizo lo que pudo con lo que se le presentaba. No tenía ninguna predisposición para hacer grandes estudios —como decían discretamente en su casa, «su inteligencia no era académica»... Tampoco había rechazado a un sinfín de pretendientes más prestigiosos que el que se convirtió en su marido. Se enamoró de Xavier porque fue el primer tío un poco excitante que la veía como una princesa. En aquella época estaba seguro de sí mismo. Fue justo después del relativo éxito de su primera película, en los ambientes modernos hablaban de él como de un Renoir de las afueras. No podía sospechar que el director, un amigo de la infancia, preferiría escribir solo su segunda película. Xavier es un gran ingenuo, a su manera. Imagina que todo el mundo tiene su espíritu caballeresco. Pero a su alrededor la gente ha madurado, es pragmática: un guionista sale caro. Así que prescindan de él. En su momento ellos dos encajaban bien. Era la primera vez que Marie-Ange tenía lo que quería de un hombre. Él la dominaba, él era el tío, pero comía en su mano, estaba loco por ella. Hasta entonces había tenido que limitarse a

babear de envidia viendo a las demás chicas divirtiéndose con tíos que, de lejos, parecían maravillosos. Ahora le tocaba a ella. Aquella pedazo de cafre se volvía cariñosa en cuanto se acurrucaba contra él. Se sentían realizados. Él inventaba halagos para ella, a medida, observaba cosas de su personalidad que erigía como cualidades únicas. Le dio mucha confianza en sí misma. Fue la época bonita. Aunque no habría debido estar tan contenta. A Xavier le molestaba todo. Cenar en la ciudad, entrar en un museo, ir con ella a casa de sus padres... criticaba, se rebotaba por nada, era susceptible hasta hacerla sentir incómoda. Debería haberse dado cuenta de que se empecinaba, incluso cuando todo iba viento en popa y habría podido hacerse un círculo de amistades, en ir a lo que él llamaba «su bar», un pasillo patético y lleno de humo en la otra punta del distrito XVIII. Allí se reían a carcajadas, entre partida y partida de cartas, metiendo las manazas en los cuencos de cacahuets, y la gente que a él le parecía «curiosa» no eran más que alcohólicos que le hacían sentirse como un dios porque lo trataban como a un «señor» del cine. Le gustaba rodearse de amigos que no estaban a su nivel, porque necesitaba que lo reafirmaran a todas horas. Pero sus colegas de bar tiraban de él hacia abajo, cuando lo que necesitaba era lo contrario, evolucionar. Marie-Ange nunca se ha sentido fascinada por eso que llaman «la gente de verdad». Le importa una mierda saber cómo viven —no le interesa el día a día de una maestra de escuela o de una enfermera, ni tampoco saber lo que esa buena gente lee o el cine que les gusta. Era su primera historia importante. Respetaba a Xavier. Y durante unos años le dio estabilidad, es cierto. Le permitió por fin pensar en otra cosa que: no me casaré nunca nadie va a quererme jamás. Y cuando su padre intentaba advertírsele hablándole de «meterse en la cama a un hombre por debajo de su nivel», no podía decirle sinceramente lo que pensaba: con Xavier, en un primer momento, en la cama, fue magnífico. Y eso era muy importante para ella, que en ese aspecto no tenía ninguna experiencia excitante. No le había ido muy bien con los hombres. Era inexplicable. Era una chica guapa, y lo sabía. Una rubia ceniza de rasgos finos, sin sobrepeso. Tenía las piernas un poco cortas, la cintura poco marcada y los pechos pequeños. Pero tenía los ojos grandes, los huesos finos y la piel bonita. Los hombres no salían corriendo. Pero no les inspiraba la menor pasión erótica. Xavier fue el primero que la hizo sentirse mujer —es decir, deseada. Todo en ella lo excitaba. Era divino descubrirlo —cuando se desnudaba ante él, era una revelación del cielo.

Fue feliz. Mucho tiempo. No le inquietó que pasado un año tuviera que fingir en la cama. Pensó que ya volvería. Cuando no estuviera tan cansada y tan preocupada. Pero todo lo contrario, la cosa iba cada vez peor. Tenía que obligarse y cada vez le costaba más. No lo comentó con nadie. Los hombres vienen de Marte, y las mujeres de Venus, a ellos les gusta el sexo, y ellas podrían prescindir de él. Se lo debía. No le apetecía que fuera a buscarlo a otra parte. No se rindió hasta después de la cesárea. Ya no le apetecía seguir fingiendo.

El embarazo no fue para ella una revelación mística. Los últimos meses fueron lamentables. No pasó por el famoso subidón hormonal que le habría permitido que le

pareciera fantástico ser una inválida. Y tampoco se sintió cómoda justo después de que naciera Clara. Se daba perfecta cuenta de que era la mamá de aquel ser pequeñito, pero lo único que le inspiraba era pánico. Salió de la maternidad destrozada por el hecho de que a nadie le alarmara que no estuviera preparada para ocuparse de un bebé. E iba a ser su madre, que se largó al Caribe tres días después del parto, la que le enseñara. Ahí Xavier estuvo increíble. Tenía respuesta para todo. Encontró en internet un fórum de padres jóvenes, y estaba al tanto de todo, desde la temperatura del biberón hasta la mejor marca de pañales. Su hija lo maravillaba. Xavier no tardó en improvisar una manera de ser felices los tres. Las mañanas enteras en la cama, besando los pies diminutos, las danzas apaches para hacerla reír, las horas en librerías especializadas buscando libros de cuentos, el buen humor cada vez que hacía caca, «estupendas, estas heces son estupendas». Y de alguna manera Marie-Ange solo tuvo que subirse a la vida familiar que había imaginado. Se relajó. Quería al padre en el que Xavier se había convertido. Pero ya no quería al hombre que seguía deseándola.

Sin embargo, desde el punto de vista social, la maternidad había sido una fuente de decepción. Todas las madres a las que conoce tienen hijos de competición. Los primeros años, Marie-Ange era inocente, imaginaba que a partir del momento en que había dado a luz formaría parte *de facto* del círculo de las madres jóvenes y sacaría también ella su iPhone para mostrar fotos de su cría. Pero no es tan sencillo. Las otras madres la desmoralizan. «La mía andó a los seis meses, nos quedamos boquiabiertos cuando la vimos cruzar el salón.» «La mía hablaba dos lenguas a los dos años.» «El mío aprendió a leer solo a los tres años.» «Al mío le descubrieron en la guardería su gran talento como futbolista.» «He abierto una cuenta de ahorros para la mía, me preguntaron si no quería posar para un reportaje de moda, yo no quería pero a la cría le encanta, y desde entonces la llaman de todas partes.» Y que yo te saque el vídeo de mi hija haciendo la rueda en un potro, montando un ordenador con los ojos cerrados o cantando un aria de ópera... Clara es un ángel, pero no sirve para chulear. Lo ha sacado de su madre, seguro. No tiene la menor predisposición que merezca ser señalada. Cuando baila las canciones de Maître Gims, parece Goldorak calentando. Marie-Ange adora a su hija. Pero la maestra del colegio jamás se ha acercado a ella después de clase para comentarle su sorpresa: su hija tiene un gran talento. Jamás. Este año, para carnaval, su padre le regaló el vestido de Elsa, de *Frozen*. En el paquete, un vestido de princesa sublime. Pero una vez puesto, la cría se parecía más a Shrek que a otra cosa. Marie-Ange hizo fotos, no quiere que su hija se sienta denigrada. Pero no las cuelga en Facebook. Es lúcida. La única vez que la niña tuvo cierto éxito en el despacho fue para la *zombie walk*. Llevaba una peluca naranja y leotardos a rayas negras y blancas, a lo Emily Strange. Un amigo de Xavier que trabaja en efectos especiales vino a ponerle una enorme raja falsa en la mejilla, que parecía dejar al descubierto los dientes... Clara se lo pasó en grande todo el día, arrastrándose por la place de la République babeando. Era la primera vez en su vida

que gente desconocida le hacía fotos. Y Marie-Ange se da cuenta de que las demás no la invitan a sus cumpleaños. No es popular. Su padre ladra cuando ella lo comenta. «No eres tú la que va a buscarla al colegio, no te das cuenta de que en su clase solo hay gilipollas.»

Otro hijo. Lo piensa a menudo. Es triste para la cría crecer sola. Y además es raro que una pareja solo tenga uno. Dice algo que a Marie-Ange no le gusta. De entrada, que no está satisfecha con su vida, y además no necesita gritar a los cuatro vientos: solo hemos tenido un crío porque no somos una pareja que funcione muy bien. A nadie le importa. Comenta cada vez con más frecuencia a Xavier lo de ir a buscar el segundo. Él no parece tener prisa. Sin embargo, no tiene otra cosa en la vida que la educación de su hija. No va a estresarse porque le den un hermanito...

Marie-Ange se da todavía algo de tiempo. La cesárea le dejó un mal recuerdo. Los tíos son muy amables cuando te miran por encima del hombro: «No me digas que temes que se te deforme el cuerpo». Vete a que te corten los abdominales con tenazas para abrirte el útero por la mitad... y luego hablamos de las mujeres que son tan superficiales que se lo piensan dos veces antes de volver a pasar por eso. La cicatrización... olvídate. Ella anduvo un mes doblada en dos. Los abdominales los utilizas para todo, en ese momento eres consciente. Un parto normal es un mes antes de volver a hacer deporte. Para una cesárea hay que contar con seis. Parecía un saco de patatas cuando pudo volver a sus clases de pilates. Y ya no le quedaba nada —ni un músculo abdominal—, un año matándose antes de volver a mantenerse derecha. Hay que trabajar mucho para poder volver a ponerte en bañador. Tampoco eso lo sabía —pero para las madres de competición, la cesárea es el parto de las inútiles. La maternidad no es lo que imaginaba. Creía que las madres se apoyaban entre ellas, una solidaridad de mujeres de verdad. Pero dar a luz es solo coger tu billete para poder entrar al césped. No te garantiza la medalla.

Al mismo tiempo, le importa una mierda. Clara no le permite brillar en sociedad, pero nunca su necesidad de ternura ha estado tan satisfecha, y no ve qué sentido tendría su vida sin la cría. Xavier es un padre excepcional. Le reprocha un montón de cosas, pero en lo que respecta a Clara no tiene nada que decir. Es paciente, es firme, hace el payaso, es atento, es exigente y piensa en halagarla. Marie-Ange solo tiene que ajustar su paso al de él para que con la cría vaya bien. Está loco por su hija, pero es un amor que nunca excluye a la madre. Y en el mundo de las mamás gana puntos. Al principio evitaba decir «va a buscarla todos los días a la guardería», creía que las mujeres entenderían de inmediato que estaba casada con una especie de parado. Se equivocaba. Fue consciente con el tiempo. «Ha visto sesenta y tres veces *Los aristogatos* con ella, era su película preferida de niño, y a Clara la vuelve loca» o «Juega a todos los videojuegos con ella, quiere asegurarse de que no ve nada que no pueda entender sola» es como «Ha encontrado un bajo pequeño para ella, la enseña a tocar». Te marcas un punto. De hecho, las mujeres no dicen: «Ok, tu chico nunca ha colocado en su sitio el mando de la Nintendo, y todavía tiene el bajo metido en su

funda, en el armario» ni «Es una tía o qué, te has casado con una tía». No. Ellas piensan tío creativo, masculino pero moderno, y dicen cosas como «para una niña es muy importante la mirada de su padre. Si te valora, te das cuenta, y eso cambia su concepción de la feminidad y de los hombres». Marie-Ange sabe que es falso. Su padre también estaba muy bien. Y eso no impidió que ella fuera una torpe. Pero ya que están convencidas de lo contrario, le gusta contar a sus amigas que Xavier es la leche.

Una razón más para no dejarlo. Sabemos lo que perdemos, pero no sabemos lo que ganamos. Si uno de los tíos con los que se acuesta de vez en cuando le montara una escena para que dejara a Xavier, y tuviera un buen puesto, no lo dudaría, lo sabe. Pero sus amantes nunca han intentado que abandonara su hogar. Como tampoco se han planteado romper su pareja. Así que se queda. Para vivir sola y no volver a tener vida en pareja, prefiere estar con el padre de su hija. Algunas mañanas, cuando se despierta, directamente lo odia. Ordena la casa repitiéndose todos los argumentos sobre por qué él la bloquea, la asfixia y la aburre. Pero no le comenta nada. Y no está segura de que se sintiese tan bien con Clara si estuvieran las dos solas. Quiere a su hija también a través de los ojos de Xavier. Él está muy orgulloso de ser su hombre.

No hay que fiarse de los deseos cumplidos. Ella ha deseado muchas veces, al volver del trabajo, «haz que me sorprenda». No aguantaba más encontrar a Xavier en casa. Contento de verla volver. Tan cariñoso, tan dependiente, demasiado afectuoso... Tenía que reprimir un gesto de rechazo. No se daba cuenta de que las mujeres enseguida se asfixian. A veces, cuando la cogía, tenía ganas de apartarlo —hazme soñar, asústame, pero haz que me sienta viva, joder. Rezó para que la sorprendiera. Pero no lo veía así. La sorpresa acabó llegando... Ya solo se preocupa de «los otros». La pandilla de Subutex. Ella ya no es el centro del mundo de su marido. Habría jurado lo contrario, pero lo echa de menos. Empezó con el coma. Los médicos son idiotas. No ven nada en las pruebas. Le entran ganas de darles en la cabeza con un candelabro. En las pruebas, quizá, pero a simple vista se ve perfectamente que el tío ha perdido neuronas. Y nadie lo ha ayudado. Vernon Subutex se ha convertido en el ídolo de su marido. Menudo pringado. Aunque atractivo. No le habría importado hacerle un favor cuando lo vio en su salón, el fin de semana que vino a quedarse con su bulldog. Hay tíos así —no se sabe a qué responde. Apestan a sexo.

Su follamigo del momento, Dimitri, es exactamente así. Una bomba. Muy joven. Se depila los hombros y el pecho, y se afeita los huevos antes de verla. Es el tío que limpia los cristales en su empresa. Se cruzaron varias veces antes de fijarse el uno en el otro. Cuando descubrió que se depilaba, le dio pena. Parece que todos los de su edad lo hacen. Infelices, para qué se meten en ese berenjenal... como si las mujeres necesitaran que se depilen para encontrarlos atractivos. Se ha preguntado muchas veces si Xavier la engañaba. Con tanto tiempo libre, no le sorprendería... Ella solo exige no enterarse. Se lo preguntó cuando él cogió la costumbre de ir al parque todos los días. Estaba celosa. Él hablaba de sus amigos en primera persona del plural y

parecía muy contento. Se tomó unos días libres y lo vigiló. Estaba segura de que allí tenía una amante. Lo siguió. Él se pasaba los días en el parque, fumando porros en la hierba. Con su famosa pandilla. Cuando los observa piensa en historias que leyó sobre la Edad Media, pueblos enteros sumidos en la locura. Él se lo pasa en grande. Y no es con ella. Le propone a menudo que vaya, incluso quiere llevarse a Clara, pero Marie-Ange se niega. No le apetece ir con él a ese infierno grotesco. Él cambia. Está más contento. Es lo que más le molesta. Se siente nula a su lado. No le ha pasado nada, ni siquiera alguna gilipollez, que pudiera hacer que se sintiera mejor. No entiende qué es eso tan estupendo que encuentra rodeado de esa pandilla de machacas. Pero él se siente realizado, se renueva. Se le escapa. A menudo le entran ganas de darle un ultimátum: o ellos o yo. Sería ridículo. Pero necesita tranquilizarse, que él vuelva a decirle que está dispuesto a cualquier cosa por ella. Eso de lo que se ha quejado durante años, ese amor constante y obsesivo, ahora le falta. Y no entiende en qué está convirtiéndose. No le apetece perderlo. Ya no lo quiere, pero no soportaría que dejara de estar a su lado.

Alegre, el perro, sale el primero de la habitación de la niña. Quiere decir que ella está despierta. Va a beber a su cuenco y luego reclama caricias dando golpecitos con la parte superior de la cabeza en la pierna de Marie-Ange. Al principio no lo soportaba. Le recordaba a Xavier. Un pedazo de gilipollas que no sirve para nada. Es una locura. Cuánto ha querido a este hombre, cuánto lo ha admirado. Y ahora, si ve en su sofá a un viejo caniche que apesta, piensa en su hombre. Al principio se querían. Lo que pasa es que en estas cosas no se dice la verdad. Nada más. Todo el mundo se muere de aburrimiento pasados unos años. Lo ve perfectamente a su alrededor —se esfuerzan por dar el pego cuando te cruzas con ellos, pero todo el mundo se aburre en pareja. La gran variable es el esfuerzo de puesta en escena, de cara a la galería. Hay parejas que han seguido enamoradas del efecto que producen en sociedad. Mientras hay público, siguen fingiendo. Pero una vez en el dormitorio, se aburren.

Clara llega corriendo, descalza, Marie-Ange grita «¡las zapatillas!» y se reprocha empezar el día pegándole la bronca. Suele hablarle en tono seco. Cuando Xavier está en casa, lo cuida un poco más. La cría vuelve con sus zapatillas de cuadros rojos en los pies, la cabecita despeinada y los ojos adormilados, parece un ángel. Pasa los brazos alrededor del cuello de su madre. Por la mañana huele bien. «¿Puedo tomarme mi Nesquik?» «Yo te lo preparo, preciosa. ¿Quieres un bol de Cheerios grande o pequeño?» Es un secreto entre ellas, cuando Xavier no está le prepara cereales con azúcar por la mañana. Son malos para todo, pero a Clara le encantan.

«Mamá, ¿puedo ver una película mientras desayuno?» Marie-Ange suspira. Cuando está su padre, la cría nunca pregunta si puede ver la tele por la mañana... A la madre le parece bien que la cría se plante delante de la tele, así podrá limpiar un poco la casa o mirarse el correo tranquila. Está mal, todos los padres lo saben. Debería vestirla ya y proponerle alguna actividad. Solo que es muy práctico. Dice

«Vale, pero solo una, te aviso», y se siente culpable, porque le va muy bien.

A Xavier le jode dejarla tranquila aunque solo sea un fin de semana largo. Habrían podido irse los tres a algún sitio. Podría haberlo pensado. O decirse «mira, voy a encargarme de la cría para que Marie-Ange descanse un poco». Es la tercera vez que va a «verlos». De mal en peor. Lo del parque ya le parecía al límite, pero ahora tiene que coger el tren. Y no dice adónde va. Le interesa más dejarlo correr, ella tampoco va a soportarlo mucho tiempo. No sabe dónde está. Está ilocalizable. Sorprenderla, la sorprende. Pero no en el sentido que esperaba.

Clara pone el DVD de *Frozen*. Marie-Ange no puede reprimir un escalofrío de odio al oír la canción con la que empieza la película. No puede más con ella... La cría es así, desde siempre, cuando le gustan unos dibujos, hay que chupárselos en bucle hasta que te dan ganas de vomitar. Clara está acurrucada entre las patas del perro. Marie-Ange se sienta dos minutos, acaricia el tobillo de su hija mirando a las dos hermanas que juegan juntas en la pantalla, una de ellas tiene el poder de hacer surgir hielo de sus manos, y la pequeña juega en montañas de nieve en polvo que la mayor ha creado para ella en el salón... Se hace daño, no hay forma de consolar a la mayor, no debe volver a utilizar su don. Marie-Ange se queda medio dormida. Una idea la despierta. ¿Cómo es posible que haya visto esta historia tantas veces y nunca se haya dado cuenta de que es también la de Xavier? Ella no entendía qué le veía a esta puta historia, pero salta a la vista. Dos niños separados por la nieve en polvo. Que lloran cada uno a un lado de la puerta por su complicidad perdida. Son su hermano y él. ¿Por qué le molesta a ella que Xavier comente que siente un vacío por dentro por no haber sabido proteger a su hermano? Todo lo que le conmueve la pone tensa, se pone a la defensiva. ¿Qué ha sido de la ternura que había entre ellos? Observa con una mirada nueva a Elsa, la joven reina, que levanta un muro de hielo entre ella y el mundo. ¿Se parece a ella? ¿Quién puede aún acercarse a ella sin que intente defenderse? De repente es consciente de la rabia que ha crecido en su pecho toda la mañana. ¿Qué le ha hecho su marido tan terrible para que sienta tanto rencor hacia él? ¿Qué se hace cuando la pareja se ha convertido en una fábrica de frustraciones? Xavier cambia. Le dieron un golpe en la cabeza y ya no es el mismo. ¿Y qué? Justo antes se quejaba de que no evolucionaba. No quiere dejarlo, no quiere que se quede... no hay solución. Tiene miedo. Pero ¿de qué?

Marie-Ange se inclina para besar el hueso del tobillo de su hija, que es redondo y sobresale. No volverá a querer a su padre. No volverá a desearlo físicamente. Eso queda reservado a otros. Él no volverá a hacerla soñar. No cree en las historias de antiguos volcanes a los que se creía demasiado viejos, etcétera. Pero ¿son necesarias tanta distancia y tanta rabia? ¿Qué hacemos con el amor cuando ya no hay amor? En los dibujos animados, el amigo que tiene un ciervo le dice a la protagonista: «Yo nunca te abandonaré». Y Marie-Ange tiene ganas de llorar.

Como todos los días al levantarse, Vernon se pregunta qué tiempo hace en París. Echa de menos la ciudad. Pamela le ha regalado unas Ray-Ban de montura dorada y cristales ahumados, como las que llevaban los camellos en los años ochenta. Vernon parece un payaso cuando las lleva, pero le gusta el color que dan a las cosas, como si el verano estuviera sumergido en whisky. Hay un *camping* a unos quinientos metros, organizan una fiesta de inauguración de la temporada. En las playas no tardarán en abrir los chiringuitos. El viento arrastra el sonido —Daft Punk, «Get Lucky». A lo lejos pasa un tren. Une todos los pueblos de la costa. A diez minutos a pie hay una pequeña estación. Hoy, los últimos en llegar aparecerán en grupos, arrojados a este rincón perdido de L’Ile-Rousse... En la casita que les sirve de base hay una ducha exterior, en la terraza. El agua discurre a lo largo de la escalera de bloques de piedra encastrados. A veces, durante el día, Vernon mira a su alrededor y le cuesta creer que lo que sigue aquí sea su vida. No conocía Córcega. Llevan aquí quince días. Es el tercer sitio en el que se instalan. Se deja llevar. Por la noche pasan jabalíes, a unos metros, en familia, y las culebras cruzan la terraza a la hora de la siesta. Arañas grandes como un puño campan entre los matorrales, y pájaros inmensos despliegan sus alas por encima del tejado. La playa no está lejos. Pero él nunca va. No le gusta que le entre arena en las botas. Prefería Bretaña. Aquí todo el mundo lleva chanclas. Se ven demasiados dedos de pie, para su gusto.

Xavier ya está en pie. Juega con Emma, la pitbull que Olga recogió cuando fue demasiado vieja para seguir teniendo cachorros. La perra arrastra las tetas por el suelo. Más allá, tres chicos charlan agachados al pie de un olivo. Tienen unos veinte años. Vernon nunca los había visto. El campamento ya está lleno. A partir de mañana se vaciará poco a poco, como una bañera a la que se le quita el tapón. Las tres siluetas se animan, uno de ellos se rasca la garganta, una chica se acerca y quiere convencerlos de que se levanten y vayan con ella a algún sitio. Ellos prefieren quedarse sentados bebiendo cerveza. Han dormido en una de las decenas de tiendas que en dos días han proliferado alrededor de la casa. En cada fiesta hay más gente. Todo esto no tiene ningún sentido. Y no durará. Vernon se ha levantado con «A Day in the Life» en la cabeza. El sol pega ya con fuerza. En Córcega el verano empieza pronto. Apenas estamos en mayo. Las avispas se ponen en movimiento por encima del café. Emilie se acerca y se sienta a su lado. Llegó ayer. No encuentra su sitio, está tensa. Como siempre. Lleva un vestido azul años cincuenta que le queda bien. Vernon la coge del hombro, le pregunta «Bueno, ¿estás preparada para un poco de Julos Beaucarne?». Pinchó este disco en Bretaña. Emilie se cachondeó de él todo el día siguiente. «Todavía no me creo que te atrevieras.» «¿Coló o no coló?» Amanecía. En la pista había gente mucho más joven que ellos. «Todo está siempre por volver a empezar.» Sabía que podía permitírselo. En la pista estaban en condiciones de pillar el rollo. Funcionó de coña. Salvo para Emilie, a la que semanas después todavía le basta para reírse.

Todo esto empezó después del funeral. Mientras enterraban a Loïc, Sylvie se quedó impertérrita. Con las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina negra, la cabeza metida entre los hombros, miraba fijamente sin expresión a la gente que pasaba para dejar una rosa en la tumba, y siguió al grupo cuando se dirigió discretamente hacia la salida.

En el tren de regreso, la resaca era importante. Se agruparon al fondo de un vagón, y al principio nadie decía nada. Los labios de Lydia Bazooka temblaban al coger aire, como si intentara calmarlos. Luego le dijo a Daniel: «No sabía que Loïc tenía tantos colegas fachas... Este entierro ha sido sórdido». Daniel cruzó las manos por encima de la cabeza para estirarse. «Cuando ves la ruina que son esos tipejos, te dices que menudos huevos tienen pretendiendo defender la raza blanca... Con ese patrimonio genético, vamos mal. Si les dejamos seguir con sus planes, Francia va a convertirse en el pueblo más feo del mundo.» Lydia acercó ligeramente su cadera a la de Daniel para que supiera que si olvidaba por dos minutos a su tatuadora, ella estaba dispuesta a seguir hablando de todo aquello en su casa, esa misma noche. Entonces Sylvie se echó a llorar. Ruidosamente. No en plan suelto una lágrima en mi rincón y espero que nadie se dé cuenta. No, sollozaba a todo volumen. «¿No veis que está jodido? Todo. Todo está jodido.» A su alrededor se quedaron atónitos. Nadie parecía entender adónde quería ir a parar: ¿se refería al mal ambiente en el entierro, al hecho de que el verano llegaba a su fin y no seguirían viéndose en el parque, o se trataba de una constatación más personal? Sélim la abrazó para consolarla. Xavier se apoyó en la pared del vagón, deprimido. Daniel y Lydia intercambiaron una mirada consternada, en plan joder, seguramente hemos dicho una gilipollez gorda sin darnos cuenta. Y Pamela Kant se colocó en medio del grupo, agarrándose a la barra para no caerse. «Os quiero. Me niego a que nos separemos así.» Vernon esperó a que alguien soltara una pulla para relajar el ambiente, pero todo el mundo se quedó en silencio. Como pensando.

Aquel día todo cambió radicalmente. Esta vez ya no era él el que volaba más alto. Fue testigo estupefacto de un fenómeno raro: la locura de grupo. Respondía menos a las palabras que al ambiente en que se enunciaban. Él seguía en su rincón y pensaba en Loïc, lo veía bailando. No era un recuerdo auténtico, sino una imagen inventada, pero viva como si fuera real. Lo veía con los puños en alto y el pecho hacia fuera, pisoteando el suelo y dando puñetazos al aire. Un frenesí de pura alegría. Pamela pasó su brazo por el de Vernon, como tan bien sabía hacer, un gesto de intimidad no lo bastante sexual como para permitir que le metieran la mano entre las piernas, pero lo bastante tierno como para permitirse cogerla de la cintura, y que en adelante todo avanzara en una penumbra medio libidinosa, medio amistosa, y le preguntó con voz grave si quería irse unos días con ella para pensar «en todo esto», y él imaginó espontáneamente la playa, pero sin arena, solo a Pamela Kant en bañador, los dos

solos en una terraza, pensando «en todo esto». Contestó sí, claro, donde quieras cuando quieras lo que quieras. No siguió el resto de la conversación. Se metió en su mundo, como suele sucederle. En la gare du Nord, al grupo le costó dispersarse.

Cuatro días después, cuando consideró que Vernon estaba ya recuperado de su gripe, Pamela se lo llevó a los Vosgos, a un chalet perdido a varios kilómetros de Remiremont. Decidió marcharse de la ciudad. Su intención no era tomarse diez días de vacaciones. Decía que había llegado el momento de cambiar de vida. Entró en una fase que habría podido calificarse de maniaca si hubiera habido un polo depresivo al otro lado de la balanza. Pero nadie a su alrededor la incitaba a dejarlo correr. Una vez compartida por un grupo, la locura, por furiosa que sea, puede convertirse en un modo de vida.

La Hiena se unió a ellos. Se retiraba de la circulación. Dio al tema un fuerte acelerón... A Pamela le gustan las sociedades secretas. La Hiena tiene una visión del mundo ultraparanoica. Las dos juntas, sin nada que hacer, son la bomba. Ahí surgió la idea de las bases a partir de las cuales se organizarían las ceremonias. Al principio, solo se trataba de hacer una fiesta «para volverse a ver». Pero desde la primera noche, en una antigua fábrica de papel todavía no rehabilitada que ocuparon sin avisar, y sin dejar rastro después, se juntaron más de cincuenta.

Aun así, los que quieren asistir a las ceremonias tienen que estar dispuestos a hacer algún esfuerzo: un día antes de salir reciben una nota, que se les entrega en mano, generalmente una cita en una estación de autobuses. Aunque puede ser de tren, o en coche. Nunca se sabe. Hay cláusulas rigurosas. Nadie debe utilizar el abono de transporte el día de la salida. Solo billetes unitarios. Sobre todo, nada de taxi ni de *bicing*. Una serie de precauciones de este mismo estilo hace que el desplazamiento sea enormemente complejo. Pero todo el mundo se esfuerza por cumplir las condiciones, porque forman parte de la puesta a punto. Hay que dejarse el teléfono y el ordenador en casa. Una vez llegado al destino, alguien va a buscar a los asistentes. Si hay algunos que aun así han llegado con el teléfono, lo dejan en un piso puente. Pamela tiene fans en los rincones más remotos de Francia. Conoce a su público: sabe el nombre de los que se dejarían arrancar el corazón antes que traicionar la promesa que le han hecho. Ellos son los famosos pisos puente. Todo es así, extremadamente complejo y enormemente improbable. Es parte del encanto de la iniciativa. Y cada mes hay más gente. Vernon está en la cabina de DJ, pincha música toda la noche. Lo que se cuenta es que en las ceremonias se baila como nunca se ha bailado. Dicen que es cosa suya. Vernon mira a su alrededor. Muchas chicas, pocas heteros. Cada vez más gordas. Algunas *hippies*. Parece que hay un rebrote. Maricas, trans. Muchas putas. Algunos tíos guapos. También viejos. Todo el mundo con chanclas, es lo que le agobia durante el día.

Para los permanentes, entre los que está él, que viven en los campamentos a tiempo completo, se trata de desaparecer. Seguridad social cuenta bancaria identidad digital suscripciones seguros matriculación de vehículos. Borrarse del viejo mundo.

Todavía es confuso. Pero Pamela y la Hiena lo vieron claro. Y no fueron Laurent u Olga, que se unieron a ellas inmediatamente después, los que pensaran en frenarlas mucho. Pamela, con un sentido práctico que Vernon no sospechaba en ella, hace una lista de todos los sitios en los que pueden organizar los campamentos durante unas semanas. Entre unos y otros, tiene suficientes planes como para que puedan ser nómadas los diez próximos años.

En el campamento hay conflictos latentes, pero aún no ha salido a la luz ninguno. Ya llegará. Entre los que no paran de currar y los que quieren dormir, los que les gusta mandar y los que no soportan que los controlen, los que solo piensan en drogarse y los que dicen que colocarse destruye los grupos, los que quieren hablar en serio y los que solo cuentan gilipolleces, los que les apetece acostarse con todo el mundo y los que quieren ser monógamos... Habrá problemas de dinero, problemas de ego, problemas de manipulación, problemas de traición... Habrá todos los líos y todas las ocasiones de decepcionarse que se quieran. Pero de momento preparan la tercera ceremonia. No celebran nada. No venden nada. Lo hacen porque pueden hacerlo. Y porque esas noches pasa algo. Es imposible definir el punto común entre toda la gente que concurre. Cuando se juntan se convierten en una enorme estrella — han ido a bailar.

«Dejad de contaros cuentos. Este mundo está jodido. El que hemos conocido. Todo eso de lo que habláis ya se ha acabado. Los subnormales que campan a sus anchas exigiendo la vuelta a las misas en latín, la lapidación de las putas y el restablecimiento del servicio militar... todo eso se acabó. Se aferran a un mundo que ha desaparecido. Dejad de decir que ayer era mejor, y que mañana será peor. Estamos en el intervalo. Hay que aprovechar. Mañana habrá que rehacerlo todo.»

Se ha acostumbrado a escuchar este tipo de discursos en el desayuno. La chica que habla tiene un dragón tatuado en la parte de atrás del cráneo. Qué daño debe de hacer, piensa Vernon. Se pregunta si Céleste está bien. La Hiena dice que las chicas están «de coña». No da más información sobre su suerte. Lydia lleva un gran sombrero de paja que le oculta la parte de arriba de la cara cuando se inclina y da ganas de verle los ojos. Se acerca a Vernon sonriendo, camina dando vueltas, mete un filtro en el hueco de un papel de fumar que ha colocado en la palma de su mano izquierda. Pregunta: «¿No estás haciendo tu playlist?», pero no escucha la respuesta. Sigue con la mirada, boquiabierta, a dos chicos con el torso al aire que cruzan la terraza. Tienen los hombros sorprendentemente anchos, con la curva de la espalda muy marcada. Ella inclina la cabeza a un lado. Emilie suspira, «eso son toboganes para follar. Qué buenos están. Es exagerado. ¿De dónde han salido?». Vernon hace un gesto de que no sabe nada.

Charles se ha sentado en una silla plegable, debajo de una sombrilla, con una bolsa con hielo llena de cervezas a su izquierda, camisa medio abierta por encima de la barriga y unas New Balance naranjas y verdes en los pies. Sigue insistiendo en darles algo de dinero, como participación en las fiestas. A Vernon le resulta conmovedor imaginar que ese tío ha ahorrado poco a poco, y que echa mano de sus ahorros para ayudarlos a organizar bailes camperos... Aunque él no baila. Y odia las chanclas al menos tanto como él. Cuando Sylvie dice «No veo para qué sirven vuestras fiestas», Charles le contesta inexorablemente «Para nada. Eso es lo bonito».

Daniel deja encima de la mesa una bolsa enorme de almendras verdes, intenta convencer a Xavier de que escriba el guión de una película de zombis. «¿Sabes Karen Greenlee? La necrófila. Nunca se arrepintió... No digo que sea para todos los públicos, pero estoy seguro de que tiene su nicho.» Daniel no va a menudo. Teme las arañas en la habitación, la vida en colectividad y los cagaderos secos. Haciendo deporte, ha sacado hombros de transportista. Sylvie se sienta a un extremo de la mesa, lleva una camiseta de Thee Oh Sees a la que le ha cortado las mangas. Cuando va, pasa mucho tiempo en la cocina, sigue haciendo pasteles. Dice que lo que hacen no sirve para nada, pero se pasa media vida con ellos.

A su lado, una morena de pelo corto que habla con acento italiano contesta a Olga:

—Entiendo lo que quieres decir. Mientras pienses «defensa», sigues siendo una presa. Aprendes a correr, a esconderte. A evitar el contacto con las personas. Piensa en los caballos. No deberían haberse dejado domesticar. Podían huir, que era lo mejor que podían hacer.

Y Olga no está de acuerdo:

—Sois todos muy amables, entre la medicina a base de plantas, la comunicación con los animales, ser nómada, la cosecha silvestre, un poco de trance, meditación... pero imagina al subcomandante Marcos hirviendo hierbas en una olla mientras canta «om»... No sabrías que el tío existe. Estaría solo en la selva, bañándose con los mosquitos. Hacen falta pasamontañas, fusiles y que corra la sangre, no salimos de ahí.

—Razonas con argumentos viejos.

—La única manera de defenderse bien es tener más armas que el enemigo. Hay que hacer *stock* de armas automáticas. Lo demás es blablablá. Mientras vuestros cursillos se llamen «self-defense», lo mismo da estudiar pintura sobre seda... cuando quieras llamar a tus cursillos «te arranco los cojones a mordiscos, cabrón», hablaremos...

Olga ha cambiado. No bebe tanto. No se le va tanto la pinza. Aprendió a cortar madera. En los Vosgos. Con un leñador del pueblucho de al lado, un tartamudo tímido al que le gustaba su trabajo. Olga volvió con su sierra eléctrica —Vernon se niega a imaginar qué tipo de trato pudo hacer con el tío en la intimidad de la granja para que le regalara ese cacharro. Desde entonces no para. Ha encontrado ropa

absurda en el Ejército de Salvación de Épinal —una tía igual de corpulenta que ella había dejado una colección de camiones. Motosierra en la mano, vestido largo con florecillas, con adornos de encaje en los hombros... Cuando se desplaza con su máquina en la mano, parece una estatua andante. Hace muebles. Es casi una vocación. Tala, corta, clava y encastra. No deja de hablar. Está obsesionada con la violencia. Pamela está obsesionada con el pacifismo. No se pelean, se comen la olla, y cada una reafirma a la otra en sus convicciones. Olga dice: sin terror no hay salvación. Un movimiento que no haga correr la sangre está maldito de antemano. Pamela contesta que lo que caracteriza el mundo tal como lo conocemos es que todas las civilizaciones se construyen sobre la violencia. Olga replica: ya lo ves, estás de acuerdo conmigo. Pamela sigue: mientras adoptemos el lenguaje del amo, adoptaremos los comportamientos del amo. No tiene fin. «La violencia valida el sistema guerrero en su propia esencia, lo refuerza, pero nunca lo derroca.» «Todo eso son gilipolleces... No llegaremos a nada abrazando árboles y bailando desnudos en la naturaleza... Hay que enseñar los dientes. Y luego hay que matar. A gran escala. A las buenas personas. Y solo entonces se sientan a la mesa de negociaciones y escuchan lo que quieres decir... ¿Qué te crees, que inventaron la guillotina porque se aburrían los domingos? No. Inventaron la guillotina porque es la mejor manera de hacerse respetar.»

A Sélim le encantan estas discusiones. Su plan de diversión favorito es cuando Patrice se une a ellos y se meten en el tema a cuatro bandas. La noche anterior dio vueltas a ideas hasta muy tarde, en una configuración a seis. Sylvie y Xavier también participaban. Pasó una noche maravillosa. Lo necesitaba.

Tiene noticias de su hija. Recibe por correo cartas que Aisha hace llegar a unos y a otros, enviadas desde cualquier país, menos desde el país en el que está. Archiva cuidadosamente las respuestas que escribe para ella para poder hacérselas llegar. Dice que hacía años que no se comunicaban tan bien. Todavía no han ido a buscarla a su casa. La Hiena dice que no es necesariamente una buena noticia. Pero Sélim es de ese tipo de depresivos con un profundo fondo optimista. Está convencido de que las cosas irán arreglándose.

A la Hiena también le gustaría enviar cartas a la chica en la que piensa. Pero como no puede ir a buscarla, dice que prefiere esperar. Vernon le pregunta «pero ¿piensas desaparecer así mucho tiempo?», y ella no tiene prisa por volver. «Hay que dar tiempo al tiempo.» No le saca nada más.

Después de los Vosgos, a Laurent se le metió en la cabeza que él también tenía alma de carpintero. Para él era sobre todo la oportunidad de pasarse a pecho descubierto, el tío está realmente bien hecho. Se pasaba días enteros dándole a los abdominales mientras hacía bricolaje... Pero sus taburetes, olvídete... Su lógica de montaje no tenía en cuenta nada, ni el peso, ni la realidad de los cuerpos. Tardó mucho en dejarlo correr. Esperaba que la gente se adaptara a sus objetos. Aun poniéndole toda la buena voluntad, un taburete mal hecho siempre acaba

rompiéndose. Se marchó una mañana, justo antes de la ceremonia en Bretaña. Había currado mucho para preparar la estación abandonada que habían ocupado. Había construido incluso hamacas. Cogió su mochila sin avisar. Charles dice que vive en una ZAD.

Pamela llega con otra cafetera llena. Se ha recogido el pelo en un moño con un pasador de madera, tiene los hombros anchos y bien moldeados, sigue manteniéndose como si hubiera hecho treinta años de danza clásica. Nada mucho desde que llegaron a esta playa de Córcega. Su cuerpo se transforma, la fuerza le sienta bien. Deja su cigarro encendido en el borde de la mesa y llena las tazas. Vernon pone la palma de la mano encima de la suya para indicar que no quiere más. Se levanta y se estira. Tiene que prepararse.

Cuando anochece, la gente se dirige a la capilla. Hay que andar una media hora. Tienen varias antorchas para el camino. Luego todo sucederá en la oscuridad. Los que viven allí están acostumbrados. Empezó con una avería del grupo electrógeno, en los Vosgos, apenas llegados al chalet. Tuvieron que pasar una semana a oscuras en cuanto anochece. Era invierno, anochece temprano. Solo el fuego, en un rincón, daba un poco de luz, pero todo el resto de la casa estaba sumida en la oscuridad. Enseguida entendieron que les iba bien. Sus ojos habían estado demasiado solicitados. Era otra manera de estar juntos. No hablaban de la misma manera, no se movían de la misma forma. Saber que el otro no te mira y no poder observarlo modifica sus comportamientos. Los depura. Desde entonces las fiestas en el campamento siempre se llevan a cabo del mismo modo: ya no encienden las luces.

La capilla estaba abandonada. Llevan días preparándola, el camión va y viene, hay que montar el sonido. Esta vez es Sélim el que ha traído el material. Lo tomó prestado de una asociación de Bobigny, sin avisar de que iba a bajarlo en camión a Córcega. La luz de la luna entra por las recámaras e ilumina lo justo para distinguir las siluetas. El micro circula en la penumbra. Patrice tiene el plan de la fiesta. Lo organiza como un buen jefe de equipo. Los que quieren hablar se lo dicen por la tarde, él hace un plan, asigna a cada uno un sitio donde deben esperar a que él les lleve el micro y la pequeña luz para los que quieren leer. Luego pueden colocarse donde quieran, pero mientras no han hablado te das cuenta de quiénes son porque no se mueven. «No seremos sólidos. Nos escabulliremos. No seremos puros. Nos colaremos. No seremos ni valientes, ni rectos. No seremos héroes. No seremos conquistadores. No pretenderemos convertir en acero la madera torcida de la que está hecha la humanidad. No tendremos ni bandera, ni territorio.» Reconoce la voz de Pénélope, la viuda de Loïc, que llegó con Patrice. Aún no duermen juntos, pero rara vez se separan. El sonido es puro. Algunos se han tumbado y otros caminan sin rumbo fijo. Las voces se suceden en la oscuridad. Un chico con voz sorprendentemente grave lee un poema de García Lorca. «No duerme nadie por el

cielo. Nadie, nadie.» Vernon distingue la silueta de Xavier. Está sentado entre su mujer y su hija. Ellas llegaron en el último tren. La madre estaba relajada, la cría, eufórica de estar en la playa. Al padre casi le da un síncope de agradecimiento al descubrir que había venido. Vernon no está preocupado. Se acostumbrarán a lo largo de la noche. Hasta ahora, todavía no ha visto a nadie quedarse al borde de la pista. «Olvidaremos. Perdonaremos. Seremos los débiles y los blandos.» Se pone en marcha. Ya no se sorprende cuando siente que su barco zarpa. Sigue sin controlar sus vuelos, pero ya no intenta resistirse. Al contrario, deja que las subidas de locura lo amansen. Y sabe que puede contar con ellas, con las noches de fiesta. «Somos los vencidos —y somos miles. Buscamos un sitio por el que pasar.» Vernon piensa que lo que se dice no cuenta, pasa a otro nivel. Lo siente en el pecho.

Y luego, más tarde, un largo silencio. Lanza los sonidos alfa de Alex. Se toma su tiempo. En la capilla, con la reverberación, se eleva de inmediato. El sonido puro, siempre en la oscuridad. Bootsie Collins. «I'd rather be with you.» Varias siluetas se apartan y forman grupos efímeros. La Hiena se queda casi inmóvil cuando baila, salvo ese ligero movimiento de caderas. La mayoría de los cuerpos aún no se mueven. Muchos se han quedado tumbados. Su mirada se cruza con la de Pamela. Establece contacto con los ausentes. Busca mentalmente las paredes móviles —los pasajes secretos en el tiempo y lo sólido de las cosas. Entre la gente se abren volutas de luz de luna. Y, como a menudo por la noche, ve la gran silueta de Alex, gigante en el semillero de estrellas, que se inclina sobre ellos y los observa, sopla suavemente por encima del suelo, sonriente. Alrededor de los vivos bailan los muertos y los invisibles, las sombras se confunden y sus ojos se cierran. A su alrededor se ha desencadenado el movimiento. Empieza. Los hace bailar a todos.



VIRGINIE DESPENTES (Nancy, Francia, 1969). Es novelista y directora de cine. Transgresora y provocadora, su mirada punzante sobre nuestra sociedad nunca está exenta de un toque de ironía. A los diecisiete años dejó el instituto y se marchó a vivir a Lyon, donde encontró empleo en una tienda de discos, colaboró en revistas musicales, cantó en un grupo de rap y trabajó en un *peep show*. La popularidad le llegó con su primera novela, *Fóllame* (*Baise-moi*, 1994), que fue llevada a la gran pantalla. Desde entonces ha publicado *Perras sabias* (*Les Chiennes savantes*, 1996), *Lo bueno de verdad* (*Les Jolies Choses*, 2001, galardonada con el Prix de Flore y llevada al cine por el prestigioso director Gilles Paquet-Brenner), *Teen Spirit* (2002), *Bye-Bye Blondie* (2004) y *Apocalypse bébé* (2010, galardonada con el prestigioso Prix Renaudot). En 2006 publicó su ensayo autobiográfico *Teoría King Kong* (*King Kong Théorie*, 2006), donde se postula como una de las defensoras del posfeminismo. Con la trilogía *Vernon Subutex*, Despentes se reafirma como una voz imprescindible de las letras francesas.